Claire Messud

La vecina de arriba

Traducción del inglés de Patricia Antón de Vez

Nora Eldridge es una maestra de primaria de treinta y siete años en Cambridge, Massachusetts. Tiempo atrás, albergó la ilusión de ser artista, pero hoy se conforma con dedicarse a sus alumnos y en ser la «mujer de arriba», una amiga confiable y una vecina ordenada siempre al margen de los logros de los demás. Un día, a su clase llega Reza Shahid, un niño encantador que parece salido de un cuento de hadas. Él y sus padres, Skandar, un erudito libanés y profesor de la École Normale Supérieure de París; y Sirena, una glamurosa artista italiana, han venido a Boston gracias a una beca de Skandar para estudiar en Harvard. Cuando Reza es acosado por sus compañeros en el patio de la escuela llamándolo «terrorista», Nora se ve obligada a entrar en el complejo mundo de la familia Shahid, a la que pronto idealiza. Nora acabará obsesionada con cada uno de ellos, hasta que la ambición descuidada de Sirena conduce a una traición devastadora. Contada con intimidad y emoción penetrante, esta historia de obsesión y realización artística explora la emoción y el costo devastador de ceder a las propias pasiones.

Claire Messud

La vecina de arriba

ePub r1.0
Titivillus 02-05-2023

Título original: *The Woman Upstairs*
Claire Messud, 2022
Traducción: Patricia Antón de Vez
Imagen de portada: *Reflection*, de Derrick Lin @marsder

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Georges y Anne Borchardt.
Y, como siempre, para J.W.

Ognuno vede quello che tu pari, pochi sentono quello che tu se.

MAQUIAVELO, *El príncipe*

Muy poca gente comprende la naturaleza puramente subjetiva del fenómeno que llamamos amor, o cómo crea, por así decirlo, una tercera persona, una nueva persona suplementaria, distinta a la que el mundo conoce por el mismo nombre, una persona cuya mayoría de elementos constituyentes se derivan de uno mismo, del amante.

MARCEL PROUST,
En busca del tiempo perdido

A la mierda con las ideologías loables.

PHILIP ROTH, *Theater Sabbath's*

PRIMERA PARTE

1

¿Hasta qué punto estoy furiosa? Mejor que no lo sepan. Más vale que nadie lo sepa.

Soy buena chica, una chica simpática, puritana y de sobresaliente, una buena hija con una buena carrera, y nunca le robé el novio a nadie ni dejé tirada a una amiga, y aguanté los malos rollos de mis padres y los malos rollos de mi hermano, y de todas formas no soy ninguna chica, tengo más de cuarenta, hostia, y soy buena en mi trabajo y se me dan de maravilla los niños y le así la mano a mi madre cuando murió, después de habérsela asido los cuatro años que estuvo moribunda, y hablo todos los días con mi padre por teléfono, todos los días, ojo al dato, y ¿qué tiempo os hace a ese lado del río?, porque aquí está bastante nublado y hace un poco de bochorno, ¿sabes? Se suponía que en mi lápida debía leerse UNA GRAN ARTISTA, pero si me muriera ahora mismo, lo que pondría sería UNA GRAN MAESTRA/HIJA/AMIGA; y lo que en realidad me gustaría gritar, lo que me gustaría ver también en grandes letras en esa tumba, es QUE OS DEN POR EL CULO A TODOS.

¿No sienten eso mismo todas las mujeres? La única diferencia es hasta qué punto sabemos que lo sentimos, hasta qué punto estamos en contacto con nuestra propia furia. Todas somos furias, excepto las que son unas perfectas imbéciles, y lo que me preocupa es que les lavamos el cerebro desde la cuna, y que al final hasta las listas van a acabar convertidas en perfectas imbéciles. ¿Qué quiero decir con eso? Me refiero a las alumnas de segundo en la Escuela Primaria de Appleton, a veces incluso a las de primer curso, y a que cuando llegan a mi clase, a tercero, ya no hay nada que hacer con ellas, solo les importan Lady Gaga y Katy Perry y la manicura francesa y la ropa guay y cómo les ha quedado el pelo. Y eso en tercer curso. Les importa más el peinado o los zapatos que las galaxias, las orugas o los jeroglíficos. ¿Cómo han podido dejarnos todas las consignas revolucionarias de los setenta aparcadas en un

sitio donde ser mujer significa hacerse la tonta y tener buena pinta? Aún peor que «hija sumisa» es que en tu lápida se lea «tenía buena pinta»; antes todo el mundo sabía que es así. Pero ahora estamos perdidos en un mundo de apariencias.

Por eso estoy furiosa, en realidad: no por las tareas domésticas y por todo el derroche de simpatía ni todas las obligaciones que supone ser mujer —o, más bien, que supone ser yo—, porque es posible que uno tenga que cargar con todo eso como ser humano. En realidad estoy furiosa porque me he esforzado mucho en tratar de salir del laberinto de espejos, de la farsa y la impostura del mundo, o de mi mundo, en la Costa Este de Estados Unidos de América en la primera década del siglo XXI. Y detrás de cada espejo hay otro puto espejo, y al final de cada pasillo hay otro pasillo, y la casa encantada ya no tiene ninguna gracia y ni siquiera es divertida, pero no parece haber en ella una puerta donde ponga SALIDA.

De niña, todos los veranos visitábamos la Casa Encantada en la feria, con su horripilante y sonriente cara de yeso de dos pisos de altura. Se entraba por la boca, entre los dientes gigantescos, por la lengua de un rosa subido. Solo por esa cara, una debería haber sabido qué le esperaba. Se suponía que era divertida, pero daba pánico. Los suelos se combaban o daban bandazos, las paredes estaban torcidas y las habitaciones, pintadas para que la perspectiva resultase confusa. En los estrechos y vibrantes pasillos flanqueados por espejos, que te volvían gorda o delgadísima o te ponían cabeza abajo, parpadeaban luces y bramaban sirenas. A veces el techo caía a plomo o el suelo se levantaba, o ambas cosas a la vez, y me parecía que iba a quedar aplastada como una chinche. La Casa Encantada daba mucho más miedo que la Casa del Terror, entre otras cosas porque se suponía que debías pasarlo bien en su interior. Yo solo deseaba encontrar la salida. Pero las puertas en que se leía SALIDA solo daban paso a más habitaciones absurdas, a interminables pasillos en movimiento. En la Casa Encantada solo había una ruta posible, sin tregua, que te obligaba a atravesarla hasta el final.

Por fin he llegado a entender que la vida misma es como la Casa Encantada. Solo deseas ver esa puerta en la que pone SALIDA, la huida a un lugar donde estará la vida real; y nunca logras encontrarla. No, permítanme que me corrija. Hace unos años hubo

una puerta, hubo varias puertas, y las traspuse y creí en ellas, creí durante un tiempo que había conseguido salir a la realidad —y madre mía, qué maravilloso y aterrador fue, tan intenso, tan distinto—, hasta que comprendí de pronto que todo ese tiempo había estado atrapada en la Casa Encantada. Me habían engañado. La puerta en la que ponía SALIDA no era una salida, en absoluto.

No estoy loca. Furiosa, sí; loca, no. Me llamo Nora Marie Eldridge y tengo cuarenta y dos años, lo que supone ser mucho más de mediana edad que si tienes cuarenta o incluso cuarenta y uno. No soy ni vieja ni joven, ni gorda ni flaca, ni alta ni baja, ni rubia ni castaña, ni guapa ni fea. Bastante atractiva en según qué momentos, creo que es el consenso general, como las heroínas de las novelas rosa de Harlequin, que leí a montones en mi juventud. No estoy ni casada ni divorciada, sino soltera. Soy lo que solían llamar una solterona, pero ya no las llaman así, porque implica que estás marchita, y nadie quiere estar así. Hasta este verano, he dado clases de tercer curso en la Escuela Primaria de Appleton en Cambridge, Massachusetts, y es posible que vuelva a hacerlo, aún no lo sé. A lo mejor, en lugar de eso, le prendo fuego al mundo entero. Sí, quizá lo haga.

Tienen que saber que, pese a lo malhablada que soy, nunca digo palabrotas delante de los niños, con la excepción de algún que otro «¡Mierda!» despistado, pero solo por lo bajo y solo *in extremis*. Si están pensando que cómo es posible que una persona tan airada imparta clases a niños, permítanme decirles que hasta el último de nosotros es capaz de sentir ira, y que algunos somos proclives a hacerlo, pero que para ser buen maestro hay que tener un mínimo de autocontrol, y yo lo tengo. Tengo más que un mínimo. Me educaron así.

En segundo lugar, no soy una especie de resentida clandestina que le guarde rencor al mundo entero por sus desgracias. O digamos que solo lo soy hasta cierto punto, pues ¿no sentimos todas cierto resentimiento, quienes tenemos que ceder y cejar en nuestros propósitos sin que nos lo reconozcan, sin ser objeto de admiración o agradecimiento? A los veinte y a los treinta ya somos bastantes, y a los cuarenta y los cincuenta, somos decididamente legión. Pero el

mundo debería entender, si le importara una mierda, que las mujeres como nosotras no vivimos en la clandestinidad. Para nosotras no hay sótanos a lo Ralph Ellison llenos de bombillas; ni subterráneos metafóricos dostoievskianos. Siempre vivimos en el piso de arriba. No somos las locas en el desván, esas tienen mucho protagonismo, de un modo u otro. Nosotras somos esa mujer tranquila al fondo del pasillo del tercer piso, la del cubo de basura siempre impecable, la que sonríe y saluda alegremente en la escalera y que nunca hace ruido al otro lado de su puerta cerrada. En nuestra vida de tranquila desesperación, somos la vecina de arriba, tengamos o no un maldito gato atigrado o un torpe y molesto perro labrador, y ni un alma detecta nuestra rabia. Somos completamente invisibles. Pensaba que no era verdad, o que no era mi caso, pero he llegado a comprender que no soy distinta. La cuestión es cómo sacarle partido, cómo utilizar esa invisibilidad, cómo hacerla saltar en llamas.

La vida consiste en decidir qué importa. Consiste en la fantasía que determina la realidad. ¿Se han preguntado alguna vez si preferirían volar o ser invisibles? Llevo años haciendo esa pregunta a la gente, y siempre he pensado que su respuesta revela quiénes son. Estoy rodeada por un mundo de seres voladores. Los niños son prácticamente siempre voladores. Y la vecina de arriba también es una voladora. Hay gente codiciosa que pregunta si no podrían ser ambas cosas; y una serie de personas (siempre he pensado que eran los cabrones maquinadores, los ávidos de poder, los fanáticos del control) se deciden por ser capaces de evaporarse. Pero la mayoría de nosotros queremos volar.

¿Se acuerdan de esos sueños? Yo ya no los tengo, pero eran uno de los placeres de mi juventud. Me veía en una situación desesperada —unos perros que me pisaban los talones, un tipo furibundo con el puño alzado o un garrote— y solo tenía que agitar los brazos para elevarme despacio, directamente hacia arriba como un helicóptero o un santo, y luego planear libremente. Volaba a ras de los tejados, aspiraba bocanadas de viento, cabalgaba en las corrientes de aire como si fuesen olas, dejando atrás campos y vallas para recorrer la costa y sobrevolar las ondas añiles del mar. Y

la luz del cielo cuando volabas… ¿se acuerdan de eso? Las nubes parecían almohadas iluminadas, tan cercanas y húmedas cuando te internabas en ellas, y luego, ¡ah!, menuda revelación te esperaba al otro lado. Hubo un tiempo en que volar lo era todo.

Pero he llegado a la conclusión de que es la elección equivocada. Porque piensas que el mundo te pertenece, pero en realidad siempre vuelas para huir de algo; y los perros que te pisan los talones y el tipo del garrote no desaparecen por que no puedas verlos. Ellos son la realidad.

En cuanto a ser invisible, vuelve las cosas más reales. Entras en una habitación en la que no estás y oyes lo que la gente dice sin trabas; ves cómo se mueven cuando no están contigo. Los ves sin las máscaras, o con sus distintas máscaras, porque de pronto las ves por todas partes. Enterarte de lo que pasa cuando estás al otro lado del telón puede resultar doloroso; pero así lo sabes, gracias a Dios.

Resulta que todos estos años he estado equivocada. Y la mayoría de la gente que me rodeaba también. Y sobre todo, ahora que he descubierto que en realidad soy invisible, necesito dejar de tener deseos de volar. Deseo que volar no sea una necesidad. Quiero que todo vuelva a pasar, pero al mismo tiempo no lo deseo. Quiero que mi inexistencia cuente. No crean que es imposible.

2

Todo empezó con el niño. Con Reza. Incluso cuando lo vi por última vez, por última vez en mi vida, este verano, cuando llevaba varios años sin ser el niño de antes y ya era casi un jovencito, con las proporciones ilógicas, la nariz larga, los granos y la voz vacilante de la incipiente edad adulta, seguí viéndolo con toda su perfección de antaño. En mis recuerdos sigue siendo un niño de ocho años radiante y canónico, un niño salido de un cuento de hadas.

El primer día de colegio entró en mi clase tarde, serio y vacilante, con los ojos grises muy abiertos, batiendo las pobladas pestañas pese a los visibles esfuerzos que hacía por no parpadear, por no llorar, sobre todo. Los demás niños —a la mayoría de los cuales yo ya conocía del patio del curso anterior, incluso por sus nombres— habían llegado temprano y preparados, con mochilas y almuerzos empaquetados y un progenitor que los despedía con un ademán desde el umbral, algunos con la rosácea huella del pintalabios de su madre todavía en la mejilla; habían encontrado sus pupitres y nos habíamos presentado y anunciado algún hecho sobresaliente del verano (las gemelas Chastity y Ebullience habían pasado dos meses con su abuela en Jamaica, y la abuela en cuestión tenía gallinas: suponía un hecho por niña; Mark T, había construido un kart y corrido con él por el parque; la familia de
Shi-shi
había adoptado en la perrera un beagle de ocho años que se llamaba *Superior* [«tiene la misma edad que yo», comentó orgullosa]; etcétera), y empezábamos a establecer las normas en el aula («Nada de pedos», exclamó Noah desde las mesas junto a la ventana, provocando carcajadas y risitas generales) cuando se abrió la puerta y entró Reza.

Supe de quién se trataba, porque todos los demás alumnos de mi lista estaban presentes. Titubeó. Echó a andar poniendo los pies, en sus pulidas sandalias de puntera cerrada, uno delante del otro con

mucha cautela, como si recorriera una barra de equilibrio. No tenía el mismo aspecto que los demás niños, y no por la piel aceitunada, las cejas pobladas o la expresión de sus labios, sino porque iba muy atildado, con ropa formal e insólita. Llevaba una camisa de manga corta a cuadros azules y blancos y unas bermudas largas en azul marino, planchadas por una mano invisible. Se había puesto calcetines con las sandalias. No llevaba mochila.

—Reza Shahid, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—A ver, todo el mundo —lo así de los hombros para volverlo hacia la clase—, este es nuestro nuevo alumno Reza Shahid. Démosle la bienvenida.

—Bienvenido, Reza —corearon todos a pleno pulmón, e incluso desde atrás advertí que intentaba no estremecerse: se le retrajo un poco el cuero cabelludo y le temblaron las puntas de las orejas. Ya en ese momento me pareció adorable su nuca, con los rizos cuidadosamente dispuestos lamiendo la orilla irregular del suave y frágil promontorio del cuello.

Resulta que yo ya lo conocía. No sabía que se trataba de Reza, ni sospechaba que iba a ser mío, un alumno de Tercero E; pero la semana anterior lo había visto, lo había mirado fijamente y él a mí, y hasta nos habíamos reído juntos, en el supermercado. Yo andaba forcejeando con las bolsas en la salida de las cajas: a una se le había roto el asa, y trataba de levantarla por debajo mientras sujetaba el resto de la compra en la otra mano, y el resultado fue que se me cayeran al suelo las manzanas. Rojas y brillantes, se dispersaron a mis pies hasta la zona de la cafetería junto a los ventanales. Me lancé a por ellas, encorvada y dejando las dos bolsas con la compra y el bolso en medio del pasillo que llevaba a la puerta. Estaba a cuatro patas tratando de recuperar la última de debajo de una mesa, sujetando con torpeza contra el pecho cuatro magulladas manzanas más con el brazo izquierdo, cuando una reveladora risotada me hizo levantar la mirada. Sobre el respaldo del banco vecino se asomaba un niño guapísimo, con unos rizos despeinados y la camiseta con los churretes de un día entero de juegos y la salsa sanguinolenta de lo que estuviera comiendo.

—Jolín, ¿qué es tan divertido? —No pude evitar el «jolín».

—Usted —contestó él al cabo de un instante, con un rictus serio en la boca pero con ojos llenos de alegría. Tenía mucho acento—. Usted es divertida, con sus manzanas.

Algo en su cara, la tersura de las mejillas con un leve rubor rosáceo, el cabello negro y revuelto y las cejas y pestañas pobladas, la divertida intensidad de aquellos ojos grises con motitas, me hizo sonreír a mi pesar; miré atrás, hacia mi compra desparramada, imaginé mi danza a lo Baba Yagá a través del suelo, me vi como debía de haberme visto el niño.

—Supongo que tienes razón. —Me incorporé—. ¿Quieres una?, —pregunté tendiéndole la última manzana, rescatada del polvo.

Arrugó la nariz y volvió a soltar una risotada.

—Ya no está buena.

—No, supongo que no.

Cuando me dirigía a la salida, volví a mirar hacia su mesa. No estaba con su madre o su padre. Una canguro, joven y de pechos enormes, apoyaba un brazo tatuado, con un diseño de algo celta, en el respaldo del banco. Tenía el pelo carmesí, y en el labio inferior le brillaba lo que parecía un imperdible. Tironeaba sin ganas de su lechuga, hoja por hoja, y contemplaba la tienda como quien ve la televisión. El niño dejó de revolverse en el asiento y me dirigió una mirada larga y descarada pero sin expresión, y cuando le sonreí, apartó la vista. Pues ese era Reza.

No tardé en darme cuenta de que su inglés era muy pobre, pero no me pareció preocupante. Aquella primera noche, después del colegio, comprobé en su ficha que la dirección de su casa correspondía a uno de los bloques de viviendas universitarias más elegantes, en una calle sin salida cerca del río. Significaba que sus padres no eran estudiantes de posgrado sino profesores invitados o alguna clase de miembros importantes del cuerpo docente. Hablarían correcto inglés, o al menos uno de ellos, y podrían ayudar al niño; y siendo académicos como eran se preocuparían por ese tema, lo que ya era media batalla ganada. Además, el propio niño tenía deseos de aprender. Yo lo había notado incluso el primer día. Con los otros niños, cuando no sabía una palabra, señalaba y preguntaba «¿Qué es?», y luego repetía sus respuestas varias veces con esa voz suya tan extraña y extranjera y ligeramente rasposa. Si

se trataba de algo abstracto, intentaba representarlo con mímica, y eso hacía reír a los demás, pero él permanecía impertérrito y sereno. Gracias a Noah, a la hora de comer ya había aprendido las palabras «pedo» y «culo». Intervine tan solo para aclarar que se consideraban más educadas «ventosidad» y «posaderas», pero tuvo dificultades para pronunciar «posaderas». Le salió «pusidegas», y a mí hasta eso me pareció conmovedor por lo mucho que se esforzaba.

Ese fue el tercer motivo por el que supe que tendría éxito: su encanto. Y no me desarmaba solo a mí: veía a las niñas boquiabiertas y cuchicheando, adivinaba cómo se fundían los recelos de los niños a medida que se revelaba el espíritu deportivo de Reza, que era intrépido en los partidos y alegremente competitivo, exactamente la clase de crío que uno querría en su equipo. E incluso conquistó a los profesores. Estelle García, que da clases de Ciencias, comentó sobre él en la primera reunión del profesorado: «Hay veces en que el dominio de la lengua inglesa no parece tan importante. Si un crío demuestra la pasión suficiente, eso puede superarse».

Puse reparos y le recordé a Ilya, el ruso, y a Duong, de Vietnam, y a media docena más de críos a los que habíamos visto resoplar y casi ahogarse en sus esfuerzos por aprender el inglés en la escuela primaria, y a los que nos angustiaba mandar a la secundaria, temiendo que salieran convertidos en matones o que abandonaran los estudios o algo peor. Y a veces pasaba eso, inevitablemente.

—No estarás preocupada por eso en la primera semana, ¿no? Ese crío lo absorbe todo como una esponja.

—No estoy preocupada por ese niño, en absoluto —contesté—. Pero él es una excepción.

Excepcional. Adaptable. Compasivo. Muy inteligente. Rapidísimo. Muy dulce. Con gran sentido del humor. ¿Qué significaba cualquiera de nuestros elogios, si no que todos nos habíamos enamorado un poquito de él y estábamos deslumbrados? Tenía ocho años, solo era un crío como cualquier otro, pero cada uno de nosotros lo quería para sí. No decíamos esas cosas tan amables sobre Eric P., o sobre Darren, o sobre Miles, con su cara de pan y aquellas ojeras oscuras de las que emanaba tristeza, como si pasara por una especie de duelo permanente. Cada niño es fuerte a

su manera, les decíamos siempre. Todos tenemos talentos distintos. Todos podemos tomar buenas decisiones si lo intentamos de verdad. Pero Reza venía a desmentir todo eso, envuelto en su encanto y su belleza como por una red.

Cuando, en la primera semana, derribó sin querer a Françoise en el patio, en medio de un exuberante partido de fútbol improvisado, le rodeó los hombros temblorosos con un brazo y se sentó con ella en el bordillo hasta que volvió a estar lista para meterse de nuevo en faena. Reza tenía lágrimas en los ojos, las vi. Cuando descubrió que Aristide, cuyos padres eran de Haití, hablaba francés, se le iluminó la cara, y los dos parlotearon como locos durante la hora de comer, hasta que Mark T, y Eli se quejaron de que se sentían excluidos; momento en el cual Reza asintió con la cabeza, cerró los ojos un instante y volvió al inglés chapurreado, su medio imperfecto. No tuve que decirle que lo hiciera; y a partir de entonces Aristide y él solo hablaban francés cuando acababa el colegio y salían por la puerta. También bastante al principio, hubo una tarde en que los niños estaban especialmente bravucones. Llovía a cántaros y habían pasado todo el día encerrados, con el cielo tan oscuro fuera que llevábamos horas bañados en una enervante fluorescencia, y en clase de dibujo artístico —supuestamente mi favorita, puesto que soy, o se supone que soy, una artista— los niños tuvieron la brillante idea de estrujar los botes de témpera y rociar con ella primero las hojas de papel pero después, cuando reparé en ello, los muebles, el suelo y a los demás; pese a mi considerable y cacareado autocontrol, levanté la voz y proclamé a pleno pulmón lo amargamente decepcionada que me sentía, y cuando la jornada escolar llegó a su fin, una hora entera después, Reza se detuvo ante mi escritorio y posó una manita delicada como una hoja en mi antebrazo.

—Lo siento, señorita Eldridge. Siento el desastre que hemos armado. Siento que esté enfadada.

La canguro lo esperaba en el umbral, con su labio brillante. De no haber sido así le habría dado un abrazo: durante un instante, casi me pareció mi propio hijo.

Niños. Yo y los niños. Los niños y yo. ¿Cómo llegué yo, nada

menos, a convertirme en la maestra favorita de la clase de tercero de la Escuela Primaria de Appleton? April Watts, que se ocupa del otro grupo, parece una profesora salida de una novela victoriana: su cabello, en un encrespado y vaporoso recogido, parece algodón de azúcar castaño, y lleva unas gafas de culo de botella a través de las cuales mira con imprecisión, con los ojos azules agrandados y distorsionados por las lentes como peces en una pecera. Aunque tiene poco más de cincuenta años, lleva medias compresivas para las varices, y la pobre no tiene ni un ápice de sentido del humor. No me prefieren a mí por culpa del pelo, las gafas o las venas, sino por esa última característica. Tengo fama —y no lo digo con orgullo— de reírme tanto que me caigo de la silla, y eso compensa por lo visto los arranques de ira. Digamos que mis emociones, en toda la gama, son reconocibles para los niños, algo que considero pedagógicamente sensato.

Supuso un gran cumplido y un golpe bajo a la vez que un padre me dijera, hace un par de años, que encarnaba a la perfección su idea de cómo debía ser una profesora.

—Es usted la bebé Gerber de las maestras de escuela —fueron sus palabras—. Es el modelo.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso, Ross?, —pregunté con una gran sonrisa fingida.

Estábamos en el pícnic de fin de curso, y unos cuantos padres me rodeaban bajo el sol abrasador del patio, aferrando sus botellitas de plástico de limonada y limpiándose la barbilla, o las de sus hijos, con servilletas manchadas de ketchup. Los perritos calientes y las salchichas de tofu para vegetarianos ya se habían acabado.

—Ah, yo sé qué quiere decir —intervino la madre de Brianna, Jackie—. Se refiere a que, de niños, todos queríamos tener una maestra como usted. Entusiasta pero estricta, llena de ideas. Una maestra que entiende a los niños.

—¿Era eso, Ross?

—Bueno, no del todo —respondió él, y me sorprendió comprobar que coqueteaba conmigo. Los padres de Appleton rara vez lo hacen—. Pero se le acerca mucho. Mi intención era hacerle un cumplido.

—Ah, pues gracias.

Siempre trato de saber qué quiere decir la gente en realidad.

Cuando me dicen que «entiendo» a los niños, me preocupa que quieran decir que no parezco del todo adulta. El marido de una amiga mía, también profesor, compara a los niños con enfermos mentales. Pienso mucho en eso. Según él, los niños viven al borde de la demencia, y su conducta, sin motivo aparente, comparte la lógica de los locos. Entiendo qué quiere decir, y puesto que he aprendido a ser paciente con los niños, a sonsacar esa lógica que siempre está ahí, en algún sitio, y que una vez explicada resulta irrefutable, he llegado a comprender que los adultos, estén locos o cuerdos, deberían merecer el mismo respeto. En este sentido, nadie está loco en realidad, sencillamente es un incomprendido. Cuando la madre de Brianna dice que yo entiendo a los niños, una parte de mí se siente más orgullosa que un pavo real, pero otra parte piensa que me están llamando loca. O como mínimo que me está separando del clan de los plenamente adultos. Lo que a su vez explica —si no a mí misma, sí a quien esté a cargo, en plan profeta, de las explicaciones— por qué no tengo hijos.

Si me hubiesen preguntado cuando me gradué en el instituto dónde estaría a los cuarenta —y alguien debió de preguntármelo, ¿no?; tiene que haber un artículo en un anuario perdido tiempo atrás donde se trazaran nuestros planes para el futuro—, habría descrito la feliz escena de la artista con bata trabajando en su espacioso y aireado estudio, con los niños —varios, quizá de cinco, siete y nueve años— retozando en el jardín soleado, acompañados sin duda por un par de perros, de los grandes. No habría podido describir la fuente de los ingresos para semejante visión, ni a un padre responsable de la existencia de los niños; en aquel momento, los hombres parecían accesorios para una vida ideal. Tampoco les hacía falta a los niños ninguna clase de niñera: jugaban milagrosamente bien, sin pelearse, sin el menor deseo de interrumpir a la artista hasta que hubiese terminado; y entonces venía el obligado y agradable pícnic bajo los árboles. Ni dinero, ni hombre ni ayuda, pero en la escena sí aparecía todo lo necesario: la luz, el arte, el jardín y, de crucial importancia, los niños. Si me hubiesen pedido entonces que me redujera a lo esencial, que extrajera todo lo prescindible de esa fantasía, habría quitado el

pícnic, y los perros, y el jardín, y, tras mucha insistencia, el estudio. De ser necesario, para el arte bastaría una mesa en la cocina, o un desván, o un garaje. Pero el arte y los niños no eran negociables.

No puede decirse con exactitud que no sea una artista, y no puede decirse con exactitud que no tenga niños. Es solo que me las he apañado para montármelo muy mal, o muy bien, según cómo se mire. Dejo a los niños cuando se acaba el colegio; dedico al arte —no tengo que utilizar la mesa de la cocina porque dispongo de un segundo dormitorio entero para ese propósito, con dos ventanas nada menos— las tardes a última hora y los fines de semana. No es mucho, pero es mejor que nada. Y durante el año con Sirena, cuando dispuse de un estudio espacioso y aireado que compartir, cuando estaba deseando llegar allí, con la sangre burbujeándome en las venas ante la perspectiva, fue perfecto.

Siempre pensé que llegaría más lejos. Me gustaría culpar al mundo de lo que no he conseguido hacer, pero el fracaso, ese fracaso que me recorre a veces en oleadas de rabia, que me pone tan furiosa que tengo ganas de escupir, es solo cosa mía, al fin y al cabo. Lo que ha vuelto insalvables los obstáculos, lo que me ha relegado a la mediocridad he sido yo, solo yo. Durante mucho tiempo, siempre, me creí lo bastante fuerte, o malinterpreté el sentido de la fuerza. Pensaba que llegaría a la grandeza, a mi grandeza, mediante la insistencia y el esfuerzo, deshaciendo embrollos a medida que aparecieran, del mismo modo que a una le enseñaron a comerse la verdura para poder tomar postre. Pero resulta que esa es una norma para nenas y mariquitas, porque las proporciones de la montaña de verdura son comparables a las del Everest y el cuenco de helado en el otro extremo de la mesa se funde más y más con cada segundo que pasa. No tardarán en aparecer arañas. Y caerán sobre él y se lo acabarán. ¡Qué orgullo desmedido el mío, al pensar que podía ser un ser humano decente y un miembro valioso de una familia y una sociedad y aun así crear algo! Absurdo. ¿Me había creído fuerte hasta ese punto o qué?

No, es obvio que esa fuerza consistió siempre en la capacidad de decirles a todo y a todos «Vete a la mierda», de darle la espalda al sufrimiento y considerar, sin ser molestada, tus propios deseos por

encima de todo. Los hombres tienen varias generaciones de práctica en hacer eso. Los hombres han dado con la fórmula para engendrar niños y dejárselos a otras para que los críen, para aplacar a sus madres con una simple llamada telefónica desde lejos, para insistir, tan tranquilamente como si insistieran en que el sol está en el cielo, como si cualquier otra posibilidad fuese una locura, en que su trabajo, por encima de todas las cosas, es lo que debe hacerse, y debe hacerse primero. Una fuerza de esa clase no tiene, en su visión de juventud, ni perros ni jardines ni pícnics, ni niños, ni cielo; se centra en una sola cosa, ya sea el dinero, el poder o un pincel y un lienzo. En realidad es una incapacidad de visión, cualquiera con dos dedos de frente puede verlo. Es miopía. Pero es lo que hace falta. Hay que considerar que todo lo demás, y todos los demás, son prescindibles, inferiores a uno.

Yo soy como los niños: mis motivos y mis razones no están siempre claros. Pero si se me permite explicarme, todo se esclarecerá; y es posible que esa aclaración por sí sola resulte mi grandeza, por pequeña que sea. Contar lo que sé, y cómo me hace sentir, sí puedo hacerlo. Es posible que se vean a sí mismos, si lo hago.

3

Volvamos al principio, entonces, pero brevemente. Nací en el seno de una familia corriente en un pueblo que queda a una hora de Boston siguiendo la costa hacia el norte y que se llama Manchester-by-the-Sea. Los sesenta apenas tuvieron repercusión allí, en el extremo de la periferia de Boston. La culpable de mis delirios de grandeza debió de haber sido la playa perfecta que teníamos, Singing Beach, una playa de arena fina y blanca y que era objeto de grandes alabanzas por doquier. Tiene sentido que si una se planta a diario en una media luna perfecta de arena, con vistas a la eternidad, conciba posibilidades distintas que alguien criado en un valle boscoso o entre los desfiladeros de una gran ciudad. O es posible, y más probable, que los heredara de mi madre, tan implacable, extraña y condenada.

Tenía una madre y un padre, un hermano —ocho años mayor que yo, sin embargo, de modo que casi no parecíamos de la misma familia; para cuando cumplí los nueve ya se había ido— y un gato pardo y un chucho sarnoso y pequeñajo de la perrera que se llamaba *Sputnik*, y que parecía una peluca andrajosa sobre palillos: tenía las patas tan esqueléticas que nos maravillaba que no se le quebraran. Mi padre trabajaba en una compañía de seguros en Boston —cogía el tren todas las mañanas, el de las 7.52— y la suya fue una carrera muy respetable pero por lo visto sin grandes éxitos, pues en casa nunca parecía sobrar el dinero.

Mi madre se quedaba en casa y fumaba y urdía planes. Durante un tiempo probó a preparar recetas de un libro de cocina para un editor. Le pagaban por hacerlo, y pasó varios meses sirviéndonos comidas de tres y cuatro platos que solían llevar salsas al huevo y muchas veces, por lo que recuerdo, vino de marsala. Otra breve temporada, humillante para mí, se las dio de diseñadora de ropa, y se pasó varios meses ante la máquina de coser en la habitación de invitados en una nube de humo de tabaco (a menudo sostenía el

pitillo entre los labios mientras pasaba a máquina una costura; siempre me preocupaba que cayera ceniza en la tela). Sus productos se salían de lo corriente y al mismo tiempo no lo suficiente: hacía minivestidos de punto con estampado de cachemir para niñas de mi edad que a primera vista no eran muy distintos de los que había en las tiendas («Ven aquí, monada», me decía, y apoyaba patrones de papel contra mi pecho prepúber para recortarlos con cautela, pasándome a un pelo de la cintura o el cuello con las enormes tijeras); pero entonces reparabas en que había abierto ojetes en el talle, bordeados con cinta en zigzag, por los que asomaría el pálido vientre de una niña; o que había cerrado las mangas no con simples costuras sino con montones de cintas, en un círculo de lazos multicolor, que se verían maltrechos tras el primer lavado. El verano en que yo tenía nueve años, sin mucho sentido práctico, produjo alegremente veintitantos conjuntos de variado diseño y luego reservó un puesto en la feria del pueblo de al lado para venderlos.

Me negué a quedarme allí con ella a la vista de todo el mundo, un radiante sábado de julio, y fui con mi padre a hacer una aburrida serie de recados —la tintorería, la licorería, la tienda de informática—, muerta de calor en el coche pero enormemente aliviada por no correr el riesgo de que mis compañeras me vieran bajo el espantoso letrero que mamá había hecho a mano. Mi madre era un querido motivo de bochorno para mí.

Vendió unas cuantas prendas, pero quedó claro que el experimento no había tenido éxito suficiente para ella, y la maleta acabó aparcada, sin vaciar, en el desván. Al cabo de poco, también la máquina de coser emigró al piso de arriba, y mi madre se sumió en una de sus fases sombrías, hasta que llegara el siguiente momento de exclamar: ¡Eureka!

Sin duda mi madre, a diferencia de mi padre, me inculcó la sensación de que lo imprevisible era esencial —«No hay que ser como tu vecino, he ahí lo importante», solía decir—, y fue por eso, por culpa de esa pasión suya, que me llevó tanto tiempo comprender que ella era también una mujer cautelosa y burguesa, temerosa de lo desconocido y tan poco segura de sí que apenas soportaba dejar huella. ¿Cómo si no habría permanecido tan decididamente apegada a lo corriente, a mi padre, a la rutina

cuidadosamente establecida e invariable de Manchester-by-the-Sea?

Y eso explica también muchas cosas sobre mí, sobre los límites de mi experiencia, sobre el hecho de que la persona que imagino ser esté tan lejos de la persona que soy para el mundo. «Si diera una descripción de mí misma, nadie me reconocería»; he ahí por qué, cuando se me pide (rara vez, se lo garantizo) que describa mi vida, hago recortes y pongo parches, la adapto, trato de proporcionar un resumen que se corresponda en cierta medida con lo que la gente espera que haya vivido, y que a estas alturas supongo que he vivido, de hecho. Pero muy poca gente llega a ver de verdad quién soy en mi cabeza. Casi nadie. Dejar salir a esa persona de su escondrijo es el regalo más preciado que puedo ofrecer. Quizá he llegado a aprender que es una equivocación revelar su presencia.

Y así, de nuestra familia corriente en una casa corriente, una típica casa colonial con su fachada simétrica, con sus macetas de geranios en el porche de piedra y sus setos de tejo algo descuidados pero encantadores rozando las ventanas, salí al mundo corriente, a la escuela primaria del pueblo, la escuela secundaria del pueblo y el instituto del pueblo. Era suficientemente popular y a las niñas les caía bien en general; incluso les gustaba a los niños, cuando reparaban en mí, aunque no en un sentido romántico. Era una niña divertida, ja, ja, sin rarezas. Una moneda modesta, como los peniques: pedestre, bastante aplicada, pero calderilla al fin y al cabo. La mayoría de veces que resultaba divertida en público era a mi costa.

Los estudios eran distintos entonces, y a mí se me daban bien, de manera que me salté el noveno curso y me pasaron de octavo a décimo, lo cual resultó al principio un poco duro socialmente hablando y selló mi destino como alumna de matemáticas desastrosa: nunca llegué a aprender la fórmula de las ecuaciones de segundo grado y otros conceptos importantes de las mates de noveno; y me perdí también los primeros devaneos con chicos y las clases sobre cómo abrirse paso en un baile escolar. Sin embargo, en aquellos tiempos nada de todo eso me avergonzaba: no me dio vergüenza que me lanzaran de cabeza y sin flotador al segundo curso del instituto, sin contar con un mapa para llegar a la cafetería o un manual de cómo estaban formadas las camarillas o siquiera una lista de los nombres de mis compañeros de clase, quienes se

conocían todos entre sí y algunos me conocían a mí como la amiga de su hermana pequeña. No, me sentí orgullosa, porque sabía que mis padres estaban orgullosos, porque suponía un ascenso y una revelación del hecho de que era alguien especial. Llevaba mucho tiempo sospechándolo, y entonces lo supe a ciencia cierta: estaba predestinada.

Cuando eres una chica de esa edad, nunca das muestras de sentirte orgullosa o de que sabes que se te dan mejor la historia, la biología o el francés que a la chica que se sienta a tu lado y que es dieciocho meses mayor que tú. Lo que haces es deshacerte en elogios sobre lo bien que se le da a ella pintarse las uñas o hablar con los chicos, y pones los ojos en blanco ante las cacareadas dificultades del examen de historia/biología/francés y exclamas «¡Ay, Dios mío, va a ser un desastre! ¡Qué miedo tengo!» y te rebajas siempre que puedes para que la gente no se sienta amenazada, para caerles bien, porque no quieres que sepan que, en el fondo, sientes orgullo, y quizá altanería, y abrigas pensamientos desgarradores cuya revelación le demostraría a todo el mundo hasta qué punto no eres simpática y enrollada. Aprendes un método completamente distinto y educado de dirigirte a la gente para que no vean cómo eres de verdad, y sabes, porque te lo cuentan otros, que te creen una persona encantadora, y eso te hace sentir una oleada de triunfo: «Sí, se me da bien la historia/la biología/el francés, pero también se me da bien esto». Ni se te pasa por la cabeza que esa máscara que tan cuidadosamente has creado acabará por crecer hacia dentro e injertarse en tu piel, volviéndose inamovible, al parecer.

Cuando miras a ese chico, Josh, al que pasaron de curso contigo, y lo ves limpiarse la nariz en la manga y te fijas en lo canijo que se ve, con su barbilla llena de acné, en comparación con los otros chicos de décimo curso con sus pechos amplios y las mandíbulas angulares y sin granos, cuando observas que aún se toma el bocadillo con sus antiguos compañeros de noveno —todos ellos con camisetas negras con descoloridas calcomanías en las pecheras en las que se lee KISS o AC/DC, todos ellos con acné en la barbilla y los labios húmedos y el cabello tan lacio como algas— no ves en él ni un ápice de triunfo. Parece haber perdido, estar perdido, ser un perdedor; porque nadie sabe que en el reto que nos plantearon al

saltar un curso la mitad de la batalla sería por el éxito social —modesto, cómo no, pero éxito social al fin y al cabo—. Cuando Frederica Beattie te invita a su fiesta de cumpleaños —una travesía en el barco de su padre con otras seis chicas, dos de las cuales pertenecen al grupo más popular—, tú sientes lástima por Josh, que nunca llegará a probar semejante néctar.

Pero espera un momento: nadie señaló nunca que Josh, ajeno a todo eso, era perfectamente feliz. Había aprendido ya la fórmula de las ecuaciones de segundo grado por sus propios medios; no se estancaría en ningún campo del progreso académico. De hecho, asistiría al Instituto de Tecnología de Massachusetts y acabaría por convertirse en un neurobiólogo con un laboratorio financiado en su mayor parte por el Instituto Nacional de la Salud y un abultado presupuesto a su disposición. Se casaría con una mujer perfectamente atractiva, aunque un poco patizamba, y engendraría varios pánfilos patizambos y con gafas, réplicas de sí mismo. Todo le funcionaría estupendamente en su opinión y no sospecharía ni por un instante que pudiera no haber sido así. Nunca sabría que había habido una prueba social; nunca sabría que no la había superado. No, él no soñaba con un honor como una travesía en el barco del padre de Frederica Beattie; y su anhelo de vida social, por así decirlo, quedaba perfectamente satisfecho con su antiguo clan, un curso por detrás de él. Era tan incapaz de fabricarse una máscara como de volar a la Luna; y así, siguió siendo él mismo por siempre jamás. La feminidad es una mascarada, desde luego.

Fue en el instituto cuando decidí —o, como habría preferido verlo, cuando comprendí— que me convertiría en una artista. Me había hecho con un grupo de receptivos amigos que se deleitaban precisamente en nuestra condición de no-adultos, un puñado de chicos y chicas a quienes les gustaba chapotear en los charcos en un chaparrón o reunirse en el parque infantil al anochecer, tanto para columpiarse como para fumar hierba detrás del templete, y me encontré con que nuestro grupo rondaba más y más por la sala de Bellas Artes, con la bendición tácita del profesor titular del departamento. Era un tipo bajo y fornido ataviado con botas de caza hasta la rodilla y chaleco de piel y dotado de unos exuberantes

rizos hasta los hombros y una perilla puntiaguda y pelirroja. Parecía un refugiado de una producción shakespeariana de un teatro regional y respondía al maravilloso nombre de Dominic Crace.

Aunque el local estuviera oficialmente cerrado, dejaba material a nuestra disposición, los armarios sin cerrar con llave, pinturas y pinceles junto al fregadero e incluso a veces, sobre la mesa de trabajo, la llave del cuarto oscuro. Fue en esa penumbra rojiza donde padecí, en mi papel de inquieta alumna de primero, mi primer beso de verdad, un achuchón húmedo y con lengua con un alumno de último curso llamado Alf, cuya chaqueta de cuero con muchas cremalleras era lo más espléndido de su persona. Siempre me había parecido un tío enrollado, pero resultó tan torpe como yo —fue toda una sorpresa—, lo que tuvo como consecuencia que el beso no se repitiera ni se mencionara nunca. Nuestra amistad, por así decirlo —algo parecido a la relación con un pariente lejano—, siguió tal como antes; sencillamente, fue como si el beso nunca hubiese tenido lugar; y a veces llegué a preguntarme si habría sido así.

Creyéndonos subversivos, suspirando por las décadas de aventura que nos habíamos perdido por tan poco con nuestro tardío nacimiento, nos quedábamos en la sala hasta que caía la noche y pintábamos carteles y eslóganes en grandes hojas de cartulina, que luego pegábamos por los pasillos. En ellas, en estallidos de colores primarios, se leía: SUBLÉVATE, HUYE DE LA AUTOCOMPLACENCIA, ¿SABES DÓNDE ESTÁ TU ALMA?, ¡LUCHA CONTRA EL DINERO!, ¡BESA A UN ANARQUISTA!

Si Dominic Crace estaba de nuestra parte, los conserjes, en lo que irónicamente constituía una lección revolucionaria útil, eran el enemigo: rondaban por los pasillos por las noches con la misión de arrancar nuestros carteles no autorizados antes de la reunión de alumnos de la mañana siguiente. Nuestra táctica consistía en pegar los mejores en rincones donde los conserjes no los encontrarían, o solo lo harían cuando ya hubiesen contado con la apreciación general. Nos emocionaba pintarlos, nos emocionaba colgarlos, y nos emocionaba, al día siguiente, andar en busca de supervivientes: AMA A TU VECINO COMO A TI MISMO, con el cerúleo bosquejo de una pareja abrazada, duró tres días en la parte interior de la puerta de atrás del laboratorio de biología; TUS VIEJOS TE HAN DEJADO BIEN JODIDO, una cita que era contribución de mi madre, pasó una semana entera

detrás de la puerta del armario del gimnasio donde se guardaban las pelotas de baloncesto. Pero el más franco de todos —PRUEBAS DE APTITUD ACADÉMICA, ACTIVIDADES ESCOLARES: ¿PARA QUÉ SIRVE TODO ESO? — lo mostró en la reunión de alumnos un ceñudo señor Evers, el director, quien dijo que, aunque todos estábamos a favor de la libertad de expresión, esa clase de consignas no contribuían a urdir el entramado de nuestra comunidad y socavaban la moral. Además, explicó, causaban mala impresión en cualquier invitado. Una cosa así no iba acorde con el espíritu del Instituto de Manchester. Su consejo fue que existían muchos medios para la expresión, y que se animaba a quienes necesitaran transmitir su confusión o su descontento a presentar artículos al periódico escolar para su publicación.

Dominic Crace, que sabía de sobra quiénes éramos, no nos delató ni nos bloqueó el acceso al material; y pese a nuestras burlas ante el grandilocuente discurso del señor Evers, éramos como moscas en una trampa, atraídas por los placeres del aula de arte de Crace. El curso siguiente, el último para mí, todos los que aún seguíamos en el instituto —Alf y unos cuantos más se habían graduado, de modo que quedábamos seis de último curso, tres de primero y uno de segundo— nos matriculamos en Artes Plásticas.

Nuestros primeros deberes consistieron en dibujar una abeja dentro de un violín, a su vez dentro de una pera. Todos los demás se tomaron al pie de la letra las palabras de Crace y dibujaron con gran minuciosidad las tres cosas, a escala decreciente, como una muñeca rusa. A ninguno se le daba muy bien la perspectiva, pero unos resultados fueron mejores que otros. Yo ni siquiera intenté dibujar. Me fui a casa y, utilizando una percha de armazón, construí una gran pera hueca de papel maché —en dos mitades que uniría después— y forré el interior con papel dorado. El violín lo hice mediante una caja de cerillas y una fotografía del instrumento sacada de una revista de moda, y atrapé una abeja de las plantas de lavanda de mi madre con el viejo cazamariposas que había en el desván.

Tras haberle aplicado una capa de laca para que brillara, metí a la abeja durmiente en la caja de cerillas-violín, que dejé entreabierta y fijé con pegamento al suelo de la pera, y entonces, con la ayuda de mi hermano (debía de estar ya viviendo en Tucson

y habría venido de visita con Tweety, con quien acabaría casándose), instalé una bombilla diminuta, como la de una lamparilla infantil, en el interior de la pera antes de cerrarla e hice pasar discretamente el cable a través del fondo. Acto seguido horadé una crucial mirilla en la piel de la pera, a través de la pulpa de papel maché, para poder escudriñar en el interior; y he de decir, incluso ahora, que cuando estaba enchufada y la pared de papel dorado iluminaba el seno hueco de la pera, la brillante abeja durmiente en su caja de cerillas-violín se veía extrañamente hermosa. Decidí que se trataba de una pera roja, y pinté el exterior con preciosos tonos carmesíes, aplicando muchas capas para que quedara gruesa y reluciente. Me esforcé mucho en la tarea, una tarea cuya inutilidad me parecía encantadora; me produjo tremenda satisfacción, me pareció una respuesta a los carteles de antaño. «Aquí está la clave, señor Evers —me dije—, he aquí el sentido de todo». Y cuando la llevé a la clase y la dejé junto a los dibujos a lápiz de los demás, tuve el inmenso placer de ver al señor Crace juntar las manos bajo el mentón formando una pirámide (una pirámide, por cierto, que tironeó discretamente de su diabólica perilla) y soltar una risita.

—Esto —anunció mirándonos uno por uno con un súbito regocijo que me hizo pensar más en Willy Wonka que en Petruchio — sí que es una obra de arte.

Siguió una pausa, durante la que permaneció inclinado observando a mi abeja en su cámara, y luego se incorporó y se volvió en redondo.

—¿Quién lo ha hecho? ¿De quién es? ¿Es tuyo? Lo sabía. Bien hecho, Nora Eldridge. Bien hecho.

4

Sirena era una artista, y sigue siendo una artista. Una de verdad, signifique lo que signifique eso. Hoy en día hasta es bastante famosa, en ciertos círculos importantes. Aunque vive en París, Sirena no es francesa; es italiana. Esto último no resulta obvio porque se apellida Shahid y el nombre de su marido es Skandar, y su hijo lleva el mismo que el último *sha* de Irán, aunque ninguno de ellos tiene nada ni remotamente persa. Sencillamente les gustó ese nombre. Skandar es libanés, de Beirut. Sí, de acuerdo, tiene algún antepasado palestino, pero se remonta a mucho tiempo atrás; y al menos una parte de la familia, por parte de padre, me parece, siempre ha sido de Beirut. Es cristiano y musulmán a medias, lo que sin duda para algunos explicará muchas cosas, pero para mí no lo hace especialmente. Además, no estaba hablando de Skandar, que no forma parte de la historia hasta mucho después, sino de Sirena, con quien estaba —y está— casado, y que es italiana y artista.

No sería disparatado pensar que la propia Sirena era de Oriente Medio, visto el color de su piel, esa preciosa piel olivácea que en el caso de su hijo casi parecía aterciopelada, pero que en su elegante osamenta se veía joven y vieja a un tiempo; joven porque tenía las mejillas tersas y llenas, como frutas. No tenía arrugas excepto en las comisuras de los ojos, donde unas patas de gallo espectaculares parecían indicar que se había pasado la vida sonriendo de oreja a oreja o entrecerrando los ojos bajo el sol. Y tenía dos surcos desde las ventanillas de la nariz hasta las comisuras de la boca, pero no eran exactamente arrugas sino líneas de expresión. La nariz era aquilina y marcada, italiana, supongo, con la bonita piel muy tersa sobre ella y un poco brillante a veces. Unas cuantas pecas salpicaban el puente como si lo hubieran rociado con un puñadito de arena. Tenía los ojos de Reza, y las mismas cejas negras y muy marcadas, y el cabello negro, liso y brillante con vetas plateadas. No era joven: cuando la conocí, cuando Reza tenía ocho años, debía de

rondar ya los cuarenta y cinco, pero nadie le habría echado tantos años. Era así por los ojos, por la vida que había en sus ojos, y por las patas de gallo; por irónico que parezca, estas la hacían parecer más joven.

Debería haberla conocido en la Velada de la Vuelta al Colegio a finales de septiembre, la noche en que los padres acuden al aula a la hora de cenar, tras haberse librado misteriosamente de sus retoños, y se embuten en los minúsculos pupitres de sus hijos para oír cómo el maestro en cuestión, con entusiasmo contagioso, expone los placeres de las tablas de multiplicar y la misteriosa importancia de aprender la cursiva. La presentación viene seguida por un discurso de la directora, Shauna McPhee, en el auditorio, y del ineludible refrigerio a base de *pizza* tibia y gelatinosa y refrescos calientes, cuyos restos, después, debemos recoger nosotros, los atribulados y para entonces agotados profesores.

De haber conocido entonces a Sirena, habría hecho el esfuerzo de abordarla, sé que sí; pero resulta que la conocí antes, porque a Reza le dieron una paliza. Eso no es cierto del todo: siempre he tendido a la exageración. Pero sí fue víctima de un ataque y le hicieron daño.

En la tercera semana de colegio, en el patio, un miércoles después de las clases, el primer día verdaderamente fresco y otoñal, tres chicos de quinto la emprendieron contra Reza cuando estaba jugando solo —o «en solitario», como dicen a veces los niños, siempre tan encantadores— en la estructura de barras. Primero le arrojaron pelotas; pelotas grandes, de baloncesto, y no a lo tonto sino con fuerza, con mala intención. «Me pareció que estaban jugando al balón prisionero», comentó otro crío que estaba allí cerca; por desgracia, nadie le propuso jugar a eso a Reza, quien de todas formas no habría sabido qué era, y luego, de algún modo, las cosas fueron de mal en peor y uno de ellos, Owen, un chico grandote, y estúpido, debo añadir, pues le di clases un año y me costó lo mío pasarlo de curso, agarró del cuello de la camisa a Reza, lo levantó contra una columna metálica y le dio un puñetazo en la oreja. Lo llamó «terrorista» y le dijo que la zona de los columpios era para estadounidenses. Tardamos un tiempo en llegar al fondo de la historia, que por lo visto tenía que ver con un tío de Owen que padecía de estrés postraumático tras haber servido en Irak; pero la

verdad es que nada podía disculpar o explicar toda aquella escena tan atroz.

Yo estaba corrigiendo los trabajos de los niños; bueno, esa palabra les va un poco grande, pues se trataba de tres párrafos sobre «Lo que más me ha gustado de la salida escolar a coger manzanas». Estaba trabajando en mi escritorio en el aula cuando Bethany, una de las tres monitoras recién salidas de la universidad que vigilan el patio tras la jornada lectiva, me trajo a Reza. Había tenido la feliz ocurrencia de ponerle una bolsa de hielo contra la oreja roja e hinchada, pero Reza estaba muy pálido y tembloroso y tenía las pestañas apelmazadas de lágrimas. Bethany era demasiado joven o demasiado tímida para hacer lo que claramente debía hacerse: sentar a Reza y rodearlo con el brazo y hacerlo respirar hondo para calmarse, y luego, sin que el niño dejara de verla, coger el teléfono y la ficha del niño y llamar a su madre para que viniera a recogerlo.

Al principio, Sirena me produjo cierta irritación cuando sugirió, con su vocecita pausada y extranjera, que la canguro, María, pasaría a buscarlo de todas formas al cabo de cuarenta y cinco minutos. Inspiré profundamente, con la intención de que me oyera hacerlo.

—En estas circunstancias, señora Shahid —dije—, creo que sería buena idea que viniese usted misma, y lo antes posible.

—Estaré ahí en diez minutos, quince como mucho.

—La esperaremos aquí, en el aula. Venga en cuanto pueda.

Y volví a sentarme junto a Reza, apoyando un brazo en el respaldo de su silla para que se sintiera seguro.

—¿Te apetece una gaseosa? Llevo una en el bolso. ¿Y qué tal una Oreo?

Lo conquisté con un refresco y galletas, y le fui sonsacando la historia, de modo que estaba al corriente de lo esencial de la imperdonable escena para cuando llegó Sirena. Pese a las lágrimas en sus pestañas, como gotitas de lluvia en una telaraña, Reza no lloraba, aunque hipaba un poco al respirar y se le estremecían los pequeños hombros.

Yo estaba furiosa: con los tres matones, con Bethany, Margot y Sarah, que se las habían apañado para no ver nada, y un poco también con la madre de Reza, a quien no conocía todavía, por dejarlo desprotegido en una tierra extranjera, por haberlo confiado

a un sistema y a una gente de los que nada sabía. De haber sido mío, jamás habría hecho algo así. Yo lo habría cuidado y arropado, no por mera cuestión de principios (aunque también), sino porque era Reza, ese niño tan resplandeciente y precioso.

Y así, cuando Sirena miró a través del cristal, dio un vacilante golpecito en la puerta y la abrió con un chirrido, me puse en pie al instante, lista para un encuentro muy severo; pero me dejó desarmada. Bastó para ello la angustia que vi en sus ojos —eran como los de Reza, después de todo— y que cruzara corriendo la habitación para abrazarlo; en resumen, bastó la mera presencia de aquella mujer. No puedo sino suponer qué se dijeron. Hablaban en francés; ella estrechándolo entre sus brazos y Reza con la cara enterrada en su pecho, como si su aroma fuese un bálsamo para él. Era un chico mayor para un gesto así —la mayoría de mis alumnos de tercero no habrían querido que su maestra viera sus emociones tan expuestas— y los admiré a los dos, madre e hijo, por su indiferencia con respecto a mí. Ella tardó un minuto entero, o quizá dos, en levantar la cara, desenredar un brazo y tenderme la mano.

—Señorita Eldridge, estaba deseando conocerla.

—Siento que no haya sido en mejores circunstancias.

Se encogió levemente de hombros.

—Me alegro de que me haya llamado.

—Ha habido un incidente, en el patio.

—Sí, eso tengo entendido.

—Yo no estaba presente, pero, por lo que dice Reza, no ha sido culpa suya en absoluto.

Puso cara de pensar: «¿Cómo iba a serlo?».

—El margen de tolerancia de esta escuela con respecto al acoso es nulo, señora Shahid…

—Estoy segura de que lo es.

—Y vamos a averiguar qué ha ocurrido exactamente y a meter en cintura a esos chicos.

—Por supuesto.

—Lamento en particular que los chicos hayan utilizado, por lo visto, palabras ofensivas y del todo inapropiadas. Quiero que sepa que en Appleton no tenemos… no hemos tenido… Que esto no es habitual, en absoluto. Y nos aseguraremos de que no…

—Lo comprendo.

Se puso en pie, y Reza con ella, como si estuvieran unidos por la cadera. Sirena sonrió y… ¿Sería porque tenía la misma sonrisa que el niño? Es posible, aunque en aquel momento no se me pasó eso por la cabeza. Lo que pensé, con la misma claridad que si lo hubiese dicho en voz alta, fue: «Ah, eres tú. Claro que sí, debería haberlo sabido». Y después, cuando pude reflexionar, volví a pensarlo con las palabras «Te reconozco». Fue una sensación muy extraña, de alivio y alarma al mismo tiempo. Fue como ver un fantasma o presenciar una aparición —¿Quién es ese que camina siempre a tu lado?—, la sensación de que no te queda otra opción con una persona que la confianza más absoluta.

—… agradezco tanto —iba diciendo Sirena—. Este traslado, este cambio tan grande, podría haber sido… difícil para Reza. Pero a él le encanta asistir a sus clases.

—Y a nosotros nos encanta tenerlo aquí. —Dije eso mirando a Reza con una gran sonrisa, y él me clavó la misma mirada seria e inescrutable que aquel primer día en el supermercado—. Y confío en que lo ocurrido hoy, por horrible que haya sido, no haga que esta escuela te deje de gustar.

Reza sacudió levemente la cabeza, y no supe muy bien en qué sentido contestaba.

—Mi principito es muy fuerte —intervino su madre—. Estará bien.

Sirena volvió a sonreír, me miró, me miró de verdad, y tuve la sensación de que ella también me veía claramente. Tuve deseos de preguntar: «¿Tú también me reconoces?», para asegurarme de que no era solo cosa mía. Pero ¿cómo puede alguien decir algo así?

—Ha sido un placer conocerla, señora Shahid —dije, y nos dimos otro apretón de manos, a instancia suya, y su mano me pareció menuda pero fuerte, cálida y seca—, y cuente con que le haré saber de inmediato cómo nos ocupamos de este asunto. La llamaré. Aquí tiene mi número particular, por si lo necesita. Y me encantaría verlos a usted y su marido en la Velada de la Vuelta al Colegio de la semana que viene.

—La semana que viene… sí, sí, claro —repuso, pareciendo a la vez recatada, divertida y reservada—. Por supuesto. Adiós.

Por supuesto. Por supuesto. Aquel encuentro me pareció inevitable, como un fruto del azar, como una puerta que se abre.

Todavía no sabía que Sirena era una artista, una artista de instalaciones privada de su estudio parisino. Cuando madre e hijo se hubieron ido, volví a sentarme al escritorio, con la vista fija no en los párrafos sobre la recogida de manzanas sino en las ramas al otro lado de la ventana del aula, en cómo el arce de Noruega, con su vestido de fiesta teñido de carmesí, se veía alborotado contra un cielo límpido y sin estelas como en el
11-S.
¿Cómo podían recortarse tan perfectamente las hojas? ¿Por qué estaba el cielo de un azul tan impecable? ¿Cómo era capaz de pronto aquella tarde de llenarme no de la indignación que había sentido antes sino de euforia? Sí, de euforia. Sentada a mi escritorio, lápiz en mano, bajo la luz que declinaba, bajo los rayos sesgados del sol de la tarde, sentía el nerviosismo de un niño. En la habitación nada se movía, solo mis entrañas.

5

A la mañana siguiente, Shauna McPhee se reunió con los tres matones para conversar con ellos sobre la solidaridad, la tolerancia y la importancia de las palabras. Estoy segura de que les habló de cómo tomar buenas decisiones y de su propia seguridad, y de que luego hizo entrar a Reza y que los chicos se disculparan uno por uno y le estrecharan la mano delante de ella, y solo después de que hubiera vuelto a irse les dijo que tendrían prohibido salir al patio durante el recreo o después de clase durante una semana. Asimismo se informaría a sus padres de la cuestión, y Shauna telefoneó a Sirena para asegurarle que el incidente, tal como ella lo expresó, había quedado «resuelto».

No me malinterpreten, siento admiración por Shauna, quien me lleva cinco años y es soltera y sin niños como yo, pero, a diferencia de mí, es una estrella del sistema de educación pública. En aquel entonces ya llevaba tres años como directora, estaba al frente de Appleton desde antes de haber cumplido los treinta. Pero pienso que solo hay una manera de salir adelante como administradora de una escuela, y es comprendiendo mejor a los adultos que a los niños. Se hace gran alarde de comprender a los niños, pero es una representación de cara a los adultos. Si Shauna entendiera de verdad a los niños, habría sabido que los tres matones no tenían la inteligencia suficiente para apreciar la sensatez de normas como la tolerancia y la aceptación, solo que eran en efecto normas, por lo visto. Y todo el mundo sabe que, cuando se trata de normas —si eres un niño torpe y travieso con un malicioso toque de perspicacia animal que es tu mayor orgullo—, la cuestión no es obedecerlas sino evitar que te pillen incumpliéndolas. De haberlo entendido Shauna, habría sido consciente de que los chicos consideraban una humillación esos apretones de manos en su despacho, que solo los hacía despreciar aún más a Reza. Con su aparente «resolución» de la cuestión, Shauna no había hecho sino fomentar la guerra de

guerrillas, y supe que yo tendría que estar ojo avizor.

Sirena no era tonta y también lo sabía, y aquella noche me llamó por teléfono a casa. Cuando advertí quién era volví a sentir aquella extraña corriente de alta tensión.

—Señorita Eldridge, perdone si…

—Llámeme Nora, por favor.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Un silencio en la línea es algo maravilloso, misterioso. ¿Quién sabría qué significaba?

—Nora. Sí. Perdone que la moleste llamándola a casa, pero quería saber su opinión.

—¿Sobre los chicos?

—Sí, los chicos. —Tenía la costumbre de repetir las últimas palabras que el otro decía antes de proseguir, como si la conversación fuera una carrera de relevos. Nunca supe decir si se trataba de algo cultural, de un rasgo italiano, o si tenía que ver con vivir en la eterna traducción, asegurándose de haber dicho lo correcto, o era una mera peculiaridad suya—. Quería saber si le parece que los chicos —pronunció *chicos* con un acento italiano ligeramente cómico— van a comportarse bien ahora.

—¿Porque usted no lo cree?

—¿Yo no lo creo? No lo sé. A veces parece que la cosa va a marchar bien, pero los chicos se enfadan. No les gusta meterse en problemas, y eso los hace enfadarse más.

—Eso es una verdad como un templo, señora Shahid.

—Sirena, por favor. Si no, no puedo llamarla Nora.

—Sirena. —Traté de pronunciarlo como lo hacía ella, pero no sonó igual—. En este punto, solo podemos estar ojo avizor. A menos que haya otro incidente, y espero de verdad que no sea así…

—¿Y si tomamos un café?

De nuevo experimenté aquella corriente eléctrica. De qué cosas extraordinarias era capaz el cuerpo, sin motivo aparente. A menos que ella me hubiese reconocido también. Y entonces tuve la sensación de que lo otro había sido una excusa, aunque no lo fuera del todo.

—¿Un café? Sí, cómo no.

—Para explicarle, para hablarle sobre Reza, que viene de un mundo muy distinto. Es importante para mí que este año en América sea bueno para él. No tenía muchas ganas de venir, de

modo que…

De modo que no era una excusa. Había una verdadera razón. La oportunidad de ser una maestra mejor.

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo le iría bien?

Fijamos una fecha dos días después de la Velada de la Vuelta al Colegio. Quedamos en encontrarnos en el café Burdick en Harvard Square, un poco raro porque no me gusta mucho, y no creo que lo haya sugerido ella. Debí de proponerlo porque es el no va más de la vida del vecindario; pero el ambiente siempre me parece sofocante, con las ventanas empañadas, y cuesta mucho encontrar dónde sentarse y los pasteles son demasiado empalagosos y caros, pero si te has tomado la molestia de ir a Burdick siempre parece un desperdicio no tomarse uno. Prefiero Starbucks, donde la comida es francamente mala y no resulta violento evitarla. Aunque se hace difícil sugerirle Starbucks a alguien que viene de París.

Me he preguntado muchas veces hasta qué punto el encanto de los Shahid dependía de su condición de extranjeros. Siempre me ha atraído lo foráneo. En mi primer curso en el instituto tuvimos en casa a una alumna londinense de intercambio; se llamaba Hattie, y decidí de antemano que me haría amiga suya. Casi etérea de tan pálida, tenía una cara de pan y grandes ojos azules, llevaba una melenita a lo paje teñida de rubio que le caía con sofisticación sobre media cara y un impermeable negro muy retro con un ojo de buey estampado en la espalda. Era robusta y fuerte, pero no gorda, llevaba botas negras Dr. Martens de cordones y escuchaba música de Joy Division y The Clash. Y procedía de Londres, Inglaterra. En todo el instituto no había nadie que le llegara ni a la suela del zapato, y yo le hice tanto de guía como de amanuense durante el curso. Eso me volvió mucho más enrollada a los ojos de mis compañeros de clase. Fue solo a media estancia cuando reveló que era tan joven como yo, o casi, y me dejó asombrada y consternada a la vez, lo segundo porque significaba, por lo visto, que mi pretensión de ser alguien especial quedaba de pronto en nada, en una flecha solitaria en su gran carcaj.

Ya que hablamos del tema, no había nada ni remotamente foráneo en mi padre, con su descuidado guardarropa de Brooks Brothers y su educación en Wenham, Massachusetts. Y en el caso de mi madre solo había una abuela italiana de la que conservaba una

única fotografía, pues había muerto cuando ella tenía dos años; y una hermana profundamente católica que había contemplado hacerse monja, que nos parecía algo bastante foráneo. De niño, mi hermano Matt era tan yanqui que detestaba la verdura, la fruta y toda clase de comida étnica: india, china, tailandesa; las rechazaba todas, asegurando que consistían en carne de caballo nadando en salsa marrón. No sé si habrá cambiado, ni siquiera a estas alturas. No, aquel anhelo por lo venido de fuera era solo mío.

—Ha habido Eldridges aquí casi desde el principio —se había oído presumir a mi padre mientras abría una botella de vino o servía puré de patatas—. Nuestro linaje es muy antiguo.

Y en Manchester-by-theSea, a un corto trayecto en bicicleta de las majestuosas casas en la costa de la pequeña nobleza, yo pensaba en lo revelador que era ese «casi» de mi padre, en cómo ese «casi» conducía, tristemente, hasta nuestra humilde puerta.

Siempre pensé que viviría en París, Roma, Madrid, al menos durante un tiempo. Ahora caigo en que no soñaba con Zanzíbar, Papeete o Taskent: hasta mi fantasía era cautelosa, la fantasía de una buena chica, una birria de fantasía. Hoy en día, basta con eso para que apriete los puños y se me crispen los dedos de los pies.

En estos últimos años he pensado mucho en la canción de Marianne Faithfull *The ballad of Lucy Jordan*: «A los treinta y siete, comprendió que jamás cruzaría París en un descapotable, con el viento cálido revolviéndole el cabello…», y he sentido pequeños pinchazos detrás de los ojos. No porque creyera que iba a quedarme sin mi momento en el descapotable parisino —a los treinta y siete, a los treinta y ocho e incluso a los treinta y nueve, tenía la insensata, y equivocada, convicción de que ese momento era inminente—, sino porque Marianne tiene razón cuando dice que los treinta y siete —los años que tenía yo cuando llegó Reza— son una edad para rendir cuentas, la edad en que debes reconocer de una vez por todas que tu vida tiene una forma y un horizonte, y que probablemente nunca serás presidente, o millonaria, y que si eres una mujer sin hijos, es muy posible que continúes siéndolo. Luego viene un período de adaptación antes de que una sea vieja formal y oficialmente, pero yo no lo utilicé para ese propósito. Utilicé esos años de otra manera, o eso creí. Pensé que los usaba para que mi vida fuera real, ¿no era así como lo expresaban en los sesenta?

¿Para «realizarme»? Pero resulta que, hasta el sol de hoy, he estado siempre en la casa encantada.

6

Cuando Sirena no hizo acto de presencia en la Velada de la Vuelta al Colegio, me pregunté si debía llamarla para recordarle nuestra cita en el café Burdick dos días después. Decidí esperar a ver qué pasaba. Era consciente de que mi actitud no solo no era propia de una maestra sino también poco adulta. Estaba poniendo a prueba su amistad.

Sirena aprobó el examen. Acudió a la cita, aunque casi un cuarto de hora tarde y cargada con bolsas y paquetes con los que se abría paso con torpeza y golpeaba a los demás clientes; a una anciana dama que tomaba chocolate le dio un trastazo en la nuca.

Como llevaba un rato esperándola, me las había apañado para conseguir mesa. En ese local, las mesas y los taburetes son pequeños y están muy juntos, y no resultan muy cómodos, pero nos embutimos como pudimos y amontonamos sus paquetes a los pies. Nos dejamos puestos los abrigos, pese a que hacía calor, porque no teníamos dónde colgarlos.

—¿Estaba de compras?

—Sí, de compras. Mañana es el cumpleaños de mi marido. —Soltó una breve risita—. Siempre hacemos muchos regalos. No regalos grandes, sino montones de detalles. Me cuesta mucho encontrar los adecuados. Es un hombre bastante… ¿idiosincrático?

—Idiosincrásico.

—Eso.

—¿Y están aquí por el trabajo de su marido?

—Solo por un año. La universidad le ha concedido una beca de investigación, para escribir su libro.

—Qué interesante. ¿De qué trata?

—Tendrá que pedirle a él que se lo explique mejor, porque yo voy a hacerlo fatal. De ética. Trata de ética e historia. Le interesa que no seamos capaces de contar una historia con veracidad, pues eso no existe, al fin y al cabo, de modo que debemos tratar de

contar una historia desde la ética… y ¿qué se supone que significa eso?

—¿Por qué no puede ser veraz una historia?

—Porque siempre disponemos tan solo de una parte de la historia. No se puede crear una imagen de trescientos sesenta grados; no podemos mostrar todo aquello que experimentamos, ni en un solo segundo de una vida. Y así, ¿cómo vamos a hacerlo con la historia de una persona, o con la historia de un pueblo? ¿Con la de una nación? No es posible. —Tendió las manos con las palmas para arriba, en un alegre gesto de desesperanza.

—¿Y qué hace usted? ¿Se dedica también a la historia, o a la ética, o lo que sea?

—¡No! Sería incapaz de dedicarme a esas cosas. Las palabras no son mi fuerte. —Me miró intensamente, con fuego en los ojos oscuros y marmolados—. Soy artista. Creo cosas. Instalaciones, y a veces vídeos. —Lo dijo con la misma tranquilidad de quien confiesa que prepara pasteles o colecciona sellos, y supe que hablaba en serio.

—Está de broma.

—No. ¿Por qué?

—Yo también soy artista.

El corazón me había dado un vuelco ante su admisión —¡Eso era lo que compartíamos, por supuesto!—, pero me preocupó, por su sonrisa, que su primer impulso fuera mostrarse benevolente. Estaba pensando que el arte tenía que ser un pasatiempo para mí. Estaba pensando que yo era una maestra de primaria. Pero era demasiado educada para dejarlo entrever.

—No me diga —respondió—. Pues tiene que contármelo todo sobre su obra.

—No, no, soy yo quien quiere oír hablar de la suya. Podemos hablar sobre mí en otra ocasión. —Me sentí audaz porque había dado a entender que habría otra ocasión—. Estoy aquí para que me cuente cosas sobre la vida de Reza, y eso significa que también sobre la suya.

—Sobre nuestra vida no hay mucho que decir. De Reza sí le diré que es un niño muy querido porque no pudimos, o más bien yo no pude, tener más hijos. ¿Tiene usted hermanos, Nora?

—Un hermano mayor.

—Entonces sabrá qué supone, por qué es tan importante. Vengo de una familia de cinco hermanos, y Skandar de una de tres, aunque uno de sus hermanos ha muerto. Pero los dos queríamos tener más hijos; por Reza también, ya sabe.

—Como profesora, le diré que los hijos únicos tienen muchas veces ciertas ventajas en el aspecto académico…

—Sí, porque nosotros, los padres, los malcriamos y pasamos mucho tiempo con ellos. Un hijo único se convierte en una especie de tercera persona en la pareja, ¿sabe? No tienen mucha oportunidad de ser niños, sino pequeños adultos.

—¿Les preocupa eso en el caso de Reza?

—Sí, nos preocupa. En París, le hemos creado un mundo de niños. Tiene primos, no primos verdaderos, pues están en Italia, pero sí amigos tan íntimos como primos. Solo en nuestro bloque de pisos tiene tres amigos, incluida una niña tres semanas mayor que él a quien conoce desde siempre. Se ven casi todos los días.

—De modo que es una transición difícil para él, lo de venir aquí.

—Lo es para todos nosotros, sí, por supuesto.

—Saberlo me es muy útil, gracias. —Había esperado alguna revelación más íntima, no sé muy bien de qué clase.

—Verá, pero con lo del acoso…

—Sí, fue horrible, ya lo sé. Estaré muy pendiente. Pero eran chicos mayores, que no lo conocían bien. En nuestra clase es tremendamente popular. A todos les cae muy bien, a niños y niñas por igual. Es un niño muy amable.

—Sí, es amable.

—Y está progresando mucho con el inglés.

—Sí. Ahora en la cena solo hablamos inglés, para practicar. Los tres cometemos errores. «Por favor, pásame eso», decimos cuando no sabemos una palabra. A veces estamos demasiado cansados. Pero ahora Reza nos enseña palabras.

—Confío en que no sean palabras groseras.

—De esas también. —Sonrió.

Apuramos nuestros cafés. Aquel momento de reconocimiento, aquella señal, debía de tener algún significado.

—Pero volvamos a su obra —dije—. Iba a hablarme de su arte.

En aquella primera conversación me habló de sus instalaciones, que consistían —como acabaría por comprobar con mis propios ojos

— en exuberantes jardines y junglas construidos con objetos caseros y residuos: prímulas elaboradamente talladas en jabón, azucenas y tulipanes a base de trapos de cocina teñidos y almidón, plateadas enredaderas de cuerda de tender y papel de plata pintados y barnizados, de impecable y precisa factura. No acababa de imaginarme todo eso cuando me lo explicaba, pero la idea en sí tenía sentido para mí: visiones del paraíso, de un mundo de ensueño, de lo hermoso, y entonces, cuando te acercas mucho, adviertes que las flores tienen motas de mugre, que las enredaderas se desmenuzan y que los relucientes escarabajos que avanzan por las cerosas hojas son tapones de botella moldeados o viejos botones de piel con patas. Sus instalaciones llevaban nombres de cuentos de hadas y de la mitología —el Bosque de Arden, Ávalon, Oz, Elsinor —, pero eran, en realidad, la cocina o el lavadero, y tarde o temprano el espectador descubría el antiquísimo fregadero tras la cascada o que los peñascos entre los árboles eran una lavadora y una secadora, ennegrecidas con soplete y cubiertas de borra oscura.

También me contó que en los últimos tiempos había filmado vídeos de las instalaciones, y que esos vídeos relataban precisamente esa revelación de que el mundo bello era una farsa, de que se había hecho con basura; pero que primero había tenido que filmarlo de manera que se viera plenamente hermoso, y eso había costado muchísimo a veces. Y también el relato en sí resultaba difícil: cuando se filma un vídeo tiene que haber una historia, y una historia que se desarrolle a lo largo del tiempo y de un modo distinto, y no siempre se desarrolla como una tenía previsto.

Me contó todo eso y advertí que por una parte sentía orgullo, y hasta pasión, cuando hablaba de ello, pero, por otra, seguía dando muestras de cierto hastío. Sentí una punzada de resentimiento.

—¿Podría ver en qué trabaja ahora?, —pregunté.

Sacudió la cabeza y me miró a través de una película de cabello.

—Se supone que estoy construyendo el País de las Maravillas, ese es mi próximo proyecto. Pero no tengo nada aquí conmigo. Quizá podría enseñarle un vídeo de unas cuantas cosas de antes, aunque en realidad no acaba de ser lo mismo.

—¿Por qué no?

—Es una cuestión de espacio, y de que mis herramientas y todo mi mundo están allí.

—¡Pero no puede pasarse un año entero sin su arte!

—No. Me convertiría en un monstruo del que ni Reza ni Skandar querrían saber nada. Es lo que impide que me vuelva loca. De otro modo hay demasiada oscuridad.

—A mí me pasa lo mismo. Necesito dedicarme a él, o me vuelvo loca.

Sonrió, y fue una sonrisa genuina, como si ahora sí quisiera oír hablar de mi obra. Y le conté que antaño solía pintar grandes cuadros abigarrados, pero cuando mi madre enfermó, y durante todos los años que estuvo moribunda, solo pude cumplir una función al mismo tiempo y me vi incapaz de pintar, me vi incapaz de cualquier gesto ampuloso, y me dediqué por tanto a hacer cosas pequeñas, habitaciones del tamaño de cajas de zapatos, dioramas a escala Joseph Cornell, como si al menos eso no pudieran arrebatármelo; y son esos los fragmentos con que he ido apuntalándome para contener mi ruina. Y no le expliqué entonces a Sirena que había dejado de intentar exponer mis obras, y mucho menos de venderlas, y que abandoné la idea de que encontraran un sitio en el mundo; porque de algún modo, en aquel largo y lento proceso de una vida que se extinguía, me dio la sensación de que la única manera que tenía de intentar mantener con vida a mi madre era encerrarme en mí misma y aferrarme a lo que hacía tal como ella me había hecho a mí. Me preocupó que aquello pudiera no tener sentido, y por eso no se lo conté entonces a Sirena. Pero sí le hablé de mis cajas iluminadas, de las escenas y mundos en miniatura que construía, y en los que siempre, oculta en algún sitio donde apenas se la veía, o no se la veía en absoluto, había una pequeña figura dorada que representaba la Alegría.

—Me cuesta creer en ella —expliqué—, pero al mismo tiempo es lo más importante que quiero obligarme a creer. De modo que la pongo ahí pase lo que pase. La incluyo hasta en las escenas de muerte.

—La comprendo, de verdad que sí —contestó, y advertí que realmente lo comprendía, y de pronto la tarde mereció la pena, la señal de antes había significado algo y las dos podíamos levantarnos de la incómoda mesita en Burdick e internarnos por separado en la oscuridad que ya había caído.

Cuando recogía los paquetes, con una torpeza que me pareció

encantadora, Sirena dijo sin alzar la mirada:

—Estoy pensando en alquilar un espacio, pero el que me gusta es muy grande, demasiado grande para mí sola. Prefiero compartirlo, ¿estaría interesada?

—Sí —contesté, antes de comprender del todo qué me estaba ofreciendo. Fue un «Sí» muy rápido.

Fuera, en la acera, Sirena me apoyó una mano en el brazo, como hacía su hijo cuando me apoyaba su manita. Ahora entendía de dónde salía ese gesto.

—La llamaré —dijo—. Este fin de semana podría venir conmigo a ver el estudio. ¿Qué tal el sábado por la tarde? Skandar y Reza pueden hacer algo juntos.

—Sí —contesté, sin tener en cuenta que había prometido ir a ver a mi padre ese día, que tendría que llamar para decepcionar a aquel hombre viejo, enjuto y gris, solo en su apartamento de Brookline, que contaba las horas que faltaban para mi llegada. Y, al percatarme de mi error, tampoco vacilé; y no esperé a que Sirena me lo confirmara, sino que lo llamé, imaginándolo en su sala de estar amarillo limón y con demasiada calefacción, con la extraña y mullida moqueta rosa que había elegido mi madre cuando se mudaron desde Manchester, cuando las cartas ya estaban boca arriba pero aún podía tomar esa clase de decisiones —me parecía extraño que mi madre lo hubiera convertido adrede en un apartamento de viejos, con los colores y los muebles de su antigua casa imperando para crear una atmósfera polvorienta y senil, como si al hacer eso pudiera internarse en la vejez (no era vieja en aquel entonces, ni lo era cuando murió), pudiera ir tirando simplemente mediante el recurso de establecer el escenario para ir tirando—, y siempre, cuando hablaba con él, lo imaginaba desamparado en aquel mar de rosa y amarillo, ajeno por lo visto a él. Le dije que había surgido algo; di a entender que tenía que ver con el colegio. Trató de parecer ilusionado por mí, quizá pensando que podía suponer alguna mejora profesional, mientras que yo intenté parecer irritada ante aquella obligación, como si no hubiese nada que me apeteciera menos. Ambos llevábamos tantísimo tiempo embarcados en una afable farsa que apenas éramos conscientes de ello; pero sin duda él supo que yo no lo lamentaba lo suficiente y yo supe que él se había llevado una decepción, y me avergüenza admitir que

estaba tan emocionada que no me importó tanto como debería haberme importado.

Llega un momento, ese momento a lo Lucy Jordan, en el que tu vida te parece insignificante y siempre igual, y crees que nada cambiará, que la esperanza no es lo tuyo, y en mi caso, en esa etapa temprana de toma de conciencia de tu estado, ni siquiera sentí ira. Quizá sí me sentí consternada, impresionada; pero en eso, al parecer, consiste la vida, un mundo en el que la mayor emoción del día supone la llegada de un catálogo de Garnet Hill, que leerás detenidamente en el cuarto de baño, y en el que un triunfo equivale a dar un largo paseo por el cementerio deliciosamente aislado por la primera nevada y conseguir no perderte entre los muertos, y encontrar la lápida de tu madre y besarla, besarla a ella: he ahí un triunfo. La piedra te deja un sabor gélido en los labios y la nariz; y el cielo, con sus caballones de nubes, está teñido de malva. Qué distinto es eso de las sofisticadas y elegantes reuniones en las galerías del Meatpacking District de Nueva York que antaño se te antojaban tu destino; y mientras que es hermoso —también el duelo puede ser hermoso—, este pequeño triunfo no tiene el más mínimo aspecto de ser un principio. Digamos tan solo que las puertas abiertas de las tumbas no son necesariamente umbrales que una quiera cruzar.

Pero por lo visto es en eso precisamente en lo que consiste la Muerte, o el catálogo de Garnet Hill, esa alegre y fina distracción de la Muerte; o un episodio de *Ley y orden*, porque puedes encontrarla en una cadena u otra en cualquier momento del día o la noche —¡La detective Benson! ¡El detective Stabler, desaparecido hace tanto! — y dejar de estar sola.

Y entonces, de repente, aparece algo más. Cuando menos te lo esperas. De pronto hay una oportunidad, un camino, una persona o un grupo de ellas que nunca habrías imaginado, y —¡Oh, euforia!— te sientes como si hubieses encontrado una mina de oro, cuando pensabas que toda pátina dorada se había desvanecido de este mundo para siempre. Y eso basta durante un tiempo —quizá durante mucho tiempo— para recordar que estuviste furiosa una vez, que sabías siquiera qué era la furia.

7

Cuando fui a la universidad —a Middlebury, una pequeña y liberal facultad de Letras conocida por sus estudios de lenguas, en Vermont — no me especialicé en Bellas Artes. No habría tenido mucho sentido ir a Middlebury para eso. Antes de elegir facultad había tenido una pelea, o más bien una discusión, con mis padres. Había presentado solicitudes de ingreso en la Escuela de Diseño de Rhode Island, en la de Bellas Artes de Providence y en la de Pratt, en Nueva York, así como en una serie de facultades liberales tradicionales, y mis padres me sentaron para hacerme saber que pensaban que estudiar arte supondría desperdiciar una oportunidad. Dicha opinión no me sorprendió en el caso de mi padre; pero confiaba en mi madre, de modo que la escuché.

—En cualquier caso seguirás con tu arte —dijo—. Tu arte no depende de un título. Para serte franca, tu arte pertenece a un mundo en el que los títulos no tienen ningún sentido.

—¿Y para qué voy a ir a la universidad? ¿Por qué no me limito entonces a dedicarme al arte?

—Mira, Ratita —mi madre me llamaba así; nadie más lo hacía, ni siquiera mi padre, y cuando perdió la facultad de hablar me pareció que me transmitía ese nombre con los ojos—, solo tienes dieciséis años. No eres suficientemente mayor para votar o beber, ni para firmar el contrato de alquiler de un piso. Apenas estás en edad de conducir. Puedes irte a la universidad o quedarte en casa con nosotros y dedicarte a tu arte en el garaje y pasarte el día sirviendo helados calle abajo. La elección es tuya, pero sé muy bien qué elegiría yo: ¡salir de este sitio de mala muerte! Ver mundo.

—¿Y por qué no lo haces?

—¿Por qué no hago qué?

—Salir de aquí y ver mundo.

—Ay, Ratita —me acarició el cabello, que entonces llevaba largo, así que su mano me recorría la espalda. Más que una ratita,

como si fuera un gato. Me encantaba. Me encantaba ser su niñita. Recuerdo que la miraba y pensaba que era lo más hermoso sobre la faz de la Tierra—. Yo ya tuve mi ocasión, cariño. Quizá habrá alguna más, pero, de momento, hago falta aquí.

—¿Por qué?

—¿No sabías que me dedico a convertir esta casa en un hogar? Es lo que hacen las madres.

—Pero yo me iré y entonces…

—Quiero a tu papá. Y él también necesita un hogar.

Y volvimos a la cuestión de la universidad: por lo visto la escuela de Bellas Artes no era una opción porque no había dinero —apenas había suficiente, incluso pidiendo préstamos, para que fuera a la universidad—, y a mi madre le preocupaba que pudiera ganarme la vida al acabar.

—Eres una criatura, puedes ir después a la escuela de Bellas Artes y saldrás sin haber perdido nada. Consíguete un posgrado en pintura además de la licenciatura, y estarás lista para todo lo demás. Quiero que lo tengas todo. Pero no como cuando yo era joven, cuando las chicas iban a la universidad solo para cazar marido. No vivirás con la calderilla que te pase un hombre, por mucho que lo ames. No dependerás de nadie, solo de ti misma. En eso estábamos de acuerdo, ¿no?

Y hubo una crispación en su voz que entonces me pareció tristeza y ahora reconozco como ira, el mismo tono que aparecía en sus fases intermitentes de desesperanza. Y así, asistí a la Universidad de Middlebury.

Siempre me pareció que el gran dilema de la vida de mi madre había sido el de vislumbrar la libertad demasiado tarde y a un precio demasiado alto. Era de la generación en la que las normas habían cambiado a medio camino, nacida en un mundo de ropa blanca recién planchada y comidas de tres platos y moños con mucha laca, en el que las mujeres recibían una educación y luego se veían relegadas a las tareas domésticas; más o menos como si se utilizara un mantel bordado con primor para servirles el desayuno a unos niños desastrados. Su título de la Universidad de Míchigan era poco más que de adorno, y siempre me pareció significativo que estuviera en un rincón del desván, con su marco engalanado por bolas de polvo, entre diez o doce obras de arte menores relegadas al

olvido, detrás de cajas de juguetes abandonados. Fue la primera mujer de su familia que iba a la universidad, y ese hecho le había importado lo suficiente como para enmarcar su diploma, solo para avergonzarse entonces de que le importara, para avergonzarse de no haber hecho nada con él, de haber desperdiciado su oportunidad.

La transición del orgullo a la vergüenza tuvo lugar en algún momento poco después de mi nacimiento, diría: yo aparecí en el 67 y, en 1970, sus dos mejores amigas en Manchester se habían divorciado y mudado a otro sitio, para renacer en las vidas desordenadas y no necesariamente más felices de las liberadas. Mi hermano nació en 1959, cuando Bella Eldridge solo tenía veintitrés añitos: él representaba lo que había hecho ella con su preciosa educación.

Por lo que sé, esa primera vez mi madre no acabó consumida por las exigencias de la maternidad. En aquellos tiempos, todas las mujeres jóvenes que la rodeaban andaban haciendo lo mismo, discutiendo sobre Jane Austen ante un café mientras sus mocosos con pañales de tela gateaban por el suelo; unas mujeres que aún eran casi estudiantes, encantadas de verse absueltas de la preocupación por el dinero y que todavía creían alegremente que la vida era larga y les traería algo más que moqueta en las habitaciones y una nueva olla de cocción lenta, con una cena ocasional en Locke-Ober o en el Copley Plaza de Boston como celebración de aniversario. Era lo bastante joven como para tener esperanzas.

Hay muchas películas caseras y diapositivas anticuadas de Matthew de bebé, con una cabeza cuadrada un poco a lo Frankenstein y unos brillantes ojos azules —un crío de su época, de algún modo, con ese aspecto completamente yanqui que los bebés de hoy en día ya no parecen tener—, y al fondo se ve a mi madre sonriendo, con el rostro anguloso y un cigarrillo en la mano. Sonríe ante los columpios, sonríe junto al árbol de Navidad, sonríe tras la mesa de pícnic, con su mantel a cuadros azules, el 4 de julio.

En las fotografías de años después, las únicas que quedan de mi propia infancia, hasta la luz del día se ve más sombría. Quizá Kodak había cambiado su fórmula; o quizá el mundo había seguido adelante. Yo era un bebé más menudo, más melancólico, que nació

tres semanas antes de hora y pesó menos de tres kilos («Siempre impaciente, esa es mi chica», solía decir mi padre) y con espeso pelo negro que luego se cayó y me dejó casi calva durante meses. Parezco una rana aturdida acicalada con vestidos preciosos, con un pie regordete asomando bajo el dobladillo, y mi hermano, un fornido crío de ocho años con dientes de conejo, me mira con recelo desde los extremos de las fotos enmarcadas. Mi madre apenas aparece en esas imágenes. Debía de tomarlas ella. Hay una instantánea navideña de los tres, con mi padre detrás de la cámara; según contaba mamá, fue el año que Matthew y yo teníamos la gripe, y se nos ve a todos rubicundos, con rosetones de muñeca en las mejillas, incluida mi madre, que lleva el largo cabello muy desgreñado y un pichi de topos que se le cae en un hombro. Los ojos se nos ven tristones, quizá por culpa de la fiebre, y hasta los de Matt parecen negros, y mi madre tiene la boca entreabierta con expresión desdeñosa, como si estuviera a punto de decirle a mi padre que parase de una vez y dejara el maldito trasto.

No tengo recuerdos infelices de mi más tierna infancia, ni mucho menos; mi único temor era mi hermano, quien me hacía trastadas en cuanto tenía oportunidad. Pero los testimonios que han quedado parecen sugerir que mi madre sufría. Solo tenía treinta y un años cuando yo nací, pero ya había pasado por todo eso una vez y sabía lo que tendría que ceder, y sabía asimismo que, como la Bella Durmiente, despertaría del sueño de la maternidad para encontrarse con que los años habían transcurrido y ya rondaba los cuarenta. No es de extrañar que se embarcara más tarde en aquellos planes descabellados: la cocina, la costura, la escritura de libros infantiles que nadie publicaría y que ni siquiera ella misma intentaba publicar, todo ello con la intención de verse catapultada a un mundo más grande, un mundo más allá de Manchester, a alguna temprana fantasía que aún persistía en las comisuras de sus ojos. Pero cuando se inscribía en cursos —Alfarería Avanzada o Francés Oral—, incluso entonces costaba creer que se los tomaría en serio. El único empleo remunerado que tuvo nunca cuando yo era joven fue en la librería del barrio en vacaciones, cuando contrataban personal de apoyo —un par de universitarios y mi madre— para la campaña de Navidad. Lo hizo varios años seguidos y se aficionó a hacer preciosos envoltorios, con los dobleces perfectos y florituras

de cinta dorada.

No era ambiciosa en ningún sentido práctico. Sus amigas que sí lo eran seguían una estrategia, estudiaban derecho por las noches o hacían oposiciones a agente inmobiliario, y luego daban los pasos necesarios para alejarse del hogar y salir al mundo. Mi madre las admiraba y sentía celos de ellas al mismo tiempo, como les pasa a las mujeres gorditas con sus amigas que han conseguido adelgazar cuando tratan de obligarlas a comerse un pedazo de pastel de chocolate. No mantenía mucho contacto con las que volvían a trabajar o se divorciaban y se mudaban a la ciudad: organizaba comidas de celebración con ellas y las despedía, como si partieran en una peligrosa misión de la cual se hacía imposible —y en efecto lo era— volver sana y salva.

¿Recuerdan las comidas de mujeres de aquellos tiempos? La mesa se ponía a primera hora de la mañana. Salmón cocido frío y ensalada Waldorf, jarras de té frío, sudorosas botellas de vino blanco, todo servido en la mejor porcelana, y todas las señoras seguían ahí, en una nube azul de humo de tabaco, cuando yo volvía a casa del colegio, como si no tuvieran la más mínima razón para marcharse. E incluso en aquel entonces tenía la certeza de que, una vez que abandonaran aquel círculo encantado, lo harían para siempre.

Cuando tenía unos siete años, la semana anterior a Navidad —y antes de los años de la librería, debo añadir; solo ahora se me ocurre que fueron resultado directo de este incidente—, mi madre rompió a llorar en el supermercado A&P, con el rostro vuelto un mapa de manchurrones bajo la luz amarillenta. Yo había pedido algo especial —un tarro de mantequilla de cacahuete al chocolate, quizá, que otras madres más indulgentes permitían que sus hijos llevaran al colegio en sándwiches de pan con mantequilla: ¡un postre de plato principal! ¡Qué mundo chiflado!— y las facciones de mi madre se desencajaron.

—Lo siento —balbució con la cara llena de lágrimas a la vista de todos mientras yo empujaba avergonzada el carrito, y a ella con él, con la vista clavada en el suelo—, pero no hay nada, ni para ti ni para tu hermano. Nada de nada. No tengo nada que regalarte en Navidad. No queda dinero. —Soltó un pequeño gemido, y me encogí—. Tuve que arreglar el lavaplatos, y luego aquella piedra me

saltó al parabrisas en la autopista y tuve que cambiar la luna… y es todo tan caro, ¿sabes?, tan caro que ya no queda nada. Y no puedo pedirle dinero a tu padre, ya no puedo pedirle más. De modo que no tengo nada para vosotros. Lo siento muchísimo.

Resulta que mi madre vivía de un dinero que le pasaba mi padre, un sueldo, si lo prefieren; tenían cuentas bancarias separadas y todos los meses él transfería una cantidad fija de su cuenta a la de ella, y con esa suma mi madre llevaba la casa. Se había gastado el dinero para gastos de la casa en gastos de la casa y no quedaba nada para regalos. Aunque yo era pequeñita, entendía lo esencial de aquel acuerdo.

—Da igual —dije, tratando de consolarla sin provocarnos mayor humillación—. No me importan los regalos.

Aunque sí me importaban, y me había llevado una desilusión, entre otras cosas porque se suponía que aún creía en Papá Noel, y con aquel arrebato de mi madre daba la sensación de que el Mago de Oz emergiera de detrás de su telón en una inadmisible violación del decoro y de nuestras necesarias imposturas.

—De verdad —insistí—, da igual.

Y de pronto —de un modo inexplicable entonces pero que ahora me parece en cierto sentido muy obvio— mi madre se volvió viperina, rabiosa, una actitud tan vergonzosa en el A&P como el llanto de antes.

—No te quedes nunca así, sin un céntimo —siseó—. Prométemelo. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Tienes que tener tu propia vida, ganar tu propio dinero, para que no tengas que andar mendigando, tratando de reunir diez dólares para los regalos de Navidad de tus hijos. Chupando de la patética paga de tu padre o tu marido. Nunca, jamás. ¿Me lo prometes?

—Ya te lo he prometido.

—Porque es importante.

—Ya lo sé.

Y ahí acabó todo. Para cuando llegamos a la caja se había enjugado las lágrimas y esbozaba su radiante sonrisa, y el único indicio de su angustia eran unos leves borrones de rímel. Nos atendió Sadie, la hija de mi profesora de primero, una chica que

hablaba muy alto y despacio, como si fuera sorda, o lo fuéramos nosotras. Llevaba el cabello castaño recogido en una solitaria cola de caballo en la sien, y parecía el mango de una anticuada bomba de agua.

—Señora Eldridge —bramó—. ¡Qué alegría verla! ¡Como siempre!

—Lo mismo digo, Sadie, querida.

—Qué ganas de que lleguen las fiestas, ¿verdad?

—¡Tú dirás! ¡Si es la mejor época del año!

—Sí, la mejor, a mí me encanta. ¿A ti no, Nora?

Yo estaba demasiado ocupada viendo cómo respondía mi madre. Mientras dejaba la compra sobre la cinta transportadora, su rostro lucía una expresión de nostalgia tan apasionada que parecía un retrato de Norman Rockwell. Advertí que creía a pies juntillas lo que le había dicho a Sadie, que aquella era la mejor época del año. Otra persona había llorado y me había gritado diez minutos antes, y Bella Eldridge jamás la habría reconocido.

Mi madre no era propensa a llorar y muy rara vez la veía hacerlo; pero hubo otra ocasión de llanto espontáneo que no he conseguido olvidar. Fue justo antes de que Matt se marchara a la universidad, y era verano, porque recuerdo que nos estábamos congelando con el aire acondicionado del restaurante Hunan Gourmet. Mi hermano estaba de mal humor, con ganas de haberse ido ya. Mi padre, tan afable como siempre, parecía ajeno a la tensión en la mesa, a la rígida animación de mi madre y su manía, durante toda la comida, de tender la mano hacia la manga de Matt y contenerse antes de llegar a tocarlo, en una especie de tic fantasmal. Daba la sensación de que yo fuera la única capaz de observar, la única que nos veía a los cuatro en las butaquitas de polipiel, inclinados sobre el mantel sintético y manchado de soja (se arrugaba con cada movimiento humano y luego volvía a su lisa y grasienta superficie habitual), padre e hijo enzarzados en una charla poco entusiasta sobre la inminente temporada de fútbol americano y sobre cómo mi hermano tendría que poner empeño en integrar el equipo de Notre Dame, puesto que se iba a esa universidad en Indiana. Mi madre, que detestaba los deportes, trataba de cambiar

de tema tirando de todos los hilos posibles (¿El campus? ¿El viaje? ¿El hecho de que Busby, el amigo de Matt, hubiese elegido Bowdoin?) como una urraca de ojos vidriosos: frustrada, persistente, rápida. Yo no dije nada en toda la velada, algo habitual en mi familia porque Matthew y yo teníamos muy poca relación aparte de algún insulto o un tirón de pelo calladamente hostil por su parte. Incluso cuando nos reuníamos los cuatro, nuestros padres eran los suyos o bien los míos, y en un papel u otro solo eran capaces de ocuparse como debían de uno de sus dos hijos, quienes se limitaban a compartir casualmente los mismos detestables progenitores. Y aquella salida al restaurante Hunan Gourmet fue una noche de Matthew Eldridge.

Fue la galletita de la suerte lo que dejó chafada a mi madre. En la mía decía simplemente «¡Aleluya!» y la de Matt prometía «Te esperan unas breves vacaciones». La de papá nos revelaba que «No es nuestra posición, sino nuestro temperamento, lo que nos hace felices», y si a mi madre no le hubiera tocado aquella, es probable que las cosas hubieran salido bien. Pero en el envoltorio de la galletita de mi madre se leía: «Lo que no has hecho es lo que acabará por atormentarte»; lo supe porque la recogí del suelo cuando salíamos. Cuando la leyó, mamá soltó un gritito, como si la hubieran herido, y la arrugó y la tiró; se quedó muy callada, y durante los diez últimos minutos de la comida vi cómo se derramaban lágrimas de las comisuras de sus ojos y le surcaban las mejillas, sin que hiciera nada por contenerlas, y cómo le temblaba el labio inferior, y observé a mi hermano y mi padre enzarzarse con más valor incluso en la conversación sobre fútbol. (Matt hasta superó su mal humor, animado por aquel esfuerzo), como si pretendieran fingir que todo iba bien. Nadie le dijo nada a mamá; nadie le preguntó siquiera qué ponía en su galletita. Solo cuando salíamos del restaurante, mi padre apoyó la mano en el hombro de Matt y murmuró con el tono franco y confidencial propio de los hombres de la época: «Pórtate bien con tu madre estos últimos días. Para ella es duro que te marches». Y yo, con mis ocho añitos, me pregunté brevemente si la universidad en Notre Dame entrañaría algún peligro, como ir a Vietnam (al primo de mi amiga Sheila lo habían matado allí un par de años antes y el hermano mayor de un niño de mi clase había vuelto mal de la cabeza), pero no pregunté

nada.

Con los años, he tratado de entender qué emociones abrigaba mi madre en aquel momento —¿Lamentaría una aventura amorosa no consumada? ¿Su momento a lo Lucy Jordan? ¿Era simple tristeza por la partida de mi hermano y pena por todas las cosas que quedarían sin decir para siempre?—, pero solo sé que nunca lo sabré. Durante largo tiempo decidí que tenía que guardar relación con el final de su papel maternal, con el doloroso reconocimiento de todo lo que había sacrificado por criar a su hijo, ahora que se lo entregaba al mundo. Pero de un tiempo a esta parte vengo pensando que quizá se trató después de todo de una aventura amorosa no consumada, quizá un coqueteo con un extraño en una estación de tren, o una carta sin respuesta de un novio de la facultad, de uno de esos momentos secretos en los que piensas que ahora tu vida tendrá que cambiar, solo que no lo hace. De algo pequeño pero importante que lamentaba y que la atormentaba todos los días. Con mis niños, he descubierto con el tiempo que la explicación más simple es casi siempre la acertada; y que el anhelo de la clase que sea —el deseo, por llamarlo de otro modo— es la fuente de casi todos los pesares.

Mientras podría haberlo hecho, nunca se lo pregunté. Es posible que ni siquiera recordara haber llorado en el Hunan Gourmet, al igual que estoy segura de que no recordaba haber llorado en el supermercado A&P. Cuando recibió el diagnóstico —y con él la promesa de un tormento infinito, de tantas cosas que nunca volvería a hacer— no derramó una sola lágrima. El suyo fue un pesar sin expresión. Llevaba meses con un temblor en la mano izquierda, que había atribuido a los nervios. Me lo había enseñado en la mesa de la cocina una vez que fui a cenar. La casa estaba muy silenciosa entonces, casi inmensa en su silencio, sin Matthew, sin mí, sin *Ziggy* o *Sputnik*, los pasillos sumidos en la oscuridad más allá de la laguna de luz de la cocina, que solo interrumpía el brillo distante de la lamparita de lectura de mi padre en la penumbra del salón; ¿cómo podía pasarse alguien tanto tiempo leyendo el *New York Times*?

—¡Mira esto!, —había comentado con su áspera risa—. Viene y va. Mi mano tiene vida propia, creo que es más lista que yo. Hacerse vieja es un asco.

—Deberías hacer que el doctor Selby te viera eso —respondí, pero con tono despreocupado, pues aunque advertía el temblor, cómo se estremecían los músculos de sus dedos, me pareció que el hecho de que formara parte de su cuerpo y de que ambas pudiésemos verlo tenía que suponer que estaba dentro de la normalidad. Además, estaba ocupada en servirme una segunda copa de pinot gris de aperitivo, porque había descubierto que, si no lo hacía, la oscuridad de la casa me calaba los huesos como la humedad y me dejaba helada durante días. Entonces rondaba los treinta años, mi madre tenía sesenta y uno y mi padre había cumplido hacía poco los sesenta y cinco, con la jubilación a solo unos meses de distancia, y ahora que esas edades no se me antojan tan lejanas, me maravilla que pareciesen haber renunciado a tantísimas cosas. Pero era el aislamiento, el abrumador aburrimiento, lo que me afectaba de verdad. El pinot gris ayudaba, y el pinot noir también. Hasta una cerveza, si era cuanto me ofrecían. Así pues, no estaba prestando la debida atención. Debía de habérselo enseñado también a mi padre, y supongo que él habría alzado la vista del periódico y dicho más o menos lo mismo que yo y con la misma indiferencia, y que por eso mi madre no se visitó ni se puso en contacto con el doctor Selby hasta casi un año después, y para entonces la fasciculación, pues así se llama, se había extendido también a los pies, aunque todavía no a la mano derecha, la mano con la que escribía, porque eso la habría hecho acudir al médico de inmediato. Y para cuando empezaron las pruebas —la electrodiagnosis, la punción lumbar, la biopsia muscular y toda la pesca— estaba asustada, entre otras cosas porque advertía que el doctor Selby también estaba asustado. Pese a toda su sonriente hipocresía, mi madre era muy franca, y me dijo:

—Quise que el doctor me tranquilizara, y cuando me percaté de que no iba a hacerlo, me dije: «Ahora es cuando vas a acabar de mierda hasta el cuello».

Cuando por fin le dieron un diagnóstico —llevó su tiempo descartar otras posibilidades— es posible que ella ya lo supiera. Y el diagnóstico —ELA, también conocida como la enfermedad de Lou Gehrig o la enfermedad de Stephen Hawking— fue simplemente la confirmación de que se estaba muriendo, algo que por supuesto nos pasa a todos, solo que ella lo haría a partir de entonces con mayor

rapidez y eficacia que la mayoría y de forma más espantosa, aunque por suerte sin dolor, y su cuerpo dejaría de ser un templo para convertirse en una prisión, donde se iría cerrando una puerta tras otra hasta que se vería confinada al interior de su mente, una estancia sin paredes, es cierto, pero en definitiva sin puertas.

Lo que a mí me fascinó, y me resultó instructivo puesto que seguía aprendiendo cómo vivir, y lo sigo haciendo, fue que no saltara de inmediato ante aquel diagnóstico y exclamara: «¡Visitemos Myanmar! ¡El Taj Mahal! ¡Las pirámides! ¡Las pampas!», y todos los sitios a los que siempre había deseado ir. Tampoco emprendió una gira *sayonara* para despedirse de los lagos de Maine, la playa de Wellfleet cuyas nieblas y arenas blancas les gustaba recorrer en invierno a mis padres para celebrar su aniversario, la habitación del hotel Pierre en Nueva York donde habían pasado el fin de semana en que ella cumplió los cincuenta y donde —¡oh pecado máximo del lujo!— habían desayunado en la cama. Tampoco le dio la espalda a todo y dejó los platos por lavar en el fregadero, la colada amontonándose en el cesto o el césped sin cortar. No, se limitó a seguir viviendo como si nada hubiese cambiado. No, lo que hizo fue limitarse a seguir viviendo. Sabía que todo había cambiado: supervisó la limpieza y la mudanza para la venta de la casa de Manchester, una tarea para la que mi padre resultó inútil (nunca pudieron habérsele dado muy bien los negocios, ¿no?); y lo presionó hasta que encontraron el apartamento en Brookline, que decoró, como he explicado antes, como si fuera a cumplir allí los noventa y seis. Continuó leyendo novelas de misterio y continuó comprando las mismas pastitas danesas en la misma pastelería suiza todo el tiempo que fue capaz de hacerlo, y encajó cada golpe —el bastón, la silla de ruedas, las obscenas pautas de medicación, el respirador a lo Darth Vader— como si fueran mosquitos a los que aplastar y luego ignorar.

Durante todo ese proceso, no pude sino suponer que amaba su vida. La amaba tal como era. Como un maestro zen, se reducía a lo esencial: no necesito patearme el Museo de Bellas Artes; no necesito que me paseen por el museo en una silla de ruedas; no necesito para nada el museo, porque sus tesoros, que adoro, están impresos en mi memoria; y si los he memorizado erróneamente —un lirio donde había un tulipán, el sombrero raído del niño ladeado en sentido

contrario—, las imágenes no hacen sino volverse más mías todavía. Es posible que ofrezcan el antiquísimo retrato egipcio de una joven, cuyos ojos negros y almendrados son una maravilla, mediante un crédito a largo plazo, pero para mí colgará para siempre en la galería más allá de las momias, rodeada por fragmentos de cerámica y joyas antiguas, un secreto para mí sola.

Pero ahora que está muerta, que lleva muerta mucho tiempo, ¿puedo decir que solo creía en ella a medias? Deseaba que se rebelase, lo necesitaba. Sí, las rebeliones exigen grandes cantidades de energía, como las erupciones volcánicas, ya lo sé. Y las enfermas deben dosificar sus recursos (pese a que han de seguir teniendo ciertos recursos con sus maridos). Pero yo no podía evitar exigirle más, no podía evitar la sensación de que se había rendido, que había medido (¿con cucharitas de café?) lo que podía pedirle a la vida y, al descubrir que se quedaba corta —trágica y abismalmente corta—, había decidido de todos modos conformarse con su modesta parte. Yo quería verla actuar de manera innoble, irresponsable, mezquina, codiciosa, quería que ansiara tenerlo todo, joder, que luchara con uñas y dientes por cada ápice de vida. Y nunca la quise más que un día que fui a verla, allí postrada en la cama, cetrina, con sus resuellos por toda grandeza, trayendo conmigo una ráfaga de otoño y con un aura resplandeciente —era capaz de sentirla— tras haber recorrido corriendo los kilómetros entre mi casa y la suya en una fría y tonificante tarde de finales de octubre; ella me miró furibunda, apretó los dientes y dijo:

—Sal de aquí. No puedo. Lárgate. Pero no pienses ni por un instante que no recuerdo qué se siente. Y no pienses que puedo evitar odiarte por ello, ahora mismo.

Y me marché, sí —con la calefacción excesiva, después de la carrera, haciendo que el sudor casi me resbalara por la espalda—, y corrí de vuelta a casa en el crepúsculo, aterida de frío y cansancio, los pies doloridos sobre el asfalto, con la mezquindad de mi madre haciéndome soltar lágrimas y gotear la nariz —¿cómo podía ser tan mala, precisamente conmigo?—, pero para cuando llegué a casa, pese a toda mi autocompasión, me sentía exultante: porque, por una vez, mamá había amenazado con no mostrarse dulce. Por una vez, había recurrido a la amenaza.

Aquella misma noche llamó para disculparse. Debió de haber

marcado mi padre, porque ella ya no podía. Estuve a punto de castigarla y dejar que su mensaje se grabara en el contestador, pero su vocecita me hizo descolgar a medio camino.

—En una discusión, nunca dejes que se ponga el sol —dijo.

—Porque una de las dos podría morir durante la noche —respondí, como hacía desde pequeñita.

Pero esta vez mi madre soltó una risa áspera y triste.

—Pues sí, una de las dos podría morirse, Ratita.

8

Mi madre tardó años en morir. Es un arte que cuesta dominar. Durante el tiempo en que estuvo moribunda, yo andaba tratando de imaginar cómo vivir. Cómo vivir mi propia vida, quiero decir. Sabía que no estaba bien que, cuando me preguntaban cómo estaba, hablara invariablemente de mi madre. O de mi padre. Tenía que intentar, y lo intenté, superar eso, tener una vida propia, o dos, o tres. Ya había vuelto de Nueva York a Boston del curso en la Escuela del Museo; ya había hecho mis pinitos y casi desestimado la idea de ser una artista económicamente independiente. Cumplir los treinta supuso algo que hizo rayar en lo insoportable el apartamento compartido en Jamaica Plain, al sudoroso compañero de piso, mensajero en bici y amigo del exnovio de una amiga, con sus trastos siempre en medio del recibidor, y los trabajos de canguro intermitentes. Había empezado mis estudios de magisterio antes de que mi madre tuviera un diagnóstico. Y me encontraba ya en el camino de vuelta —por suerte según mis padres, me daba cuenta— a un empleo remunerado.

Durante esos años, incluso mientras cuidaba de mis padres, conseguí que se me dieran muy bien las cosas prácticas, como las más competentes secretarias. Llevaba múltiples vidas: en la primera, tenía todas las características de una joven eficaz de treinta y pocos, capaz si no interesante, de trato fácil, puntual, eficiente, con ropa que pasaba inadvertida y un corte de pelo cómodo y práctico y una voz algo más potente, quizá algo más entrecortada, de lo que se esperaba en alguien de mi envergadura. Una mujer sin sorpresas extraordinarias.

Pero esa primera vida era una farsa, una vida a lo Clark Kent, pese a que en mi segunda vida no era ninguna heroína. A veces deseaba que alguien ahí fuera imaginase para mí una segunda vida de *glamour* y dramatismo, como amante de una estrella del rock, o de agente del FBI. Pero no era la clase de persona para la que nadie

se molestaría en imaginar una vida secreta; y en esa segunda vida no era amante, cazadora o mártir, sino hija, solo una hija consciente de sus deberes.

Y luego estaba mi tercera vida, pequeña y secreta: la vida de mis dioramas, los vestigios de mi yo artista.

Podría decirse que mis padres, por manifiestamente agradecidos que estuvieran, no me pidieron que sacrificara mi vida. Y si elegí hacerlo, aunque no consigo verle la lógica a mi propia decisión, me gustaría creer que fue una elección muy clara y firme y no una simple demostración de incapacidad a la hora de organizarme el tiempo. Se ve mucho por ahí. Pero no puedes tener éxito en la vida a menos que sepas manejarlo: no tiene sentido escribir la mejor respuesta del mundo a la primera pregunta del examen si luego no dispones de tiempo suficiente para contestar a las demás preguntas. Suspendes el examen igualmente. Y, en mis horas más bajas, me preocupa que haya hecho precisamente eso. Contesté verdaderamente bien a la pregunta de hija devota; fui consciente de haber tenido una actuación que ni fu ni fa en el frente de profesional adulta, pero en realidad no me importó, porque había dos grandes preguntas en el examen a las que sí quería asegurarme de responder largo y tendido: la cuestión del arte y la cuestión del amor.

Ese fue el milagro de mi primer año con los Shahid. Nunca en mi vida había pensado, como hice entonces: «Esta es la respuesta». En el transcurso de aquel año, la respuesta no a una sola sino a todas las preguntas pareció acudir a mí una y otra vez y en distintas configuraciones, como la música. «Tu voz me llega como dicen que ha de hacerlo el amor, como un enorme “sí”». Philip Larkin a Sidney Bechet: un poema de amor que no es un poema de amor. Y mi vida amorosa no era una vida amorosa, pero sí algo igualmente arrollador, formidable y pleno.

Aquel otoño mi madre solo llevaba muerta dos años. Entonces me parecía una distancia inmensa, pero ahora, en los pliegues del acordeón del tiempo, los dos sucesos —mi madre, incapaz siquiera de mover la cabeza, resollando en su mastodóntico respirador, volviendo los ojos hacia la luz y cerrándolos para siempre; Reza en

el supermercado, asomado al banco para reírse de mis manzanas desparramadas— parecen casi contiguos. Como ha señalado más de una vez mi sensata amiga Didi sobre las etapas de la vida, cada partida entraña la llegada a algún sitio, cada llegada entraña una partida de un lugar lejano. Mi madre partió de aquí hacia un lugar desconocido; y Reza, Sirena y Skandar vinieron a mí.

9

El estudio que había encontrado Sirena estaba en lo más profundo de Somerville, en un antiguo almacén, todo ladrillo y ventanas, cerca de una vía de tren prácticamente en desuso y separado de ella por un trecho de asfalto negro y alfombrado de basura y por una alta valla metálica, en la que ondeaban fragmentos desgarrados de bolsas de plástico, como banderas del apocalipsis. En la puerta de al lado había una fábrica en funcionamiento que producía millones de bolitas de poliestireno, un cometido especialmente nocivo que parecía destinado a provocarles espantosos cánceres a quienes trabajaban allí. Sus chimeneas arrojaban nubes de vapores químicos al aire del vecindario, gracias a las cuales las paredes de los estudios despedían un olor acre a plástico fundido.

El edificio era una madriguera de cuatro pisos de estudios, unos diminutos, levantados con madera contrachapada y clavos, y otros enormes e intactos. En el rellano de la escalera de cada piso pendía una puerta enorme, llena de manchas y sobre ruedas, como la puerta de un gigante, que se cerraba con un gran pasador metálico. Esas puertas me ponían los pelos de punta, al igual que los suelos con sus crujidos y los cubículos cerrados con candados; quién sabía qué ocultaban: podía tratarse de pinturas o rompecabezas o máquinas de coser, pero también de baños de ácido o asesinos con hacha. Quién sabía qué clase de violencia podía tener lugar en el callejón junto a las vías del tren una noche de domingo. Incluso de día, el edificio parecía abandonado.

Cuando seguía a Sirena y el agente inmobiliario desdentado hacia la tercera planta —nunca había visto a un corredor de fincas tan maltratado por la vida como Eddie Roy, un hombre desgarbado y de cabello grasiento de sesenta y largos, a solo un par de pasos del asilo— no sentía más que recelo ante el tufillo a plástico quemado con un dejo a ratón o rata; el riesgo a tropezar en las hondonadas que décadas de pies habían horadado en los peldaños; las

mortecinas bombillas en lo alto que arrojaban luz como polvo en los pasillos; el tamborileo de la lluvia en los cristales y el traqueteo de los mismos cristales en sus antiquísimos marcos, sin duda semejante al de los dientes del agente antes de caerse. Todo era más lúgubre de lo imaginable. Me maravilló que Sirena no diera muestras de advertirlo; es más, parecía emocionada y le brillaban los ojos.

—Espero que te guste —dijo, pues a esas alturas ya nos hablábamos de tú. Me apoyó con suavidad una mano en el brazo, sin percatarse al parecer de mi incomodidad—. Es perfecto.

Y una vez que Eddie Roy hubo forcejeado con el candado al fondo del húmedo pasillo, comprobé de inmediato que tenía razón. Era perfecto, incluso para dos; especialmente para dos. El espacio, en forma de ele, era amplísimo, con un techo de más de cuatro metros de altura, tranquilamente. Tenía enormes ventanas a ambos lados, con los cristales sucios y mojados, alféizares profundos y grandes marcos; pero de algún modo, en aquella estancia inundada de luz blanca incluso en un umbrío sábado de otoño, a diferencia de lo que ocurría en la aterradora escalera, los traqueteos parecían llenos de vida, excitantes, como si el edificio mismo respirara. Los suelos de madera, rayada y gastada, eran preciosos y lo bastante amplios para patinar en ellos. En la esquina de la ele había un mugriento fregadero, y junto a él una larga mesa metálica salpicada de pintura. Aparte de eso, la estancia estaba vacía, cual gigantesca y perfecta incubadora.

—Sí —fue cuanto pude decir, y Eddie Roy sonrió de oreja a oreja, mostrando sus encías oscuras.

El alquiler era bastante alto, pero no me detuve a preocuparme por eso. No me detuve a cuestionarme por qué me quería allí Sirena, ni si la suya podía ser una invitación interesada, una simple cuestión de compartir los costes; hasta podía haber imaginado que nuestros caminos apenas se cruzarían. Vi la luz y el espacio y solo tuve buenos presentimientos: iba a volver a la vida, iba a volver a mi arte. No me pregunté si necesitaba aquel estudio, si iba a utilizarlo; aparté de mis pensamientos el sucio callejón, la resonante escalera, el olor. Solo pude pensar: «Sí, sí, sí».

Firmamos el contrato de alquiler a las cinco de la tarde, en las oficinas de Eddie Roy, en el bloque de hormigón junto a la pollería de Highland Avenue. Había oscurecido y todavía lloviznaba, pero

las dos permanecimos un rato en la acera con la cabeza descubierta, con nuestros nuevos juegos de llaves en la mano, y Sirena me dio un repentino abrazo, metiéndome el pelo en la boca, del que tuve que desenredarme con cierta incomodidad.

—Sé que esto va a cambiarlo todo para mí —dijo—. Quién sabe, a lo mejor hasta hago el País de las Maravillas aquí.

—¿Por qué no?

—Es mi próximo proyecto, desde antes de saber que vendríamos aquí. Llevaba meses planeándolo. Ya sabes, ¿no? Alicia a través del espejo.

—A través del espejo… Es como estar en la casa encantada, ya sé qué es eso.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Todavía no lo sé. Pero algo haré.

Aquella noche fui a cenar a casa de Didi y Esther, en Jamaica Plain. Didi y yo habíamos asistido juntas a clase de Arte en la facultad, pero en realidad nos hicimos amigas años después, cuando yo volví a Boston. Medía, y mide, algo más de metro ochenta; es amazónica, pero delicada. Tiene una piel sin imperfecciones o poros abiertos y el cabello como una nube ambarina. Se pinta los labios de rojo carmesí. Cuando yo estudiaba en la Escuela del Museo, paseábamos juntas a orillas del lago y jugábamos al billar hasta bien entrada la noche en el Milky Way y nos quejábamos de nuestras vidas. Recientemente divorciada de su novio de la universidad, Didi trabajaba en la emisora de radio de la Universidad de Boston, pero a los treinta y uno mandó a paseo ese empleo para abrir una tienda de ropa *vintage* en Centre Street, a poca distancia del hospital veterinario. Conoció a Esther —muy menuda y nerviosa, de cabello oscuro y rizado y con ojos de doguillo— cuando esta última se probaba vestidos de fiesta de los cincuenta para la boda de su hermano en Colorado. Según Didi, la primera vez que habló con Esther pensó que se parecía a Betty Boop. Esther es oncóloga en el Hospital General de Massachusetts, especialista en cáncer de mama, y siempre me sorprende que parezcan tan felices juntas con lo distintas que son. Didi es la persona con mayor confianza en sí misma que he conocido nunca, y siempre me ha

dado la sensación de que ser amiga suya me acerca un poco más a la persona que siempre he imaginado ser: alguien a quien no le importan todas las cosas equivocadas como el dinero, la moda o el estatus, sino que es capaz de descubrir las verdaderamente interesantes. Y mientras que he llegado a tenerle mucho cariño a Esther, susceptible y malhumorada como es a veces, aunque de manera estimulante, creo que a ella sí le importan esas cosas, incluso que le importan un montón, y me pregunto si Didi es siquiera consciente de ello.

Cuando vivía sola, el apartamento de Didi estaba decorado con carteles de películas de Godard y luces de Navidad con forma de pimientos en la repisa de la chimenea, y todos los muebles eran recogidos de la calle y restaurados por ella misma. La mesita de café era una gigantesca bobina de madera para cable telefónico que había encontrado en la basura y pintado de naranja vivo. Pero, una vez que ella y Esther empezaron a vivir juntas, eso desapareció. Entonces todo fue Saarinen por aquí y Eames por allá, acero inoxidable y granito, y el piso había quedado precioso pero se parecía un poco a un hotel de diseño, como si en realidad no viviese nadie allí.

Al menos la llegada de Lili sembró un poco de caos. Lili es su hija, adoptada en China. Es diminuta, como Esther, de carita redonda y miembros flacuchos y tostados; y es tranquila, aunque traviesa a su manera. Lili tenía entonces alrededor de cuatro años, y todavía era lo suficientemente pequeña para querer a las amigas de sus madres como si fueran suyas, y cuando entré por la puerta me cogió de la mano y dijo:

—¡Ven a ver mi mundo, Nora! ¡He hecho un mundo!

Me pasé los veinte primeros minutos de la velada sentada con las piernas cruzadas bajo una mesa en la terraza cubierta, ayudando a Lili a darles galletas de jengibre y té frío, servido en diminutas y perfectas tazas de porcelana, a una serie de muñecos de peluche: un elefante vestido de Batman, un conejo, un pato y hasta un iridiscente armadillo. Con ayuda de Didi, Lili había colgado de la mesa una colcha con estampado de cachemir, a modo de tienda de campaña, y la luz que se filtraba en su interior era púrpura y moteada. Había despojado de cojines sofás y camas para acolcharla y apoyado un par de fotografías enmarcadas —Didi y Esther en una

fiesta; Esther columpiando a Lili, en invierno— contra las patas de la mesa. Había vestido a los animales con pañuelos de vivos colores y colocado a las muñecas de forma que parecían conversar animadamente entre sí.

Se me ocurrió, y no por primera vez, que el mundo de Lili no era muy distinto de mis dioramas, o incluso de las instalaciones de Sirena: cogías una pequeña porción de la tierra y la hacías tuya, pero lo que querías en realidad era que alguien —un adulto era lo ideal, porque tiene autoridad pero al mismo tiempo no es igual que tú— viniera a ver tu obra, a entenderla, y por tanto, de algún modo, a entenderte a ti; y todo eso, sin duda, para que sintieras en definitiva que no estabas solo en este planeta. Y era cierto también que me sentía feliz en la guarida de Lili —más que feliz, era un honor para mí—, pero al cabo de unos minutos tuve ganas de salir de allí. Deseé levantar la colcha y volver a la habitación, estirar las piernas y dejar atrás las muñecas con sus migajas y sus tacitas de té frío (con leche, por favor) pequeñas como dedales y volver con mis amigas adultas y su conversación. Durante quince de los veinte minutos que pasé allí, le estaba siguiendo la corriente.

Me dije que por eso no quería enseñarle mis obras a nadie, aunque exhibirlas hubiese sido siempre, desde el principio, buena parte de la cuestión: no quería enseñarlas porque no quería que me siguieran la corriente. No quería que nadie tuviese la sensación de que debía decir cosas agradables, o decir algo siquiera, porque yo advertía cuándo eran falsas, siempre lo notaba y lo odiaba. No quería que nadie me dijera que mi obra no era buena —al igual que Lili se habría quedado perpleja de haberle dicho yo una cosa así, pues no eran esos los términos de su mundo, en absoluto— y tampoco deseaba especialmente que me dijeran que sí era buena. Solo quería que me entendieran, y no confiaba en que fueran a hacerlo.

Pero ahora sí —y palpé mi nueva llave en el bolsillo de los pantalones—, ahora sí que me disponía a que me entendieran o no, pasara lo que pasase. Sirena estaría a veces en el estudio cuando yo no estuviera. Podría observar mis dioramas, tocarlos, fisgonear cuanto quisiera. Y ¿qué sería mejor, que lo hiciera o que no? Me parecía como dejar mi cuerpo —¿o quizá mi alma?— sobre una mesa en una habitación a la vista de cualquiera, como si fuera un

simple objeto.

—Sal ya de ahí, Nora. —Esther levantó la colcha con flecos, y a contraluz solo le vi los ojos de doguillo—. Ya es hora de volver a la tierra de los vivos. La cena está lista.

Lili protestó.

—Y la tuya también, señorita. Hora de salir de ahí. Tienes hasta que cuente a tres para lavarte las manos.

Lili salió gateando. Como era pequeñita, le fue muy fácil. Esther tendió una mano para ayudarme, y me dio unas palmaditas en la espalda cuando me puse en pie, como si hubiese llevado a cabo alguna hazaña.

—Se te ve muy contenta.

Didi servía el estofado de pescado con un cucharón. Había macarrones con queso y palitos de zanahoria para Lili, quien balanceó las piernas contra la silla y empezó a masticar con la boca abierta antes de que a las mayores nos hubieran servido siquiera. Contuve el impulso, típico de maestra, de corregirla.

—Sí, estoy contenta —dije—. He alquilado un estudio.

—¡Vaya! —Didi dejó el cucharón y se arrellanó en la silla—. Eso sí que es una noticia.

—Pero ¿para qué lo necesitas? —En cuanto lo hubo preguntado, Esther comprendió que podía tomármelo mal, y eso hice—. Quiero decir… ¿no tienes ya un estudio en casa?

—Tengo un segundo dormitorio. Esto es un estudio.

—Es fantástico. —Didi volvió a inclinarse en la silla y repartió los cuencos—. Lo encuentro fantástico. —Me miró fijamente—. Bueno, cuéntanos cómo ha ido la cosa. Me parece… un poco rápido, ¿no? Quizá por eso se ha sorprendido E.

Así pues, les hablé de Sirena; primero de Reza, y luego de Sirena. No mencioné la agitación que me había provocado ella, ni que nuestro encuentro había parecido tener gran trascendencia, ni lo emocionante que había sido descubrir que ella también se dedicaba al arte. No dije nada de todo eso, pero tuve la extraña experiencia de oír mi propia voz mientras contaba la historia y fui consciente de que no conseguía modularla como era debido, de que el volumen y la entonación fallaban: hablaba demasiado alto, con

demasiada impaciencia, transmitía demasiada información. Fue como cuando te tomas unas copas de vino y te oyes hablar arrastrando las palabras y te preguntas si alguien prestará la atención suficiente para haberlo advertido.

En esta ocasión, sin embargo, no tuve que preguntarme nada. Cuando Esther se llevó a Lili a la cama, Didi me hizo salir al balcón y lio un canuto. Por fin había parado de llover, pero goteaba agua de los canalones. Los árboles del jardín brillaban en la oscuridad.

—Cuéntame —dijo reteniendo el humo en los pulmones, y me pasó el porro—. ¿Qué significa todo esto exactamente, para ti?

—¿Qué quieres decir?

Soltó una bocanada de humo.

—Toda esta historia no va solo del estudio. Eso es fabuloso, quiero decir, lo del estudio es una delicia. Es la mejor decisión que has tomado en años. Pero tu decisión estaba tomada antes de que fueras allí, ¿verdad?

Reflexioné unos instantes.

—Supongo que sí.

—O sea que todo esto no va del estudio en sí.

—¿De qué va entonces?

—Eso te pregunto.

Me encogí de hombros, me reí. No supe decirle. No tenía palabras para describirlo; y, de haberlas tenido, no habría habido forma de no revelar demasiado. Y no quería revelar demasiado, ni siquiera con Didi.

—Estoy muy emocionada. ¿Importa acaso?

Dio otra calada, entrecerrando los ojos.

—Tendremos que esperar a ver qué pasa, supongo.

10

Se acordarán sin duda de aquella temporada. Esa cena, el día en que se firmó el contrato de alquiler, tuvo lugar el sábado anterior a las elecciones presidenciales: John Kerry versus Bush *el Tejano*, en la segunda ronda del Tejano. Corría el otoño de 2004. El mundo de más allá estaba profundamente jodido, y el de casa también. Dos guerras de Estados Unidos causaban estragos, ambas baños de sangre: baño de sangre número uno y baño de sangre número dos; guerras feas, aborrecibles, clandestinas y sin sentido, marcadas por la traición, la incompetencia y la corrupción. No hagan que empiece.

El año anterior, una mujer, casi una cría en realidad con sus veinticinco años, había venido a la escuela a hablarnos de su ONG, que había montado ella misma: aquella cosita con volantes y minifalda tejana y sombra de ojos azul plateado había ejercido presión sobre el Congreso y conseguido que millones más lo hicieran también, Dios sabe cómo, apenas salida de la universidad, y el propósito de su organización, contar las bajas civiles, parecía bueno y sensato. Les habló con mucha dulzura a los niños, con su voz aguda y entrecortada, sobre cómo quería ayudar a todos los que resultaran heridos, iraquíes y estadounidenses por igual, y de que, si no había un seguimiento, mucha gente podía caer en el olvido. Aun así, hicimos que solo la oyeran los alumnos de quinto y sexto, porque su tarea consistía en contar cuerpos, básicamente, y por mucho que se intente disimular algo así, no se puede andar aterrorizando a los pequeñines y provocándoles pesadillas. Me pareció un gesto valiente por parte de Shauna que la hubiese invitado a venir, pero supuse que era la sobrina de alguien en el consejo escolar, y de hecho la chica visitó tres colegios aquel otoño antes de marcharse.

No me pareció que aquella cría pudiera tener mucho peso, y entonces, un par de meses después, la vi en las noticias de la noche,

en la CNN, con un pañuelo en la cabeza, armada con una tablilla y sin sombra de ojos; hablaba en serio, muy formal, expresándose muy bien y sin una sola coletilla, y contaba historias terribles sobre la cifra de iraquíes —niños, familias, ancianas— de cuyas heridas y muertes no se estaba dando parte, pero ella iba puerta por puerta con su tablilla, con diez o doce personas más que había reclutado, y estaban haciendo un trabajo condenadamente bueno.

Y solo cuatro meses después volvió a aparecer en las noticias, en el *New York Times* esta vez, con un pequeño titular en primera plana y una foto en la página cinco, pero de nuevo con la sombra de ojos, una imagen de antes de marcharse, obviamente; y estaba ahí porque ella y su traductor iban en un coche, siguiendo un convoy de vehículos blindados por la carretera de triste fama del aeropuerto, cuando algún hijo de puta los había hecho volar por los aires con un misil. Y figuraba en el artículo (siempre lo recordaré) que sus últimas palabras, cuando los soldados corrieron en auxilio de su calcinada y maltrecha persona desparramada en el polvo junto a la carretera a las afueras de Bagdad, lo último que dijo antes de morir fue: «Estoy viva». Tenía veintiséis años.

Pero sí, estaba viva, por supuesto; había estado más viva en ese breve espacio de tiempo que muchos en una vida entera; y ahora estaba muerta. Le llevé el artículo a Shauna, quien solo lee el *Boston Globe*, pero la noticia había salido también en el *Globe*. No se lo dijimos a los niños, de modo que es probable que un par de ellos la imaginen todavía ahí fuera contando los muertos, que siguen siendo tantísimos, y que ella seguiría contando si continuase viva para poder contar.

Así eran aquellos tiempos. Y, sin embargo, todo aquel noviembre, yo me levantaba todas las mañanas como si fuese primavera, como si en lugar de en un oscurecimiento cotidiano, tanto estacional como social, nos embarcásemos en una brillante y nueva aventura, y cada nuevo día me parecía más luminoso y radiante que el anterior. Y así era.

Se parecía a tener once años y estar anhelando la compañía de tu mejor amiga. Si me levantaba cada mañana con ese fervor, con cada hoja, taza o mano de niño meticulosamente bosquejadas para mí cual maravillas de la naturaleza, bañadas por una luz celestial, era porque abrigaba cada día en el corazón la posibilidad de una

conversación, de aventura, con Sirena. Esa posibilidad —a menudo probabilidad— se hallaba inextricablemente ligada a la emoción del estudio, a aquel espacio puro, diáfano, destartalado y lleno de corrientes en que nos encontrábamos.

Sirena pasaba jornadas enteras allí, mientras que yo llegaba al declinar el día, alrededor de las tres y media, cuando los rayos del sol eran muy sesgados y el aire polvoriento, tiznado ya de noche, flotaba bajo una luz invernal tenue y gloriosa. Tomábamos café. Además de cortes de seda india en tonos de piedras preciosas colgados en las paredes de su extremo del estudio, una alfombra mugrienta, tres pequeños pufs almohadillados y una mesita marroquí de latón, Sirena había instalado un hornillo y una cafetera italiana y una serie de tazas desportilladas de la tienda Goodwill. Tenía el don de volver hermosas las cosas, y cómodas también, sin el menor esfuerzo, un don que siempre me había parecido que tenía mi madre. Me encantaba que los pocos elementos decorativos del estudio, pese a que seguía siendo espartano, recordaran a un zoco oriental. Hasta me encantaba que, cuando me lo encontraba vacío, Sirena hubiese dejado tazas sucias desparramadas por ahí, con alquitranados posos de café y manchas de su pintalabios carmesí; y en muchas ocasiones un pañuelo o un suéter olvidado en el suelo, como si me dijera: «No te preocupes, volveré».

Me aficioné a llevar cosas para picar —bollitos de Hi-Rise, o magdalenas de la tienda en Davis Square, por entonces recién abierta, una parada rápida en Highland Avenue de camino al estudio— y Sirena dejaba su trabajo para preparar el café, y pasábamos el rato, charlando, durante unos tres cuartos de hora, hasta que ella se ponía en pie de repente, se sacudía unas migas inexistentes y decía «*au travail*», algo que hasta yo con mi lamentable francés conseguía entender y que llegué a esperar. Entonces yo lavaba las tazas de café y ella barría el suelo con tres o cuatro enérgicos escobazos y me daba la espalda para retirarse a su rincón de la ele. Yo hacía lo mismo, sintiéndome un poco como un perro al que han mandado a su cesta; encendía las luces sobre la mesa que había instalado y, ahíta de pastas y conversación, trabajaba, mientras caía la noche a nuestro alrededor, hasta que solo quedaban su foco de luz y mi foco de luz y la música del CD

flotando suavemente en el vasto y oscuro espacio entre ambas.

Sobre las cinco y media o las seis menos cuarto, Sirena recogía sus cosas y se iba a casa, donde la esperaban María la canguro, Reza y, supuestamente, Skandar, aunque este último siguió siendo un misterio para mí durante meses, solo un murmullo en el móvil cuando ella le hablaba en voz baja y muy deprisa y, como imaginaba siempre con cierta irritación, en francés.

Me encantaba trabajar con alguien cerca. Era como estar otra vez en el aula de artes plásticas del señor Crace. Lo que detestaba, aunque nunca de manera inmediata, era el tiempo después de que Sirena se hubiese ido.

Durante un rato, estaba tan atareada con la escena en la que trabajaba que no me daba cuenta. Aquel otoño estaba enfrascada en una réplica en miniatura del dormitorio de Emily Dickinson en Amherst, del tamaño aproximado de una caja de zapatos, con cada tablón del suelo en su sitio y la reproducción del mobiliario exacta y a escala. Una vez acabada la habitación, y una vez hecha la réplica de la propia Emily, tan perfecta como pude, con un camisón de lino blanco con volantes, mi objetivo fue instalar un sistema de circuitos para que mi Emily Dickinson, sentada en la cama, pudiera recibir visitas: de la angelical Musa, de su querida Muerte y, por supuesto, de mi diminuta mascota dorada, la Alegría.

Me figuraba que se trataba del primer elemento de una serie: quería hacer una de Virginia Woolf en Rodmell: le metería piedras en los bolsillos y escribiría su nota de despedida. Mi idea era que hubiese diapositivas del río embravecido y efectos de sonido; y una copia de la nota manuscrita, que no se proyectaría en la pared del diorama sino a través de la ventana del dormitorio de Virginia en las paredes del estudio, de manera que, en lugar de diminutas, las palabras serían enormes. Y las imaginaba parpadeantes; me parecía importantísimo que las palabras parpadearan.

También habría un diorama de la pintora Alice Neel, en el sanatorio donde la recluyeron tras la crisis nerviosa que sufrió cuando tenía unos treinta años. Verán, quería que hubiese una reverberación entre la austera habitación blanca de Emily Dickinson y la habitación blanca de Alice Neel, entre la reclusión monástica y el manicomio, ambos refugios, pero de clase tan distinta. Y ambos territorio de mujeres. Hasta le di vueltas al título de mi serie

inexistente: «¿Una habitación propia?». Me pareció que la interrogación era la clave.

Me encantaba la historia de Alice Neel, en parte porque su vida fue muy dura y amarga pero al final salió bien, y en parte porque su arte, como el mío, estuvo decididamente pasado de moda durante toda su vida, y por eso tenía que saber por qué lo hacía y por qué siguió haciéndolo hasta el final. Era la ACE: la Anti Casa Encantada. Cómo iba a no adorarla por eso.

El último diorama que planeaba hacer sería la antítesis de los demás. Iba a ser la habitación de Edie Sedgwick en la Factory de Warhol. En lugar de intentar huir del mundo, Edie se sacrificó por él. Solo existía para los ojos de los demás. Imagínense algo así: una superficie hermosísima a la que se le ha quitado toda profundidad. Por otra parte, en las fotos, en la intensidad y la vitalidad que desprenden, parece que haya un alma atrapada detrás de esos ojos.

Edie era imprescindible. Me había pasado buena parte de la adolescencia fascinada por Edie Sedgwick, enamorada de sus piernas de insecto enfundadas en leotardos negros y de sus ojos gigantescos, y de sus miradas, aunque en mis tiempos ya hacía mucho que había muerto. Era la Marilyn Monroe de la gente moderna y en la onda: más menuda, rápida y titilante, más inmediatamente viva y más eficientemente muerta, una cosita anoréxica con una vida efímera, con la misma vida interior, que se sepa, que un perro salchicha. Pero si me hubiesen preguntado a los dieciséis, de camino a la universidad, quién preferiría ser, si Georgia O’Keeffe
o Edie Sedgwick, seguro que habría dudado. Y es posible que hubiese dicho que Sedgwick. Como decíamos entonces, Edie había definido algo.

Pero la cuestión es que la serie hipotética entera y el primer ejemplo del diorama de Emily Dickinson, con sus detalles prácticos, me tenían completamente absorta, me pasaba el día distraída y ajena a todo. Tenía pinceles con un solo pelo y una lupa de relojero que me ceñía en la frente, y me había pasado tres días con una réplica en miniatura del paisaje grabado en madera que pendía entre las ventanas del dormitorio de Emily, solo para decidir, una vez terminado, que no se parecía lo suficiente y tenía que empezarlo de cero otra vez.

Invertía horas y horas de trabajo minucioso, y me encantaba hacerlo, como si fuese uno de mis niños. Pero cuando Sirena me abandonaba, tarde o temprano levantaba la vista de la mesa y comprendía que estaba sola en un minúsculo foco de luz en una enorme habitación a oscuras, como si yo misma fuera la figura en el diorama de otro, manipulada en mi propio decorado por un gigante al que no podía ver. Una vez consciente de ello, no era el aislamiento lo que me daba miedo, sino su interrupción. Me acercaba a la ventana y escudriñaba en la oscuridad, tratando de asegurarme de que nadie me observara; me plantaba ante la puerta del estudio, escuchando por si oía movimiento en los pasillos o en las habitaciones vecinas. Si se oían pisadas o alboroto, me tranquilizaba que fueran bien audibles, como si los seres sin rostro anunciaran su presencia; y aún me dejaba más contenta que fueran voces o, a veces, una radio distante; pero si los sonidos eran amortiguados, apagados, intermitentes, me daba un vuelco el corazón y temía que el criminal encapuchado de mis pesadillas acechara en la escalera, esperando mi partida.

A veces conseguía sobreponerme, me obligaba a volver a la mesa, a mi mundo liliputiense, y me perdía de nuevo en él; pero otras tardes —sobre todo si hacía un tiempo silencioso, sin tamborileos, sin lluvia, sin otros sonidos aparte de los que me rodeaban— sucumbía a mis temores, recogía a toda prisa y recorría con estrépito el edificio: cruzaba el pasillo, me precipitaba escalera abajo y salía al exterior, donde siempre me sorprendía la suave luz de las farolas, la anodina calma del callejón ante el almacén.

11

Me di cuenta de que deseaba trabajar, mucho más que nunca, pero que no quería trabajar sola. La paradoja era perfecta: no quería trabajar sola y, sin embargo, solo podía hacer mi trabajo sola. ¿Qué posible respuesta había para mi dilema? Sirena. Sirena era mi respuesta.

Los martes, cuando los niños tenían clase de ciencias con Estelle a última hora, y los jueves, cuando había educación física, trataba de escaparme al estudio cuarenta minutos antes. Una vez me olvidé de una reunión del personal docente y me gané una sorprendida reprimenda por parte de Shauna.

—¿Va todo bien? Porque esto no es propio de ti.

—¿No lo es? Empiezo a preguntármelo.

—No hagas que me preocupe por ti, Nora —contestó Shauna.

Aunque fingiera inquietud, supe por su tono que lo decía en serio. La gente no quiere tener que preocuparse por la vecina de arriba. Es una persona en la que se puede confiar, es organizada y no causa problemas.

—Nunca he estado mejor —dije, y también hablaba en serio.

Esos martes y jueves disponía de casi una hora más de compañía mientras trabajaba; y Sirena se alegraba también de mi presencia, lo sabía por la forma en que se ceñía los pañuelos y se me acercaba, aunque yo me hubiera limitado a decirle hola. Me preguntaba por Reza, o por los demás niños, a quienes había llegado a conocer por mis historias, o si sabía de alguna buena zapatería en la zona, o lo que fuera, y nos poníamos a charlar mientras trabajábamos o nos disponíamos a hacerlo, y nos tomábamos el café con toda la tarde por delante —esos días eran solo las dos y media— y yo apenas podía contener una sonrisa de oreja a oreja. ¿A quién le importaba Shauna McPhee?

A veces, Sirena se acercaba a mi parte del estudio y se inclinaba sobre la habitación de Emily Dickinson. Siempre se comportaba

como si fuese una novedad para ella, como si nunca hiciera eso cuando yo no estaba.

—Te está quedando bien —comentaba inspirando profundamente y pasando un cauteloso dedo por el borde de una pared. O señalaba las fotografías y postales de la habitación real desparramadas en mi mesa—. Caramba, la has hecho exacta —decía, o—: ¿Cómo vas a hacer esta parte?

Me había preocupado que juzgara mi obra, pero nunca tuve esa sensación. Me parecía simple curiosidad por su parte, porque yo le despertaba curiosidad. Porque le caía bien. Una tarde, al tenderme la taza de café, no me tocó en el brazo sino en la mano.

—Madre mía, es genial tenerte aquí conmigo, ¿sabes? Sin ti, creo que me volvería loca.

—Por la amistad. —Levanté mi taza desportillada.

—Sí, por la amistad.

—La verdad es que las dos tenemos suerte —dije—. Esto es un regalo del cielo para mí, aunque me esté causando problemas.

—¿Qué quieres decir?

Le conté que me había saltado la reunión de docentes y que Shauna estaba molesta conmigo.

—Pero me da igual, porque estoy aquí contigo —añadí.

Y me dio la sensación de que mis palabras habían sonado demasiado ansiosas, demasiado acuciantes. Sentí que me ruborizaba.

—Ah, pero para ti es distinto, ¿sabes? Para ti todo esto está muy bien, pero solo es un extra en tu vida real, en tu día a día. —Sirena no me miraba a mí sino por la ventana, sosteniendo la taza bajo la barbilla como si tuviera frío—. Pero yo no tengo una vida real aquí, en Boston, de modo que solo tengo esto. Esta es toda mi vida. Aparte de Reza y Skandar, por supuesto. Por eso estoy tan contenta de que estés aquí.

Podría haberle dicho muchas cosas. Tuve ganas de decirle que mi vida real tenía menos elementos decorativos que su vida supuestamente provisional, que el misterio de mi vida consistía en cómo podía parecerse tanto a una carretera que atravesara las Grandes Llanuras, kilómetros y kilómetros de planicie absoluta sin apenas un árbol. Y ahora no había solo un árbol, sino un oasis. Eso no se lo dije, como es natural.

Lo que hice fue asentir con la cabeza mientras observaba su perfil a contraluz y el brillo de sus ojos oscuros y tristes, y tuve deseos de acercarme y tocarla como hacía ella conmigo, pero no se me ocurrió cómo hacerlo sin que resultara torpe y violento. Supongo que soy una reprimida, o un poco neurótica, pero en parte me tenía preocupada no saber del todo qué sentía yo —alguna emoción intensa que no lograba expresar— y no tener ni idea de qué sentía ella, y no quería que me malinterpretara o verme en una situación incómoda. Y así, aunque me apeteciera tocarle el brazo, no lo hice. Asentí con la cabeza, sonreí, apuré los posos del café y dejé ruidosamente la taza en el fregadero.

—¡Bueno, *au travail*!, —exclamé, utilizando sus palabras, si bien no sus gestos, por primera vez.

Ya sé qué están pensando. Piensan que estaba enamorada de Sirena, y lo estaba en cierto sentido, pero no era un amor romántico. Y ahora piensan que cómo iba a saber si era amor romántico una persona como yo, cuya vida amorosa por lo visto inexistente sugeriría una actitud mojigata, un útero más seco que una farfolla y unos pechos como ubres marchitas. Están pensando que haga lo que haga la vecina de arriba, con sus gatos y sus teteras, sus reposiciones de *Sexo en Nueva York* y su maldito catálogo de Garnet Hill, esa mujer con su clase de críos de tercero y su sonrisa de dientes impecables; que, consiga lo que consiga, no tiene una vida amorosa por así decirlo.

Que algo sea invisible no significa que no esté ahí. En cualquier momento hay montañas de cosas invisibles flotando entre nosotros. Para ver fantasmas tenemos videntes; pero ¿quién ve las emociones invisibles, los acontecimientos de los que no ha quedado constancia? ¿Quién puede ver el amor, más evanescente que cualquier fantasma, por no hablar de atraparlo? ¿Quiénes son ustedes para decirme que no sé qué es el amor?

Es posible que mi indiferencia ante el primer besuqueo con Alf en el cuarto oscuro del instituto de Manchester, y mi incapacidad de verle sentido a tener un marido a los dieciséis, no supusieran un principio prometedor. Pero han de saber, lectores míos, que, en mis tiempos, estuve a punto de casarme. Ni yo misma puedo creerlo,

cuando miro atrás.

En la universidad tuve novios, sí, del modo en que los tienen las chicas que son populares sobre todo entre las chicas. Durante largas temporadas sentía una devoción religiosa, monástica incluso, por alguien inapropiado e imposible. Y entre las filas de los que no amaban y los que no eran amados se colaban entonces los rezagados y trotamundos contra quienes yo no tenía defensas. Ellos fueron mis primeros amantes, los aquí te pillo aquí te mato que estaban de paso: el profesor inglés invitado que tuvimos un semestre, con su cháchara sobre Wittgenstein y su absurdo tupé de pelo negro; Nate, el amigo del hermano de mi compañera de habitación, que vino de Harvard a pasar un fin de semana largo, parpadeando detrás de las gafas y echando tragos de la petaca de bourbon para combatir el frío; o Avi, el novio israelí de Joanne Goldstein, recién salido del ejército, moreno, velludo y musculoso, que anduvo por Middlebury durante una buena temporada, fumando porros y acostándose con quien le apeteciera, mientras Joanne estaba en clase o en el gimnasio o donde fuera y sin enterarse, por lo visto.

El verano que siguió al último curso, cuando ya pensaba que nunca sabría qué era el amor, conocí a Ben. Estábamos en agosto, y hacía calor. Nos conocimos en
Martha's
Vineyard, donde me alojaba con mi amiga Susie en casa de sus padres, en un pícnic en la playa de Aquinnah, jugando a voleibol, con la arena friéndonos las plantas de los pies, y me fijé en él no solo porque era alto y esbelto, sino porque, desde el principio, tenía cierto aire de paciencia, de dulzura casi infantil, que nunca perdería. Me invitó a cenar en Edgartown y me pasó a buscar en un ciclomotor prestado, y después, cuando recorríamos las curvas de South Road de vuelta a casa de Susie, con la luna en lo alto y los árboles retorcidos, como de cuento de hadas, pendiendo sobre la carretera, me sentí a salvo con él y al mismo tiempo capaz de correr aventuras. Cuando llegamos al campo más allá del cual se ve por primera vez el mar, que estaba iluminado por una luna de peltre y cientos de luciérnagas como farolillos de hadas, Ben detuvo la moto y nos encaramamos al rugoso muro de piedra, solo para contemplar la vista un rato, en silencio —la verdad es que era impresionante—,

y entonces nos besamos. Recuerdo haber exhalado un suspiro, tanto de placer como con cierta resignación, y haber pensado: «Bueno, pues ya está».

Ben también acababa de terminar la universidad, y procedía del norte de California pero se mudaba a Nueva York, de modo que me subí al carro y me mudé yo también a Nueva York, donde alquilé un apartamento con Susie y otra chica de la facultad que se llamaba Lola en un grasiento edificio en la calle 102 con Amsterdam, que entonces no era un lugar especialmente agradable para vivir.

Ben vivía en Alphabet City, y por las noches tocaba en un grupo. Durante el primer año trabajó durante el día con una empresa de mudanzas, y se puso muy fuerte, y yo trabajé de camarera, y durante un tiempo fue divertido, como suele serlo la vida cuando es provisional. Pero lo que parece divertido al principio puede volverse repetitivo, y no tardé en tener dolor de cabeza y los pies cansados y en encontrar exigentes y groseros a los clientes, de modo que me compré un traje chaqueta con dinero que me mandaron mis padres y empecé a hacer entrevistas de trabajo, y para mi sorpresa me ofrecieron un puesto como asesora de dirección, y ¿cómo podía decir que no a un ofrecimiento así?

Y entonces debo de haber cambiado. No pintaba un solo cuadro, desde luego. En aquellos tiempos, los primeros años de la década de los noventa, no me parecía que el arte tuviese ningún sentido, y era muy excitante tener dinero por primera vez… No sé cómo explicarlo, es como si aquello le hubiese pasado a una persona distinta, y cuando miro atrás y veo cómo era yo, no se me parece a nadie que haya conocido. Pero como me había convertido en esa persona, y como Ben era muy adaptable y me quería, también sintió la necesidad de cambiar. Yo le decía cosas como «Ya no somos críos, ya es hora de ponernos serios», y él, al cabo de un tiempo, se matriculó en Derecho en la Universidad de Nueva York, que es exactamente la clase de cosa que uno hace cuando tiene la sensación de que hay que ponerse serio pero no tiene ni idea de lo que puede suponer. Huelga decir que también dejó el grupo; en cierto sentido ya no lo necesitaba, porque en su tiempo libre me tenía a mí. Para entonces vivíamos juntos, en una caja de zapatos de la posguerra de techo bajo, sosa aunque respetable, al este de Gramercy Park, en una tierra de nadie, sin ambiente ninguno, a

pocas manzanas del Arts Club pero a millones de kilómetros de cualquier clase de arte. Yo apenas me fijaba en el arte; pensaba que mi plan de convertirme en artista había sido una fantasía de los desposeídos, y que ahora que tenía dinero propio —¡que tenía poder!— no lo necesitaba.

Mi oficina estaba en el piso treinta y cuatro; iba a todas partes en taxi; volaba en aviones, esperaba en aeropuertos y me quedaba levantada hasta tarde en los hoteles tecleando en mi ordenador. A mis veinticinco añitos tenía cuatro pares de zapatos Christian Louboutin. Tenía un elegante y enorme sofá blanco y el edredón más caro del mercado, sueco (un artículo del que todavía disfruto). Y cuando Ben me pidió que me casara con él —ante una cena tan opulenta en un restaurante tan recargado que éramos los clientes más jóvenes por veinte años de diferencia y probablemente los únicos sin gota— caí en la cuenta —no de inmediato sino en las semanas que siguieron, con el brillante pesándome en el dedo (¿para qué quería yo un brillante?)— de que Ben el abogado criminalista trajeado me aburría, por dulce que fuera, y de que no me importaban un pimiento el sofá ni los zapatos, ni el edredón tampoco, y de que ni siquiera me gustaba la comida sofisticada, que me producía estreñimiento o bien diarrea.

No esperaban una cosa así de la vecina de arriba. Tenía un amor, y una aventura amorosa con una vida sofisticada, y los abandoné. Si me hubiera casado con Ben y mudado a Westchester (saben que me habría mudado a Westchester, ¿verdad?), entonces, años después, cuando mi madre enfermó, no me habría dedicado a ella como lo hice, porque habría habido niños (saben que habría habido niños, ¿verdad? Como también saben que a la larga, e inevitablemente, habría habido un divorcio), y al menos habría respondido como debía a una de las preguntas del examen de mi vida. Pero no habría habido arte, ni oxígeno; y habría tenido esos empleos, y las cosas que venían con ellos, y habría estado Ben, a quien, pese a lo cándido que fue hasta el final, llegué a rechazar precisamente por su docilidad, por ser tan parecido a mí, y por quien acabé sintiendo desprecio (un error por mi parte, ahora lo veo).

Ahora, una década después, no sé dónde está Ben Souter («Mi pretendiente», solía decirle en broma al principio), pero espero, por

su bien, que se haya casado felizmente y tenga niños preciosos y una casa grande, y confío en que se haya forrado sin dejar de ser dulce.

Y él no fue el último ni mucho menos, todos esos años atrás. No hace falta que haga una lista completa: brevemente, el tipo casado; durante mucho más tiempo, el estudiante de posgrado siempre cansado; el chico diez años más joven que yo y que me dijo —creo, de hecho, que ha sido la única persona que me lo ha dicho en toda mi vida— que era sexy. Es posible que esto me haga parecer a la defensiva. Supongo que lo estoy. Porque antes de los Shahid creía saber qué era el amor y qué me hacía sentir; y ellos lo volvieron todo patas arriba. El hecho mismo de que pueda decirles sin parpadear que sería capaz de matarlos —de matarla a ella, sobre todo— lo dice todo. Oh, no se preocupen, no voy a hacerlo. Soy inofensiva. Nosotras, las vecinas de arriba, también somos eso. Pero sería capaz.

12

En las dos semanas anteriores a la Navidad pasaron dos cosas. La primera fue lo que me había temido en la soledad de mi estudio, en la oscuridad. Había tratado de sobreponerme a mi terror, de aguantar sus espasmos y seguir trabajando hasta tarde en el diorama de Emily. Una noche estaba trabajando en la cama de Emily y no se oía otro sonido que el golpeteo de los radiadores y el intermitente y distante rugido de barco de la caldera cuando prendía, soplaba y se estremecía hasta que volvía a la quietud. Había dejado que el reproductor de CD se sumiera en el silencio, porque quería estar segura de poder oír cualquier sonido humano y temía que la música los ahogara.

Y entonces, cuando lijaba y tallaba bajo mi haz de luz, oí algo. El ruido distante de alguien que subía por la escalera, y luego unas pisadas que arrancaban y se detenían, para volverse entonces más audibles y hacer una pausa en el pasillo; ¿oiría ahora el ruido de una cerradura, el chirriar de unos goznes sin lubricar?; pero no, quienquiera que fuese emprendió de nuevo la marcha y se acercó aún más. Las pisadas, como establecía mi pesadilla, llegaron ante mi puerta. Al fondo del pasillo; no había otro sitio al que ir.

Dejé el papel y los palitos lijados. Mis manos quedaron suspendidas sobre la mesa y fui consciente, por el silencio absoluto que reinaba en la habitación, de que estaba conteniendo el aliento. No quería que la silla chirriara contra las tablas del suelo. Oía los latidos de mi corazón. ¿Asomaba un hilo de luz bajo el dintel? Quizá… pero… un momento: alguien llamaba a la puerta. No fue un solo golpe al azar, sino un rítmico tamborileo, como un mensaje secreto. *Ratatatá-ta-ta*. Otra vez.

¿Debería abrir? ¿Sabía esa persona que yo estaba ahí? ¿Sabía quién era yo? ¿Era una señal aquel tamborileo, o algo sin sentido? ¿Era alguien que llamaba a la puerta equivocada, o algo mucho más sombrío?

Presa del nerviosismo, me moví. La silla soltó un chirrido furibundo, estremecedor.

Volvieron a llamar, más fuerte esta vez. El mismo tamborileo, dos veces. Un anuncio. Y luego, un meneo del picaporte.

¿Y ahora qué? Mi vocecita de maestra me dijo que era muy importante no acobardarme como un niño, pero cogí el cúter y comprobé que asomara la cuchilla.

—¿Quién es? —Hice chirriar la silla cuanto pude, en un cambio de estrategia, y me dirigí hacia el intruso con grandes zancadas masculinas, o esperé que lo fueran—. ¿Quién es?

La voz al otro lado —de hombre— dijo algo que no logré entender. Me acerqué tanto a la puerta que me pareció oírlo respirar al otro lado. Tosió. Una tos de fumador en la que traté de adivinar una personalidad entera.

—¿Quién es? ¡Dígalo con claridad, por favor! —La maestra triunfaba por fin.

Y entonces oí el nombre, pero no como lo pronunciaba yo, sino como lo hacía ella. *Sirena*. Como lo pronunciaría un italiano.

Me enfundé el cúter en el bolsillo de atrás —con un rápido recordatorio mental de sacarlo antes de sentarme—, forcejeé con el pasador y abrí la puerta de par en par, casi con ira, para pillar por sorpresa al visitante.

Y en efecto, durante un instante, pareció sorprendido, como un actor de película muda que fingiera asombro, arqueando mucho las cejas y boquiabierto sin querer; y entonces recompuso las facciones para esbozar una sonrisa simpática, casi halagadora, y me tendió una mano.

—Usted debe de ser Nora Eldridge, ¿no?

Titubeé.

—No es solo amiga y colega de mi mujer —añadió, con un énfasis en «colega» que lo hizo parecer extranjero e importante a la vez—, sino también *institutrice* de mi hijo. ¿Cómo está?

Era el padre de Reza y el marido de Sirena.

—Usted debe de ser…

—Skandar. Skandar Shahid. ¿Qué tal? —Tendió una mano fuerte, cuadrada y velluda al tiempo que entraba al estudio y yo retrocedía—. ¿No está Sirena?

—Hace más de una hora que se ha ido.

Miró con escepticismo hacia la pulcra penumbra del extremo de su mujer (de modo que había estado antes ahí) y de nuevo a mi círculo de luz amarillenta.

—Y usted tiene el taller de los duendes.

—¿Perdone?

—Usted es… solo quería decir que es como los duendes del zapatero, que trabaja duro por las noches para hacer algo perfecto. —Sonrió, pero sin enseñar los dientes: todo un caballero—. Además, lo que hace es muy pequeño.

Eso significaba que había visto mi diorama, y posiblemente también mis bocetos. Lo que quería decir que los dos se habían inclinado sobre mi mesa, o él al menos había examinado mis pertenencias, mi obra, de forma casi obscena, mientras Sirena se ponía el abrigo o ponía a hervir la tetera. No sé por qué, nunca se me había ocurrido que él pudiera haber estado ahí.

—Sí —contesté—. Es pequeño, ya lo veo.

—Bueno, al menos lo ve. —Se rio, y esta vez sí vislumbré el leve destello de los dientes—. Me alegro mucho. —Hizo una pausa. Al igual que su mujer, tenía mucho acento, pero el suyo era apocopado, metódico—. ¿Preparo un té?

Se dirigió al fregadero, aún con el abrigo abrochado hasta el cuello. Sus zapatos de piel, mojados y echados a perder, dejaron huellas oscuras en el suelo. Aquel gesto de amo y señor me pareció surrealista.

—¿Un té?

—¿Prefiere café? Sirena siempre toma café, y a mí me va más el té.

—Pero Sirena no está, se ha ido a casa.

Mi tono debió de sonar demasiado áspero, porque se detuvo y se volvió para mirarme, como si lo hubiese sorprendido otra vez.

Debo decir que, aunque su conducta me tenía perpleja, Skandar Shahid, por lo que veía, se acercaba mucho a mi hombre ideal. Era la clase de hombre al que habría mirado con interés en el metro o en un aeropuerto; la clase de hombre, de encontrarme sentada a su lado en una cena, ante el que me habría sentido tímida y cortada; la clase de hombre —un adulto— que siempre pensé que no llegaría a conocer.

Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, tenía una abundante mata de

cabello oscuro y ondulado, un poco largo y entrecano, como si hubiese pasado un rato bajo una nevada. Los ojos —pero ¿no había heredado Reza aquellos ojos de su madre?— eran bizantinos, ovalados, con espesas pestañas y oscuros como pozos. Quedaban ampliados por unas gafas, pero eran muy discretas, de modo que uno solo veía aquellos ojos enormes. Tenía unas mejillas agradablemente llenas y una nariz ni huesuda ni bulbosa, una nariz de clase de dibujo, y unos labios oscuros y bastante carnosos. Sentí el repentino deseo de tocarle la barbilla y notar el papel de lija de una jornada sin afeitarse. Sonreí.

—Perdone, me encantaría tomar un té.

Llenó la tetera en el grifo y encendió el hornillo, dándome tranquilamente la espalda.

—¿Sabe si hay galletas?, —preguntó, buscando entre la lata de café y las cajitas de té—. ¿No le apetecería una galleta?

—Me temo que acaban de volar.

—¿De volar? —Se dio la vuelta, divertido—. Me gusta. Si hubiese llegado antes, aún no habrían levantado el vuelo.

—Sospecho que no.

—Bueno, de modo que eso hacen usted y Sirena, comer «galletas» —lo pronunció como si fuera una palabra extranjera, entre comillas— y charlar como colegialas, ¿no?

—Supongo que sí. Todo este rollo del estudio no es más que una excusa para cotillear.

Ladeó la cabeza como un pájaro, mirándome de soslayo, y esbozó una sonrisita.

—Muy bueno. Muy bueno. —Había encontrado algún resto de galleta, por lo visto, y la mordisqueó—. Aunque es seria.

—¿Seria?

—Sirena dice que es usted seria. Y eso es lo que importa. No que venda por miles de dólares o que conozca a la gente influyente. Es importante que sea seria.

—Sí, claro.

—A mí me parece seria. —Me miró con expresión divertida al tenderme el té—. ¿Leche?

—No, gracias. —Reflexioné un instante—. ¿Y ella sí vende por miles de dólares? ¿Conoce a la gente influyente?

—¿Influyente? ¿Qué significa eso? Algo distinto para personas

distintas. Pero sí, eso hace, signifique lo que signifique. Ha empezado a hacerlo. —Me brindó otra sonrisa amplia, enigmática —. En París, claro.

Sentí que algún ascensor interno se me desplomaba en su hueco; suele llamarse que se te caiga el alma a los pies. Me las había apañado de algún modo para no pensar en la vida artística de Sirena más allá de nuestro mundo privado, en su antes y su después.

—Es uno de los motivos por los que le costó mucho venirse aquí este año, por su carrera, porque en el último par de años había empezado a… ¿a despegar? Exposiciones, la mejor galería, críticas, ya sabe. Aquí no hay las mismas oportunidades… pero le dije: encuentra un estudio, trabaja, como si fuera un retiro, sin distracciones; será bueno para ti.

—¿Y lo es?

Él apuró el té, depositó la taza con gesto ampuloso en el fregadero.

—Sí, es bueno. Ha encontrado un sitio, y la tiene a usted.

—¿A mí?

—Para tomar galletas y charlar, una colega, que es seria como ella.

—Sí, ya.

—Como muchos artistas, cuando Sirena está triste, puede llegar a estarlo muchísimo. —Parecía nostálgico, pero de una forma extraña, como si todo eso no tuviera nada que ver con él—. Así que siempre estamos contentos de verla feliz. —Consultó el reloj—. Llega tarde. Para una vez que llego puntual, va ella y se retrasa.

—No ha mencionado que fuera a volver.

—Vamos a ver una película, los dos solos, y quedamos en que… —Se interrumpió y se dio una palmada en la frente con gesto exagerado—. Ay… Pero después cambiamos de planes. —De nuevo miró el reloj; luego vinieron gruñidos de exasperación—. Ya estará en el cine. ¿Puede decirme cuál es el camino más rápido para llegar a Kendall Square?

Traté de indicárselo de la forma más simple posible, pero me dio la sensación de que no acababa de entenderlo. Su angustia me pareció genuina; pero cuando se alejó precipitadamente pasillo abajo, profiriendo corteses excusas, tuve mis dudas de que llegara al cine a tiempo, o de que llegara siquiera.

Mientras recogía mis bártulos y lavaba las tazas, me inventé una historia según la cual Skandar había venido a propósito, con la esperanza de encontrarme. No porque deseara conocerme por mí misma, sino porque quería comprobar con quién pasaba tanto tiempo su mujer, hacerse una idea de cómo era yo. Quizá —¿sería remotamente posible?— Sirena hablaba de mí con la misma emoción apenas contenida, con el mismo aliento levemente entrecortado, con que yo hablaba de ella.

He ahí una de las cosas más extrañas que entraña ser humano: que sepamos tanto, que comuniquemos tanto y que, sin embargo, seamos siempre tan drásticamente incapaces de expresarnos con claridad, que acabemos tan aislados, tan inadaptados. Incluso cuando alguien trata de decir algo, lo dice de manera burda, o con evasivas, o miente directamente, unas veces porque trata de mentirte a ti, pero con frecuencia porque se miente a sí mismo.

Después de todo, Sirena muy rara vez me hablaba de Skandar. Me figuraba que era porque no solía hablar de él, porque no absorbía sus pensamientos. Tenía entendido que su marido era un dato conocido, que se daba por hecho, quizá hasta un dato ambivalente. Ella hablaba muy abiertamente de su obra, de sus ansiedades y fantasías con respecto a la misma, de la maleabilidad de los distintos materiales y de los sentimientos conflictivos que le provocaba el vídeo. Le preocupaba que la moda de los vídeos estuviera afectando su interés en ellos, tanto la atracción como la repulsión que le producían, algo que yo comprendía. Decía que era una de las cosas que admiraba de mí, que no quisiera saber nada de las modas, que siguiera mis propios instintos con tanta tranquilidad. No le dije que no era capaz de hacer otra cosa; pero sus halagos me emocionaron y me resultaron gratificantes.

También hablaba de Reza. Le encantaba hablar de él, de sus aventuras, de sus comentarios graciosos, de sus errores con el inglés («*Maman*, ¿qué quiere decir que llueven *cátaros*?»), contar historias de cuando era pequeñito. Hasta hablaba de su propia infancia, de su familia de muchos hermanos y de su tiránica madre, sorda de un oído desde niña y consecuentemente chillona, como si compensara los sonidos que no captaba armando mucho barullo; y de su padre, más blando, como lo expresaba ella, que un queso Camembert en verano. Hablaba de lo unida que estaba a su

hermano más pequeño —tan parecido de carácter a Reza, decía— y de su tempestuosa relación con la hermana mayor, que le llevaba dieciocho meses y que siempre había deseado una familia pero nunca se casó, y que prodigaba una agobiante adoración a su sobrino siempre que tenía la oportunidad. Contaba historias de su juventud, de cómo había recorrido el sudeste asiático con una mochila y cómo, en el norte de Tailandia, había acabado tan colocada que se pasó casi una semana sumida en el letargo en una cabaña, en un pueblo cerca de Chiang Mai, con su novio de entonces obligándola a comer o beber para mantener juntos el alma y el cuerpo.

Me hablaba de todas esas cosas, pero casi nunca de su marido. ¿Qué se suponía que debía pensar yo?

Cuando hablaba de él, era en relación con Reza, sobre cosas que hacían los tres juntos, como hablar en inglés en la cena o contemplar rayas venenosas en el acuario; o sobre logística, algo que claramente se le daba muy mal a su marido. Skandar se había presentado dos horas tarde; a Skandar se le había ido el santo al cielo; Skandar nunca pagaba la cuenta; Skandar perdía los recibos/las llaves del coche/un número de teléfono. Sirena mencionaba estas flaquezas con cierto cansancio, a medio camino entre la indulgencia y la desesperación, y con una mueca sardónica particular en la preciosa boca.

—Tiene que gustarte, en realidad —comenté en cierta ocasión, cuando me explicó que la razón de que ningún Sahid hubiese asistido a la Velada de la Vuelta al Colegio era que Skandar, en quien recayó la tarea, se había olvidado, o eso dijo, y asistió en cambio a una conferencia en la Kennedy School—. ¿No es por eso en parte que te casaste con él?

—Sí, entonces me encantaba —admitió—. Me parecía un hombre muy libre. Pero una se cansa de eso, ya sabes.

Es posible que ustedes lo hubiesen considerado también un dato ambivalente.

Aquella noche de viernes, al llegar a casa, los busqué en Google a los dos. Cuando miro atrás, me parece extraño que no lo hubiera hecho antes, pero ahora me doy cuenta de que no había querido saber qué opinaba el mundo de ellos, de ella. Había deseado que Sirena fuese mía, al igual que el diorama de Emily Dickinson era

mío, sin que hubiera un mundo antes, después o más allá. Es así como queremos todos que sea la vida, sin barullo ni ruido de fondo, sin espejos deformantes. Y así, no buscar información sobre ellos antes en el ordenador era una equivocación, sin duda.

Y ahí estaban, juntos, fotografiados en un cóctel junto a un tipo narigudo y de pelo largo con una americana de terciopelo rojizo; y ahí estaba Skandar en un simposio sobre Raymond Aron y la filosofía de la historia, sentado a una larga mesa con su nombre en un letrerito ante él, en pleno discurso, con los ojos cerrados y las manos en alto como pájaros en vuelo, borrosas. Había una oscura imagen de Sirena en la inauguración de su exposición de Elsinore, empuñando una copa de champán y mirando al fotógrafo con expresión grave y malhumorada, con pantalón pitillo y tacones altos, y con un moño alto sujeto con palillos chinos. Había enlaces a artículos y trabajos de Skandar, en francés e ininteligibles para mí, y una lista del personal docente de la École Normale Supérieure en la que figuraba como profesor; y recortes de prensa sobre las exposiciones de Sirena, principalmente de dos de ellas, la de Elsinore y otra de dos años antes, de nuevo todos en francés. Cuando hice clic sobre «traducir esta página» me encontré con un cómico revoltijo de errores sintácticos y gramaticales, así como con varios obvios disparates en lo tocante a la dicción —una lección, sin duda, sobre la imposibilidad fundamental del intercambio entre culturas—, pero sí pude advertir que se alababa la obra de Sirena en términos extravagantes, casi incómodos. Una reseña en particular ponía por las nubes no tanto las extraordinarias instalaciones de Elsinore como las series de vídeo que las acompañaban. Estos últimos, decían, constituían la verdadera genialidad de Sirena, su capacidad de entusiasmarnos, divertirnos, impresionarnos y sorprendernos con su serie de seis cortos de tres minutos, cada uno de los cuales describía la relación de una criatura —incluyendo un observador humano, filmado desde atrás sin ser consciente de ello; un caracol vivo; y un Hamlet de plastilina, el favorito del crítico— con su espacio.

Poco tiempo después, soñé con Skandar. Fue uno de esos sueños intensos y reales que te acompañan todo el día siguiente y que te

cambian, como si hubiese sucedido algo de verdad, vete a saber qué. Tan visceral que no puedes expurgarlo de tus recuerdos, como si lo llevaras escrito en el cuerpo. Fue un sueño sexual. Estábamos los dos desnudos en una cama, en un apartamento que no era mío, pero yo sabía que tampoco era suyo, y de algún modo, por la luz blanca y opaca que entraba por las ventanas, supe que estaba en Europa; me dije que quizá en Ámsterdam, donde nunca he estado. Me levanté de la cama para poner la tetera y dije: «Ella no tardará en llegar, ¿sabes?», y él respondió: «No le importa. A ella le gusta». ¿Le gusta qué?, me pregunté, y volví a la cama con él, y de pronto él tenía los dedos dentro de mí y tuve un orgasmo. Y luego la tetera borboteaba y llamaban al timbre (mi despertador, obviamente: era hora de levantarse), y me levanté para ocuparme de esas cosas, pero no estaba asustada, pues Skandar había dicho que a ella le gustaba, y cuando me volví para mirarlo, todavía sintiendo un hormigueo en todo el cuerpo, él se apoyaba contra el cabezal y, como un perfumista, se olisqueaba los dedos con los que me había hecho correrme con una sonrisa maliciosa y distante que apenas dejaba vislumbrar sus dientes.

13

La segunda cosa pasó solo tres días después de la primera, al principio de la última semana de clases antes de las vacaciones. Para entonces yo llevaba tanto tiempo previéndolo que se me había olvidado seguir preocupándome, de modo que me llevé la debida impresión, y hasta me asusté. Lo que viene a demostrar cuánto dura la ira, el deseo de venganza: tiene una semivida nuclear y le enseña paciencia a la gente de la forma más siniestra posible.

Reza fue víctima de otro ataque. Esta vez fue más furtivo, más brutal. Bajo la displicente mirada de las monitoras del patio, Bethany, Margot y Sarah —inmersas en la irresponsable tarea de concertar citas a través de sus teléfonos móviles—, se había permitido que estallara una guerra de bolas de nieve entre los niños. Al acabar la jornada lectiva quedaban unos veinticinco críos en el patio, y solo los más tímidos no participaban. Habían formado equipos y construido una fortaleza, y yo no había podido ir al estudio porque tenía una reunión con la madre de Chastity y Ebullience y con Lisa, la especialista en lectura, para hablar de cómo se regodeaba Ebullience ante la dislexia de Chastity, o más bien ante su propia carencia de la misma, y planear estrategias para solucionarlo; sea como fuere, llevaba a cabo dicha reunión con los alegres timbales de fondo de gritos y risas infantiles, que llegaban a través de las ventanas y me parecían exactamente como debían ser.

Pero entre los críos, como una espora maligna, acechaba Owen, el airado alumno de quinto que había atacado antes a Reza, lo bastante listo y lo bastante tonto a la vez para que se le ocurriera meter piedras en su bola de nieve; y quiso la mala suerte que eligiera una piedra puntiaguda y, aún peor, que tuviera buena puntería (cómo no: más adelante averiguó que estaba a solo unos palmos de su objetivo) y, lo peor de todo, que Reza no la viera venir.

Según contó una niña, Reza cayó al instante de rodillas y vio

sangre correrle entre los dedos —se había llevado las manos a los ojos— antes de saber qué le había ocurrido. Y oyó cómo el niño gordo murmuraba «Oh, mierda» antes de salir corriendo.

En el interior, tuvimos constancia del golpe cuando se hizo un silencio, como si el mundo al otro lado de la ventana contuviera el aliento, como si cayera un telón ante la escena. Entonces Bethany hizo sonar el silbato, tres veces en rápida sucesión, el toque de emergencia de «todos los niños en fila ahora mismo», y tuve que decirle «Discúlpeme» a la madre de las gemelas y acercarme a la ventana. Recuerdo que el cielo estaba de ese gris claro y uniforme de la nieve incipiente, y que, cuando apoyé las yemas de los dedos en el cristal, lo noté frío. Y al mirar abajo lo primero que vi fue el pánico de Bethany, los gestos exagerados y casi militares que hacía para reunirlos a todos y dirigirlos a las grandes puertas. Solo entonces vi a Margot conduciendo a alguien hacia la entrada lateral, un niño encorvado que iba dejando un reguero de gotitas de sangre como un rastro mágico en la nieve —incluso bajo la luz grisácea, o quizá aún más gracias a ella, la sangre tenía un brillo escarlata— y no tuve que mirar dos veces para saber que conocía ese abrigo. Y conocía ese gorro, blanco y negro y con una borla.

—¡Disculpen, un accidente!, —exclamé, más alto de lo necesario, y salí corriendo del aula, para el desconcierto de la madre y de mi colega Lisa.

Llegué al despacho de Shauna al mismo tiempo que Margot y Reza. Velma Snively, la secretaria de Shauna (y una veterana con sus treinta y siete años en Appleton, había quien la llamaba la jefa de Shauna), había salido de detrás del escritorio y pedido compresas.

—No te quedes ahí de pie —le espetó a Margot, que se había echado a llorar, mientras atraía a Reza contra su considerable pecho —. Trae gasas del armario del botiquín. Trae agua estéril. ¡Están allí! ¡Allí!

—Soy la señorita Eldridge, Reza —anuncié, por si no podía verme—. Vas a ponerte bien.

Traté de llegar hasta él, pero el brazo de Velma se interponía entre los dos.

—¿Ha sido en el ojo? ¿Es el ojo?

Traté de abrirme paso hasta Reza, contoneándome, pero no

hubo manera. La camisa de flores de Velma emitió un sonido viscoso cuando la rocé.

—¿No te parece que sería mejor echar un vistazo, Velma?

—Eso voy a hacer, Nora, si dejas de agobiar al pobre crío. —Tendió una mano para coger la gasa que había encontrado Margot y la blandió en el aire—. ¡Agua estéril! ¡Pon agua fría aquí! ¡Tenemos que limpiar a este niño!

Le quitaron la gasa, la humedecieron y volvieron a ponérsela en la palma; entretanto no dio tregua y siguió aferrando a Reza con el otro brazo. El crío estaba muy quieto y solo se estremecía al sollozar, como un animal paralizado.

Cuando Velma hubo limpiado la sangre —y manaba mucha, aunque había empezado a coagularse en los bordes de la herida— fue evidente que el globo ocular no había quedado afectado, pero el tajo, de unos tres centímetros, estaba tan cerca de la comisura del ojo que daba la sensación de que, como una fruta muy madura, pudiera abrirse y llegar a la cuenca.

—Esto no lo va a taponar una tirita —observó Velma con tono sombrío—. A este crío van a hacerle falta puntos.

En ese momento, Reza soltó un pequeño gemido, el primer sonido que emitía, y me miró aterrorizado.

—No tengas miedo, cariño. Yo te llevaré.

—*Maman* —dijo él.

—Sí, ya lo sé. Ahora mismo la llamo. Puede encontrarse con nosotros en el hospital.

La imaginé en nuestro estudio, ajena a lo ocurrido, tallando cuidadosamente flores de aspirina con el cabello desparramado como una red sobre su obra; y la imaginé hurgando en el bolsillo del abrigo en busca del móvil con ese ruidito gutural que hacía, o que me figuraba que hacía, cuando creía que se trataba de Skandar.

—¿Tienes tus cosas?, —pregunté como una tonta—. Margot, ¿me traes su mochila? Iremos en mi coche, ahora mismo.

Velma retrocedió, liberando a Reza, y se aclaró la garganta.

—Voy a comprobar el protocolo médico, Nora. No puedes limitarte a llevarlo a cualquier sitio.

—Al hospital de niños, lo llevaré allí. Si tienen que coserlo, es el mejor. Pongámosle una compresa para el trayecto. ¿Tú crees que podrás sujetarla, cariño? ¿Aguantarla ahí con la mano?

Velma exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—Deberíamos hacer que viniera la madre. Eso dicen las normas, excepto en el caso de una emergencia.

—¿Y esto no te parece una emergencia? Su madre es amiga mía —añadí (¿y saben qué?, incluso en ese momento, me sentí orgullosa de decirlo, como si al levantar un naipe me hubiese salido un triunfo, y orgullosa de pensar que era cierto, además)—. Y sé que no querría que anduviésemos perdiendo el tiempo. La llamaré por el camino y se encontrará con nosotros en urgencias. Venga, Velma, sabes que es lo que hay que hacer.

Velma volvió a negar con la cabeza, levemente.

—Ya sé que es lo que va a pasar, Nora; pero necesito que llames a la madre de este niño aquí mismo, antes de irte. No puedo dejar que te lo lleves sin su consentimiento.

Y así, llamé a Sirena desde el despacho de Velma. No soy capaz de expresar hasta qué punto se me hizo extraño. Me sentí cohibida por más de una razón: por ser yo quien le comunicara la noticia, como si hubiesen herido a Reza cuando estaba a mi cuidado (Margot seguía en la habitación, con un rictus constante de ansiedad en la cara); porque todos me oyeran hablarle, pues no sabía cómo modular mi voz cuando hablaba de ella, como me ocurría cuando hablaba con ella, temiendo que mi tono fuera demasiado íntimo o demasiado formal, demasiado estridente o demasiado suave; y también por la presencia de Reza, quien sin duda no tenía una idea clara de hasta qué punto su vida en el colegio y su vida en casa se entrelazaban a sus espaldas. Sabía que su madre y yo trabajábamos en nuestro arte en el mismo estudio, pero no podía saber qué significaba eso en la práctica, y desde luego no comprendía que después del colegio, cuando estaba en el patio con las monitoras o aparcado con María la canguro, su madre solía estar mordisqueando galletas conmigo y charlando, en palabras de su padre, como una colegiala. O más bien como una artista sin hijos, sin duda la mayor traición que podía existir.

Pero hice la llamada, con un tono tenso, severo y falso, la voz de maestra que Sirena no había oído desde el principio, y aun así tuve la seguridad de que Velma me miraba raro. Le conté a Sirena lo ocurrido y le dije que Reza tenía bien el ojo pero que necesitaría puntos, momento en el cual oí un sonido amortiguado en la línea, y

con un tono que no resultaba en absoluto adecuado en el despacho de Velma, pero que no pude evitar, dije:

—No llores, Sirena, no llores; no pasa nada.

—No estoy llorando —contestó—. Me estaba poniendo el abrigo.

Le dije que íbamos a urgencias del hospital de niños y que nos encontraríamos allí.

—No sé cómo se va —dijo.

—Coge un taxi… Llama uno por teléfono. Ya te llevaré yo a casa después.

Y eso hice por fin, pero solo después de que nos hubiésemos pasado siete horas en urgencias. («Siempre pasa eso en el hospital de niños —me explicó después Esther—. Es el mejor centro, pero eso significa que tienen una reputación que mantener. No pueden permitirse cometer errores»). Lo vio una enfermera; y luego un residente; y entonces el médico de guardia, quien mandó llamar al oftalmólogo para estar seguros; y por fin la cirujana plástica, quien por suerte había acudido a echarle un vistazo a un paciente en otra zona, y que lo cosió con unos puntos diminutos e impecables. Entre visitante y visitante a nuestro bochornoso compartimiento con cortina —que recordaba vagamente al de una adivina de feria, pero forrado de carteles médicos y con una iluminación gris y espantosa —, donde nos sentíamos más y más hambrientos y aturdidos, se extendían espacios inmensos de inútil tiempo de espera. Al principio me ofrecí a leerle a Reza, y luego sugerí ir en busca de algo de comer, pero me di cuenta de que Sirena, todavía muy nerviosa, no quería que me marchara. Skandar estaba fuera de la ciudad, y no quería estar sola si las cosas se ponían feas, más feas de lo que parecían ser. Y así, le dije que me quedaría hasta que el médico nos diera su dictamen; y para entonces ya casi había acabado todo, porque los puntos en sí, cuatro y muy cerca de la comisura del ojo, fueron cuestión de minutos, precisas puntadas de aguja e hilo, como las de mi madre cuando cosía el maltrecho dobladillo de mi falda entre el desayuno y el colegio, solo que la rubia doctora no cortó el hilo con los dientes cuando hubo acabado, sino que lo cortó con destreza con unas tijeritas relucientes y le revolvió el cabello a Reza —estaba adormilado, casi dormido— y

dijo: «No te preocupes, no ha cambiado nada. Vas a seguir rompiendo corazones con esos ojos», algo que tanto ella como yo sabíamos que era cierto, y por fin le dijo que podía irse a casa.

Los llevé por el camino de la ribera del río hasta su casa. Reza se había quedado dormido en el coche.

—¿Necesitas ayuda? Puedo llevarlo yo.

Los ojos de Sirena eran pozos sin fondo en la oscuridad.

—Nora, qué amable eres.

—No es amabilidad —contesté.

Cogí a Reza en brazos mientras Sirena forcejeaba con la llave de la puerta principal, entré tras ella en la casa en penumbra con mi fardo calentito (su aliento me hacía cosquillas en el cuello) y subí por la escalera para dejarlo en su cama. Fuera zapatos, fuera abrigo, fuera pantalones una vez desabrochados, y bien arropadito; y durante todo ese proceso, Reza apenas se movió, tan exhausto estaba. Me quedé observándolo mientras Sirena iba a poner la tetera y a encender las luces. Estaba tendido boca arriba con los brazos por fuera de la sábana y la cabeza sobre la almohada, con las mejillas arreboladas, y cuando exhalaba aire al respirar, sus labios se fruncían levemente para formar una pequeña «o». Madre mía, qué precioso era, todo él una promesa perfecta. Antes de irme, le acaricié el cabello y me incliné para besarlo en la frente. Olía a hospital. Se estremeció un poquito en sueños.

Skandar estaba fuera, pero en cierto sentido estaba presente, y tuve un leve sentimiento de culpa al recordar mi sueño, como si hubiese hecho algo malo, como si hubiera tratado de robarle a Sirena tanto a su hijo como a su marido, como si ella pudiera mirarme y saberlo.

Y así, me encontré sentada a la mesa del comedor de Sirena casi a medianoche, tomando té a la menta y tostadas con mantequilla y mermelada de ciruela. La casa adosada se veía extrañamente fría e impersonal; renovada en los ochenta, se alquilaba amueblada, con feas sillas macizas y anodinas y un globo de cristal tintado y moteado colgando del techo. Las paredes estaban estucadas y los suelos eran *beige* de pared a pared. Los armarios de la cocina, visibles a través de la anticuada ventanilla que comunicaba con el comedor, me recordaron al Cadillac de un hombre anciano: antiguo pero cuidadosamente conservado, conmovedor y espantoso a un

tiempo. No debería haberme sorprendido que los Shahid vivieran en un sitio así, pues estaban de paso, después de todo, pero sí lo hizo. Ellos eran muy especiales, y aquel sitio era de lo más anodino.

Durante un buen rato, Sirena y yo apenas nos hablamos. La oía, y me oía a mí, masticar las tostadas. Parecía agotada.

—Reza se pondrá bien —dije por fin—. La cirujana tenía razón, esto no cambia nada.

Sirena tenía lágrimas en los ojos.

—Esto no cambia nada, dices, pero tú y yo sabemos que no es verdad. No me refiero a su cara… su cara se curará. Pero ¿qué hemos hecho trayéndolo aquí, a esto? ¿Qué ha hecho Skandar? Nadie quería venir, solo él, pero quién quiere ser la esposa que dice «No, no podemos ir».

No se me había ocurrido que no le gustara estar aquí, que el sitio en sí le desagradara.

—Pensaba que a Reza le gustaba… la escuela y todo lo demás.

—¿Qué sentido tiene que no le guste? Cuando se va a la cama, le cuento historias sobre sus amigos de casa. Sabe que volveremos, de manera que todo iba bien. Pero, ahora, ¿con esto que ha pasado?

—El niño que lo ha hecho recibirá el debido castigo esta vez. Es posible que hasta lo expulsen.

—Y ¿supone eso alguna diferencia para Reza? No, en absoluto. Ahora Reza sabe que vive en un mundo donde la gente puede arrojarte piedras solo por ser quien eres, solo porque no les gusta tu nombre o tu piel.

—Pero sabes que eso no es lo normal, ¿no? No es más que un solo niño desquiciado, con verdaderos problemas. La cosa no tiene nada que ver con Reza personalmente; creo que él puede entenderlo.

—Cuando eres árabe o tienes un nombre de Oriente Medio, nunca es algo personal, pero siempre está ahí. Me inquietaba venir a Estados Unidos, pero luego pensé que en un sitio como Cambridge, Massachusetts… —Dejó la frase en suspenso, y volvió a empezar—. ¿Sabes lo que es eso? —Una lágrima se había derramado y le surcaba una mejilla—. La mayor parte del tiempo ni siquiera piensas en ello, no de forma consciente. Pero, tarde o temprano, alguien hace un comentario que luego requiere explicaciones. Skandar tuvo primos en campos de refugiados,

¿sabes? Su hermano murió en un atentado en Beirut… a los veintitrés años. Se desvaneció en el polvo. Skandar ha tenido suerte en la vida, pero sabe muy bien cómo es todo eso. Sé que para Reza es importante comprender todas estas cosas, saberlo todo al respecto, pero más adelante. Quiero… quería… que Reza tuviera una infancia como la mía, donde todo lo que tienes que saber es cómo ser un crío. Sin ira, ni odio, ni ansias de venganza. Sin nadie que arroje piedras. Habrá tiempo suficiente después para todo eso, para la historia; y pensaba que con suerte y el tiempo suficiente conseguiríamos un Reza íntegro, equilibrado, no degradado por su legado. Me preocupaban muchas cosas de venir aquí, pero no esta. Y ahora me encuentro con esto. ¿No lo ves? Esto lo ha cambiado todo, porque Reza ya no puede verse libre de todas esas cosas. Porque esto de ahora es el principio. —No lloraba, en realidad, pero agachó la cabeza para sujetarla entre las manos y el cabello le cayó en la cara. Cuando alzó la mirada de nuevo, sonreía—. Probablemente ni siquiera sabes de qué hablo.

—Creo que sí lo sé.

—No importa. No pasa nada. Como tú dices, su ojo se curará; eso es lo más importante. —Se levantó y amontonó los platos—. Se ha hecho tarde. Ya no es momento para más melodramas. No creo que Reza vaya mañana al colegio, pero tú sí debes ir, de modo que tienes que dormir un poco.

En la puerta, como hacía mi madre, se plantó una radiante sonrisa en la cara.

—Nora, querida, no puedo agradecerte suficiente lo de esta noche. ¿Qué habríamos hecho sin ti? Eres una amiga de verdad.

Tendió los brazos, y advertí que quería abrazarme. No soy muy propensa a los abrazos, me hacen sentir incómoda, pero me acerqué y dejé que me estrechara entre sus brazos, y yo hice lo mismo. No intentó besarme en la mejilla, sino que me ciñó con fuerza contra sí, el tiempo suficiente para que me relajara y le devolviera el abrazo como era debido. Noté los bultitos de los corchetes del sujetador a través de su suéter. Olía a perfume y al sudor acre del miedo. No sé a qué vino, pero sentí ganas de llorar. Había sido un día muy largo.

—No sé si mañana iré al estudio —dije, apartándome por fin.

—Yo no creo que vaya —respondió.

—¿Cuándo vuelve Skandar?

—Es posible que adelante la vuelta. Ya veremos. La verdad es que no se fía mucho de las crisis; ha visto demasiadas, y dice que casi nunca son reales.

—Es fácil decir eso desde fuera.

—Sí, siempre. Buenas noches.

—Llámame si necesitas mi ayuda.

Por la forma misteriosa en que sonrió y asintió con la cabeza supe que no me llamaría. Y no me equivocaba.

Y luego me tocó esperar. Reza no asistió a la escuela al día siguiente, ni el otro. Ni el otro, un jueves, y para entonces yo ya había comprendido que no volveríamos a verlo antes de las vacaciones. El miércoles después del colegio, y de nuevo el jueves, regresé al estudio y lo encontré abandonado: la taza de café que había estado tomando Sirena cuando la llamé desde la escuela seguía medio llena sobre la encimera. El viernes, el sábado y el domingo no fui capaz de volver allí sola.

Los Sahid regresaban a Francia durante dos semanas, pero no sabía exactamente cuándo se marchaban. Seguía esperando que Sirena me llamara, para decirme cómo andaba Reza, para informarme sobre su estado de ánimo o, por Dios bendito, para preguntarme al menos si había deberes del colegio que tuviese que hacer. Cuando llegó el jueves pensé en llamarlos, pensé en todas las cosas que podían haber ocurrido: a Reza podía habérsele infectado el ojo, o quizá estuviese histérico o desanimado; o Sirena y Skandar podían haberse peleado muchísimo a raíz del asunto, quizá por la ausencia de Skandar, o por haber venido siquiera a Cambridge, o incluso por el hecho de que hubiese sido yo quien llevó al crío al hospital. Podía haber pasado cualquiera de esas cosas. Podían haber decidido marcharse antes a Francia. Podían haber decidido volver a casa de forma definitiva. Lo único que yo no podía creer era que siguieran con su reconfortante y perfecta rutina sin incidentes en aquella deprimente casa adosada, y que simplemente ni siquiera pensaran en mí.

No crean que no era consciente en todo momento del escaso fundamento de mi pretensión. Es posible que Sirena me hubiese dicho que era una amiga de verdad, pero ¿no era en esencia una

vulgar maestra y coarrendataria ocasional? En mi propia vida había gente a la que había tratado con cierto desdén: una siempre era consciente de la jerarquía, por mucho que trataras de fingir que te era indiferente.

Y sí, de tanto darle vueltas, en medio de aquel silencio ensordecedor, empecé a enfadarme un poco. ¿Quiénes eran ellos para ignorarme? ¿Qué clase de modales eran esos, no solo en el sentido humano, más amplio, sino incluso en el profesional? Aunque no hubiese una relación más cercana —y quizá en mayor medida en ese caso—, ¿no le debías acaso una llamada a la maestra de tu hijo, cuando se lo había llevado corriendo al hospital y se había quedado allí contigo durante horas? Al menos para decir que el crío volvería y cuándo, o que no volvería pero que estaba bien, o, por amor de Dios, que en realidad no estaba bien, pero incluso así, para decir «gracias» una vez más, porque la vida te enseña que, cuando alguien se toma muchas molestias por ti, te corresponde expresarle tu gratitud.

Por encima de todo, pese al enfado, me sentía triste. Siempre pasa eso, que en el corazón de la hoguera hay un congelado meollo de pena que el valeroso fuego trata de erradicar, sin éxito. Y sabía muy bien, en medio de toda aquella emoción, que en cuanto Sirena me llamase —si llamaba— se lo perdonaría todo. Cada vez que sonaba el teléfono, el corazón me daba un vuelco de vana esperanza. Era un acto reflejo; no podía controlarlo.

Shauna había expulsado a Owen, con eficacia y sin ceremonias, antes del mediodía del martes. En el colegio todo eran cotilleos al respecto, en toda la gama de tamaños, y la caída al suelo de Reza derramando sangre escarlata sobre la nieve adquirió dimensiones míticas, casi homéricas. Se comentaba en susurros que había sufrido daño cerebral, que había quedado ciego, que los Shahid iban a poner una demanda; toda clase de estupideces, del patio a la sala de profesores, y los colegas me abordaban una y otra vez en los pasillos o en los lavabos para comprobar la veracidad de este o aquel rumor. De algún modo, todo ese barullo fluía ante mí como un sueño, y solo era capaz de oír el viento en mi cabeza.

El viernes por la mañana celebramos el festival de fin de

trimestre, en el que mi clase representó *El árbol de Navidad* de Hans Christian Andersen, y por Dios que me pareció oportuno para aquella semana. Por suerte, el papel de Reza como leñador solo tenía tres frases, que el pequeño Noah usurpó encantado y pronunció con entusiasmo. Luego todos bailaron al son de *I have a little Dreidel*, y después una niña nigeriana de quinto curso, Ethel, ofreció una impactante interpretación de *Noche de paz*: la portentosa voz que brotaba de su enjuto pecho resonó en torno a nosotros, potente y clara, como un alimento divino extraordinario. Luego Shauna pronunció unas palabras optimistas y bastante estúpidas sobre aquellas fiestas llenas de luz y color y sobre el nuevo comienzo que todos anhelábamos, sin mención alguna del incidente de principios de semana, y de repente ya era la hora de comer y habían llegado las vacaciones.

Los niños se dispersaron, unos deprisa y otros lentamente, y su parloteo poco armonioso y encantador llenó el aire hasta los techos mientras llenaban las mochilas, recogían bártulos y chaquetas y se abrazaban y se daban palmadas unos a otros, depositando tarjetas y paquetes en mi escritorio como ofrendas religiosas; unos lo hacían discretamente, para que no me diera cuenta, y otros con gesto orgulloso. Varias niñas me abrazaron, me aferraron las caderas, el vientre, el brazo; los niños se mostraron menos comunicativos, casi tímidos en algunos casos, y cada uno de ellos, de camino a la puerta, exclamaba: «¡Adiós, señorita E! ¡Feliz Navidad! ¡Hasta el año que viene! ¿Lo pilla? ¡Adiós, adiós!».

Y ahí me quedé, sola en mi aula con las luces fluorescentes, el montón de relucientes trofeos en mi escritorio, el barullo desvaneciéndose pasillo abajo y en la escalera, y el sol de un mediodía de invierno en las ventanas, con una vida vacía de pronto, extinta. Coloqué libros en su sitio, borré las pizarras, ordené mis bolígrafos en los cajones. Había un almuerzo del personal docente en la sala de profesores, pero no me apetecía ir; siempre compartíamos los mismos cumplidos y comentarios, pero sin duda esta vez habría también cotilleos sobre Reza, sobre Owen, sobre la decisión de Shauna de no mencionarlos en el salón de actos. Me puse el abrigo y busqué una bolsa de la compra en la que meter mi botín. (¿Cuántas tarjetas había acumulado en mis años como maestra? Pero en el montón no había una de Reza y, por tanto,

ninguna que yo quisiera).

Habría sido el día ideal para ir al estudio, donde el solitario dormitorio de Emily D aguardaba mis solitarias atenciones. Pero lo que hice fue escabullirme de Appleton sin despedirme, dejar las cosas en casa e ir a la sesión de tarde para ver *Closer*, una película con Jude Law, Natalie Portman, Julia Roberts y Clive Owen que me hizo sentir una mujer de cien años y completamente sola en el universo.

Mi padre estaba bastante pachucho, y eso me ayudó. Papá es estoico e hipocondríaco de manera simultánea: puede estar sonándose con ostentosa estridencia en el pañuelo mientras insiste en que no le pasa nada, con la voz cascada y los ojos enrojecidos y vidriosos, y confiarte de pronto, blandiendo el tenedor en el que ha ensartado una salchicha o una hoja de lechuga, que ha leído en el boletín informativo de la Clínica Mayo sobre una bronquitis vírica devastadora, aunque no están trascendiendo todos los casos, de la que él parece tener todos los síntomas; o sobre las señales de alarma del cáncer de próstata, que lo tienen preocupado por la frecuencia con la que orina (él nunca dice «hacer pipí»); o sobre la aparición de la diabetes en la gente mayor, que podría explicar su frecuente inclinación a echarse una siesta. No quiere que te preocupes por los síntomas que tiene, pero le gustaría que fueras consciente, como lo es él, de que con cada momento que pasa está un poco más cerca de la muerte.

Justo después de que acabase el colegio fui con él al viejo museo de Isabella Stewart Gardner. Se suponía que íbamos a asistir a un concierto en su cavernosa sala de música, un cuarteto de cuerda sobre una tarima de madera ante doscientos jubilados y frikis de la música arrebujados en sus susurrantes abrigos en la oscuridad en pleno día; pero papá decidió en el último momento que sus síntomas de resfriado, un enérgico goteo nasal posterior que lo hacía carraspear constantemente, un flujo de mucosidad que requería sonarse a menudo, habrían echado a perder la experiencia tanto para él como para el resto del público. Y así, recorrimos en cambio las salas del museo con su familiar contenido, pasando de puntillas entre las obras maestras, que aún parecían llevar sobre

todo las huellas digitales de Isabella, hasta llegar a la habitación en el piso superior donde ella misma, inmortalizada por Sargent, orgullosa y miope, montaba guardia sobre sus dominios. Después bajamos a toda prisa al salón de té para conseguir una mesa antes de que llegaran los asistentes al concierto. Mi padre, que con la edad se ha vuelto goloso, pidió chocolate caliente y pastel.

—A tu madre le encantaba este sitio —comentó, como hacía siempre, como si bastara con esa razón para acudir allí.

—¿Te refieres al salón de té?

—A todo este sitio. Ese patio, esos helechos. Le encantaban. Lo decía cada vez que venía.

—¿Y a ti, te gusta también?

—Lo encuentro un poco oscuro. Las obras son bonitas, pero está todo amontonado. Da la sensación de que haga falta una buena limpieza.

—No hace falta que vengamos aquí, ya lo sabes.

Sacudió la cabeza al mismo tiempo que se sonaba la nariz. Le vi una pequeña costra en la calva: otro cáncer de piel que habría que cauterizar.

—Es bueno para mí, lo sé.

—¿El qué, la cultura?

—Era tu madre quien adoraba estas cosas. Pero es importante hacerlas de vez en cuando, aunque no te vuelvan loco. Y es agradable estar contigo.

—No lo entiendo, ¿por qué es importante? Si no disfrutas con esto, para qué venir entonces, sobre todo a tu edad…

—Y ya puestos, ¿para qué hacer nada, Nora? No seas tonta. Te vistes porque te tienes que vestir. No te preguntas si disfrutas con eso. La mayoría de veces comes porque tu cuerpo necesita comer. Y con los museos pasa lo mismo: de vez en cuando, tienes que ir.

—¿Estás hablando de principios? ¿De que hay que hacer las cosas por principio? Me parece bastante raro.

—¿Lo encuentras interesante, Nora?

—Pues sí. Estás diciendo que tienes que hacer las cosas como si te importaran, aunque no te importen, ¿no?

—A veces puedes aprender algo. —Toqueteó un trocito de pastel que se le había caído del tenedor—. La vida no consiste tan solo en hacer cosas que te gustan, ¿sabes?

—Madre mía, y tanto que lo sé. Pero un museo no es como… no sé, como los impuestos sobre inmuebles o algo así. Se supone que te provoca placer.

—Yo no he dicho que no fuera agradable.

—Sí, lo has dicho. Lo has dado a entender. Podríamos ir al cine, o a cualquier otro sitio, quiero decir.

—Nora, ¿por qué haces esto? ¿No podemos tomarnos el chocolate y hablar de cosas agradables? ¿Qué tal fue festival navideño con los críos?

—El festival de fin de trimestre. Ya nadie dice festival navideño, papá. Fue bien. Lo dejaré estar por ahora, pero quería decirte que me parece importante que…

Mi padre levantó ambas manos.

—Nora. Por favor. Digamos que hemos venido aquí por tu madre. Me hace recordar cuánto disfrutaba tu madre con esto. ¿Te parece motivo suficiente?

—Claro que sí, papá. —Exhalé un suspiro. Di un sorbo al té—. Bueno, pues la obra de tercer curso fue esta vez *El árbol de Navidad*. ¿La conoces? Es un cuento de Hans Christian Andersen…

Y así, como mi padre, traté de seguir el consejo clásico de la clase pudiente y privilegiada: vivir en un mundo de apariencias. Como si la Casa Encantada fuera la vida real. Como si disfrutara de cosas que no me gustaban. Como si fuera feliz y la gente que amaba no me hubiese abandonado.

Didi no se lo tragó. Tres días antes de Navidad, en la época más ajetreada del año, dejó la tienda durante dos horas en manos de Jamie, su empleado, para llevarme a patear la nieve en la orilla del Jamaica Pond, fumando hierba y bebiendo sorbos de ponche caliente de un termo.

—¿Qué es eso que te carcome, tontorrona?

Didi tenía las mejillas arreboladas de frío y el cabello de color intenso se le escapaba del gorro. Andaba a zancadas con sus grandes pies, enterrándose con cada paso.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes, lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas. No diré una palabra, ni siquiera a Esther, te lo prometo. —Didi siempre decía eso, y yo nunca sabía si creérmelo del todo—. Te sientes muy desdichada por algo.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevas maquillaje, ese es un signo inequívoco. Vamos, suéltalo ya.

—No hay nada que soltar.

—¿Coqueteos en los pasillos? ¿Un nuevo profe de ciencias que está buenísimo? ¿Un bombero que te saluda todas las mañanas cuando pasas por delante del parque?

—Qué ridiculez.

—¿Ha sido alguien injusto contigo? ¿La política de la escuela otra vez? ¿Esa arpía de Shauna?

—No es ninguna arpía. Ella y yo no siempre estamos de acuerdo, pero no es una arpía.

—¿Piensas que el FBI nos tiene pinchadas? ¿Qué está pasando?

—No está pasando nada.

—Pues he ahí el problema. —Se detuvo y me clavó una mirada fija, capaz de ver en mi interior—. Se trata del estudio, ¿verdad?

—¿Qué pasa con él?

—Es por esa mujer, y el estudio. Es por tu obra, por algo de tu arte. Lo sé.

—¿Qué se supone que sabes?

Anduvimos un trecho en silencio. Didi sabía cuándo esperar. Es cuestión de habilidad, como desbullar ostras.

—No estoy trabajando en mi arte —confesé—. Nada de nada.

—Pero qué tontería, si estamos en vacaciones. No tienes a los mocosos, no tienes que viajar. ¿Qué pasa?

—No tengo ánimos para ir allí.

—¿Es un problema creativo? ¿Estás atascada?

—No.

—Un problema personal, entonces. Es por la Sirena esa. Déjame adivinarlo: ¿ocupa demasiado espacio? ¿No calla ni bajo el agua? ¡Huele mal! —Didi soltó una risita, una risita de flipada, y luego se contuvo—. ¿Estás llorando?

—No —contesté, pero noté lágrimas en los ojos, y aunque parpadeé, advertí que ella las había visto—. No es nada.

Y entonces traté de explicárselo. Le hablé de las semanas de trabajo y conversación, de ese otoño durante el que había llegado a sentir que Sirena y Reza eran míos de algún modo, casi de mi familia, que eran mi secreto; y luego de mi extraño encuentro con

Skandar y de mi sueño, más extraño incluso, y que tanto me cohibía recordar; y le conté la historia del ataque, del hospital, lo de que estuve en su casa; y por fin le hablé del silencio que vino después.

Mientras le contaba todo eso a Didi, no paraba de pensar que algo en mi cabeza —en mis recuerdos, en mis pensamientos— no estaba traduciéndose plenamente. Me daba la sensación de que la gente y los acontecimientos tridimensionales se volvían bidimensionales al hablar de ellos, de que se volvían más pequeños y más planos, como si expresarlos de viva voz les restara importancia. Lo que faltaba ahí era la intensa emoción que sentía, y que, como el agua o la juventud misma, mantenía a flote esos insignificantes encuentros y los convertía en algo tan significativo para mí. Y ahí estaban, encogiéndose ante mis ojos, encogiéndose para caber en mis palabras. Todo lo que puede expresarse, puede expresarse con claridad. Lo que no puede expresarse con claridad, no puede expresarse.

Cuando acabé mi relato, estaba desconsolada. El frío del viento y la nieve en el sendero, la gradación de hielo a escarcha en el lago: todo eso estaba dentro de mí, y mi corazón, pequeño y encogido, estaba fuera.

—¿No te sientes mejor al hablar de ello?, —preguntó Didi apoyándome una manaza con suavidad en el hombro.

—La verdad es que no. Creo que me siento peor.

—O sea que estás loca por esa Sirena, quieres follarte a su marido y robarle al niño. ¿Lo he entendido bien?

—Para nada.

—Pues hazme un resumen, en veinte palabras o menos. ¿Cómo lo explicarías?

—Es como un despertar, ¿sabes? En la escuela, todos los años, saco un gran libro ilustrado sobre las maravillas del mundo, tanto naturales como hechas por el hombre, y está lleno de fotografías realmente increíbles: Ayers Rock, la Gran Muralla China, el templo de Angkor Wat, Petra, la torre Eiffel, las pirámides…

—Ya me hago una idea.

—Y la cuestión es que, siempre que pierdo la fe en mi vida, contemplo esas fotos y pienso «No has estado aquí» y «No has visto esto», y de pronto me llena de asombro, ya sabes, como si el cielo se abriera de repente, pensar que exista todo eso, y de esperanza,

porque quizá algún día podré experimentarlo: los olores, los sonidos, la calidad de la luz…

—Bueno, ¿y?

—Pues este otoño, con ellos, ha sido un poco así: el cielo se abría, había esperanza. Una sensación de posibilidad. Sí, de esperanza. De que a lo mejor aún no se ha acabado todo.

—¿Por qué iba a haberse acabado?

—Porque tengo treinta y siete años y sigo soltera y soy maestra en una escuela elemental y llevo zuecos todos los días.

—Pues yo cumplo treinta y nueve el mes que viene. Casi cuarenta. Y me gusta pensar que es el inicio de una nueva década entera. Va a ser genial. Sé que sí… después de todo, Esther tiene cuarenta y dos y está cada vez más buena.

—¿Cada vez más?

—Para mí, sí. Pero esa no es la cuestión. ¿Por qué estás tan depre, entonces? Te han dado esperanzas, y ahora se han ido de vacaciones. No acabo de entender qué te tiene tan abatida. Aunque hubiesen estado aquí no te habrían invitado a su cena de Navidad, ¿no? ¿O los habrías invitado tú a acompañaros a ti y a tu padre en la casa de la tía Baby en Rockport?

Me estaba riendo a mi pesar. Habíamos rodeado el lago y estábamos casi de vuelta en el punto de partida, cerca de la avenida de Jamaicaway y el clamor del tráfico. Una anciana se acercaba en sentido contrario paseando a un perro viejo, un labrador negro de hocico grisáceo que caminaba con cautela por la nieve como si le hiciera daño en las pezuñas; pero ella, la anciana, murmuraba para sí, sacudía la cabeza con su gorrito de lana y reía, como yo.

—Venga, tiene que ser algo hormonal. En realidad no tienes ningún motivo para compadecerte de ti misma.

—Yo llevé a Reza al hospital. Me quedé media noche con ellos. ¿Y ni siquiera me llaman para decirme que está bien?

—Vale, pues son unos cerdos. Unos maleducados impresentables. No es nada del otro mundo. Media América es así, y probablemente medio mundo. Una nota escrita a mano en papel de carta con membrete habría sido lo ideal, pero mira, no se puede tener todo.

—Pero igual no vuelven.

—¿Por qué no van a volver?

—Ella odia estar aquí, me lo dijo; y ahora que Reza ha sido víctima de dos ataques… es posible que se queden en París.

—Pues entonces te quedas todo el estudio para ti sola. Venga, Nora, qué ridiculeces estás diciendo.

—Si te parecen ridiculeces, es porque no he sabido explicar bien cómo me hacen sentir.

Didi arrojó un palo al hielo, donde este se alejó resbalando e hizo ladrar al labrador negro, ya lejos de allí.

—Me lo has contado bien. Lo he entendido. Pero tienes que dejar de pensar que no controlas tus sentimientos.

—Y no lo hago. No puedes evitar lo que sientes.

—¿Quién dice que no?

Me encogí de hombros.

—Hace frío. ¿Podemos volver ya?

—Vale. Pero ¿sabes una cosa? Ni siquiera tienes que sentir el frío si decides no hacerlo.

—Ya. No me digas.

—Te estás inventando historias. No hay nada real en ellas. No tienes ni idea de qué está haciendo o pensando esa gente o de por qué no te ha llamado esa Sirena. Solo estás imaginando cosas.

—No soy ninguna chiflada, ¿sabes?

Didi me rodeó los hombros con un brazo. Emanaba calor, incluso en aquel aire gélido.

—Nadie te está llamando chiflada. Solo pesimista. Si solo sabes que no sabes nada, ¿no puedes relajarte un poquito? ¿O al menos inventarte una historia buena?

—Mi trastorno obsesivo compulsivo se interpone en mi camino.

—Pues pon a trabajar tu trastorno. Vuelve a ese estudio, siéntate y acaba la habitación de Emily. Así, pase lo que pase cuando vuelvan, o incluso si no vuelven, que lo dudo muchísimo, tendrás la satisfacción de haber aprovechado el tiempo. Mi madre decía siempre que no tiene sentido preocuparse por cosas ante las que no puedes hacer nada.

—Un cliché para cada ocasión.

—Pues sí, así es mi madre. Pero ella tampoco es ninguna chiflada, ¿sabes?

Así pues, traté de seguir también el consejo de Didi. Pase la Navidad en el apartamento junto al mar de la tía Baby, hermana de mi madre, en Rockport, y con mi padre: dos solitarios y afables septuagenarios que ni siquiera tenían tendencia a los recuerdos sentimentales, atrofiados de tan anclados como estaban en el presente, en sus pequeñas dolencias, en el clima, en las noticias de la televisión, en qué noticias les parecían totalmente vacías; aunque solo un día después, cuando el tsunami asolara Asia, estarían llenas de muerte. Nos abrimos paso con tremendo esfuerzo en una comida descomunal —pavo seco y demasiado hecho en parte por mi culpa, una enorme bandeja de boniatos caramelizados, relleno a base de miga de pan, patatas asadas y blandengues judías verdes—, al son de los tintineantes villancicos de los Niños Cantores de Viena que tanto adoraba la tía Baby, desde siempre.

Con los carrillos colgantes y muy empolvada, físicamente muy distinta del pajarito que era mi madre, su hermana, tía Baby, víctima de la artritis, cojeaba tanto que a cada paso me hacía tener presentes los huesos sin engrasar rechinando en sus fosas. Pese a su boca cuidadosamente perfilada en carmesí, o quizá gracias a ella, parecía mi abuelo vestido de mujer; llevaba el escaso cabello blanco muy cardado para disimular el cuero cabelludo y tenía una voz grave y rasposa. Olía mucho a colonia Yardley English Lavender, tan difícil de conseguir en el mercado en el siglo XXI.

Nunca se casó, era católica devota y se había convertido en lo que más temía convertirme yo: en una mujer aguerrida, autosuficiente y sin descendencia. Me sentaba en su inmaculado sofá azul cielo y trataba de no ver, sobre cualquier superficie plana, las hileras de fotografías familiares enmarcadas, de mi hermano y yo a medida que crecíamos, de mis padres y mis abuelos, de mis primos segundos en Atlanta, de los tres hijos de la prima June, captados de forma similar desde la cuna hasta la boda pasando por la graduación, en marcos sin una mota de polvo y aparentemente antiguos como todo lo demás. Siempre me había parecido un poco descarado que la tía Baby se apropiara de nuestra vida familiar, como si le perteneciera, como si Matt y yo fuéramos retoños suyos y no de su hermana. «Búscate tu propia vida —tenía ganas de decirle —. ¡No puedes quedarte la mía!». Pero cómo iba a tener su propia vida si la había dedicado al cuidado de los demás: sus padres, sus

parientes, los demás parroquianos. Siempre había sido la actriz secundaria. Incluso a la hora de la muerte, mi madre había tenido el papel protagonista. Me gustaría preguntarle ahora dónde guardaba su ira y cómo se las apañaba para parecer siempre tan tranquila, tan humildemente emocionada por las atenciones más pequeñas (aquella Navidad le regalé una cafetera exprés, y aunque más tarde me enteré de que nunca la había usado, se emocionó mucho al abrir la caja: ¡Que hubiera pensado tantísimo en ella! ¡Que la tuviera en tanta estima!), pero ha sido una de las bajas de estos últimos cinco años, pues tuvo la bendita suerte, como lo habría visto ella, de sufrir un aneurisma en la oficina parroquial y no recobrar nunca la conciencia, una muerte dulce como recompensa por una vida de devoción, sin representar una carga para nadie, gracias a Dios.

Puedo imaginar, ahora, cuánto le costaría ser nuestra tía Baby, una cría envejecida hasta el final, en lugar de la adulta llamada Cecily Mallon en la que debería haberse convertido. Teniendo en cuenta mi propia vida y qué pocas cosas importantes parece haber en ella vista desde fuera, las remotas similitudes entre mi propio perfil y mi reflejo, lamento pensar que la auténtica tía Baby se haya perdido para siempre. Yo, que tanto temía parecerme a ella, no pude preguntarle por esa otra persona, y sé que a nadie más se le ocurrió hacerlo, de manera que la tía Baby vivió en un mundo de apariencias hasta el final. No obstante, quizá siguió tan aplicadamente los preceptos de mi padre que su alma y su yo mundano se fundieron en uno.

Al menos la Navidad en Rockport pasaba volando. Llegábamos antes de mediodía, ayudábamos a cocinar, dábamos un paseo en coche por la costa para ver cómo arremetían las blancas olas contra las rocas con su ritmo eterno; comíamos, recogíamos y nos íbamos. A las nueve y media de la noche estaba de vuelta en mi apartamento tras haber dejado a mi padre en Brookline por el camino. Antes de marcharnos, yo me había ocupado de fregar los platos, dejando a Baby sentada en la salita demasiado caldeada con los hinchados pies sobre una otomana y chismorreando lánguidamente con mi padre sobre los achaques de su generación.

—¿Te has enterado de lo de Ruby Howard, la mujer de Bernie?

No es Alzheimer, es esa otra cosa aún peor, la del Parkinson. La de cuerpos de Lewy, ¿sabes qué es? Terrible.

Siguió un largo silencio, durante el cual bien pudieron echarse los dos una cabezadita, y luego volvió a oírse a la tía Baby:

—Y luego está Pete Runyon… ¿te acuerdas de él, de la iglesia? Se mudaron aquí al jubilarse él, y su mujer, Beth, tuvo un enfisema; ahora pasa la mayor parte del tiempo en casa, con una bombona de oxígeno con ruedas. Últimamente he ido a verla unas cuantas veces, para animarla un poco. Pero ahora le han diagnosticado un cáncer a Pete. De vejiga, me parece. O quizá de próstata… pero no de los de mejor pronóstico, si eso. Beth es muy discreta, y está claro que es algo relacionado con las vías urinarias, algo íntimo. No quería decirme exactamente qué es, pero tiene mala pinta. —Exhaló un suspiro—. ¿No te parece lo peor que los dos miembros de una pareja estén enfermos? A mí sí, siempre. Es distinto cuando eres una persona sola: eres una carga en mayor y en menor medida al mismo tiempo. Lo que quiero decir es que tienes que irte a una residencia, no te queda otra y punto. Nada de soluciones intermedias. Mira Alice y Robin Meynell, por ejemplo… ¿sabes de quiénes hablo? Bueno, pues ella tuvo una embolia la primavera pasada y…

Y la cosa seguía y seguía. Yo lavaba cazuelas, Baby hacía recuento de todas las dolencias de sus conocidos y mi padre, muy estoico, lo digería todo. En la puerta, entre el calor y el frío, la besé en la mejilla suave y arrugada, asiéndole la mano enjuta como una garra, cogí del brazo a mi padre y lo conduje a través de los restos de hielo que aún moteaban el sendero de asfalto de la casa de Baby para instalarlo en el asiento del coche. En el otro extremo del trayecto, detuve el coche bajo el pórtico de entrada (el edificio de mi padre, con conserje, había sido objeto de repetidos asaltos) y lo acompañé hasta la puerta de su piso, llevándole la bolsa del supermercado Trader Joe modestamente llena hasta la mitad de regalos (una afeitadora eléctrica nueva; una biografía de Hamilton; unos guantes forrados de cachemira) y, encima, un envase de plástico con puré de boniatos.

Para entonces, no solo no tenía sueño sino que ardía de rabia. ¿Quién haría lo mismo por mí cuando chocheara? ¿Quién sería mi buena chica? ¿Sería Charlotte, la adorada hija de Matt y Tweety? No conseguí imaginarlo. No. Sentí cierta amarga emoción al pensar

que me las apañaría por mí misma hasta el final, una emoción fruto del rechazo y la austeridad, no muy distinta del placer de quien hace dieta cuando le ruge el estómago. Sería autosuficiente. Seguiría adelante. No invadiría las vidas de otros, chupando de ellas con avidez para satisfacer mis necesidades. No, no haría eso. No le pediría nada a nadie; me limitaría a arder, de dentro hacia fuera, me inmolaría como esos monjes que se empapan en gasolina. Combustión espontánea, o casi. Casi. Les deseo unas felices Navidades de mierda.

Presa de la furia, hice algo extrañísimo y nada propio de mí: a las diez de la noche de Navidad, conduje a través de las calles desiertas y resbaladizas, engalanadas con luces paganas, hacia Somerville, hasta la quietud sepulcral del almacén, donde correteé ágilmente escalera arriba, con las llaves entre los dedos a modo de arma (hasta la ira que me invadía dejaba sitio para un poco de miedo), y entré en el estudio y cerré la puerta con pestillo detrás de mí.

Hacía un frío que pelaba, pues era obvio que la calefacción llevaba días apagada, y titubeé, preguntándome si habría cometido un error. Pero me preparé un café, puse música y hurgué entre las cosas de Sirena hasta dar con un par de mitones de suave lana negra. Cuando me los puse, me sentí como un personaje de una serie de *Masterpiece Theatre*, pero funcionaron: podía mover todos los dedos sin notarlos rígidos. Me senté a mi mesa, no bajo mi haz de luz sino con todas las putas luces encendidas, las del techo, la lámpara de pie y la de escritorio, con el estudio todo lo iluminado que pude, inmerso en un mar de luz a lo Ralph Ellison, y me puse manos a la obra, por fin, en mi Emily Dickinson.

Cada vez que creía oír un ruido, escuchaba con mayor atención la música, o cantaba siguiéndola, o daba patadas contra el suelo. Era la noche de Navidad: no había nadie en el edificio. No había nadie en la calle. Estaba sola, en solitario, como dicen los niños, y seguiría estándolo hasta el final. Que les dieran por el culo a todos, y si cualquiera trataba de entrar por la fuerza, asustarme o violarme, le haría saborear mi rabia.

Trabajé sin moverme durante cuatro horas, y entonces, demasiado cobardica para recorrer el pasillo hasta el baño, hice pipí en un cubo en un rincón y luego lo lavé en el fregadero y me senté

de nuevo a trabajar durante cuatro horas más, y acabé cansadísima, con ese cansancio que te deja casi ciega y te hace verlo todo borroso, como si hubieras tenido un derrame cerebral, hasta el extremo de que ya no me fiaba de lo que hacía y tuve que parar un rato. Y así, dejé las herramientas, me envolví en todos los pañuelos y chales de Sirena —olían a su perfume, a limón—, puse un par de sus cojines en la pequeña alfombra y el trozo menos polvoriento de suelo, junto a las sillas, y me tendí con el abrigo tapándome los pies, y ahí mismo, con las luces encendidas, con la música todavía sonando (era una minicadena con lector para cinco discos: Annie Lennox, Joan Armatrading, Joni Mitchell; música de antes, de adolescente, mis colegas de confianza ocupándose de adormecerme), y sabiendo que viviría con Emily el cambio de año y que acabaría su habitación —quizá hasta acabaría la instalación eléctrica que permitiría las visiones de Emily— antes de que tuviera que volver a la escuela, sabiendo, esto es, que estaba ardiendo por dentro y donde quería estar y lo suficientemente furiosa, por una vez, para ser yo misma, cerré los ojos, me pasé la lengua por los dientes sin lavar y me quedé dormida de inmediato.

SEGUNDA PARTE

1

Cuando empezó el colegio, la habitación de Emily estaba a punto. Solo faltaban las proyecciones, su propio farol mágico para iluminar sus palabras y a la propia Muerte, a la Musa, a la Alegría. Me había pasado la semana entre Navidad y Año Nuevo prácticamente encerrada con Emily. Había cenado con mi padre en una ocasión, y quedado con un grupo de cuatro amigas para tomar una copa —muy unida a ellas durante años, aquella noche me parecieron escandalosas y tontas, a años luz de mi mundo—, pero, aparte de esas salidas, me había pasado largos días y largas veladas en mi espacio íntimo de luz blanca, lijando, pegando y tallando, comiendo sándwiches de queso reseco envueltos en papel parafinado que me preparaba por las mañanas en casa medio dormida, trozos de manzana que se habían vuelto marrones y tabletas de un caro chocolate italiano que casi se desmigajaba, muy negro, envuelto en papel de plata, que era mi recompensa cuando las cosas salían bien. No volví a dormir allí porque a la mañana siguiente de Navidad me habían pesado los años y sentía dolor en los huesos y rigidez en las articulaciones; pero había vencido a algún demonio y ya no me daba miedo la oscuridad. No, eso no es del todo cierto. Todavía me daba miedo la oscuridad; cuando salía, cerca de medianoche, bajaba los peldaños como Cenicienta, de dos en dos, antes de que el reloj diera las doce, y corría hacia mi maltrecho Volkswagen Golf como si se tratara de mi carruaje dorado a punto de convertirse en calabaza. Pero, aquella semana, el amor que sentía por Emily era mayor que el miedo que pudiera darme cualquier cosa. Me sentía pura, tranquila y orgullosa; y sola, como la propia Emily.

En cuanto a los demás —los Shahid—, los había cauterizado, o eso creía. Si le hubiera dicho a Didi que eran una herida, se habría burlado de mí; pero lo eran, y gracias a la insistencia de ella, me había obligado a que se formara una costra. Lo cual estuvo muy bien hasta que volvieron.

El primer día de clases, cuando lo vi entrar en el aula pisando fuerte con sus botas para la nieve, con la mochila a la espalda y el gorro blanco y negro con borla en la mano, con una expresión severa en la tierna carita que, cuando me vio, cuando me vio sonreír, se ablandó y esbozó una sonrisa a su vez de afecto recíproco tan genuino, una sonrisa que se reflejó en igual medida en los ojos de largas pestañas —¡ay, su pobre ojo con la cicatriz!— que en los labios, y cuando vi que esa sonrisa era para mí, las entrañas me dieron un vuelco como si fuera una adolescente a la que una estrella del pop le lanzara un beso.

No había tenido la certeza de que Reza volvería, ¿no? Ni una llamada, ni un email, ni una nota. Hasta me había preguntado, cuando tocaba los pañuelos de Sirena y captaba los vestigios de su aroma en mi estudio —durante aquellos días el estudio no fue de las dos, sino mío—, si no los habría soñado a todos, si todas mis charlas con ella no habrían sido fruto de la fantasía, como mi encuentro sexual con su marido.

Hay un relato de Chejov sobre el tema que me ha fascinado desde la universidad. El invierno negro de mi segundo curso, en el que me asaltaban las dudas por no haber asistido a la facultad de Bellas Artes, lo había leído una y otra vez. Es «El Monje Negro», sobre un hombre que imagina que acude a visitarlo un monje fantasmal, con quien mantiene conversaciones vitales sobre la creatividad, la grandeza y el significado de la existencia. El monje lo convence de su importancia, de sus talentos excepcionales. Y entonces comprende que el monje no es real, que él debe de estar loco. Pero cuánto mejor resulta ser un loco en compañía del monje que estar cuerdo, verse limitado en sus aspiraciones, y solo. Y mediocre. Esto último, lo peor de todo, es lo que tiene que reconocer cuando su familia lo obliga a pensar con claridad: que no es nadie especial, después de todo. Sirena había sido mi Monje Negro, y quizá había sido solo una falsa ilusión.

Pero ahí estaba Reza de pronto, en el aula de Appleton, tendiéndome, casi ruborizado, un chabacano llavero con la torre Eiffel, un regalo de Navidad con retraso. O sea que él también había pensado en mí, quizá lo habían hecho todos. Me habían echado de menos. Lo primero que pensé fue que ella estaría en el estudio en ese momento, y medio consideré saltarme las clases, dejarlos a

todos atrás e ir en su busca. No importaba que hubiese conseguido más en esos diez días de soledad que en todas las semanas de conversación que condujeron a ellos. Ella era mi musa, era para mí lo que el *bourbon* con hielo para el alcohólico: irresistible.

El ojo de Reza no tenía muy mal aspecto. Le habían quitado los puntos, y la cicatriz —muy muy fina; había visto cómo le suturaba la carne la cirujana— aún estaba enrojecida y se veía tierna, pero no provocó alarma entre los niños. De hecho, le daba a Reza cierto aspecto desenfadado, como si fuera un pequeño y guapísimo bandido. Evitó responder a las preguntas que le hacían sobre el incidente con sonrisitas y palmaditas en el hombro: como un iniciado, no revelaba nada.

Sin embargo, sí se explayó sobre París, sobre los autos de choque en la Bastilla y su panadería favorita, donde una anciana con verrugas, una tal Léonie, le daba todas las mañanas una *palmier* porque estaba encantada de verlo. Nos habló del árbol de Navidad de plástico blanco que escoraba peligrosamente en el vestíbulo de su edificio y de los perros de los vecinos que al pasar levantaban la pata contra el sintético tronco, de modo que la entrada no tardó en oler a orines rancios en lugar de a agujas de pino y nieve. Para ser un crío, y salvando los altibajos en su inglés, a Reza se le daba bien contar historias y se las apañaba para hacernos reír a todos, y eso, tras el paréntesis de las vacaciones, nos hizo volver a sentirnos una familia.

Aquella tarde no fui al estudio, porque no quería sentirme patética. No quería desear tantísimo verla. Fue una decisión rigurosa, una demostración de independencia. Ni siquiera sabía si ella estaría allí. Lo que hice fue salir a correr y a comprar trucha fresca en la pescadería, y me volví a casa.

No soy buena cocinera. Había comprado el pescado, pero no me apetecía prepararlo; lo saqué de la nevera y luego lo volví a meter, y estaba echando un vistazo a las latas de sopa en el armario cuando sonó el interfono. Estuve a punto de no bajar: en la escalera hacía frío, y supuse que serían críos vendiendo suscripciones a revistas o el tipo de la organización estudiantil del campus que andaba en busca de donaciones. Cuando me acercaba a la puerta,

encendí la luz exterior, lista para poner cara de pocos amigos.

Y ahí estaba ella, con un largo abrigo negro acolchado y cargada con una gran bolsa. Más baja, con un ojo más vago y el cabello más despeinado de lo que yo recordaba, pero sonriendo, con los brazos abiertos, el elegante labio superior revelando los incisivos ligeramente prominentes y las patas de gallo bien visibles.

—*Carissima!* —exclamó—. ¡Mi querida, queridísima Nora! ¿Cómo te ha ido? —Me agarró del brazo, con fuerza, y me hizo entrar y cerró la puerta detrás de nosotras—. ¡Cuánto has trabajado! He estado allí esta tarde, en el estudio. Es la perfección misma, esa pequeña habitación que has hecho… —Casi me empujaba escalera arriba, pero entonces se detuvo, me apartó un poco de sí estirando un brazo y me observó—. Qué obra tan extraordinaria has creado, Nora. Tu habitación de Emily es absolutamente singular.

—Oh, qué va. —Estaba encantada, y un poco avergonzada—. ¿Qué haces aquí?

—Te he traído una cosa, de comer. La compré en París para ti, y he pensado, a lo mejor le apetece a Nora para cenar esta noche, y así tendré oportunidad de decirle hola y darle las gracias.

—¿Las gracias?

—¡Ay, Nora! Ya sabes por qué. Me he sentido fatal por no haberme despedido de ti como debía, por no haberte dado las gracias. ¿Y qué habríamos hecho sin ti? Odio el correo electrónico, y el teléfono también, especialmente en inglés, me hace sentir confusa… pero aquí estoy por fin, con un *foie gras* y una botella de Sancerre, y un *panettone* muy especial, para desearte un feliz año nuevo.

—¿*Foie gras*?

—¿No te gusta? Me preocupaba que no te gustara. No te sientas en la obligación de comértelo. Te traeré otra cosa… ¿Una quiche? ¿Un estofado? ¿Qué te apetece?

—Me encanta el *foie gras*, de verdad que sí. Gracias.

Estaba toda emocionada. Estaba contenta de verme. Se sentía culpable por haberse marchado sin decirme adiós. Me había traído un *foie gras*. ¿Podría haberme sentido más satisfecha? Le serví una copa del Sancerre, aunque no estaba tan frío como debía. Consideré ofrecerle unos cubitos, pero decidí no hacerlo.

Ahí estaba Sirena, en mi cocina. Era la primera vez. Dijo cosas

agradables sobre mi piso. Admiró las obras de arte. Arrojó el abrigo acolchado sobre el sofá y se sentó a la mesa de la cocina como si se dispusiera a mantener un largo *tête-à-tête*. Yo, como la grasa amarilla que envolvía al *foie gras* cuando lo sacaba del tarro, me sentía decididamente delicuescente.

—¿Qué tal fue lo de volver a casa?

—¿A casa? Ay, Nora, ojalá fuera mi casa, como Cambridge lo es para ti… este precioso apartamento, que huele a ti y dice tanto de ti, este sitio que conoces tan bien y que tanto te conoce. Pero lo que yo siempre olvido, y luego redescubro a mi regreso, es que París no es mi hogar, en realidad… allí soy también una extranjera. ¿Para quién es un hogar París, ya puestos, excepto para los conserjes que cotillean en sus garitas?

—Pero tiene que haberte gustado…

—Sí, ya sé qué quieres decir. Reza adora a sus amiguitos. Y Skandar a sus amigotes. En cierto sentido, supuso un alivio no tener que sentirme responsable de ellos dos.

—Pero ¿y para ti?

—Allí tengo una historia, y amigos, y colegas; y mi hogar está donde estén mis dos chicos, por supuesto. Pero ¿conoces ese concepto de la patria imaginaria? Una vez que zarpas de la orilla en tu bote, una vez que te has embarcado, nunca vuelves a sentirte en casa en ningún sitio, en realidad. Lo que has dejado atrás existe tan solo en tus recuerdos, y tu lugar ideal se convierte en una especie de mezcolanza imaginaria de lo que has ido dejando atrás en cada parada.

—¿De modo que no lo has pasado bien?

—Sí y no. Te he echado de menos, y el estudio, y mi obra. Para mí no ha sido como para ti, ¿sabes? Nada de trabajo creativo, solo muchas comilonas en restaurantes y todo el ajetreo de las vacaciones.

Yo no estaba segura de creerla del todo; me parecía falsa, como si estuviera en un escenario.

—¿Cuándo habéis vuelto?

—Hace un par de días. Skandar tenía que estar anoche en Nueva York… Otra conferencia. Reuniones. Ya sabes cómo es. —Una sonrisa compungida.

Me dije que Sirena estaba sola muy a menudo… pero con Reza.

No como yo, no realmente sola.

—Pero quiero saber de ti —continuó—. Año nuevo, vida nueva. ¿Qué has andado haciendo todo este tiempo que no hemos estado aquí?

—La verdad es que ha estado todo muy tranquilo. Me he puesto al día con algunas cosas.

—¿Y la Navidad?

—La pasé con mi padre y mi tía.

—¿Y no con el hermano problemático?

—¿Matt? Nunca viene en esta época del año. Cuando uno tiene su propia familia queda eximido de estas cosas, ¿no?

—¿Eximido? En el lugar de donde vengo, no. Mi madre viajó para estar con nosotros, y mi hermana también. En nuestra casa había mucho alboroto. Y han malcriado profundamente a Reza.

—Suena bastante parecido a cómo debería ser la Navidad.

—Sí, supongo. Pero todo el mundo tiene un papel que representar, ¿sabes? En este teatro, yo soy hija, hermana y madre… nunca una artista. Podría ser… no sé, el mismísimo Luc Tuymans, y para ellos no significaría nada. No dejan espacio para otra cosa que no sea mi deber.

—Qué me vas a contar.

—¿A ti? ¡Pero si tú eres muy libre! Te envidio por eso. Cuántas veces habré pensado en el estudio, y en ti dentro de él, trabajando. O en ti aquí, pensando tranquilamente en tu precioso apartamento… que no es exactamente como lo imaginaba pero tampoco muy distinto. Y yo mientras tanto hacía camas y cocinaba, abría regalos y tenía conversaciones tontas…

—Nadie está contento con su suerte… —Me emocionó que hubiese pensado en mí, y con envidia—. Me preocupaba un poco Reza.

—Ha estado muy bien. ¿Le has visto el ojo? La cicatriz será bastante discreta… Qué buena fuiste con él, y conmigo, aquella tarde tan horrorosa.

—A ti te inquietaba el aspecto emocional.

—El aspecto emocional… Ah, sí. Que los niños arrojasen piedras. Pero los críos tienen mucha capacidad de recuperación. Le ha sentado bien que nos fuéramos, le ha dado la oportunidad de olvidar. Tuvo algunas pesadillas, pero no supo decirme sobre qué

eran; no sé si tenían algo que ver. ¿Quién sabe? Shauna McPhee me ha contado que el chico fue expulsado.

—De inmediato.

—Bueno, pues año nuevo, vida nueva. Me he propuesto no quejarme. Se me da demasiado bien, y me hace falta practicar con otras cosas. También me he propuesto trabajar muy duro… De aquí a mayo ya casi no queda tiempo. Los meses pasarán volando sin que nos demos ni cuenta, y he prometido a mi galería que volveré a casa con la exposición lista. Así pues, *au travail!* –Se levantó al decir esto último: ya era hora de irse. Y entonces añadió—: ¿Y tú? ¿Qué propósitos tienes para el nuevo año?

Titubeé. No me había propuesto nada para el nuevo año. Aquella noche la había pasado en el estudio, ajena al paso del tiempo, y me percaté demasiado tarde de que en Times Square había caído la bola. Le había deseado feliz año nuevo a Emily D: la levanté, con su camisón de encaje, de su cama alta y estrecha y le acaricié la reluciente cabeza; y luego la volví a dejar, con cuidado, en su vida de casa de muñecas. Te deseo un feliz año nuevo.

—Me he hecho el propósito de ser más independiente —contesté por fin.

—¿Tú? ¡Pero si eres más independiente que nadie!

—Estoy más sola que nadie, quizá. —Y por alguna razón pensé en mi madre, cada día más atrapada, hasta que quedó enterrada en su soledad—. No es lo mismo, ¿sabes?

2

Como me había quejado de mi soledad, me preocupó que la invitación de Sirena a cenar la semana siguiente fuera un gesto compasivo. Me habían invitado a las 7.30. Llegué a las 7.40, temiendo que fuera muy tarde, cargada con una botella de un caro tinto italiano —Barolo, me parece— recomendado por la dependienta de la sección de quesos de Formaggio. Cuando Skandar me abrió la puerta, tuve la sensación de que le sorprendía verme.

—¡Ah! Ya estás aquí. Sirena, ha llegado Nora. Pasa, pasa.

El recibidor era muy estrecho, con la escalera que arrancaba hacia arriba, y Skandar tuvo que subir de espalda por ella para que yo pudiese entrar. No tuvimos muy claro qué saludo físico debíamos intercambiar, si se requería alguno, de modo que nos limitamos a inclinar la cabeza y sonreír tímidamente.

—No me habré equivocado de día, ¿no?

Él sacudió la cabeza, riendo, y me cogió el abrigo, sin dejar en ningún momento de retroceder escalera arriba.

—¿De hora entonces?

Sirena apareció en lo alto, con Reza a su lado, ya en pijama, uno de cuadros.

—¡Bienvenida! Va a ser mucho mejor que en tu última visita a nuestra casa. Esta vez te ofreceremos algo más suculento que té con tostadas.

Habían puesto la mesa con flores y velas, de modo que el espantoso globo de cristal tintado estaba apagado, y la iluminación a base de lámparas estratégicamente situadas por la habitación conseguían volverla casi bonita.

—Venga, señorita E, venga a ver mi habitación. —Reza me cogió al instante de la mano y tiró de mí, mientras su padre servía vino y su madre volvía a los fogones.

Lo seguí, para encontrarme con que su habitación también se había transformado, gracias a un mágico farol que giraba

lentamente y proyectaba en la pared las sombras coloreadas de músicos de *jazz* tocando: un batería verde ante su instrumento, un saxofonista rosa, una borrosa silueta azul que empuñaba un bajo. Un gran cartel de un jugador de fútbol en plena carrera —francés, supuse— ocupaba casi toda la pared sobre la cama y parpadeaba bajo la luz como si estuviera vivo.

—Ese es Zidane —explicó Reza—. Es el mejor. Antes jugaba con la Juventus… ¿conoce ese equipo?

—No.

—Pues se lo explico.

Tiró de mí para sentarme a su lado en la cama y empezó a hablarme, quizá con más entusiasmo que claridad, de la trayectoria de la carrera de Zidane tanto en las selecciones nacionales francesas como en los equipos de liga.

—Reza… —Su padre sonreía en el umbral, sosteniendo una copa de vino tinto y un whisky con hielo—. Tú ya pasas tiempo con la señorita Nora durante el día, en el colegio. Esta noche es para los adultos.

—Un minuto más, por favor.

Skandar dijo algo en francés. Me tendió la copa de vino y se retiró.

Reza esbozó una sonrisa cómplice.

—Tengo tres minutos —susurró—, pero nadie va a darse cuenta si nos cogemos cuatro.

Reza ya había cenado, y aunque se sentó un rato con nosotros, meciendo las piernas y picando uvas de un cuenco sin mucho entusiasmo, no dijo gran cosa, ni pareció escuchar con mucha atención, y antes de que se hubiese recogido el primer plato a base de *imam bayaldi* y *crostini* se había excusado para irse a su habitación a leer *Astérix*.

Fue una pena, en realidad, a pesar de la extraña condición de superfluo del niño; porque, de igual manera que tres personas apenas constituyen una familia, una familia escasa y espartana, tres personas apenas componen una cena. Y aún es más cierto lo anterior cuando dos de esas personas son íntimas y la tercera es una forastera, una vecina de arriba con buenos modales e insuficiente

audacia. En una escena así hay un aura de esfuerzo, al menos al principio. Todos nos mostrábamos muy educados mientras nos abríamos paso en el excelente plato a base de berenjenas y sus crujientes tostaditas. Hablamos sobre la escuela; Skandar quiso saber cuánto tiempo llevaba allí y qué me parecía en comparación con otros colegios. Y luego pasó a comparar el sistema educativo estadounidense con el francés; y sí, por favor, me encantaría tomar otra copa de tinto —porque eso ayuda mucho—. Y entonces, poco a poco, la tensión fue remitiendo. Sirena habló sobre sus tiempos de colegiala en Milán, y Skandar sobre su educación en Beirut, en un instituto francés, y de que sus padres lo habían enviado a un internado en París los dos últimos cursos (según él, parecía salido de una vieja película francesa, brutal, competitivo y austero, con montones de alumnos que perdían la chaveta a causa de la presión, y comidas a base de carne de caballo).

—Los gatos callejeros revolvían en las basuras y maullaban en el callejón al que daban las cocinas, y solíamos comentar en broma que formaban parte de los estofados.

Nos contó que todo eso había alterado para siempre el rumbo de su vida sin que fuera consciente de ello en aquel momento.

—La mitad de mis amigos de casa, o quizá más de la mitad, asistían a la Universidad Americana de allí, en Beirut, y luego acababan viniendo aquí, a Estados Unidos, para el posgrado o lo que fuera. Lo que significa que sus vidas transcurren en inglés, como mínimo, o que son estadounidenses hasta la médula, en algunos casos. —Hizo una pausa—. Hay un par en Canadá. En Montreal, uno puede nadar y guardar la ropa: puedes hablar francés e inglés y también árabe, porque ahora hay muchísimos libaneses.

—¿Y en qué sentido es distinto para ti? Ahora estás en Estados Unidos… estás en Harvard. Es lo más cerca que se puede estar de los valores americanos.

Detrás de las gafas, los ojos de Skandar se abrieron desmesuradamente, en un gesto irónico que le arqueó las cejas de forma exagerada.

—Sí, supongo que sí, pero ese no es mi terreno, en realidad. Para la gente culta de cualquier país no europeo existe un medio de vivir en el exilio que puede resultar muy cómodo en su sofisticación…

—La tierra de los acentos ridículos —solté en voz alta sin pretenderlo.

—¿Qué quieres decir? —Sirena frunció el entrecejo.

—Es algo que dijo una vez una amiga mía. Trabajaba en la radio, pero se encontró con que la invitaban a una cena académica en Princeton, con un montón de viejos profesores, y me contó que la mitad de ellos había ganado el premio Nobel y que ni uno solo hablaba inglés sin un acento ridículo. Según ella, se sintió como si hubiese cogido un avión con destino a la tierra de los genios con acentos ridículos.

Skandar sonrió levemente.

—No estoy diciendo que vosotros tengáis acentos ridículos.

—Pero se trata precisamente de eso, tu amiga ha dado en el clavo. En este país hay esa clase de burbujas, casi como nubes bajas. Aquí, nosotros estamos en una. Están en América, o sobre ella, pero tienen muy poco que ver con el país, y nosotros (los morenos, los negros, los amarillos, los judíos y los árabes de todas partes) nos congregamos, cada cual en su diáspora, y forjamos un mundo de conversación familiar, una vida modesta en nuestras torres de marfil. Y nos ladramos unos a otros con nuestros acentos ridículos, en una lengua extraña para la mayoría. Siempre me ha maravillado que nos las apañemos siquiera para comunicarnos. Quizá conseguimos decir más de lo que pensamos, o quizá menos. No estoy seguro.

—El inglés es la tiranía —intervino Sirena aparentemente enojada, como si la culpa la tuviera la lengua en sí.

—Pero ¿no pasa lo mismo en Francia? El otro día decías que allí tampoco te sientes como en casa, en realidad.

—En Francia —contestó con aspereza—, la gente prefiere hablar francés que inglés.

—Pero ahora hablan más el inglés. —Skandar parecía muy divertido—. Y a veces hasta el alemán. No es insólito encontrarte con colegas con quienes puedes hablar las tres lenguas en momentos distintos. Cuando estás allí estás en Europa, no flotando sobre ella como un cuerpo extraño.

—No estoy segura de entenderte.

Skandar hizo una pausa, bebió. Le vi en los ojos que estaba siendo irónico y serio al mismo tiempo.

—En Europa, para bien o para mal, la historia siempre está ahí, el contexto está siempre presente. Cuando digo que soy de extracción libanesa o palestina, de Beirut, que por herencia soy predominantemente cristiano y que asistí a la universidad en París, que doy clases en la École Normale, de inmediato se saben muchas cosas acerca de mí, sobre lo que soy y sobre lo que no soy. Y aún puede inferirse más de mi forma de vestir, de mi conducta, y esas cosas harán que se me emplace en una categoría. Y no solo lo harán mis colegas profesores con «acentos ridículos», sino también el verdulero o el taxista.

—Y ¿qué tiene eso de estupendo? En especial si se equivocan…

—No estoy diciendo que sea bueno o malo. Solo trato de explicar por qué es distinto.

—No hay que ponerse a la defensiva cuando se trata de tu país —me reprendió Sirena. Su dedicación al segundo plato había absorbido su irritación. Estaba sirviendo cuencos de estofado de cordero con arroz, sustancioso, muy condimentado y fragante.

—En Estados Unidos —continuó Skandar— hay sitios como Harvard donde ocurre alguna versión de eso cuando entro por una puerta, y no le doy más vueltas. No se trata tanto de mis orígenes sociales como de mis ideas filosóficas, mis filiaciones académicas. En cierto sentido, soy conocido. Pero sobre todo… —De nuevo la sonrisa irónica. En mi neblina de Barolo, capté que era una sonrisa sexy, confidencial en cierto modo—. En Estados Unidos, soy sobre todo una cifra. Si le digo a una persona en la calle que soy de Beirut, es posible que me pregunte dónde queda eso. Si le digo que tengo parientes palestinos y que recibí una educación cristiana, bien puede preguntarse cómo es posible algo así. Y si explico que fui a la universidad en París, es probable que se pregunte cómo habré hecho algo tan ilógico. En América, Europa y Oriente Medio parecen muy muy lejos. Si eres un libanés que viene a la universidad de aquí, a estudiar, te conviertes de inmediato en estadounidense. Quedas aceptado, y eso es maravilloso, pero te proporcionan un vestuario completamente nuevo, un nuevo perfil, que no tiene contexto, y debes crecer hasta encajar en él, o hacer que se adapte a ti, o lo que sea. Vienes aquí sin equipaje.

—«Traedme a vuestros abatidos, a vuestros hambrientos…», se lee en la Estatua de la Libertad. Para eso sirve este país.

—Por supuesto. Solo estoy diciendo que si hubiese venido a este país a los dieciocho, en lugar de ir a París, mi persona y mi vida entera habrían adquirido formas distintas, en infinitos sentidos.

—Pero somos quienes somos —terció Sirena con leve tono de advertencia, el tono de una esposa que ya ha oído todo eso antes o que tiene la sensación de que su marido raya en la charlatanería—. Y ahora, siendo quienes somos, debemos comer. ¡Nora, come!

Me llevé a la boca un poco de aquel estofado extraordinario, pensando: «De esta velada, esto es lo que debería recordar: la explosión de sabores, de piñones, cordero, comino y pasas», pero no prestaba toda mi atención a la comida. Observaba a Skandar jugar con su ración mientras hablaba, y observaba cómo me hablaba solo a mí, como si Sirena no estuviese en la habitación. Volví a pensar que tres es un número difícil.

—¿No te parece que la cosa funciona en ambos sentidos, sin embargo?, —pregunté por fin—. Me refiero a que si me voy a vivir a Europa, o a Beirut, ¿no pareceré de pronto una desposeída? Aquí tengo mi contexto, pero allí soy solo una americana.

En ese punto Skandar me dirigió una mirada apreciativa, como si considerara un atributo mi condición de estadounidense.

—¿Solo una americana? No, qué va. En Francia, o en Líbano, una mujer guapa como tú sería vista por encima de todo como una mujer guapa. ¿No es así, Sirena?

Sirena asintió con cansancio.

—Voy a darle las buenas noches a Reza. Ya es hora de que apague la luz.

Unos instantes después, reapareció e interrumpió a su marido.

—Nora —dijo haciéndome señas desde el pasillo—, ¿podrías venir un momentito, si no es molestia?

—No, claro que no.

Reza estaba sentado en la cama, y tendió los brazos hacia mí; me vi abrazada otra vez, como si el afecto fuera corriente.

—Buenas noches, señorita E —me susurró al oído—. Es la mejor.

Luego se apartó y me brindó una sonrisa radiante y cariñosa; ya sé que suena absurdo, pero como si fuera mi propio hijo. Como si me quisiera de verdad. Me empapé de ella; pero también sentí rabia, por todo lo que Sirena tenía y parecía dar por sentado, esperando plácidamente en el umbral con los brazos cruzados y una

expresión distante y soñadora.

—*Bonne nuit, chéri* —le dijo a Reza, y añadió algo más, también en francés, cuando lo dejamos en la penumbra con sus brillantes músicos de *jazz* bailando en la pared.

Como no vivía lejos —o quizá por otra razón: pude imaginar motivos halagadores para mí, y otros que nada tenían que ver conmigo—, Skandar se ofreció a acompañarme andando a casa. Solo eran unas seis manzanas, cruzando la cuesta de la zona más próspera de Cambridge, pasando ante jardines sombríos e inmóviles con sus imponentes árboles coronados de nieve, ante casas grandes y tenebrosas en las que una sola ventana del piso superior arrojaba su luz amarillenta en una pequeña porción de jardín congelado; o ante otras envueltas por completo en la mortaja de la noche, como ogros dormidos. Skandar fumaba mientras caminábamos, protegiendo el cigarrillo con la mano como un pescador en un vendaval. Su presencia y su silencio me hacían sentir incómoda, aunque él no parecía advertirlo, y solo se me ocurrió decir que las calles estaban muy silenciosas, una observación absurda que él ignoró.

—Una chica guapa como tú —comentó sin mirarme— ¿y no tienes marido, ni hijos?

—Ahora mismo, no.

—¿Tuviste un marido, entonces?

—Casi, hace mucho tiempo.

—¿Un novio?

—Skandar, por favor…

—No pretendo hacerte pasar vergüenza. Pero cuando Sirena me contó que estabas soltera, pensé que estaría equivocada, que a lo mejor sencillamente eras muy discreta.

—No, ahora mismo no hay nadie en especial. —Y al cabo de un momento, añadí—: Y no soy homosexual.

—Ya sé que no eres homosexual.

¿Pensaba acaso que había estado coqueteando con él?

—¿Cómo te hace sentir lo de Reza?, —pregunté.

—¿Qué pasa con Reza?

—Me refiero a lo que pasó en el colegio, antes de las vacaciones.

Se encogió de hombros, exhaló aliento gélido y humo.

—¿Se me pide acaso que tenga sentimientos al respecto? En el fondo, creo que no los tengo. Ojalá no hubiera ocurrido, pero ¿de qué sirve pensar eso? Puedo desear que no vuelva a pasar, pero en este caso estoy deseando también lo imposible, no serviría de nada.

—O sea que eres un cínico.

Habitualmente lento de movimientos, se volvió en redondo hacia mí, y su mirada me pareció casi enfadada.

—¿Un cínico? Desde luego que no. Soy realista. Soy pragmático. Pero también soy un optimista. De otro modo, no podría hacer lo que hago.

—¿Y qué haces?

—¿Con qué fin habla uno sobre la ética de la historia, sobre las cuestiones morales inherentes a la historia misma de la historia, si no es para mirar al futuro y confiar… no, confiar no… y trabajar por el bien?

—Supongo que…

—No, hablo en serio. Soy un hombre que estudia y reflexiona, pero tengo un compromiso con las conversaciones que estén en marcha, donde quiera que tengan lugar y entre las partes que sea. Y tienen su importancia.

Imaginé un halo dorado en torno a él, pero era solo la efervescencia rosácea de una farola. Ese era el problema de los sitios como Cambridge, Massachusetts: esas personas, esos hombres que se creían el no va más; y que, sin embargo, estaban rodeados por cierta aura, y cabía la posibilidad indiscutible, por leve que fuera, de que en efecto fueran el no va más.

Si los Shahid hubiesen sido una comida, habría disfrutado de todos los platos con igual fruición, tan distinto era cada uno, tan excepcionalmente sabroso. No tenía manera de considerarlos en conjunto; tengo que ser clara a ese respecto, porque si no podrían pensar que me había encariñado de una familia, que su condición de familia me suponía un placer; y de esto último podrían inferir que había confianza entre nosotros (un hecho que en realidad solo era cierto en el caso de Reza), una reciprocidad de cuya existencia siempre dudaba. Estaba enamorada de Reza. Estaba enamorada de

Sirena. Estaba enamorada de Skandar. Todas esas cosas eran ciertas, no se excluían mutuamente, pero lo más importante era que, por lo que yo veía, tampoco guardaban relación entre sí.

La interpretación de Didi, la de que estaba enamorada de Sirena pero quería follarme a su marido y robarle a su hijo, no era correcta. Quería un compromiso pleno e independiente con cada uno de ellos, sin relación con los demás. Necesitaba su condición de familia —¿cómo si no habrían llegado a mí cada uno?— y, sin embargo, la despreciaba. No quería estar con ellos juntos (aunque era preferible a no estar con ninguno) y detestaba pensar en cuando estaban juntos, en las veladas y los fines de semana, sin mí y sin pensar apenas en mí.

En cuanto a confianza, había bien poca.

—¿Por qué querría hablar conmigo siquiera ese hombre?, —le pregunté a Didi la siguiente ocasión que la vi—. ¿Por qué decidiría acompañarme a casa con aquel frío tremendo, en la oscuridad?

No podía admitir lo que deseaba que dijera Didi, cómo pretendía que me tranquilizara, pero fui físicamente consciente de mi falta de sinceridad, de una presión en el centro del pecho. ¿Puede uno acaso aferrarse el esófago?

—¿De verdad te lo preguntas? Con los hombres ya se sabe.

Sacudí la cabeza tan fuerte que me hizo daño.

—No es eso, no es tan simple. No puede ser eso.

—Puede ser que quiera tu aprobación sin desear otra cosa.

—Supongo…

—Quiero que me quieras —canturreó—, necesito que me necesites…

—Ya, Dylan en vivo en Budokan. Pero ¿para qué quiere él mi aprobación?

—Quizá sea su forma de comportarse.

—Pues no me da la sensación de que sea solo eso, me parece algo más específico. Hay una forma de hablar, de mirar… él me mira directamente a mí, ¿entiendes lo que digo?

—Estás diciendo que tiene los ojos de un seductor.

—No, es algo mucho más transparente que la seducción. No trata de impresionarme; lo que de verdad intenta es hablarme, trata de…

Didi me apoyó ambas manos en los hombros y me miró a los

ojos.

—Si se le da bien la cuestión, nunca dirías que te está conquistando. En eso consiste ser un seductor. —Me soltó—. Para esas personas, todos somos la excepción, ya lo sabes. Cualquiera es un individuo al que conquistar, y no eres mejor que la última conquista. Y no se trata necesariamente de sexo, aunque también puede ser eso. Es lo que decía la gente sobre Bill Clinton, que siempre te hacía sentir que eras la única persona en la habitación.

—¿Estás diciendo que eso es lo que le va a él? ¿Y que en realidad solo va en busca de una mamada rápida bajo la mesa?

Didi se encogió de hombros.

—No estoy diciendo eso. No conozco a ese tipo. Solo digo que en el mundo hay esa clase de gente. Si algo tiene la forma de una hoja de arce, el color y la textura de una hoja de arce, y lo encuentras justo debajo de un arce… Solo digo eso.

Pero yo sabía que no era eso, aunque me temiera algo peor incluso. Tanto con Sirena como con Skandar, me debatía entre fantasías de intimidad y de sombrío rechazo. La duda, esa mariposa fatal, aleteaba siempre en mi pecho. ¿Qué les proporcionaba yo? ¿Quién era para ellos yo, ni sofisticada ni claramente brillante ni importante en el mundo? Y, sin embargo, los tres esperaban algo de mí, aunque ninguno de nosotros supiera bien qué era. Cada uno de ellos quería algo, y eso me hacía creerme capaz. No es que fuera exactamente una mujer extraordinaria, pero solo no lo era exactamente, ahí estaba la cosa. Me parecía bastante a eso. Y era algo que siempre, desde la infancia y secretamente, había querido creer… no, había creído en lo más hondo de mi ser, sabedora de que creerlo era una condición previa necesaria para hacer lo que fuera, aunque nunca me había permitido revelarlo. No está bien decir que me hacían tener mejor opinión de mí misma; quizá es más preciso decir que, con sus expectativas, me permitían tenerla. Mi secreto de toda una vida, aquella certeza mía de ser especial, valiosa y recónditamente especial, había despertado y se alimentaba de ellos, más y más insaciable, y al mismo tiempo los temía; temía el poder que podían ejercer sobre mí y que, sencillamente a causa de ese temor, seguramente acabarían por ejercer.

3

Y fue así, por irónico que parezca, como dio comienzo mi temporada de canguro. No es el pasatiempo más obvio para una mujer que no es exactamente extraordinaria, aunque ahora, mirando atrás, sí veo que fue la trayectoria perfecta, e inevitable, para la vecina de arriba. Incluso en aquel momento fui consciente de cómo se veía desde fuera. Muchos profesores de la Escuela de Appleton, en especial los jóvenes, hacían a veces de canguro para sacarse un dinero extra. Siempre los había mirado con desdén: me parecía una forma segura de minar la autoridad de uno como maestro. Tanto era así que, la primera vez que Sirena me sugirió la idea, sentí un escalofrío de humillación, como si me hubieran golpeado.

Estábamos tendidas en los cojines del estudio, donde me había hecho reír con su relato de una cena formal a la que había asistido en la Escuela de Gobierno Kennedy, en Harvard, y en la que el canoso pez gordo sentado a su lado había soltado una perorata de veinte minutos sobre la condición de inelegible del Partido Demócrata (él mismo era un demócrata; de otro modo su conferencia podría haberse considerado agresiva) con un pegote rojo de sopa brillándole sobre la barbilla. Según Sirena, por la forma en que incidía en él la luz, parecía hacerle guiños.

—¿Tú crees que le habrán hecho una cirugía dental chapucera y no siente nada en la barbilla, y por eso se le acumula la comida en ese huequito? O quizá sea que si llegas a ser uno de esos politicachos, de esos entre bastidores, de pronto no pasa nada si te tiras pedos en público o tienes restos de comida en la cara, ¿no? O a lo mejor es un tipo llegado del espacio exterior, o medio autista.

—En inglés tenemos una palabra para describirlo —respondí—: Gilipollas.

—Ay, no digas eso, que sugiere un líquido derramado más asqueroso.

Y nos reímos tanto que el café tibio se me volcó en el regazo; y eso pareció guardar relación de algún modo con el pegote de sopa y nos hizo reír otra vez. Y solo cuando estábamos en pleno ataque de risa, soltando esos jadeos, casi como sollozos, que acompañan a la alegría más disparatada, se puso seria de pronto y dijo:

—Hace tiempo que quiero pedirte que me ayudes con una cosa. Tiene que ver con Reza.

—¿Qué pasa? ¿Es algo del colegio que no sé?

—No, no… No debes preocuparte tanto. Es algo de casa, más bien. Con los compromisos de Skandar, en especial este trimestre, tenemos que salir mucho, ¿sabes? Cuando Skandar no está de viaje, a veces son tres o cuatro veces por semana. Es terrible, lo odio. —Exhaló un suspiro—. Y Reza es quien más lo odia. Lo hace llorar, muchas veces. Se agarra a mí, y nos peleamos, ¿puedes creerlo? O, peor incluso, se enfurruña. Se va a su habitación, cierra de un portazo y se niega a salir para dar las buenas noches, o a dejarme entrar.

—No parece muy propio de él. —Oí brotar de mis labios mi voz de profesora—. ¿Has intentado hablar del tema con él? Es bastante mayor, la verdad… tiene ocho años.

—Y, según dicen, a los siete se tiene uso de razón. Ya lo sé. Pues sí, ya he intentado hablarlo con él; y por eso te pido tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Porque dice que esas salidas solo serán soportables si tú vienes.

—¿Si yo vengo? ¿Si os acompaño en esas salidas?

—¡Si vienes a quedarte con él, por supuesto! No todas las veces, eso sería ridículo…

Rio, y su risa no fue como la de antes, y supe que sabía que lo que me estaba pidiendo no era del todo correcto. Aunque lo formulara como una petición de Reza, más que suya, seguía siendo extraño. Nos situaba a las dos en un plano distinto, en una trayectoria distinta. Mi expresión debió de revelar que estaba dolida.

—No se trata de una propuesta comercial, querida amiga. —Me había apoyado una mano en el brazo y hasta parecía acariciarlo, como si yo fuera un gato—. Es una propuesta familiar… Madre mía, no me digas que tenemos una diferencia cultural con estas cosas. —

Movió mucho los ojos—. En Italia, solo puedes pedirle esto a la gente más cercana, como si fueras su tía. Te imaginas a Reza, ¿no? Todo solemne y furioso, y yo le pregunté si había alguna forma de que se quedara contento cuando papá y mamá salieran. Y se le iluminó la cara de alegría porque iba a pedirme un sueño imposible. «Me quedaría contento si viniera la señorita E», me dijo. Y entonces añadió que aún sería mejor que tenerme a mí en casa. Y yo me puse triste, de manera que dijo: «Bueno, sería igual de bueno». Ya sabes qué cara pone en un momento así, ¿quién puede negarle nada? Le prometí que te lo preguntaría, porque eso lo haría muy feliz… y no tienes que sentirte en la obligación de decir que sí… Pero que te molestes cuando te lo pido, eso sí que no lo puedo soportar, amiga mía.

Y, como si el brazo que me tocaba no hubiera sido más que un primer tentáculo, se incorporó para estrecharme en uno de esos abrazos absolutos y envolventes que me hacían sentir tan incómoda.

—Te pagaremos, por supuesto —prosiguió cuando me hubo soltado—. Eso se da por sentado.

Lo que no hizo sino empeorar las cosas.

—No seas ridícula —contesté—. Quiero a Reza y te quiero a ti. No pienso ni oír hablar del tema.

—Pero insisto, Nora. Piensa en la cantidad de tiempo que…

—¿Estás de broma? O soy de la familia o no lo soy. ¡A su tía no le pagarías!

—Ay, Nora. —Sirena sacudió la cabeza—. Eres una mujer extraordinaria. Y sí, claro que eres de la familia. Dame otro abrazo.

Para entonces me sentía una tonta, una tonta muy tensa, por haber rebasado mis límites e incumplido mis normas. La verdad es que Sirena me hizo sentir como si ser la elegida fuera un honor para mí, y que, en ese papel, era irreemplazable.

En el par de meses que siguieron, pasó de todo y no pasó nada. Podría decirse, desde fuera, que la señorita Eldridge, una maestra de tercero de treinta y largos, contravino una de sus normas fundamentales e hizo de canguro, no una sola vez sino muchas, a uno de sus alumnos. ¿Y qué? Podría decirse que hizo progresos inesperados con su obra, embarcándose no en una sino en dos

habitaciones en miniatura, con el espíritu general de expandirse; y podría añadirse, y con exactitud, que se involucró activamente en la creación de la instalación de su amiga Sirena, en toda clase de detalles y aspectos prácticos, desde coser hasta ayudarla con las soldaduras, pasando por la conexión de lucecitas diminutas y el emplazamiento de cámaras de vídeo. Y en tercer lugar, podría mencionarse que durante esa etapa de frenético desdoblamiento, de desvergonzada desinhibición, esa misma señorita Eldridge experimentó, en el curso de sus conversaciones con el marido de su amiga Sirena, Skandar —o quizá, para ser más exactos, con el tiempo, con su propio amigo Skandar—, una especie de despertar, una suerte de excitación ante el ancho mundo que no había creído posible todavía en plena madurez.

Ya saben cómo son esos momentos, en la escuela o en la universidad, en los que de pronto el cosmos nos parece, después de todo, un plan inmenso, diseñado de tal manera que la novela que estás leyendo en la cama enlaza con tu clase de astronomía, enlaza con lo que has oído en la radio, enlaza con lo que tu amigo discute en la cafetería a la hora de comer, y entonces, brevemente, es como si al mundo le hubieran quitado la tapa, como si el mundo fuera una casa de muñecas y uno pudiera vislumbrar cómo sería verlo en su totalidad, desde arriba, con vertiginosa magnificencia. Y entonces la tapa cae y uno también cae y se reanuda el reino de lo corriente.

Y si eso sucede, en la juventud, solo un poquito más a menudo que el paso de un cometa, en la madurez no parece ocurrir en absoluto, o al menos para la gente corriente como yo. Y así, si les cuento que durante los meses de febrero a mayo de aquel año, 2005, fue como si en mi cerebro se detonaran una serie de pequeñas explosiones, si les cuento que tuve esa experiencia de levantar la tapa del mundo no una vez sino más veces de las que soy capaz de contar, como si de algún extraordinario y prolongado orgasmo craneal múltiple se tratara, una apertura y una excitación interminables en mi alma, quizá comprenderán por qué, durante varios años, pensé que haber dicho que sí a lo de hacer de canguro había sido, sin duda, lo correcto.

Se convirtió en un ritual. Y del mismo modo que le ocultaba a Reza el tiempo que pasaba con Sirena (en el sentido de que nunca le mencionaba que estábamos juntas), aquellas tardes de invierno en que me dirigía con paso ligero de Appleton a Somerville, al estudio, tan blanco, con las ventanas empañadas contra la penumbra creciente al otro lado, como recién venido al mundo en su luz radiante, también mis veladas con Reza eran un secreto, y en parte eran maravillosas precisamente por eso, como si se tratara de alguna extraña clase de aventura amorosa, si semejante analogía puede imaginarse sin la corrupción de la carne. Lo que quiero decir es que los días en que yo debía pasar la velada con él en su casa junto al río, Reza lo sabía de antemano, y sabía también, por sus padres, que no debía mencionarlo en público. Nos embarcábamos en un juego de miradas, de sonrisas furtivas y significativas, que habrían perturbado quizá a quien las viera, teniendo en cuenta que las intercambiaban un niño de ocho años y una mujer que podría haber sido su madre, aunque no lo era. Una media de dos veces por semana, me dirigía del colegio al estudio, y de allí a mi casa a dejar el coche, para ir entonces andando, y a veces corriendo, a casa de los Shahid; y así, en el transcurso de un mismo día, disfrutaba de cada uno de los sabores por los que tanto suspiraba: de tiempo con Sirena, de tiempo con Reza y luego, porque siempre me acompañaba después hasta la puerta de mi casa, de tiempo con Skandar.

Mi trabajo como maestra, tan importante durante algunos años en mi vida, se encogió hasta no ser ni sombra de lo que fuera cuando esos otros quehaceres ocuparon su lugar. Casi habría dado la impresión, al hablar conmigo, de que apenas daba clases, quizá un par de mañanas por semana; pero la verdad es que, de algún modo, mis niños le dejaron espacio a mi necesidad de liberarme: durante aquel invierno y aquella primavera, no causaron problemas, o prácticamente ninguno. Los que tenían clases de recuperación pusieron valeroso empeño y no recurrieron al absentismo. Las familias, como volcanes inactivos, no arrojaron lava sobre sus pequeños: no hubo rupturas, ni violencia, ni progenitores desaparecidos, ni enfermedades catastróficas. El niño de segundo curso —no quedaba bajo mi supervisión, pero aun así— al que le diagnosticaron un tumor cerebral tuvo la inmensa suerte de que

fuera benigno. Los dioses me sonreían.

Estarán pensando: «¿Pero de dónde habrá sacado esta pobre mujer, esta solterona entrada en años, la idea de que tenía una familia; esto es, de que tenía familia aparte de su padre, que languidecía en un apartamento de tonos rosa pomada, y de su tía Baby, recluida en un piso de Rockport rodeada de recuerdos, y, como si estuvieran en una galaxia lejanísima, en Arizona, Matt y Tweety y la cría de ambos?». Pero las familias siempre han sido entidades extrañas y elásticas. Considero más un miembro de mi familia a Didi de lo que nunca llegaré a considerar a Matt. Y yo era consciente de ello, en el caso de los tres Shahid, de forma intuitiva. Los necesitaba, desde luego, y todos podríamos debatir en qué momento se inclinó la balanza y empecé a necesitarlos tanto que aquello podía hacerme daño. Pero tampoco se puede sostener que ellos no me necesitasen también, cada uno a su manera. No lo habrían reconocido necesariamente —a excepción de Reza—, pero nadie puede afirmar que no me quisieran. El corazón lo sabe. El cuerpo lo sabe. Cuando estaba con Sirena, o Reza, o Skandar, el aire se movía de un modo distinto entre nosotros; el tiempo transcurría de un modo distinto; las palabras y los gestos adquirían significados más profundos. Si ustedes no han vivido experiencias semejantes (pero ¿quién no ha conocido el amor, la risa?), no pueden entenderme. Y, si lo han hecho, no hace falta que me digan nada más.

4

A finales de enero, o quizá a principios de febrero, Sirena empezó a construirse un mundo muy seriamente: el País de las Maravillas. Había estado todo el otoño confeccionando las partes más pequeñas: las flores de jabón y aspirina de todos los tamaños y de un sinfín de colores, la tormenta de fragmentos de espejo roto que iba a colgar del techo con unos alambres casi invisibles, que había guardado en cajas y bolsas en su extremo de la L.

Ahora, lo que hasta entonces habían parecido los garabatos de un artista demostró tener sentido: a media tarde de un día en que ambas nos quedamos hasta tarde, me enseñó su proyecto. Fue como si me mostrara el interior de su cabeza, lo cual hizo que unas pequeñas corrientes, unas sacudidas, me recorrieran toda la columna vertebral. Indudablemente, aquello revestía una intimidad mayor que si hubiéramos estado desnudas: ver esa página extendida en la mesa de trabajo, con las partes borradas y los tachones y, dado que era de Sirena, un par de marcas de la taza de café; y todo ello por debajo de un sinfín de notas de uso personal, trazadas con una caligrafía minúscula, minúscula como un insecto, que solo resultaba posible utilizando los lápices más afilados y que solo era legible, para cualquier otra persona que no fuera ella, con una lupa.

Estaba erigiendo un País de las Maravillas para todo el mundo. Todos nosotros íbamos a ser Alicia. Y aunque versaba, en parte, sobre los misterios de la imaginación, también hablaba del descubrimiento espiritual del mundo existente; Sirena estaba combinando a Lewis Carroll con las visiones de un musulmán del siglo XII llamado Ibn Tufail, que había escrito un relato sobre un chico que crecía solo en una isla desierta y que lo descubría todo (también a sí mismo y a Dios) por primera vez.

Sirena no era como yo, no la constreñía la realidad, lo que efectivamente existía o había existido. Se inspiraba en los mundos de los libros de cuentos, saqueaba la imaginación de otros pero no

sus historias. Quizá por eso los demás la consideraban (la consideran) una artista de verdad, y, en cambio, a mí me ven como una solterona que cultiva una afición, una de esas personas a las que se califica con palabras tan espantosas como «chiflada». Pero lo mío no tiene nada de chifladura. Mi habitación de Emily Dickinson es precisamente eso: la habitación de Emily Dickinson, construida de forma que reproduzca con la mayor exactitud posible el cuarto tal como los historiadores han dictaminado que fue, pero en miniatura. Mantengo un compromiso permanente con la Muerte, porque mis obras de arte no expresan, al fin y al cabo, lo que existe o lo que podría haber existido, sino lo que existió. Podría decirse que cada una de mis cajas es un relicario.

Sirena, por otro lado, mantiene un compromiso con la fuerza de la vida. En realidad, todos aspiramos a eso. Es lo que nos resulta atrayente: alguien que nos abra las puertas de lo posible, de lo apenas imaginado. Alguien que no tenga miedo de los colores ni de las texturas, ni de los sabores ni de las transformaciones: alguien que no tenga miedo, y punto. Todos buscamos aquello que tiene sustancia, lo que respira. Si eres muy inteligente, como Sirena, te creas un personaje —o, lo que resulta aún más perturbador, te conviertes en una persona— que, aunque en apariencia rechaza lo falso de forma convincente e impactante, en realidad le da a la gente, muy conscientemente, justo lo que quiere. ¿No dirían ustedes que una persona que construye un País de las Maravillas, un País de las Maravillas que se puede ver y tocar y oler, que es y no es a la vez el de Alicia, y también el de un Robinson Crusoe islámico del siglo XII, que es oriental y occidental, pretérito y actual, imaginario y real, y, misteriosamente, justo en virtud de esa libertad para no ser cansinamente fiel, acaba siendo sobre todo tu propio País de las Maravillas, o el tuyo y el de Sirena a la vez, como si gozaras de cierta intimidad con ella, no dirían ustedes que una persona así es una Proveedora de Sueños? Lo harían, y de hecho fue lo que declaró un crítico gabacho, y, si se preguntan qué puede tener de malo ser un Proveedor de Sueños —porque podrían objetar: «¿Acaso no es esa la función del arte?»—, deberían tener en cuenta que el deseo de convertirse en eso, de hacer eso —de ser el más fuerte en la supervivencia artística— requiere un carácter implacable. Puede que esa sea una forma tan válida de definir a un artista como

cualquier otra: una persona implacable. Lo cual explicaría por qué, por lo visto, yo no entro en esa categoría.

Esa tarde, mientras estábamos delante de su proyecto y yo me maravillaba, me volvió a pedir que la ayudara. Solo habían pasado un par de semanas después de que me pidiera que le hiciera de canguro, porque recuerdo que, en esos momentos, solo había ido a cuidar a Reza dos veces, y sentía, en mi corazón, un particular torrente de gratitud hacia Sirena, al margen del resto de intensos y complejos sentimientos que me invadían, porque me parecía que, en cierto sentido, ella al fin me había dado un hijo, mi hijo. Yo le preparaba la cena, le leía, le regañaba para que hiciera los deberes, no como profesora sino con actitud de madre, y, después de darle un beso en la frente y de alisarle el edredón, me sentaba en la silla dura de su habitación, en penumbra, mientras los músicos de *jazz* iban desfilando brillantes por las paredes, y observaba el suave subir y bajar de su personita arrebujada hasta que se dormía.

Era nuevo, en esa época, todo lo que me pasaba con Reza, y eso me llevó a querer a Sirena todavía más porque todo aquello casi parecía un don bíblico. Tenía la verdadera sensación de que Sirena me había entregado la carne de su carne, y yo aún me estaba deleitando en ella de la forma más intensa, y todavía nueva, cuando de pronto recibí, sin pedirlo, otro: el boceto de su proyecto, desdoblado.

—¿Qué te parece?, —me preguntó. Apoyó la mano en mi hombro, evidentemente. Me miró con sus famosos ojos almendrados abiertos de par en par—. ¿Parece…? ¿Qué opinas? ¿Es un país racional y un país maravilloso al mismo tiempo?

¿Cómo responder, cuando lo que notaba con mayor intensidad era la mano? Y mientras dudaba, como siempre, sobre lo que esa mano me hacía sentir.

—Es un mapa.

Ella chasqueó la lengua y dijo:

—No te burles. Hay un mapa, está el mobiliario de mi mundo —añadió mientras señalaba las bolsas y las cajas—, pero ahora hay otras cosas más importantes que construir. La isla en sí, por decirlo de algún modo. —Suspiró—. No acaba de tener sentido, porque en París la forma del espacio es otra, no es largo y estrecho, sino más bien un rectángulo de divisiones extrañas. Lo haré como si fuera un

camino, una ruta. Pero antes debo construirlo aquí, para verlo, obviamente para calcular la escala, pero también para empezar el vídeo.

Esa era su gran idea. Quería erigir una versión de su País de las Maravillas en el estudio, me contó, para que los niños de Appleton (mis niños de Appleton, la clase del tercer curso) fueran a descubrirlo; ella grabaría cómo lo descubrían. Ese era su plan. Después esperaba poder hacer otros vídeos, pero el que le importaba era el de los niños.

—Y pasa una cosa, Nora, cariño: no puedo crear el País de las Maravillas ni grabar el vídeo sin ti. —Esbozó su sonrisa más cariñosa frunciendo las comisuras de la boca y los ojos—. Eres consciente de ello, ¿verdad? Después de todas nuestras conversaciones… —Suspiró—. Nunca he trabajado con la ayuda de otra persona. Pero en tu caso… con tu ayuda, ¡crearemos algo maravilloso, un País de las Maravillas maravilloso!

—Sí, claro…

Sentí muchísimas cosas a la vez. Fundamentalmente ilusión, pero también miedo. De nuevo, se rompía una barrera. Dejaría que se rompiese, porque quería hacerlo; pero ¿qué implicaría llevar a mis niños, llevar a su niño, a nuestro niño, a ese lugar?

Ella ya se lo estaba imaginando:

—El Jabberwock… ¿qué ruidos emitía en el poema?

—*Zis, zas*.

—Eso, el Jabberwock, sus ojos, ojos llenos de luz en medio de la oscuridad, algo monstruoso que solo se adivina, queda mejor.

—Supongo.

—Porque entonces estamos hablando del monstruo que hay dentro de cada persona, ¿no? ¿Me entiendes? Yo no te digo dónde está lo monstruoso, igual que no te digo lo que tienes que amar. Dejo que te lo imagines y ya está. —Había vuelto a apartar de mí su presencia física, había cruzado los brazos sobre el pecho, se había envuelto con el chal, pero ahí seguía esa sonrisa—. Porque todos tenemos nuestras fantasías personales, nuestras pesadillas personales.

—En efecto.

—Lo que para mí supone la perfección, para ti no tiene la menor importancia.

—Eso nunca se sabe…

—Nunca se sabe. Exacto. Por eso hay que dejar las puertas todo lo abiertas que se pueda, hay que dejar que entren al País de las Maravillas todas las fantasías posibles. Para que todos se vean a sí mismos en él.

—De pequeña pensaba que ese país daba mucho miedo.

—¡Sí! Da miedo, pero queremos sentir ese miedo.

—Supongo.

—Con espejos y luces… como los niños, queremos vivir todas las emociones, las buenas, las malas, y luego, ¡hala!, que desaparezcan otra vez. Lo haremos con los niños, con la clase de Reza, cuando los traigas…

—Bueno, eso dependerá…

—Porque, al final, todos aspiramos a sentirnos seguros, ¿o no? Al final casi todo el mundo aspira a esto.

Nos quedamos delante de su mapa del País de las Maravillas y me aseguró que no podía crearlo sin mi ayuda. Quería fusionar dos ideas distintas de lo maravilloso, una imaginaria y otra espiritual. Por un lado, estaba esa historia de un chico, que después se hacía hombre, que había crecido sin compañía en una isla y que descubría a solas la ciencia y la espiritualidad, proceso que culminaba en la veneración a un Dios en el que acababa creyendo de forma absoluta, una veneración que manifestaba dando vueltas y entrando en trance. Sirena iba a fusionar ese antiguo misticismo oriental con otra clase de experiencia de lo maravilloso, moderna y occidental, la propia de Alicia en el País de las Maravillas: un lugar en el que la razón —y el suelo— dejaban de ser algo estable, en el que la imaginación confundía lo bueno y lo malo, el amigo y el enemigo. En un País de las Maravillas lo importante era tratar de ver las cosas tal como son, según me dijo, creer que la claridad es algo posible; en el otro lo importante era el relativismo, ver las cosas desde perspectivas diversas, y también ser visto, cómo ser visto de maneras distintas te cambia. Las dos posibilidades resultaban a la vez asombrosas y aterradoras, pero solo una de ellas, añadió, podía conducir a la sabiduría. Quería que sus obras de arte, remató, ofrecieran la posibilidad, al menos, de alcanzar la sabiduría. Para

lograrlo, aseguró, me necesitaba.

Yo era demasiado reservada para expresarme abiertamente o para adularla. Estaba demasiado acostumbrada a las máscaras. Le dije —con sinceridad— que no había colaborado con nadie en un proyecto artístico desde el instituto, desde aquellas emocionantes tardes vividas en la guarida de Dominic Crace. Le comenté que quería, ahora que lo de Emily ya estaba más que acabado, continuar el ciclo, aunque quizá no en orden cronológico, y que, al fin y al cabo, casi no me quedaba tiempo, apenas unas horas por las tardes. Pero en sus ojos brilló una chispa, como si me estuviera respondiendo: «¡Sí, sí, claro que sí!», y supe que ella era consciente de ello, y que aquello nos causaba una gran ilusión a las dos.

Eso sucedió a mediados de una semana, a principios de febrero; ese fin de semana anulé otra visita que iba a hacerle a mi pobre padre, en Brookline, para llevar a Sirena en coche a un enorme almacén de ropa de segunda mano, situado al sur de la ciudad y que Didi me había recomendado. A mi padre le había prometido que lo iba a acompañar a un establecimiento de material sanitario de Belmont para que se comprara un asiento de inodoro elevado que fuera más cómodo para sus maltrechas caderas, y supuse, con cierto sentimiento de culpa, que tampoco pasaría nada por que estuviera un par de semanas más con el asiento viejo. Sirena y yo íbamos a elegir una montaña de vestidos azul claro y delantales —las prendas de Alicia— para coser la bóveda del cielo nuevo de Sirena.

Había, en aquello, cierta semejanza con el departamento de vestuario de la universidad, una especie de buen humor, una actitud de «qué carajo» totalmente contrapuesta a mis devotas y escrupulosísimas reconstrucciones: era algo —¿cómo se me podía haber olvidado ese aspecto?— divertido. Era divertido poner la radio a todo volumen y la calefacción del coche a tope y cantar, de forma muy histriónica, una canción de Macy Gray («Intento alejarme y me tropiezo…»), y después pasar al exitazo de Avril Lavigne que sonaba por esa época y que les encantaba a los alumnos del tercer curso, aunque no tenían la menor idea de qué clase de emociones expresaba. Se llamaba «My Happy Ending»: «Eras todo, todo lo que quería… Pero has estado fingiendo / Se acabó mi final feliz». Entonábamos la letra a gritos, como si fuéramos adolescentes, y el gracioso acento italiano de Sirena, que

le llevaba a alargar los finales de las palabras («Mi finalee felizzz»), nos daba todavía más risa.

El cielo real era enorme y azul y perfecto y americano, el mismísimo lienzo de lo posible, la autopista gris que se extendía ante nosotras, con motas blancas que evocaban la arena, y, mientras nos dirigíamos al sur, la bahía quedó a nuestra izquierda, un puro resplandor bajo el sol invernal. Era tan feliz que aquello era como la comida, como si me hubiera atiborrado, como si fuera una oca de *foie gras* llena de felicidad; lo bastante feliz para saber, de forma plena, que era feliz, e imprudentemente, durante un segundo, para atreverme a pensar: «Imagina, imagina que todas las mañanas de domingo pudieran ser así», y en medio de la canción me ruboricé, sin siquiera mirarla, porque en cuanto se me pasó esa idea por la cabeza supe que en ella había algo malo. Otra barrera que se rompía: el reconocimiento íntimo, muy fugaz pero muy peligroso, de lo intenso de mi hambre.

Una antigua amiga de la universidad, de la que hace tiempo que no sé nada, decía que nunca tienes que pensar que un viaje va a ser largo, porque entonces te dará la sensación de que lo es, con independencia de todo lo demás. Siguiendo la misma lógica, es importante, cuando eres la vecina de arriba, que nunca te consideres —y cuando digo nunca es nunca, ¿entienden?— sola ni abandonada ni, por el amor de Dios, presa de algún anhelo. No te conviene. No puede ser. Es el fin.

En el almacén, anduvimos rebuscando en estantes y contenedores de toda índole: enormes y amorfos vestidos de abuela hechos de nailon, vestidos de lana encogidos, de textura de fieltro, pantalones elásticos de poliéster, sábanas y mantas, mallas con lentejuelas, organdí iridiscente, mullidas cazadoras forradas con estampado de leopardo, rollos de pana de extraordinarios tonos ciruela, morado y pera. Sirena lo palpaba todo con los ojos cerrados, como si las prendas llevaran en la superficie mensajes en braille: «Lo hago para saber si puedo trabajar con esto —me explicó cuando se lo comenté jocosamente—. Ciertas telas, las sintéticas, las

falsas, como algunas personas, son así», y simuló que arañaba una pizarra con las uñas.

—Entonces, ¿hay gente que no te cae bien?, —le pregunté. Aquello no se me había pasado por la cabeza hasta ese momento.

—¡Nora! —Movió la cabeza con un gesto de incredulidad—. ¿Acaso no hay gente que a ti no te caiga bien?

—Muchísima.

—No puedo colaborar con personas a las que no he elegido yo, no como lo estamos haciendo nosotras. Creo que la vida es demasiado corta. ¿O no? La vida es demasiado corta. Cuando hacen… —repitió lo de las uñas—, debo alejarme de esas personas. Pasa como con las telas, no las meto en mi casa. Lo mismo con las personas. ¡No las quiero!

—Tiene que haber una palabra que describa eso —observé—. ¿Cómo se dice eso en italiano?

—Podría ser *respingere*: rechazar, devolver algo.

—¿Respingo? ¡Me encanta! Como si dieras un respingo cuando alguien te cae mal, como si te alejaras.

Estábamos lo bastante excitadas para que incluso ese comentario mío nos hiciera reír, y pasó a formar parte de nuestro vocabulario, a integrar el léxico que compartíamos, de modo que, cuando alguien me fastidiaba, decía: «¡Voy a dar un respingo!», o Sirena declaraba, entre risas, que «a esta tela le ha salido un respingo». Ahora no me parece que tenga mucha gracia, pero en aquel momento se convirtió en una de nuestras costumbres.

Cuando volvíamos a casa nos percatamos de que nos moríamos de hambre, de que se había hecho tarde. El sol vespertino, que aún brillaba, estaba frío y bajo en el horizonte, y el calor del coche transmitía esa sensación de sequedad y hormigueo que aparece cuando en el exterior hace frío de verdad. Resolvimos ir a comer algo.

No sé por qué me vino a la cabeza el bar italiano que queda detrás de Davis Square. Era un sitio fundamentalmente al que ir a tomar una copa cuando ya era demasiado tarde para cualquier otra cosa, y allí lo que más te apetecía no era comer, precisamente. Pero años antes, incluso antes de que mi madre se pusiera enferma, lo cual, dentro de mi época de artista, suponía una eternidad, un momento en el que aún pensaba que podía convertirme en la

persona que quería ser —aunque no sé muy bien quién era esa persona—, pasé allí una larga velada con dos amigos: un graciosísimo y guapísimo hombre gay, Louis, que cortaba espléndidamente el pelo, y que me cortó el mío una temporada, y que se mató un par de años después en el puente de Mass Avenue mientras iba en bici, una noche que llovía, y una mujer llamada Erica a la que había conocido en Nueva York, que había asistido a la facultad de Derecho con mi novio Ben, pero que lo había dejado para trabajar con los sin techo, lo cual le daba una apariencia de persona seria, pero en realidad era tan graciosa como Louis, y quizá por eso me acordé del bar, por lo mucho que nos habíamos reído en esa tarde de siete horas, mientras teníamos en la mesa una magnífica sopera con una sopa italiana, que sirven en las bodas, preparada, según recuerdo, por la madre siciliana del dueño; también rodeados por lo que acabaron siendo, al final, cuatro botellas de un delicioso Nebbiolo, un poco más de una por barba, lo cual, bebidas a lo largo de siete horas, resultó ser la cantidad idónea. En el bar no había ventanas propiamente dichas y en él todo transcurría en una penumbra perpetua, atemporal, de forma que entrábamos en una época y salíamos en otra, como viajeros del tiempo. Me habían encantado esas horas —aquello solo había sucedido una vez, cuando tenía una edad en la que pensaba que eso era, debía ser, lo que los artistas hacían—, y quizá por eso, o por la sopa, propuse que fuéramos a ese bar, y eso hicimos.

El dueño seguía tras el mostrador, ahora más gordo y más calvo, pero ya era gordo y calvo en esa otra ocasión, años atrás. Al parecer Sirena y él, gracias a cierta clase de telepatía étnica, se dieron cuenta nada más verse de que tenían que hablar en italiano, y, en un abrir y cerrar de ojos, se habían entregado a una animada conversación, y él ya le estaba prometiendo prepararnos personalmente la pasta especial de su madre, con brócoli y anchoas: daba la impresión de que esta, en los años que habían transcurrido desde entonces, había ido a reunirse con su creador. El hombre nos llevó a un reservado de una esquina, con unos respaldos de cuero sintético, de color burdeos y con copetes, que nos llegaban hasta más arriba de la cabeza; de las paredes colgaban las imprescindibles fotografías de Sophia Loren y Anna Magnani, y teníamos tres velas enteras solo para nosotras. Al margen de un tipo maduro que estaba

tomando un whisky escocés en la barra, éramos las únicas clientas. Cuando entramos sonaba una canción de Sinatra, pero el dueño le dijo algo a Sirena, ella soltó una carcajada y él puso otro tema, más antiguo y propio de un club nocturno, en el que una mujer cantaba en italiano, y a Sirena le encantó: cerró los ojos y estuvo un rato meciéndose y tarareando la melodía.

Sirena y yo teníamos los cuencos de pasta y el vino tinto y las velas y el reservado. Nos había cansado la larga caminata; yo notaba bajo la piel ese hormigueo que aparece después del frío, a la vez estimulante y curiosamente soporífero. Me daba la impresión de que todo formaba parte de un sueño, y en medio del sueño me vino una revelación. Sirena estaba diciendo algo pero yo no lo escuchaba del todo, ni lo seguía, debido a cómo me sentía, así que me limité a contemplarla, a mirar cómo hablaba, la mano regordeta y elegantemente carente de elegancia que había apoyado en la copa, las arrugas de las comisuras de los ojos, la exacerbada negrura de sus cejas y de sus delicadas pestañas, el brillo de las velas reflejado en sus iris oscuros y en algunos mechones. Y de pronto pensé: «Quiero quedarme a tu lado. Para siempre, en realidad. Sí».

Y ella advirtió que la observaba, con un gesto cariñoso y embobado, y enarcó una ceja —qué querría decirme: ¿«Te estoy viendo»?, ¿«Te entiendo»?, ¿«Estamos juntas»?—, me cogió la mano, que yo tenía sobre la mesa, y no me la soltó.

—Hoy hemos tenido un día estupendo, ¿o no? ¡Ojalá todos los días fueran como este, *cara mia!*

Me costó atender, porque noté el tacto de su mano en la mía por todo el cuerpo. Sentí su piel. La sentí de veras.

Nadie pide tener un pensamiento semejante. Pero no te lo puedes quitar de encima, una vez que lo has tenido. Yo nunca había albergado una idea así con respecto a Sirena en todo el tiempo que llevaba enamorada de ella. Pero la idea acudió a mí sin querer, sin más, en el bar de Amodeo, y, nada más tenerla, me entraron ganas de reír y quise contárselo. La única persona que se me ocurría que podría entenderlo de verdad era la propia Sirena. Pero entonces, enseguida, me invadió el aterrador presentimiento de que aquello le inspiraría rechazo. ¿Y si ella no sentía lo mismo? ¿Y si, efectivamente, sentía lo mismo? ¿Y cómo era posible que la gran mezcolanza de emociones que vivía a su lado pudiera resumirse,

reducirse, a esto?

5

Con la distancia que tengo ahora, me doy cuenta de que aquella fue una idea insignificante entre todas las ideas que, como si fueran motas de polvo, atraviesan erráticas una mente sobrecargada. Pero fue una idea que convertí en objeto, que guardé y que manoseé incesantemente, como un amuleto, como si le diera sentido a lo que había sucedido con anterioridad; y el acto de guardarlo volvió a cambiarlo todo.

Si ustedes hubieran sido yo, si hubieran experimentado esa revelación —¡atención, no solo amo, también deseo!—, y si hubieran querido contársela a Sirena pero no hubieran podido, ¿qué habrían hecho? Contárselo a Didi. La verdad, si ustedes hubieran sido yo, habrían acabado contándoselo, con gran imprudencia, tanto a Didi como a Esther a la vez, en un reservado pegajoso del *pub* favorito de ambas en Jamaica Plain, justo la tarde siguiente, por mucho que hubieran sabido que no querían conocer la opinión de Esther. Pero la revelación les habría quemado tanto en la mano que no habrían podido aguantarla ni un segundo más.

Si ustedes hubieran sido yo, les habría sorprendido lo unificado de la reacción de ambas; y luego les habría sorprendido su propia sorpresa.

No es que se rieran, pero Didi emitió un sonido, con la cerveza, resoplando por la nariz, que se parecía irritantemente a la risa.

—¿Os estáis burlando de mí? Os cuento una cosa importante, importantísima para mí, a vosotras, a quienes podría considerar mis mejores amigas… ¿y os reís de mí? ¿Qué pasa, me estoy volviendo loca?

—Oye, Nora Adora…

—No. Lo digo en serio. Igual tengo que…

—Respira profundamente. No me estaba riendo. Esther tampoco. ¿Verdad, cielo? Te queremos. Tranquilízate.

—Ya teníamos cierta idea de lo que nos ibas a decir —intervino

Esther—. Lo que nos ha hecho gracia han sido nuestras dotes adivinatorias propias de diosas.

—Anda y que os den —repliqué—. Os estabais riendo de la chica hetero y boba que se descubre tardíamente a sí misma, porque hay que ver la pena que da.

—Deja de decir tonterías, sabes que no somos así. Lo sabes. ¿Verdad?

Esther me empezó a poner ojos de carlino y Didi me cogió las dos manos con las suyas, que tenía bastante sudadas, como si ambas temieran que saliera corriendo.

—Lo que pasa es que ya nos lo habíamos olido, tampoco era tan difícil… ya nos habías dicho que ayer habías tenido una revelación y sabíamos que no habías pasado el día con tu padre, y hablamos del tema. Lo analizamos.

Didi me apretó más la mano izquierda. Llevaba un grueso anillo que se me clavó en el dedo y contraje el gesto, cosa que noté que ella advertía.

—Lo hemos hablado y hemos llegado a la conclusión de que te equivocas.

—Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Cómo puedo equivocarme respecto a lo que sentí? ¿Respecto a lo que siento? Si yo no lo sé, entonces no sé quién lo va a saber.

—Fíate de nosotras —insistió Esther—. Somos expertas. Nos damos cuenta de estas cosas.

Lo dijo en broma, aunque solo a medias, y en ese momento la odié, con un arrebato sincero y vehemente de odio.

—Sé que suena raro —añadió Didi, sin soltarme—. No es que esté poniendo en tela de juicio tus opiniones…

—Ni tampoco juzgamos lo que has vivido —la interrumpió Esther—. Porque lo que has vivido es totalmente legítimo.

—Ah, qué bien, muchas gracias. Muy amables.

—Tranquilízate, cariño…

—Suéltame la mano. Y no me llames cariño.

—Atienda usted —dijo Didi en su tono de voz penetrante, directo y de locutora de radio, que llevaba mucho sin oír, mientras me soltaba la mano y se enderezaba completamente, de modo que, incluso sentada, me sacaba bastante altura. El neón rojo de un anuncio de Bud le iluminaba el pelo desde detrás. Se había

convertido en el genio gigante de un cuento de hadas—. Atienda usted, señorita Eldridge. Deje de replicarnos. Escuche lo que queremos decirle, y después lo comentamos. ¿De acuerdo?

Cometió un error al utilizar el plural, al incluir a Esther, pero respondí que sí con la cabeza mientras retiraba las manos y las acercaba a la seguridad del regazo.

—Nadie ha negado que te has enamoriscado de otra mujer.

—¿Enamoriscado?

—Igual no es la palabra más indicada, pero el diagnóstico es certero.

—¿Enamoriscada?

—Ya te he pedido que me escuches en silencio. Déjame acabar. ¿Vale?

Entrecerré los ojos.

—Bueno, hace mucho que sabes qué sentimientos te causa esta mujer: te inspira como artista, te hace reír y sentirte viva. Todo eso es cierto, constituye algo maravilloso e infrecuente, y también es cierto que suele vincularse con el deseo sexual. Hasta ahora no te habías percatado de ese vínculo porque…

—Porque me daba miedo.

—Eso no era lo que iba a decir, la verdad. Porque no te servía de nada. Porque no te iba a llevar a ningún sitio. Porque no te hacía falta. Porque te daba la impresión de que, de un modo u otro, tus emociones ya estaban encontrando su expresión, tus ansias de intimidad se estaban satisfaciendo, y eso, todo el tema físico, no era necesario. Ahí no estaba el meollo de la cuestión.

—Vale, pero ahora eso ha cambiado.

—Un momento. Lo que estoy diciendo es que todo está cambiando continuamente, sin parar, y quizá ese impulso repentino de besarla se parece más a una subida de la tensión eléctrica que a un cambio de voltaje permanente, no sé si me explico.

—Creo que lo que Didi quiere decir es que… —empezó a añadir Esther, pero Didi me conocía bien y alzó la mano a modo de aviso.

—Lo que quiero decir es que sí, que ha habido un momento en el que rebosabas cariño y goce, que querías expresar eso de algún modo y anhelabas algo más. ¡Pum! Y en ese momento, en efecto, te pasaba eso. No lo niego. Pero no estoy del todo convencida de que eso suponga un cambio esencial y sáfico en ti. Ya sabes que

precisamente yo te apoyaría al cien por cien si ese fuera el caso, no hay nada que me guste más que las mujeres se amen. Aunque en esta situación, y creo que Esther y yo coincidimos, no tenemos nada claro que sea así. Da la sensación de que esto podría significar otra cosa… ser una pieza de otro rompecabezas.

—¿Y vosotras por qué os empeñáis tanto en quitarle validez a mi revelación?, —pregunté, ahora con más petulancia que enfado—. ¿Por qué no queréis que esté enamorada de Sirena? ¿Por qué?

—Aquí la única persona que nos importa eres tú, Nora. Sé que la quieres, pero a mí esta tipa italiana me importa una mierda. Y no tengo ganas de que sufras sin necesidad. No niego lo que sientes, solo planteo una pregunta relativa a la historia que has elegido para narrar esos sentimientos, nada más.

Puse los ojos en blanco. El solapamiento de mi hartazgo fingido y mi hartazgo real rozaba lo incómodo.

—¿Se puede saber quién te ha nombrado mi terapeuta, coño?, —solté mientras alargaba el brazo para indicarle a la camarera que queríamos otra ronda—. No pienso pagarte tus servicios.

Y conseguí soltar una carcajada, aunque lo que me salió se acercó más a una risotada; luego les pregunté por el desconocido equipo local de fútbol femenino, del que eran seguidoras y que solían ir a ver, y por cómo le iba: no muy bien, por lo que se veía. Di por finalizada la conversación.

Solo porque alguien te diga de forma sensata que no sientes de veras lo que sientes, ese sentimiento no desaparece. En este caso, más bien, cobré una certeza aún mayor sobre lo que sentí en el bar de Amodeo, seguí convencida de que había tenido una revelación, de que había vivido algo similar a una conversión. Pero ahora también estaba segura, dada la reacción de Didi y Esther, de que esa certeza tenía que ocultársela a todo el mundo.

Podrán ustedes preguntarse dónde radicaba la diferencia respecto a lo que había sucedido hasta entonces, respecto a esos meses en que había estado enamorada de forma más general y menos específica. Quizá consideren que, en esencia, las dos cosas son la misma. Pero yo sentí que al fin había despertado, que entendía el mundo, que sus formas cobraban sentido. No solo me embargaba una esperanza general, mis esperanzas también se centraban en algo concreto. Estaba segura de haber entendido. Y

también de que, si intentaba explicar lo que había entendido, me acabaría encontrando —como me había sucedido con Didi y Esther — con la incomprensión.

Cuando mi padre me preguntó con tacto si estaba saliendo con alguien —claramente, pese a su escasa locuacidad, inquieto por mi soltería calcificada, incapaz de ver, como sí habría hecho mi madre, que casi había cumplido las aspiraciones de independencia de mi progenitora—, le repliqué bruscamente que era demasiado vieja para esas tonterías, con una amargura impostada que tiñó su voz, cuando quiso poner alguna objeción, de debilidad y tristeza.

No obstante, parecía que mi revelación me había abierto una puerta mental, que daba paso a otra estancia en la que, de pronto, la vida estaba repleta de emocionantes posibilidades, en la que todo formaba secretamente parte de mi secreto. Cuando veía un artículo o un libro o una película sobre un amor oculto o no correspondido, se me antojaba que se me había cruzado en mi camino por algún motivo, para que no me sintiera sola. Cuando iba en coche a algún sitio, o deambulaba por los pasillos del supermercado, o estaba en la cama abrasándome los dedos de los pies al apoyarlos en la botella de agua caliente de piel sintética que había comprado en enero, de rebajas, ahora siempre pensaba en Sirena.

No, voy a puntualizar. En realidad no era así. Porque eso implicaría algo real. De un modo que hasta entonces había sido distinto, pensaba en lo que pensaba sobre Sirena. Me imaginaba que le contaba lo que sentía, o imaginaba que ella confesaba, con su peculiar tono cantarín, que yo le parecía guapísima, o que me consideraba una gran artista, o, en cierta ocasión, me la imaginaba diciéndome que ya no concebía su vida sin mí. ¡Menudas conversaciones mantuvimos en mi cabeza! Qué sinceridad, qué transparencia tan pura, qué perfecto encuentro de dos mentes.

¿Hasta qué punto aparecía Reza en esas visiones? Bueno, a veces nos imaginaba a los tres instalados en una granja de Vermont, o en la Toscana, o en un *bungalow* de techo de paja en una isla del Caribe, para vivir solo con lo justo y poder crear obras de arte y cultivar un espléndido huerto que nos diera de comer. Conocía los planos de esas sucesivas casas, cómo se iban sucediendo las habitaciones. Las construía mentalmente, y vivíamos en ellas en distintas épocas. Sabía que la luz de la mañana formaba franjas en

los suelos de terracota en Italia, y que te llegaba el sonido de las gallinas que escarbaban el suelo del jardín en cuanto abrías las ventanas batientes. Sabía que la nieve del prado situado detrás de la casa se reflejaba en toda su blancura en el espejo del baño de Vermont, en el que el agua humeante de la bañera con patas de garra desprendía un olor a salvia, y que Sirena, cuando se metía en esa bañera, se quitaba las zapatillas (babuchas marroquíes), primero una y después otra, dejándolas caer en la alfombrilla redonda, rosa y morada, que ocupaba el centro del suelo de parqué pintado de blanco. Sabía cómo era el beso del naciente viento caribeño, que me calentaba el erizado vello del brazo, si me quedaba en la puerta en penumbra y miraba con ojos entrecerrados a los niños que pasaban por delante, de camino al colegio, con uniformes de color azul marino y blanco, que iban levantando nubes de polvo mientras avanzaban tranquilamente y yo observaba el abigarrado grupito para ver dónde estaba Reza, cuyo risueño rostro de tono aceitunado se encontraba entre las caras de color chocolate y café de sus compañeros.

En esas fantasías, Reza siempre me llamaba «mamá» y me apoyaba una manita caliente en el hombro mientras yo trabajaba en un proyecto artístico en una mesa, bajo la claridad del sol, o mientras lavaba una lechuga en el fregadero de porcelana de una granja, y, aunque parecieran completamente irreales —unas burbujas de recia superficie que no guardaban ninguna relación con el tráfico incesante o las hileras de cajas de cereales o el edredón casi sudado que me rodeaban en la existencia real—, esas fabulaciones eran más nítidas y para mí tenían más vida que gran parte de lo que veía y olía y tocaba. Al igual que me había sucedido con mi sueño anterior con Skandar, tuve que recordarme, durante un instante, que esas escenas no habían ocurrido, o que, según me parecía, no habían ocurrido todavía.

¿Y qué pasaba con Skandar, con quien también había soñado? Pues bien, en esa época de finales de otoño todavía no había aparecido en mi vida imaginada. Tendría que esperar, muy literalmente, hasta la primavera.

Permítanme explicarles que, sin yo quererlo y durante varios meses —y, de forma menos intensa, durante varios años—, ese país de fantasía se acabó convirtiendo, tras aquel «Fin de Semana de las

Telas Fabulosas», aunque más bien podría haberse llamado «El Fin de Semana de la Fabulación», en el territorio en el que me asenté en gran medida y en el que decidí quedarme.

Sabía que ese lugar estaba más relacionado con lo posible que con lo existente, pero en ese momento no era consciente de que no era real. No me percataba de que lo había inventado yo. Cuando Sirena me cogió la mano y me dijo: «¿Qué haría yo sin ti? Eres mi ángel, la persona que más quiero», la creí. Cuando Reza me dijo: «No quiero que te vayas nunca», lo creí. Construí casas, vidas enteras, a partir de esas creencias. Si alguien me hubiera contado que lo que me pasaba a mí le sucedía a otra persona, le habría asegurado que ese individuo era un tarado. O un crío. Las cosas siempre son así.

6

Era feliz. Feliz con mayúsculas. Estaba enamorada del amor y cada plaza de aparcamiento inesperada o melón especialmente sabroso o reunión de personal acortada de forma imprevista se me antojaban no producto del azar, sino una manifestación inevitable de la belleza que presidía mi vida, una belleza que, debido a lo poco que me había conocido a mí misma, había sido incapaz de ver hasta ese momento.

Estaba loca. Loca con la locura de un niño, a la manera de alguien que cree, con arrebatado fervor, que la vida puede ser —que va a ser, sin ningún género de duda— todo lo que quieres que sea. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? Mi madre, precisamente, me había enseñado mediante el ejemplo, mediante la vagancia caprichosa y aterrada de mi infancia y después, de forma más brutal, mediante ese prolongado e involuntario hasta aquí hemos llegado de su cuerpo, que aquel era un sueño ridículo, que el destino constituía una cárcel. Pero decidí, en esa época, desatender sus lecciones. No podíamos ser hijos dignos de ese nombre si no hacíamos caso omiso de las enseñanzas más cruciales de nuestros padres.

Mi madre, hacia el final, me dijo, aunque con una sonrisa cariñosa:

«La vida es curiosa. Tienes que encontrar un modo de seguir adelante, de no dejar de reír, incluso después de que te hayas dado cuenta de que ninguno de tus sueños se va a hacer realidad». Y eso me había ofendido, porque yo quería creer, en tanto que hija suya, que yo era un sueño cumplido; pero, sobre todo, me dio lástima. Todavía seguía pensando que de una forma u otra sería distinta de ella. Todavía no había vivido mi momento Lucy Jordan, un momento frente al que los Shahid me habían concedido una prórroga larga pero finita.

Feliz, loca: el calificativo no importa. Me daba la sensación de

que el mundo se había llenado de luz. Ese es el problema de los estereotipos: describen algo verdadero, por eso los utilizamos una y otra vez, hasta que su sustancia se erosiona y queda reducida a polvo. Pero es verdad que me despertaba antes, más descansada. Tenía más energía, la mente me funcionaba con mayor claridad, con mayor rapidez. No me resfriaba, nada me dolía, la suerte me sonreía más, me llevaba mejor con la gente. Vivía despierta, de una forma completamente nueva para mí, y sabía que cualquier cosa —¡Oh, mis obras de arte! ¡Cualquier cosa!— era posible.

También es cierto que nació en mí un anhelo constante e imposible de ignorar, el efecto secundario de la droga del amor. Ese anhelo solo disminuía cuando estaba con alguno de los Shahid o mientras trabajaba. En cuanto sonaba el timbre de la última clase, ese anhelo, que había estado esperando, reaparecía. Podía estar paseando por el embalse con Maggie, profesora de los del sexto curso, o llevando a mi padre para que lo viera un cirujano ortopédico por lo del dolor de la cadera, y, aparentemente, escuchaba e incluso participaba con lucidez en la conversación —«Sí, estaría muy bien que el padre de Ling diera un curso extraescolar de chino mandarín el otoño que viene, creo que a muchos niños y padres les interesaría». O: «Bueno, me parece que lo que opina el doctor Fuchs sobre la prótesis es que las molestias compensan, siempre que estés dispuesto a hacer la rehabilitación»—, pero la verdad era que mentalmente estaba pendiente de ese anhelo innombrable, revivía y reinterpretaba conversaciones —«¿No vas a llegar hasta las seis?»; la había notado decepcionada, había querido dar a entender que no le importaba, pero ¡yo me di cuenta de que se había quedado chafada!—, me preguntaba qué estaría haciendo ella en ese momento, me preguntaba cuánto tiempo debía esperar antes de llamar y preguntárselo, me preguntaba cuándo podía volver al taller y cuánto podría quedarme. Me preguntaba, y me sucedía con frecuencia, si ella o cualquier otro notaba el cambio obrado en mí, si mi revelación, mi despertar, tenía alguna señal visible.

¿Que si dije algo? ¿Que si se lo conté a alguien? ¿Y arriesgarme a despertar de mi asombroso despertar? ¿Ustedes qué creen?

Todas las regocijantes ventajas de mi estado, pero también sus incómodos efectos, inspiraron en mí el deseo de pasar el mayor

tiempo posible en el estudio. En febrero, y en marzo, y también en abril, todos los sábados y casi todos los domingos, estaba toda la mañana de pie o inclinada o llevando cosas de un sitio a otro, construyendo el País de las Maravillas, el País de las Maravillas de Sirena, riéndome y haciendo el ganso, a veces solo observando, capaz de ignorar el anhelo innombrable porque había desaparecido. Luego comíamos algo. Tras el primer par de semanas nos fuimos turnando para llevar la comida, y los viernes por la tarde yo me demoraba al elegir en las tiendas: palitos de pan de diversos sabores o panecillos suecos que parecían enormes hostias para comulgar, envueltas en arrugado papel blanco; aceitunas, quesos, fiambre; dolmas; burecas; pimientos dulces rellenos de requesón suave. Tarros de pisto, piperrada, pasta de anchoas. Hojas de endivia; tallos de hinojo. Brécol morado. Tomates orgánicos, que a principios de primavera cuestan una fortuna. Y dulces, llevaba muchos dulces —los famosos *cupcakes* de Highland Avenue, o bollos de sésamo bañados en miel, o galletas de avena con chocolate y saladas, o *loukoum*, o carísimas tabletas de chocolate italiano del *delicatessen* de mi calle—, siempre suficiente cantidad para que a Reza le quedara algo, incluso a Skandar; una abundancia de dulces para los otros, para aplacar el sentimiento de culpa que me causaba mi felicidad.

Apareció en esos meses una nueva faceta de Sirena, obsesiva e imperiosa, que no había visto en otoño, y que podría, supongo, haberme parecido egoísta. Pero me embelesaba su apasionada firmeza, sobre todo porque, en tanto que ayudante suya de hecho, yo estaba incluida en ella. Como si fuera un acceso de locura, su País de las Maravillas lo era todo para ella, y, aunque en general prefería no hablar de él, conmigo sí lo comentaba. Por ejemplo: «Creo que nos hace falta más tela impermeable, ¿verdad?». O: «Todavía no tengo claro si los vidrios rotos deberían estar peligrosamente afilados. ¿A ti qué te parece, Nora? No queremos que nadie se haga sangre, pero ¿tocarlos no debería doler?».

En la semana de vacaciones de febrero inscribió a Reza en un campamento de robótica del Museo de Ciencia y pasamos todos los días en el taller, de la mañana a la noche. Sirena empezó a convertirse en una parte orgánica de ese lugar, como el fregadero o el olor a productos químicos del pasillo. A mediados de marzo

apenas se cambiaba la ropa ni se lavaba el pelo, tenía las yemas de los dedos cuarteadas y decoloradas por la pintura y el pegamento; los tejanos, como el cabello, cada vez más apelmazados y manchados al término de cada jornada. Le birlaba el tabaco a su marido y se fumaba los pitillos con el café: con una mano mugrienta sostenía una taza mellada, con la otra echaba la ceniza al suelo. El taller empezó a apestar, y en él hacía un frío espantoso: abrió las dos ventanas de par en par para ventilarlo, aunque con resultados discretos.

Sirena se estaba convirtiendo, ante mis ojos, en mi ideal de lo que era un artista, como si la hubiera imaginado y, imaginándola, hubiera conseguido que se encarnara. Y ahora viene lo raro: no me dio la sensación de que su existencia de ideal artista femenina me frenase o me controlase, no la miraba y pensaba: «¿Por qué tú eres casi famosa y yo únicamente tu ayudante?». No recuerdo que esa idea se me pasara por la cabeza ni una sola vez. Sí que la miraba, en cambio, y me veía a mí misma, veía lo que de pronto se había vuelto posible para mí también, por serlo para ella.

Y lo más raro es que en esa época, además de coser vestidos juntas, de plantar flores en césped artificial, de colgar espejos rotos de alambres finos, además de grabar cintas con el sonido de los grillos y los ruidos de los animales del sotobosque, y además de crear colmillos de Jabberwock que acabaríamos descartando y olvidando, y de juntar varias bombillitas de luz penetrante que iban a ser los ojos del Jabberwock, además de preparar para Sirena las posiciones de la cámara del vídeo de los niños (el plan de Appleton, lo llamábamos), y además de mi habitual trabajo de profesora y del caótico alboroto imperante en mi clase durante el trimestre de primavera —¡Horarios! ¡Renacuajos! ¡Excursión con el autobús escolar al Museo de Bellas Artes!—, y de mis noches de ensueño desempeñando el papel de querida tía de Reza; además —¿qué había hecho con mi tiempo hasta entonces?, tuve que preguntarme, y tuve que preguntármelo varias veces: ¿acaso ser feliz crea más tiempo, del mismo modo que estar triste, como todo el mundo sabe, ralentiza el tiempo y lo vuelve más espeso, como la maicena en una salsa?—, en todo caso, además de todo esto, yo creaba mis propias obras de arte.

Parece difícil creerlo, pero así fue.

En determinado momento no solo estuve desarrollando una, sino dos habitaciones para mi ciclo. Pese a que, técnica, cronológicamente, habría tenido que ponerme a confeccionar el cuarto de trabajo de Virginia Woolf en Rodmell, con el cuaderno de notas abierto, la silla cubierta por un chal y su última nota apoyada en la repisa de la chimenea, no sé por qué, pero aquello me resultaba insoportable; no era una época para el suicidio, al menos no en mi vida, de modo que empecé a dedicarme a las habitaciones de Alice Neel y Edie Sedgwick, que tampoco eran precisamente alegres, pero a mí sí me procuraron cierto júbilo.

La de Alice Neel iba a ser el pabellón para suicidas del sanatorio situado en un pueblo de Pensilvania en el que la habían encerrado después de sufrir el colapso nervioso. Había perdido a sus dos hijas pequeñas, una por culpa de la difteria y la otra por culpa de su caprichoso marido cubano, que había prometido ir a buscarla pero no llegó a hacerlo, y que, tras dejar a la niña con los abuelos paternos, se marchó solo a París. Quería que en esa estancia yerma se notara el recuerdo de las niñas, pero también quería que rondasen las esquinas los espíritus de sus futuros hijos, los dos entregados y adorados chicos que estuvieron a su lado a las duras y a las maduras; muchas veces a las duras, lo cual supuso un coste enorme para ellos, a medida que la madre iba haciéndose vieja y engordando y siempre sin dejar de ser pobre, sin que nadie reconociera su talento, obsesionada con su obra, mientras amontonaba lienzos que nadie compraba en el estrecho pasillo de su mugriento apartamento sin ascensor, aunque, a lo largo de todo ese período, tuvo a su lado a esos chicos, los cuales renegaron del mundo bohemio y se entregaron a uno de los oficios estables y burgueses y hostilmente aburridos de esa época, mientras llevaban en su interior el dolor de la vida de la madre, de la juventud perdida de esta y de las hermanas perdidas y desconocidas, pero sin abandonar nunca a la madre, jamás; y en cierto sentido no habría sido adecuado, en esta nueva y dorada era de amor con la que yo veía iluminado el mundo, decidir que mi habitación de Alice solo reflejara la decadencia, el oscurísimo aislamiento, cuando ella sentía que la habían traicionado la vida y el arte y el amor.

Todavía quería incluir hileras de camas de hierro con sábanas blancas, ventanales blancos y sin adornos, un desgastado suelo de

linóleo blanco; quería incluir su camisón blanco, rasgado en el hombro, ponerla tapándose los oídos con las manos y emitiendo un grito que recordara a Munch. Pero también quería incluir los colores de Cuba, de la maternidad, del futuro, en los intersticios, detrás de las ventanas, en lo alto de las paredes, como brotes que surgen de la tierra, la promesa de la primavera.

En el caso de Edie, de la hermosa Edie, lo extraño era que la alegría ya estaba presente en la habitación, aunque la estuviera matando. Cuando, en tanto que mujer, te conviertes a ti misma en obra de arte, y cuando eres aquello que todo el mundo contempla, entonces, con independencia de todo lo demás, no estás sola. Edie nunca estuvo, por fuera, sola. Emily, Virginia, Alicia: mujeres y artistas sumidas en un aislamiento fundamental. Y luego estaba Edie: nunca sola. Nunca invisible. Seguramente, también, nunca vista; y, en ese sentido, más que sola: aniquilada.

Pero imaginar su habitación era en sí un acto curiosamente placentero. Cuánta libertad sentía al hacerlo, porque la suya era la única estancia completamente imaginaria, la única que no se basaba en una fotografía ni un cuadro ni una descripción de un sitio real. Me la podía inventar: un cuarto en cuyas paredes colgaban imágenes ampliadas de sí misma, y, entre esas imágenes, ventanas, y más allá de las ventanas, gente que se apiñaba, que la observaba, el espectáculo que ella constituía. Como si estuviera en el escaparate navideño de los grandes almacenes Bloomingdale's.

El proceso de construir las habitaciones me lo guardé para mí. Eso no implica que se las ocultara a Sirena. Solo quiero decir que únicamente trabajaba en ellas cuando Sirena no estaba. Esperaba. Me contenía. Lo sabía todo de su proyecto, la verdad, pero ella solo un poco del mío, y quise ver en eso un triunfo personal, cierta ventaja por mi parte. Una dignidad, por expresarlo de algún modo, en la sumisión.

Y, evidentemente, el estudio ya no me daba miedo. Había construido un mito sobre mi cualidad de invencible. No pueden imaginar ustedes, si nunca han sentido esa clase de miedo, la liberación que supone zafarse de él. Se puede afirmar que era una

tontería, que me había torturado durante años con una ansiedad artificial, y no puedo negar que eso no sea cierto; no obstante, de algún modo, Sirena (o Reza, o quizá incluso Skandar) me liberaron de aquello. Dejé de acobardarme. Ella también me concedió ese don.

Era libre y no me daba miedo poner la música muy fuerte —Fats Waller o Chubby Jackson o Joe Marsala and His Delta Four cuando estaba con Alice Neel; la Velvet Underground cuando estaba con Edie— ni fumar un pitillo o medio que Sirena hubiera dejado. Llegó una semana en que la inspiración me llevó (ridículo, lo sé) a tratar de ser Edie; cogí mucho maquillaje y me pinté delante de un fragmento de espejo rescatado de entre las existencias de Sirena —hasta su estado fragmentario resultaba adecuado, como si fuera una reliquia procedente de la Factory—, me eché talco para que se me quedara la piel blanca y me puse sombra de ojos hasta que se convirtieron en huecos enormes, oscuros, titilantes. No me corté el pelo, pero sí me lo peiné hacia atrás y, mientras llevaba una camiseta blanca y unas mallas negras, me iba maldiciendo por tener tetas, por estar frisando en los cuarenta, por no ser menuda, a la vez que, no obstante, bailaba como un derviche y me sacaba Polaroids mientras lo hacía, con la vieja cámara de mi madre. Las imágenes salieron borrosas e incompletas: un ojo y una nariz, un destello aceitoso donde nace el cabello, un brazo en movimiento que ocupaba la mitad del encuadre; pero me daba la impresión de que todo eso casaba con el espíritu del asunto. Me quité la camiseta y también me hice fotos así, impresionada por el carácter retro de mi torso desenfocado, de mis pechos, con un sencillo sujetador blanco, elevados y nítidos en lo que había captado la cámara.

En esas noches a solas en el taller, fui paseando por los diminutos senderos del País de las Maravillas a medio montar de Sirena. Alzaba la vista para contemplar el lugar que ocuparía el firmamento creado con el vestido de Alicia, olisqueaba las flores de aspirina, mantenía conversaciones conmigo misma, o con Sirena, en tono alto y casi desagradable. Ponía acentos raros y hablaba un macarrónico español de Cuba, como si fuera la suegra de Alice Neel y le estuviera diciendo que no podía recuperar a su hija. Fabriqué las camas de la clínica de Alice con unos gruesos cables eléctricos revestidos de blanco y cosí los diminutos y mullidos colchones,

hechos de franela irlandesa y rellenos de espuma, atareada como los enanitos de los cuentos de hadas, quejándome en voz alta, soltando palabrotas, por los primeros problemas de vista propios de una persona de mediana edad, y dándome repetidos pinchazos en el dedo índice. Con palitos de helado, hice un parqué cuidadosamente ensamblado para crear el suelo de la habitación de Edie en la Factory, y apliqué capa tras capa de pintura y barniz para perfeccionar los matices tostados. Puse marcos a las láminas de vidrio del espacio hexagonal —solo había ventanas, ninguna puerta — y los sellé minuciosamente con masilla, a la antigua usanza. Coloqué una superficie de madera en el espacio que rodeaba la sala, la sala de exhibición de Edie, que después pensaba llenar de espectadores. Pero no llegué a distribuir esos espectadores, lo cual, ahora, me parece que tiene bastante sentido.

Aquello fue un jolgorio. Como si fuera una alumna del tercer curso, estaba viviendo mi vida, estaba llena de vida. Viva. Me parecía que me habían despertado, como a la Bella Durmiente, de un largo sueño. Aunque la verdad era que muchas horas de sueño no necesitaba, como si todos los años que había pasado apenas subsistiendo en un duermevela me hubieran preparado al menos para prescindir, ahora, del descanso. A veces me marchaba del taller a la una, incluso a las dos, y ya estaba en la ducha a las seis y media en los días laborables, despierta, arreglada como un pincel y en el aula a las ocho menos cinco, guiñándole un ojo a escondidas a Reza, que muchas veces se presentaba un pelín tarde y que se solía agobiar por eso. Durante muchísimo tiempo me había estado comiendo las verduras que me mandaban y ahora, ¡por fin!, tenía el helado de frutas y nueces.

7

Había otro hilo en el tapiz. ¿Qué significa que me muestre reacia a contarlo, que tarde en narrarlo? Me gustaría afirmar que se trata de algo separado, que pertenece a otro apartado. Pero sería una mentira deliberada, y ese no contarlo constituiría, por utilizar la expresión de la tía Baby, un pecado de omisión.

Casi siempre que me quedaba con Reza, Skandar me acompañaba a pie a casa. Cuando nevaba se ponía un sombrero, de esos antiguos de fieltro, con la tela desgastada y de un color gris elefante: parecía un gángster, pese a las gafas. El contable de un gángster, quizá. Cuando llovía cogía un paraguas enorme, de los que suelen tener en los hoteles y en los clubes de golf, y me protegía con él, muy cortésmente, como si fuera mi ayuda de cámara. Al parecer no tenía guantes, pero no se quejaba del frío, e iba fumando pitillos como un matón, con el extremo dirigido hacia la muñeca, mientras avanzábamos. Tardábamos menos de quince minutos en hacer el recorrido desde su casa unifamiliar situada frente al río hasta mi apartamento de un tercer piso ubicado en el lado malo de la avenida Huron. No quedaba lejos. Al principio, en los meses de frío, íbamos sin dar rodeos. En febrero, cuando había mucha nieve, él caminaba por detrás de mí por los helados y angostos caminos abiertos con palas, y no hablábamos mucho. Costaba oír, yendo así en fila india, y, cuando ya habíamos llegado a mi puerta, yo notaba que tenía la nariz roja y veía que la suya estaba igual y que tenía las manos hundidas hasta el fondo de los bolsillos; me dedicaba una sonrisa tan traviesa como imprecisa, como si no supiera muy bien quién era yo, y decía: «Bueno, pues gracias de nuevo, y que pases una buena noche», con un movimiento general de todo el cuerpo con el que parecía que entrechocara los tacones. Se quedaba esperando como un padre hasta que yo metía la llave en la cerradura; luego emprendía el camino de regreso por la calle, dando pasos cautelosos por culpa de

los zapatos de vestir, de suela de cuero, que llevaba.

La noche después del Día de San Valentín —me alivió que no me pidieran que cuidara a Reza en esa fecha— iban a asistir a otra cena elegante, en casa del decano de la Kennedy School, pero antes, en el taller, Sirena me dijo que Skandar quería anularlo.

—¿No se encuentra bien?, —pregunté.

Yo andaba cosiendo algo, lo sé porque tengo un nítido recuerdo físico de estar encorvada y con los ojos entrecerrados; cuando levanté la vista y la dirigí a Sirena tardé unos instantes en enfocarla.

—¿No lees los periódicos?, —me dijo—. ¿Ni pones la radio?

—¿De qué me estás hablando?

—Hablo de Hariri.

Esbocé una leve expresión de perplejidad.

—¿No te has enterado de lo de Rafic Hariri?, —añadió.

—Hoy no he leído el periódico.

—Era el primer ministro del Líbano; lo asesinaron ayer junto a otras veintidós personas, guardaespaldas y colegas suyos. Pusieron una bomba cuando su caravana de vehículos estaba delante del hotel St. Georges, lo cual dejó un cráter del tamaño de una casa pequeña.

Me quedé mirando el suelo moviendo la cabeza.

—Qué barbaridad —dije.

—Eso es lo malo de estar aquí. Todo parece estar tan lejos que nadie se fija en nada.

—¿Quién ha sido?

—No se sabe. Israel, Siria, Hezbolá… mucha gente quería verlo muerto.

—¿Skandar lo conocía?

—Habían coincidido varias veces. A Skandar el tema le ha afectado mucho, como puedes imaginar. Su país está de luto y en un momento delicado, y aquí, en la universidad, incluso en una cena privada, quieren que hable de la cuestión como si todo fuera una idea, no algo referente a un hombre, a muchísimos hombres.

—Entonces, ¿él lo apoyaba?

Ella chasqueó la lengua.

—Los estadounidenses lo ven todo de forma demasiado simple: ¿ese es bueno o es malo, lleva sombrero blanco o negro? Pero esa no es la cuestión. Si quieres saberlo, deberías preguntárselo a

Skandar. Si le dejas, te dará un curso entero.

Así pues, esa noche, mientras me acompañaba a casa tras la cena del decano, en la cual, según me enteré después, Skandar les había soltado un discurso de media hora a los invitados para explicar el contexto y los posibles riesgos que se derivaban del asesinato de Hariri, mientras él seguía avanzando por detrás de mí en algunos tramos de la acera pero no en todos, le pregunté por el ataque. La primera vez no me oyó, tuve que darme la vuelta y repetir la pregunta, estuvo a punto de chocarse conmigo y los dos nos sentimos incómodos.

—Ah —dijo cuando entendió lo que le preguntaba—. Es una cuestión complicada.

—Pero estás inquieto.

—La violencia siempre inquieta, estalle donde estalle, afecte a quien afecte. Aunque mi pobre Líbano es un caso especial, una historia muy particular. Todavía estamos recuperándonos de nuestra terrible guerra, intentando recomponernos, reconstituirnos… y ahora, esto. En algún momento trataré de explicártelo. Pero ¿por dónde empiezo? ¿Por mí? ¿Por el comienzo de la guerra? ¿Por el inicio del nuevo siglo? ¿Por el momento actual, con Hariri? Según el momento en el que empieces, te sale una historia distinta. Ya tendremos tiempo para narrarlas.

Y, esa noche, ahí dejó el tema.

Yo, por mi parte, entré en casa, encendí el ordenador y busqué en Google «Guerra en Líbano». No porque no me hubiera enterado de lo de la guerra civil —cuando era pequeña, todo el mundo sabía que había una guerra en ese país, y, por ejemplo, si alguien me hubiera dicho las palabras «Shabra y Chatila», mi cerebro habría añadido automáticamente el término «masacre»—; algo había absorbido, después de todo, por ósmosis. Pero no habría podido aclarar en qué había consistido esa masacre ni a quién habían masacrado, y desde luego no habría podido añadir que la guerra civil había durado quince años. Mientras iba leyendo, tuve la sensación de que tenía que haber estado al corriente: era profesora, por amor de Dios, ¡y Reza era alumno mío! Sirena había comentado en cierta ocasión que Skandar había perdido a un hermano en la guerra —¿no había mencionado algo de un bombardeo?—, pero la verdad era que tampoco sabía todo lo relativo a los refugiados de la

guerra del Vietnam —y algunos de nuestros estudiantes eran hijos o nietos de esos refugiados—, y tampoco podía trazar un esquema básico de la historia de Haití, por mucho que tuviéramos niños haitianos en Appleton; y también había un chico de Omán y una niña, ahora en el cuarto curso, de Liberia, y habría tenido que recurrir a Google para saber algo más de ese país aparte de dónde se encontraba en el mapa, pero en todo el año en que había dado clase a la niña no lo había hecho. Entonces se me ocurrió que quizá Sirena había acertado al afirmar que en Estados Unidos yo vivía entre algodones, que me habían aislado y protegido del mundo. En cierto sentido habitábamos una casa encantada, un extraño lugar seguro en el que podía estallar un
11-S
como si saliera de la nada, como si fuera algo carente de toda lógica, para gran sorpresa nuestra.

Ya liberada e introducida en lo que se me antojaba la realidad, opuesta a una casa encantada, de las emociones —el conocimiento del amor— y, además, en el culmen de mi libertad artística, ahora también anhelaba desarrollar mi intelecto. Quería haber estado ya al corriente de cosas como el asesinato de Hariri, ser capaz de comprenderlas de un modo u otro. Aquello era como mi Libro de las Maravillas del Mundo, solo que mejor, y también peor: la complejidad y la enormidad del mundo se me hicieron brevemente evidentes, como un objeto enorme y amenazador que atisbaba con el rabillo del ojo. Casi demasiado grande, pero no del todo. Estaba ahí, y yo quería conocerlo.

Mis paseos con Skandar fueron desarrollándose al mismo tiempo que la primavera. Después de las vacaciones de febrero, avanzábamos uno al lado del otro y ese camino de vuelta por las noches se convirtió en un pequeño acontecimiento social, en un momento natural para la conversación. La distancia entre su casa y la mía se hizo demasiado corta para nuestros debates, así que alargamos los paseos. La primera vez en que esto ocurrió nos quedamos diez minutos delante de mi puerta y, aunque me parecía que sería raro invitarlo a pasar, los dos teníamos frío y empezábamos a entumecernos. Él acabó proponiendo: «¿Paseamos

un poco más, para acabar la conversación y no coger frío?». Así pues, dimos cuatro vueltas a la manzana antes de que a él también le pareciera que tocaba ir volviendo. Eso fue solo el principio. La siguiente vez llegamos hasta la panadería
Hi-Rise
y luego volvimos. Y en cada ocasión llegábamos más lejos. Hasta Harvard Square y después describiendo otro círculo por el que casi pasábamos de nuevo por delante de su casa. El paseo en el que finalmente sentimos que estábamos incumpliendo una regla no escrita no tuvo lugar hasta finales de abril, una época propicia para incumplir reglas, la misma semana en que llevé a cabo mi solitaria imitación de Edie Sedgwick. La primavera flotaba en el aire, esa sensación de suavidad en las mejillas, cuando empezaban a brotar las hojas de intensos tonos en las ramas, que emitían un susurro al moverse. Fuimos deambulando hasta Watertown, por los márgenes de Belmont, antes de emprender el camino de regreso. Caminamos durante más de una hora y media por calles desiertas —era un día laborable y casi habían dado las doce de la noche—, bajo las farolas rosáceas y las ramas que respiraban, mientras algún que otro coche iba interrumpiendo el transcurso de nuestra conversación. En mi fuero interno, consideraba significativo que nunca hubiéramos llegado a cruzar el río. Él nunca me había cogido del brazo. Jamás nos habíamos rozado.

Por lo que yo sé, no le dio a entender a Sirena que estuviera dando esos paseos él solo. Por lo que yo sé, ella era consciente de que paseábamos juntos, pero nunca me comentó nada al respecto. En cierta ocasión en que mencioné algo de lo que había hablado con Skandar, ella hizo un ademán con las manos, como si estuviera ahuyentándolo, y exclamó:

—¡No hace más que hablar! Lo quiero mucho, pero se pasa la vida hablando, bla, bla, bla. A ti se te da muy bien escuchar. A veces le digo: «Skandar, es una pena que no exista un trabajo que consista solo en hablar. Sería ideal para ti».

—Podría llevar un programa de entrevistas.

—Te parecerá raro, pero no lo haría bien. El presentador de un programa de entrevistas escucha, ¿o no? En un programa así el presentador escucha, pero Skandar se limita a hablar. No, el trabajo que le convendría sería el de invitado de esos programas. —Soltó

una risita—. Pero eso no es un trabajo.

—Se le va la fuerza por la boca —añadí, por decir algo.

Ese momento fue lo más cerca que estuvimos las dos de comentar mis excursiones nocturnas con su marido.

Pero Sirena estaba en lo cierto: a Skandar le gustaba mucho hablar. A él le dije que tener su compañía al volver a casa era como escuchar a Scherezade, pero él se rio y aseguró que lo había entendido al revés, que era yo quien debía narrarle las historias.

—En mi país —aclaró— es la mujer quien narra. El hombre es prisionero suyo.

Llevada por el ansia de leer las runas continuamente, de encontrarle una importancia oculta a todo, interpreté que aquello quería decir, de forma insinuante, que él se ofrecía a ser mi prisionero. Interpreté que me decía que yo le atraía. Bueno, la verdad es que interpreté que todos aquellos paseos lo indicaban. No al principio, no especialmente. Pero a medida que iba pasando el tiempo… la cantidad de ratos que me dedicaba, la atención… y ¿yo quién era? Y me los dedicaba mientras su mujer y su hijo estaban en casa, mientras ella lo aguardaba en su cama. Interpreté que todo eso tenía un significado.

¿De qué hablábamos? Sirena tenía razón: le encantaba hablar, y puede que pareciera un pelmazo, pero en realidad lo hacía de maravilla. Incluso cuando me contaba una historia dos o tres veces, yo me quedaba embelesada.

La primera noche que paseamos de verdad, cuando dimos cuatro vueltas a mi manzana, me habló de la casa de su abuela materna, en las montañas, en la que pasó una temporada de pequeño, con cinco o seis años, y me contó que estaba convencido de haber visto un jaguar o una pantera de noche en el jardín, aunque la abuela le había asegurado en el desayuno y luego también en la cocina que esos animales no vivían en Líbano.

Sus hermanos mayores se burlaron de él y le dijeron que o bien lo había soñado o había visto el gato atigrado del vecino, y que su mente infantil lo había agrandado, pero en los días siguientes aparecieron varias ovejas muertas durante la noche, en un lugar más alto de las montañas, y en la familia todos se retractaron.

Skandar, como todo buen narrador, nunca descartaba del todo la intervención de fantasmas y brujería.

—Siempre pensé —me confesó— que era el espíritu oscuro de alguien, su avatar.

Después me habló del hijo del bajá de la zona, un muchacho en los últimos años de la adolescencia, bello como un dios pero desgraciadamente dominado por la ira, que había apaleado con tanta furia a un burro que hubo que matar al animal, ese mismo verano. Aquel fue un incidente famoso en el pueblo, por el que el muchacho no recibió ningún castigo conocido, y Skandar decía que siempre había pensado que quizá el frío y negro felino que se deslizaba por el jardín era el alma negra del muchacho, o el diablo que se había adueñado de ella. Después, mientras esbozaba una sonrisa y encendía otro pitillo —el último de ese primer paseo largo —, añadió:

—Claro que a ese espíritu oscuro también le llegó su momento, también recibió su merecido, más de diez años después, cuando ya había empezado la guerra.

—¿Qué pasó?, —pregunté yo como una niña que espera el siguiente capítulo conteniendo el aliento.

—Ahmad Akil Abbas —continuó él—. En 1975 le había pasado lo mismo que a todos nosotros, había cumplido más años y su alma era todavía más oscura. Mucho alcohol, muchas drogas, mucha supuesta valentía. Y en el 77, quizá en el 78, organizó un grupo paramilitar local, un grupo de bandidos, que asesinaban a los vecinos cristianos mientras dormían. Gracias a Dios que para entonces mi abuela ya había muerto, porque el suyo había sido un matrimonio mixto, verdaderamente por amor, y esos enfrentamientos sectarios habrían sido su perdición. A los Khoury, que vivían al lado, los degollaron y les cortaron las manos. Sus tres hijos se habían marchado a Buffalo, en el estado de Nueva York, y tenían tanto miedo que ni siquiera volvieron para enterrarlos, así que tuvieron que ocuparse de eso otras familias cristianas del pueblo. Para entonces ya no quedaban muchas. Los que podían irse lo hicieron. Pero en el caso de Ahmad Abbas, cuando alguien vive así también muere así, por mucho que seas bello como un dios, y, poco después de lo de los Khoury, a Ahmad también lo asesinaron y lo dejaron en un callejón situado detrás de la casa de su padre, al lado de su preciada motocicleta. Le habían obligado a comerse sus testículos. Quizá aquello también fue obra de un felino negro. Quizá

lo hizo el mismo espíritu de Leyla Khoury. Era una mujer recia y sosegada, que se reía con unas carcajadas que le salían como un chorro, igual que el agua de un surtidor, primero despacio y luego más deprisa, y cocinaba estupendamente. A ella se le podría haber ocurrido servirle sus testículos en su última cena. A lo mejor fue ella quien rio la última.

Era imposible no atender. Yo habría seguido caminando hasta Provincetown. Las vivencias de juventud de Skandar no tenían nada que ver con Manchester-by-the-Sea. Cuando tenía quince años, pinté unos eslóganes pretendidamente anarquistas en el taller de arte, después de clase, y traté de colgarlos por los pasillos. Para mí, una excursión al edificio de Faneuil Hall, en Boston, era algo insuperable, el no va más. Él, con quince años, veía cómo sus vecinos y compañeros de clase desaparecían, bien porque ingresaban en un grupo paramilitar, bien porque se marchaban del país; y él también acabó cogiendo un avión a París, donde estuvo interno y acabó el colegio. Con poco más de veinte años, mientras todavía estudiaba en París, su hermano mayor murió en un bombardeo; él había ido a visitar a un amigo y se había quedado a dormir; el bloque de apartamentos quedó destrozado. Fue otro amigo de la familia, que colaboraba con la Cruz Roja, quien sacó su cuerpo de entre los escombros.

—Cuando eres joven, incluso ahora… ¿cómo entiendes estas cosas?, —me dijo la primera vez que sacó el tema, mientras paseábamos por las calles nocturnas—. No lo puedes comprender. No tiene sentido. Puedes dejar que te domine la rabia, pero eso acaba contigo. Pero ¿cómo puedes contemplar la pantera, cómo puedes mirarla a los ojos, si no se queda quieta? ¿Cuando está en todas partes y en ningún sitio, cuando no es de nadie y es de todos? Si tú fueras yo, te enfrentarías a ello diciendo: «Voy a ver cómo hablamos de la pantera. Voy a estudiar la historia de la historia, las maneras en que narramos las historias y cómo nos abstenemos de relatar otras; voy a tratar de comprender lo que eso dice de nosotros, que contemos una cosa y no otra, que lo narremos de una forma y no de otra. Voy a preguntar dónde está la ética, quién decide lo que es ético, voy a preguntar si en realidad es posible la ética en cuestiones de historia».

—No sé muy bien a qué te refieres —dije.

No quería parecer tonta, pero para mí era más importante entender sus ideas. Skandar tenía unas manos preciosas y cuadradas con las que gesticulaba en el aire frío para apartar el humo, o el vaho del aliento, o las dos cosas.

—¿Por qué he empezado por lo de la pantera? ¿Acaso estoy tratando de que veas al niño de seis años que fui y de que sientas compasión por él? Ahora, gracias a mí, cuando pienses en Líbano esa será la primera idea que te vendrá a la cabeza. Bueno, quizá te acuerdes antes de Hariri; si hubiera podido, eso lo habría impedido. Bueno, lo primero será la violencia, pero lo segundo un niño lleno de sueños. Aunque podría haber empezado hablándote de los ataques de la OLP a Israel de esa época, mediados de los sesenta, o de la guerra de mucho después, o del papel de Israel en lo de Sabra y Chatila, o podría haber empezado contándote cómo es Beirut en la actualidad, reconstruida con gran belleza y muy parecida a la ciudad de mi infancia pero también muy distinta. Te podría haber narrado la historia de Hariri, cosa que aún no he hecho…

»¿Qué implica, por ejemplo, que lo primero que todos los niños estadounidenses conozcan sobre Alemania sea Hitler? ¿Y si lo primero que conocieras fuera otra cosa? Puede que haya gente que afirme que ahora eso es importante, después de la Segunda Guerra Mundial, que lo ético y crucial es que Hitler sea lo primero que conocen los niños. Pero también se puede sostener lo contrario. Y ¿qué consecuencias tendría, en qué cambiaría las cosas, que nadie pudiera saber nada sobre Hitler, sobre la guerra, sobre todo ese asunto, hasta después de haber conocido a Brahms, Beethoven y Bach, a Hegel y Lessing y Fichte, a Schopenhauer, a Rilke…? ¿Que todo esto hubiera que aprenderlo antes? O solo una cosa, el *Quinteto para piano en fa menor* de Brahms, o las *Variaciones Goldberg*, o el *Laoconte*, que una de estas cosas hubiera que conocerlas y apreciarlas antes de saber de la existencia de los nazis…

—Pero el mundo no funciona así.

—No, desde luego. —Esbozó su sonrisa imprecisa, como si le hiciera gracia un chiste que solo él había oído—. Pero ¿qué implica que no funcione así? ¿Y qué implicaría que sí lo hiciera?

Skandar no siempre —ni siquiera con frecuencia— contaba historias sobre su juventud, aunque no cabía duda, como él mismo recalcó, de que resultaba significativo que una de sus primeras narraciones versara sobre ella. Me habló de su estancia en Estados Unidos, de política global, un poco de París, pero muchas veces del Líbano, de la historia del país, episodios históricos acaecidos a lo largo de los siglos, de los milenios: historia fenicia, romana, otomana. Me dijo que la capital romana de Oriente Medio, Heliópolis, todavía podía visitarse, que estaba detrás de las montañas, a cien kilómetros de Beirut, y me describió su enorme tamaño, las columnas que se alzaban hasta el cielo en medio de una llanura cultivable, con unas montañas nevadas en el horizonte. Me describió el aspecto de los bloques de piedra desplomados, de mayor altura que una persona, desperdigados por el terreno como si fueran gravilla, y también me contó cómo era el hermoso y menguante templo de Dionisos, casi intacto, que tenía unos mosaicos perfectos y unos frisos muy complejos, el resultado de cientos de años de trabajo llevado a cabo por los romanos en la época inmediatamente posterior a Cristo. Te daba la impresión de que Poncio Pilato se había paseado por allí, o, al menos, su nieto.

También me habló de la comunidad de pescadores de Tiro, quienes se consideraban los primeros cristianos porque se habían convertido cuando Cristo había predicado entre ellos, mucho antes de que lo crucificasen, por lo que técnicamente eran cristianos antes incluso de que el propio Cristo lo fuera. Me contó que poco antes había asistido a la boda de un amigo suyo, un joven palestino, celebrada en un club de playa situado al sur de Beirut, ocasión en la que se habían congregado más de cuatrocientas personas de toda clase y condición, mientras las olas susurraban a sus espaldas y las estrellas brillaban en el cielo; habían bailado y cantado y bebido Fanta de naranja —nada de alcohol en una boda musulmana, lo cual me había sorprendido: cuatrocientas personas sobrias en un festejo—, y luego la novia, ataviada con espléndidas galas, llegó a la celebración deslizándose por una piscina gigante, subida a una balsa hinchable que habían envuelto en satén blanco, mientras unos nadadores invisibles la empujaban por detrás y unas brillantes girándulas le iluminaban el camino a ambos lados y unos escupefuegos y tragasables realizaban sus números en un extremo

de la piscina en su honor.

—Fue una situación típica —añadió—. Mi amigo es escritor y no tiene mucho dinero. La novia es profesora en un colegio. Pero si quieres celebrar algo en Líbano tienes que hacerlo bien. Sirena y yo viajamos desde París para asistir a la fiesta; en nuestra mesa, al lado, había una pareja entrada en años que vivía en un campamento, vestida a la manera tradicional, y la hija, muy guapa, llevaba un hiyab que lanzaba destellos.

»Nos saludamos pero, aparte de eso, no hablamos. La hija se dedicó a fumar un narguile, la madre a fumar Gauloises compulsivamente y a llenar el plato de colillas blancas y arrugadas, y el padre, al que le quedaban pocos dientes, se bebió todas las botellas de Fanta de la mesa, traguito a traguito. Ni sonreían, ni se levantaron a bailar, ni apenas comían. Me costaba entender qué les parecía todo aquello. —Hizo una pausa—. Yo he visto los campamentos y me imaginaba cómo era el sitio en el que vivían: tubos fluorescentes, pintura descascarillada, cada silla de su padre y de su madre. El brillo del hiyab de la hija… seguro que la joven había estado ahorrando durante meses para comprarse la tela. Y el padre, sin dientes, con unas arrugas que parecían surcos, seguro que no era mayor que yo, aunque me parecía un abuelo. Estaban a nuestro lado y me planteé una cuestión: ¿quién había realizado un viaje más largo, ellos o nosotros? En nuestras vidas recorremos muchos mundos y muchos siglos, a veces sin dar un solo paso.

Declaró aquello mientras caminábamos; yo solté una carcajada, señalé las calles de Cambridge que nos rodeaban y respondí:

—Y a veces das muchos pasos sin salir de un único mundo.

—Sí —concedió—. Eso también es posible.

Aunque no fue así como yo vivía nuestros paseos. En el estudio me sentía libre para viajar a países imaginarios, para desplazarme, de hecho, al país imaginario de otra persona (una aventura completamente imprevista), pero de noche, mientras paseaba por las calles de la ciudad, me trasladaba a un mundo real, un mundo de maravillas cuya existencia me maravillaba y me hacía soñar. De pronto, a los treinta y siete años, era la antítesis de Lucy Jordan: lo único de lo que podía estar segura era de que me había equivocado al creer estar segura de algo. ¿Quién podía asegurarme con un ápice de certeza que nunca iba a cruzar París en un coche deportivo

mientras la brisa cálida me agitaba el cabello? ¡Paseaba por Heliópolis, me entretenía en Tiro, había construido el País de las Maravillas, hostia! Me sentía igual que uno de mis alumnos de tercer curso, como Chastity y Ebullience con su gallina, como José cuando fabricó aquel volcán en erupción para la Feria Científica. No tenía nada que envidiarle a Lili, que disponía de aquel mundo oculto debajo de la mesa de Esther y Didi. Ni siquiera a Reza, con su pequeño dormitorio de sueños, en el que Zidane chutaba un balón contra la pared y los músicos de *jazz* desfilaban en la oscuridad; incluso los mundos imaginarios del niño no eran más que aldeas si las comparaba con los viajes que mi alma emprendió esa primavera.

No es de extrañar que acabara disfrazándome de Edie, bailando por el taller medio desnuda en ropa interior. De pronto había cobrado conciencia, casi con terror —un gozoso terror—, de las infinitas posibilidades que existían en el mundo y también dentro de mí. Mi vida cotidiana en Appleton, mis conversaciones telefónicas con mi padre, mis esporádicas cervezas con amigos, mis carreras del sábado por la mañana alrededor del embalse… ¿qué era todo eso, sino un envoltorio opiáceo que simulaba ser una vida, la rutina de lo anodino, una jaula fabricada con convenciones, consumismo, obligaciones y miedos, en la que me había acomodado durante décadas, inconsciente, como un comedor de loto, mientras mi cuerpo iba envejeciendo y el tiempo transcurría? Percibí todo aquello con el celo de alguien que acabara de despertar; Dios mío, sentía y sentía y sentía.

En esas vertiginosas semanas me parecía evidente que todo lo anterior no solo había surgido de mí, sino también de mi madre, que mi miedo —el miedo que me había impedido dedicarme al arte de forma más seria, que me había impedido marcharme de Boston, que me había atado a un puesto de trabajo, que seguramente también me había impedido tener pareja— en realidad era el miedo de mi madre, que yo había asumido sus angustias y sus decepciones, junto a su marcado talante de buena chica católica y la incapacidad, irónicamente, de tener fe, de creer de veras en el valor de mis esfuerzos, en lo singular de mi alma. ¡Ah, qué gran aventura!

La vida entonces, ante mí, era un banquete infinito que me aguardaba.

8

Las dos semanas anteriores a la muerte de mi madre las tengo grabadas a fuego: cada una de las horas de los días de su última estancia en el hospital. Recuerdo dónde estaba su habitación dentro de la unidad, cómo era, lo que había en ella, el papel de las paredes y, en cualquier momento, qué lugar ocupaba yo en la sala y qué luz había y cuándo vino mi padre y cuándo apareció Matt, sin Tweety ni la mocosa, que solo se presentaron en el funeral, ocasión que ella pareció considerar, en esencia, una oportunidad para lanzarse a comprar ropa oscura como una loca. Hay momentos en la vida que son así, en los que sabes intuitivamente que ese episodio constituye un punto de inflexión, que nada volverá a ser lo mismo, y entonces, por consiguiente, cuando la mente recuerda, se fija en los detalles: el empleado patizambo que tarareaba valses de Chopin mientras pasaba la mopa, o el joven experto en el aparato respiratorio, de cejas muy pobladas, que era incapaz de mirarte a los ojos mientras te explicaba que los pulmones de tu madre, pese a la ayuda, empezaban a dejar de funcionar: fijaba la vista unos quince centímetros a tu derecha, como si fueras la sombra de otro ser que estaba justo ahí, a tu lado, lo cual, en ese período extraño, casi se te antojaba posible. Tu mente retuvo todos esos detalles sin que tú lo decidieras, como si fuera necesario saberlas, únicamente porque eran importantes. La mente hace esas cosas.

Y a veces —como sucedió al morir mi madre— adivinas en cierto sentido lo que va a suceder a continuación, y sospechas, aunque no con plena exactitud, lo que eso va a suponer. Pero en otras ocasiones —como en las últimas semanas de abril y los primeros días de mayo de 2005, cuando empezó a hacer calor y luego frío otra vez, cuando llovió muchísimo, llovió como si los dioses anduvieran desconsolados, como si la primavera fuera algo penoso, aunque a mí me invadía una gran alegría—, notas que algo es importante, pero solo eso. Lo que es y lo que significa para ti

quizá no lo entiendas del todo y tardes no solo meses sino años en hacerlo.

Les puedo contar que fue una noche de martes cuando fui hasta Belmont y volví con Skandar, a pie, una noche en la que antes había llovido pero ya no, y en el cielo oscuro se veían algunas nubes fugitivas. Pendía en el ambiente un olor a tierra, a barro oscuro y denso, cuando pasamos junto al cementerio donde estaba enterrada mi madre, y también después, cuando llegamos a un barrio de casas, de jardincitos cuadrados colocados como cajas de bombones abiertas en la calle modesta. Las hojas nuevas susurraban en la brisa, por encima de nosotros, y a veces algunas gotas de agua nos caían en la cabeza.

Esa velada, según recuerdo, había jugado al ajedrez con Reza después de cenar y él me dejó ganar, una de las cosas que más le gustaban, como el niño magnánimo que era: constatar su propia superioridad y después renunciar a ella. Luego, antes de acostarse, le leí una versión abreviada de *Los tres mosqueteros* que le divirtió; cuando tocó apagar la luz me pidió que, en lugar de quedarme sentada en la silla dura, como era mi costumbre, que me tumbara a su lado, como habría hecho su madre de estar presente. Dudé solo un instante antes de tenderme cuan larga era en la cama estrecha, con un brazo por debajo de la cabeza para observar mejor al niño; él me apoyó la preciosa mano en el otro brazo, solo para saber que estaba ahí, en un gesto muy parecido a los de su madre, y cerró los espléndidos ojos y se quedó dormido casi de inmediato.

Y recuerdo esa noche, ese martes, porque fue entonces cuando di nuevos pasos que me acercaron aún más a padre e hijo, la misma noche, aunque ellos no llegaron a saberlo, tanto con el uno como con el otro.

En mi largo paseo con Skandar, después de que Sirena y él volvieran de la cena, se dio una situación nueva, porque yo también hablé. Estábamos pasando por delante del cementerio cuando le pregunté si había paseado por el interior, porque era precioso, pero no lo había hecho; le propuse que entráramos a ver la tumba de mi madre y a continuación le hablé de ella, de Bella Eldridge, de sus años de enfermedad, de su combinación admirable y adulta de competencia y resignación, y de la furia que ese talante me producía, de que, al pensar en su vida, me sentía como un lobo

hambriento, le dije que deseaba que hubiera tenido la oportunidad de comerse el mundo, de dejarse llevar por la gula, de saciarse. Él soltó una carcajada y comentó:

—¿Por qué no aspiras a todo eso tú misma, que estás en este mundo y puedes disfrutar de ello? ¿No crees que ella querría eso?

—Pero es que sí aspiro a todo ello —respondí con tanto énfasis que estuve a punto de extender el brazo y tocar a Skandar—. Aspiro a ello, con todas mis ganas.

—Jamás lo habría adivinado —observó— si no me lo hubieras dicho. Da la impresión de que en tu vida reina una calma maravillosa, como si disfrutaras de un orden envidiable. Como si no te hiciera falta nada más. Ni tienes complicaciones ni las creas. Eres generosísima con todo el mundo: tu colegio, Reza, Sirena, incluso conmigo. No pareces un lobo hambriento.

—Pues lo soy —declaré—. Voraz.

En ese momento caminábamos por delante de una heladería, y él dijo en broma que, si estuviera abierta, sí que podría quedarme satisfecha.

—Sería capaz de comerme todas las existencias de ahí dentro sin que mi hambre disminuyera un ápice —aseguré.

—Entonces tendrás que descubrir de dónde sacar el alimento —añadió, ahora con seriedad—. Debes pedir lo que necesitas.

—¿Lo que necesito?, —repetí—. Ese es un concepto complicado, ¿no? En realidad, ¿alguien necesita algo, aparte de agua y comida? Ya tengo mucho más de lo que necesito.

—Pero si eres un lobo hambriento… —Clavó la vista en el horizonte mientras sonreía, como siempre—. La verdad es que me cuesta verte así. No te concibo de ese modo. ¿Qué es lo que anhelas?

—La vida —contesté—. Toda ella. Entera. No quiero perderme nada. No quiero que se cierren las puertas de la cárcel.

—¿Las puertas de la cárcel? Pero no me dirás que…

—Ya lo sé. Para ti no tiene sentido, tú creciste rodeado de guerra y de miseria, sé que en tu familia han pasado cosas terribles… lo de tu hermano, soy consciente… Pero créeme.

Y se lo conté, algo que, si lo pienso, resulta extraño, incluso ahora, porque desde luego ni siquiera se lo había contado claramente a Sirena; sí algunos retazos aquí y allá, quizá, pero

nunca la historia completa: que había crecido marcada por los anhelos de mi madre y que no había hallado la manera de satisfacerlos, que siempre había creído que existían reglas que dictaban lo que era posible y lo que estaba permitido, aunque no sabía quién había creado esas reglas en realidad. Que en el instituto el arte me había parecido una forma de incumplir las normas, de sortearlas, pero que después eso no había sucedido, me había parecido algo impropio de un adulto.

—¿Quién ha dicho que tengas que comportarte como una adulta?, —me preguntó.

—¿Y le dices eso a una profesora de primaria? No lo sé. Pensé: pero ¿quién te crees que eres, cómo se te ocurre que puedes ser artista? ¿Me entiendes? Y no me daba la impresión de que pudiera ganarme la vida…

—¿Lo intentaste?

—No soportaba la idea de fracasar. Me parecía peor intentarlo y fracasar que no intentarlo. Y estaba mi madre, que, como entenderás…

—Sí. Lo entiendo.

Seguimos avanzando un rato en silencio.

—Estar al servicio de los demás —declaró— es una de las mayores alegrías de la vida. Vivir así supone un privilegio.

—Lo dirás en broma, ¿no? ¿A qué te refieres exactamente? En mi caso, eso siempre me ha parecido una esclavitud.

—Es un gran alivio, un don, disponer de una misión que sabes a ciencia cierta que debes cumplir para ayudar a otra persona. Por el motivo que sea: por amor, obligación o cualquier otra cosa. Siempre que te entregues a ello. Solo tienes que preocuparte de cumplir bien esa misión, y la satisfacción, cuando lo haces, es algo muy bonito.

—Pero yo no estaba hablando de eso para nada.

—Ya —dijo—, aunque no por eso resulta menos cierto.

La verdad es que a partir de ese momento nació en mí la certeza de que debía comentarle algo a Sirena. Era un momento en que las cosas tenían sentido y estaban relacionadas con todo lo demás, y, cuando Skandar mencionó aquello de la alegría de estar al servicio de los otros, y cuando añadió que debía encontrar la manera de

alimentar al lobo, comprendí que esas cuestiones afectaban a Sirena, o que, más bien, nos afectaban a las dos.

A lo largo de todo ese miércoles, en el colegio, las manos no dejaron de temblarme cuando las tenía en reposo, como si hubiera tomado demasiado café. Hacía un calor muy poco natural, más propio del bochorno estival, y empecé a sudar. Las entrañas se me revolvían y retorcían igual que cuando voy a coger un avión. No me pude comer la ensalada que había llevado. No conseguía quedarme quieta en la silla. Me planteé comentarle algo a Sirena, pero ni me imaginaba cómo podría reaccionar.

Llevaba toda la vida alejándome de lo que no era capaz de imaginar. Mi sensación general era la siguiente: si no me lo podía imaginar, no era una buena idea. Lo mismo me había pasado con la enfermedad de mi madre: si te imaginas lo peor, te puedes proteger de ello. Si no lo haces, te quedas sin protección. Y de eso nada.

Esa convicción explicaba mi renuncia a la vida de artista antes incluso de haber empezado a vivirla. No podía imaginarme cómo ser artista en este mundo. Cuando me fijaba en mis compañeros de la facultad de Bellas Artes, en los que sabía que iban a triunfar, no me imaginaba a mí misma dorándoles la píldora a los peces gordos de las galerías y los museos, a los creadores de tendencias que organizaban bienales. No me veía codeándome con esa gente como hacían los alumnos estrella, los que halagaban a artistas más veteranos y sórdidos críticos pasados de moda para conseguir una exposición y darse a conocer. Los veía entregados a esas actividades y no me imaginaba haciendo lo mismo. Podría haber soltado las típicas gilipolleces sobre la fragmentación y la identidad y las metáforas del género, sean lo que sean esas tonterías, haber hablado de Roland Barthes y Judith Butler y Mieke Bal; podría haberlo hecho porque nos lo habían enseñado, pues daba la impresión de que ese fuera el cometido fundamental de la facultad de Bellas Artes, pero era incapaz de llevarlo a cabo sin reírme y no me imaginaba haciéndolo sin reírme, por eso decidí licenciarme en Pedagogía y le di la impresión a todo el mundo, y a mí misma, de que había abandonado mi único sueño.

Aunque, en realidad, mi sueño mental de ser artista, y mi sueño de ser artista en el mundo en que vivo… No pude, hasta que conocí a Sirena, relacionar uno con otro. Y luego abandoné el mundo para

cumplir mi sueño mental, porque ahí, en mi segundo dormitorio al lado de la avenida Huron, y después, al fin, en ese afortunado año en Somerville, pude soñar que era artista, que aquello podía ser real, sin las gilipolleces con las que suele confundirse, en la primera parte del siglo XXI en la sociedad occidental, ser artista. Podía ser artista a lo Emily Dickinson.

Había otra cosa que me inquietaba mientras recorría la escasa distancia que separaba la pastelería del taller, la acera y la puerta del estudio: ¿me parecía que Sirena era una artista maravillosa porque estaba enamorada de ella, o estaba enamorada de ella porque era una artista maravillosa, o estaba enamorada de una idea que me había hecho de ella y que no se parecía a la realidad, y en ese caso debería preguntarme qué me parecían, en el fondo, sus obras de arte, si acaso me gustaban sus obras de arte? Quizá no lo sabía. No obstante, en cuanto fui consciente de esa cuestión, cobró gran importancia para mí. Me importaba más que casi cualquier otra cosa: mi respuesta a esa pregunta acabaría aclarándome si al fin estaba viviendo en el mundo real, o si seguía soñando, atrapada en mi infinito salón de espejos.

Después de darle tantas vueltas a esas ideas, obsesivamente, como un hámster en una rueda, después de tantas preocupaciones y reconfiguraciones… podrán imaginarse, desde luego, que cuando llegué al taller, abrí la puerta y la llamé en tono alegre y cantarín, nadie me respondió. No me llegó ningún sonido. Las luces apagadas, todo en silencio. Dejé el café casi frío y la bolsa que contenía el bizcocho y el bolso y la bolsa de lona en la que había metido las fotos reducidas y en alta resolución de Edie Sedgwick, y recorrí la L de un extremo al otro, avanzando cada vez más despacio, porque no acababa de asimilar que ella no estuviera. En esos pocos minutos, mientras recorría todo el local con la vista —y mientras la luz de la tarde entraba a raudales, lo recuerdo con precisión, llegaban unos enormes haces en los que se veía flotar el polvo, y el estudio olía levemente a pegamento y manzanas pasadas, así como a los cigarrillos de Sirena—, me dije que quizá estaba volviéndome loca, perdiendo el juicio. Porque había estado convencida de que me la iba a encontrar allí, encorvada mientras se ocupaba de algún ínfimo detalle, o fumando al lado de la ventana abierta, incluso tumbada encima de los cojines y envuelta, como un

bebé indio, en sus chales; estaba tan convencida de mi realidad que, al principio, me resultó imposible aceptar los hechos.

Al día siguiente, al principio no supe si presentarme o no. Incumplí una de mis reglas, y le pregunté a Reza si su madre estaba bien.

—¿Qué quieres decir?

Me sorprendió cuánto había mejorado su inglés: ya tenía acento de nativo.

—Ayer no vino al taller, había pensado que igual…

Soltó una risa, un pequeño ladrido. Me acordé de él en aquella ocasión, varios meses antes, en el Whole Foods, con las manzanas.

—Mi madre nunca se pone mala —contestó—. Mi padre dice que parece un superhéroe. No, se ha ido.

—¿Que se ha ido?

El niño tenía muchas ganas de salir. Me llegaba el sonido del jaleo que estaban montando sus amigos en el pasillo.

—Pero ya ha vuelto —añadió—. Volvió por la noche.

Con eso, dio el tema por zanjado y se marchó.

Esa tarde, mientras me dirigía al taller, lo hice con humildad: la historia que había urdido en mi cabeza, mi deseo de confesar, mi anhelo de provocar un drama entre nosotras, de conseguir su atención, chocaba contra una realidad suya que resultaba más fuerte. Fuera lo que fuese lo que la había llevado a marcharse así, tan repentinamente, iba a cobrar un protagonismo mayor que el mío. Y como nos solía suceder —¡a las vecinas de arriba!—, se acabaría demostrando que la vida de Sirena era más importante que la mía.

Me la encontré con el cabello recogido en un moño descuidado y una raya de tinta azul en la frente. Cuando entré, estaba inclinada delante de un enorme libro ilustrado mientras se cubría el pecho con uno de sus chales; cuando se dio la vuelta, abrió los brazos de par en par, se le cayó el chal y en su rostro se dibujó una sonrisa enorme, natural, de dientes torcidos, frente a la cual yo no tenía defensas.

—¡Nora! —Atravesó rápidamente la sala, a paso ligero—. ¡Tengo un notición!

—Entonces, ¿va todo bien?

—¿Que si va todo bien? ¡Todo va genial!, —exclamó con su peculiar acento italiano, alargando la última consonante. Se pasó la mano por el pelo, que le cayó a ambos lados de la cara—. Voy a preparar un café… y te cuento…

Miró mi bolsa.

—Hoy no he traído nada —dije.

No le conté que el día anterior me había comido un *cupcake* entero porque ella no estaba, y que me había encontrado tan mal que me había tenido que ir a casa.

—Mejor —aseguró mientras trajinaba con el café, el tarro, el agua—. Me he acostumbrado demasiado a los dulces que traes.

—Bueno, ¿qué ha pasado?, —pregunté mientras me dejaba caer en los almohadones.

—Pues que ayer fui a Nueva York.

—No me lo habías comentado.

—Ah, ando tan atareada que se me debió de pasar. O a lo mejor fue por los nervios, por si me traía mala suerte.

Aguardé unos instantes y le pregunté:

—Bueno, ¿y tuviste suerte?

Ella se encogió de hombros y sonrió de nuevo.

—Ya veremos —contestó—. Pero la cosa no tiene mala pinta. Esta semana, una cosa; la siguiente, otra. Ya iremos viendo.

—Vamos, Sirena, cuéntamelo. ¿Cuál es la noticia?

Se sentó a mi lado y se me acercó con gesto conspiratorio.

—Ayer comí con un amigo mío que es artista, un artista buenísimo, un hombre de sesenta y tantos años que hace esculturas, y además es muy atractivo, tiene una voz muy grave, y quería presentarme a una crítica de arte muy importante. Una mujer de la universidad, de mediana edad, muy famosa, que va a organizar, dentro de dos años, una exposición muy importante de obras creadas por mujeres, arte feminista, que no se va a parecer en nada a lo que se ha hecho hasta ahora, el museo de Brooklyn va a abrir un pabellón nuevo, un pabellón feminista, y esta va a ser la primera exposición, para inaugurar el edificio… Emocionante, ¿verdad?

—¿Y esa señora quería conocerte?

Sirena soltó una carcajada, una carcajada «modesta».

—¿Conocerme? Eh… no, ni siquiera sabía que existo. Frank, mi

amigo, lo preparó como si fuera una casualidad, o un simple gesto de amistad, lo de que nos conociéramos en una comida. A ella le dijo que yo estaba buscando una galería en Nueva York, lo cual es verdad, desde luego, y la semana que viene no, la siguiente, voy a pasar allí dos días para reunirme con dos galerías que quizá quieran representarme. En la comida, la cuestión oficial, si es que la había, era decidir cuál de esas dos era mejor, y por qué, o si me convenía más una galería distinta, buscar otra, todo eso. Pero, en realidad, Frank quiere que me tenga en cuenta de cara a la exposición. Va a incluir a unas cuarenta artistas, quiere que sea muy internacional, y yo… —Puso un gesto de estrella de cine, con las manos abiertas en las sienes—. ¡Yo soy muy internacional!

—Vaya, qué barbaridad. Eso sería…

—Me llevaría a otro nivel, ¿o no? De darme a conocer, reconocimiento, categoría… ¿Te lo imaginas?

—Sí. —Me lo imaginaba. La catapultarían a un sitio muy alejado de mi mundo, y muy deprisa—. Es una pasada.

—Todavía no ha ocurrido, y puede que nunca ocurra, lo sé, pero creo que le caí bien, nos reímos mucho, nos llevamos de maravilla… ¡Sería un sueño hecho realidad! ¿No? Como suceda…

Con esas palabras sentí que se afirmaba, o se confirmaba, que los sueños que cada una albergaba con mayor intensidad eran muy distintos, que las conversaciones imaginarias que me habían rondado la cabeza con tanta fuerza no tenían cabida, al menos, ese día. Hoy lo importante era Sirena. Desde luego.

—Ojalá hubiera traído un bizcocho, al fin y al cabo —dije muy animada—. Tendríamos que celebrarlo.

—¿Celebrarlo? ¡Todavía no! Esperemos, y no hasta que esa mujer se decida, que podría tardar siglos, sino hasta las reuniones de dentro de dos semanas, con los dueños de las galerías; eso podría cambiarlo todo.

—No me habías comentado nada de todo esto.

—Soy supersticiosa. No pienso de forma lógica, me preocupa hacer cosas que me traigan mala suerte.

—Pero ahora cuéntamelo.

Aquello no fue una pregunta. Si hubo un matiz de hartazgo en mi voz, ella no se dio cuenta.

—No debería, espero que al Destino no le importe, pero te lo

voy a contar, sí, porque si no exploto.

A continuación me describió cómo eran los galeristas con los que iba a verse. Una era una joven de treinta y tantos años que acababa de abrir su propio negocio después de haber pasado diez años en una conocida galería del SoHo, cuyo nombre me sonaba hasta a mí; el otro, Elias, era un cuarentón de Oriente Medio, más arriesgado, que había abierto su establecimiento hacía más tiempo y que gozaba de cierto reconocimiento dentro del mundo del arte por lo audaz de sus elecciones. Este hombre, según me explicó, era amigo de un amigo de Skandar, lo cual estaba bien en el sentido de que sabían de qué pie cojeaba, la propuesta que ofrecía tenía sentido y su trayectoria era sólida; se había puesto en contacto con ella al enterarse de que llevaba un año en Estados Unidos. Pero la joven le había mandado una carta a su casa de París, sin saber siquiera que estaba en Estados Unidos, y le había asegurado que su instalación de Elsinor le había hecho llorar, que no la había podido olvidar, y que, en caso de que Sirena aún no tuviera representante norteamericano, ella, Anna Z., estaba dispuesta a presentarse en París para discutir la cuestión con ella, «y eso —comentó Sirena—, es una muestra de compromiso, de pasión».

Sirena no hacía más que hablar de las ventajas y los inconvenientes de esas opciones, comiéndose las palabras por el entusiasmo, ahora que ya se había permitido contarlo. Yo no estaba celosa; ¿cómo iba a estarlo, cuando, con mis dioramas, les había dado la espalda conscientemente a los Elias y Annas de este mundo? No obstante, lamenté no percibir con mayor claridad que se le hubiera ocurrido —que le preocupara, aunque fuera un poco— que pudiera estarlo.

—¿Y Skandar qué dice?, —pregunté al fin, y noté el conocido atisbo de exasperación.

—¿Skandar? ¿Y tú qué crees? Lo puede ver de una forma o de otra, pero en su opinión, cómo lo vea él no importa en absoluto. A pesar de lo mucho que habla, a veces mi marido no dice gran cosa. En este caso, oficialmente no opina nada. Pero sé que le gustaría que me quedase con Elias. Su familia es libanesa. ¿Te ha soltado Skandar su charlita sobre los pescadores de Tiro? Pues eso: Elias representa el largo camino que va de Tiro a Princeton. En el fondo, eso es lo que Skandar querría.

—De eso no puedes estar segura —protesté, un poco molesta de que hubiera calificado mi emocionante conversación con él de «charlita».

—Créeme, lo conozco. Y lo sé. Tengo que procurar no elegir algo para complacerlo, y tampoco para disgustarlo. Debo elegir sola. —Suspiró—. Ojalá pudieras venir conmigo. Me gustaría saber qué te parecen esas personas. Tú ves las cosas con gran claridad.

—Bueno, podría ser, depende… ¿Cuándo vas a ir?

—El jueves y el viernes de la semana que viene no, la siguiente. Me temo que será imposible.

—Si fuera dentro de unas semanas…

—No puedo cambiar las citas. Una pena. Te lo contaré a la vuelta. Todavía queda tiempo. Pero cambiemos de tema: ¿cómo te va a ti, querida Nora, en el trabajo?

¿Acaso le importaba? Lo que yo anhelaba era notar una implicación espontánea por su parte, la sensación que tienes con tus personas más cercanas —lo que me pasa con Didi, por ejemplo, pero no con Esther—, de que no tienen que andarse con cuidado, de que sus reacciones son cariñosas y auténticas a la vez. Mientras lo digo, me doy cuenta de que es pedir mucho. A lo mejor esto refleja una incurable insatisfacción mía, producto de mis dudas por no tener claro si ella me quería, o cuánto, por no tener claro si algún día, ni cómo, lo sabré.

Puede parecer una pregunta fácil de plantear (¿me quieres?), pero solo se lo parece a alguien que nunca ha querido hacerla. Esa tarde, en vez de confesarme abiertamente, como había querido hacer, saqué el tema de la despedida.

—¿No es una locura lo rápido que pasa el tiempo?, —comenté —. Me parece increíble que os quede poco para marcharos.

—Lo sé, es una locura…

—¿Cuándo os vais? Debería acordarme, pero…

—Inauguro la exposición el día dieciséis.

—¿De julio?

—¿De julio?, —repitió ella entre risas—. ¿En París? ¡Eso equivaldría a no inaugurar nada!

—¿De junio, entonces? ¿En París? ¿Cómo es que no lo sabía?

—Creo que no lo he ido anunciando por ahí, para que no me entre demasiado miedo. He estado fingiendo que me quedaba más

tiempo.

—¿El dieciséis? Pero en Appleton no acaban las clases hasta el veintitrés. No puedes marcharte antes. ¿Qué pasa con los niños? Los que iban a venir al taller. Creí que lo habíamos fijado para finales de mes.

Ya teníamos el espacio prácticamente preparado: las flores, las hileras confeccionadas con fragmentos de espejo que representaban la lluvia, habíamos empezado con los ojos del Jabberwock, y habíamos pasado dos tardes de lluvia, un par de semanas antes, instalando las cámaras de vídeo para la grabación; ya estábamos, desde un punto de vista práctico, preparados para pasar al estudio. Pero presentarme en el taller con los niños requería prolongados papeleos en Appleton: la oficina de Shauna tenía que darle el visto bueno a la excursión, los padres debían firmar permisos. No se podía hacer de un día para otro.

—No te pongas en plan profesora, Nora. Ya lo solucionaremos. Me es imposible estar aquí mientras inauguran mi exposición en París. En casa todavía no hemos solucionado los detalles. Los planes de Skandar también son complicados: tiene congresos aquí, en Montreal, en Washington… bueno, ya basta. Ya lo solucionaremos. —Y añadió, mientras extendía los brazos y señalaba todo el estudio —. ¡Tenemos que traer a los niños, ahora que aún hay tiempo! ¡Es indispensable! Fijemos hoy la fecha. Hay que hacer muchas cosas antes de tenerlo listo… ¡tenemos montañas que escalar!

—Países de las Maravillas que construir.

—¡Muy bien, *au travail*!

Y se incorporó ágilmente, me dio la espalda, se sumergió en su universo, desapareció.

Lo anunciaba como si tal cosa: solo le faltaban dos meses para la inauguración de París, y yo me acababa de enterar de la fecha. Esa noche, cuando llegué a casa, saqué el calendario y lo contemplé ahí escrito en el papel, las cajitas de los días. Muchas cosas iban a depender de lo que ella fuera capaz de terminar en Cambridge, pero no cabía duda de que tendría que marcharse a principios de junio. Iba a tener que hacerme a la idea. Pero no sacarían a Reza del colegio, ¿no? Skandar se quedaría. O a lo mejor me pedían a mí que

lo cuidara, si Skandar tenía que irse a esos congresos. Noté en el brazo el calor que el niño desprendía mientras se iba quedando dormido. Podía hacerlo, podía cuidar de él.

Eso sucedió un jueves. Ya sabía que el viernes ella no vendría. Si me avisaba con antelación no había ningún problema. No solo los niños se comportan así. Como profesora, sé gracias a mi dilatada experiencia que, si a la gente se la avisa de antemano, las cosas salen mejor. Era consciente de que iba a estar sola en el estudio, había previsto quedarme hasta tarde, me llevé una caja de cartón marrón con una ensalada del supermercado Alewife y una botella de vino barato de la licorería de al lado, cogí la cámara Polaroid de mi madre —eso era antes de que los carretes costaran un potosí, así que llevé muchos—, y toda mi parafernalia de Edie —más de la que cabría imaginar en posesión de la típica profesora madura de tercer curso— y me dirigí a Somerville.

Esto ya lo he contado. Me emborrachaba un poco. Ponía la música muy fuerte. Bailaba, posaba y hacía fotos. Me liberaba; supongo que aquello era, en cierto modo, un exorcismo, aunque quizá no sea la palabra adecuada. Al dejar que el espíritu de Edie se apoderara de mí, borraba a la dócil y sumisa señorita Eldridge, a la tranquila y receptiva señorita Eldridge, la buena amiga, buena hija, buena maestra, a la sosa señorita Eldridge, a esa doña Insulsa a la que todo el mundo sonríe alegremente y olvida enseguida. Me estaba librando de ella.

Bebía y bailaba y fumaba y me sacaba carretes enteros de Polaroids borrosas, como si fuera Robert Mapplethorpe y Patti Smith a la vez. Y aquello se prolongaba hasta que la botella se terminaba; me la bebía casi toda, pero en esta ocasión un goterón rojo sangre acabó en la pechera de mi camiseta blanca de Edie, un manchurrón que me cayó en la teta izquierda y que se extendió hacia abajo, adquiriendo el aspecto de un corazón que sangraba. Entonces me la quité y seguí bailando con el sujetador blanco, que tenía una mancha de vino.

¿Y saben qué hice, sumida en aquel trance? Me acerqué de puntillas al bosque del País de las Maravillas de Sirena, me tumbé en el césped artificial, en el que las flores se mecían a mi alrededor y por encima de mí y proyectaban sombras en las paredes, en penumbra, y cerré los ojos y metí la mano abierta por debajo de la

cinturilla; me hice cosquillas en el estómago, recorriendo con los dedos ciegos la pendiente que se extiende entre las caderas, y, con esos dedos aparentemente convertidos en exploradores independientes, fui trazando una línea pulsátil como la sangre por mis costados, por encima de las caderas, hasta el vello de la entrepierna, y de ahí pasé a la humedad de entre las piernas, y, durante un rato, dejé de ser Edie, Alicia, Emily o cualquier otra persona y me limité a ser un cuerpo, u otra Nora completamente distinta, mientras el césped me producía un hormigueo en la espalda y ya me frotaba con ambas manos, me metía ambas manos y me las pasaba por la piel erizada, lo único que existía, sí, sí, sí, y llegué al País de las Maravillas, y, durante ese rato breve, carente de vergüenza y de escondites, fui libre.

9

A la mañana siguiente me desperté convertida en otra persona. O eso me pareció. Saciada, contemplé a la persona que llevaba siendo toda la semana, todo el mes, durante meses, con un leve desaliento, como un exfumador que observa a su antiguo y necesitado yo y se queda asombrado. Me levanté, llamé a mi padre, me dirigí a Brookline, fui a comer con él a Zaftigs, luego lo llevé al jardín botánico y paseamos mucho rato entre los árboles, en todo su incipiente verdor, con sus brotes como salidos de Disney. Él iba cojeando por culpa de la cadera mala, pero siempre que le preguntaba me decía que quería continuar, así que eso hicimos. Hacía frío, pero no nos molestaba especialmente, y noté que el color de la salud se extendía por sus mejillas flácidas; mi querido, mi canoso padre, que pugnaba por tenerse en pie con tanta dignidad. Me apenó haberlo descuidado.

Me habló de un partido de los Red Sox que iba a ver ese mismo día (creo que era contra Tampa), y también comentamos cuánto le gustaban a mi madre las flores, con cuánta dedicación se entregaba al jardín, pero también nos reímos al recordar lo mucho que se enfadaba cuando las plantas se le morían, cuando no sobrevivían al invierno, como si aquello constituyera un insulto personal. Le dije que siempre me había parecido que le pasaba eso porque en su vida no controlaba nada, y pensaba que las plantas, al menos, debían hacerle caso, y que, si eso no sucedía, perdía toda seguridad en sí misma.

Mi padre me miró como si estuviera chalada.

—¿Qué estás diciendo?, —me preguntó—. Tu madre controlaba plenamente su vida, y la nuestra. Ella decidió dónde íbamos a vivir y cómo, lo que comíamos y cómo, la ropa que nos poníamos, con quién nos relacionábamos y cómo y cuándo veíamos a la gente. Decidió cuántos hijos íbamos a tener, a tu hermano y a ti, lo eligió ella así; yo quería seis, incluso después de que nacieras tú. Ella

siempre lo controló todo, por eso se enfadaba tantísimo al ocuparse del jardín, porque era la única cosa de este mundo que no la obedecía plenamente. Menuda era tu madre. Era una mujer fantástica. No he conocido a nadie a quien la gente quisiera tanto, pero caramba, qué mandona era.

Me quedé algo anonadada cuando mi padre declaró todo eso —también por su vehemencia, por verlo tan enamorado, con un brillo en aquellos ojos con bolsas, una gota de saliva brillante en los labios—, y también, en parte, maravillada, porque por primera vez me pareció natural, y evidente, que cada uno de nosotros iba a narrar una historia distinta sobre quién había sido Bella Eldridge y cómo había actuado. Eso tenía sentido. Sirena y yo también ofreceríamos versiones distintas del año compartido, y la suya no se correspondería con la mía; bueno, no le restaría validez a la mía, del mismo modo que la imagen que mi padre presentaba de mi madre no le restaba validez a mi imagen. De forma misteriosa y breve, ese día después de que me convirtiera en Edie, todo aquello parecía perfectamente creíble.

Antes de que se hiciera tarde llevé a mi padre a casa y le compré unas cervezas y una bolsa gigante de Doritos, con extra de queso, durante el trayecto. Mi madre nunca le habría permitido esas cosas, en efecto, y mi padre, en su retomada soltería, se tomaba libertades que yo veía que le hacían ilusión, como si fuera un niño pequeño y estuviera consiguiendo algo vedado.

Había decidido no pasar por el estudio en todo el fin de semana, lo cual me hizo percatarme de hasta qué punto estar allí se había convertido en un acto reflejo. Después de dejar a mi padre me dirigí a casa por el puente de la Boston University, como si me dirigiera a Somerville, pero no me di cuenta de lo que había hecho hasta llegar a Central Square. Estaba casi segura de que Sirena estaría trabajando aquella tarde, pero no me presenté para averiguarlo. Si quería que la ayudase, que me lo pidiera. Volví a casa, salí a correr, me duché. Me había propuesto leer un libro, pero no me apetecía. Poner la tele me parecía deprimente. Mandé unos cuantos correos electrónicos pero también me harté. Llamé a Didi, pero habían salido, y tenía el móvil apagado.

Al fin, a media tarde, llamé a Sirena; le dejé un mensaje, todo lo profesional que pude, para confirmarle la fecha y la hora de la

excursión de los alumnos de tercer curso de Appleton. Le recordé que había que firmar unos permisos. Teníamos que organizarlo previamente. Me preparé unos huevos revueltos y una tostada y me metí en la cama a las ocho y media, con un hambre atroz, pero no de comida. Vaya, pues tan saciada no debía de estar.

Sirena no me devolvió la llamada. No supe por qué, pero me negaba a humillarme preguntándoselo. Aguanté casi una semana, en la que me inventé todas las disparatadas excusas posibles que explicasen su silencio. El jueves por la noche cedí. Esperé a que se hiciera tarde, mucho después de las nueve, antes de ir al estudio. Me dije que aquello no tenía nada que ver con ella, que estaba relacionado con Edie y Alice, que debía reanudar mi trabajo sobre ellas. Había dejado las Polaroids en la mesa, aunque no me había acordado de ellas hasta entonces. Sabía que era demasiado tarde, conocía lo bastante bien a Sirena para ser consciente de que, por mucho que estuvieran boca abajo, especialmente si estaban boca abajo, las habría mirado, las habría estudiado, opinaría algo al respecto. Pensar en eso me dio vergüenza. A lo mejor su silencio se debía al desprecio que le habían inspirado las imágenes: yo, borrosa y en sujetador; yo, con ojos de loca, sacándome fotos más o menos disfrazada; yo, ridícula, y ridículamente, inadecuadamente, carente de toda humildad…

Nora la de la casa encantada, la vecina de arriba, nos cae bien por lo considerada que es con los demás. Porque no es una estirada.

¿Quién es Nora exactamente? Ahora no caigo…

Pues esa, la que da clases a niños de tercer curso; no la del pelo que parece algodón de azúcar, la otra.

Esa es quien se supone que soy, la otra: «No, no la gran artista de ese estudio; la otra».

«No esa mujer guapa del vestido impresionante; la otra».

«¿La graciosilla?».

«Sí, supongo que lo es. La graciosilla».

A lo mejor a Sirena le parecían graciosas las Polaroids de Edie. A lo mejor pensaba que eran una broma, o algo así. Lo cual no habría estado mal, si hubieran sido una broma.

Así pues, el jueves por la noche fui a ver cómo estaban mis habitaciones, mis artistas, a echarles un vistazo a las fotografías que había hecho. Quería recuperarlas; era una operación de rescate, por decirlo de algún modo. Aunque me negaba a reconocerlo, también quería ver lo que ella había hecho durante la semana, cuánto había avanzado sin mí. Acudí deseando, en parte, que el taller estuviera exactamente tal como lo había dejado, que fuera lo que fuese lo que había pasado (porque algo había pasado) hubiera sido lo bastante importante para que ella no se pasara por allí.

Ya en la escalera me llegaron sonidos. Una etérea música oriental, no lo que ella solía poner, parloteo, estruendo. Un movimiento de vida, de vidas. Mientras avanzaba por el pasillo se me ocurrió que quizá había organizado una fiesta, pero aquellos no eran los ruidos de una fiesta.

No me oyeron entrar. Estaban demasiado ocupados. Bueno, no del todo: una joven de veintipocos años, que llevaba una túnica negra y corta y que tenía unos ojos enormes, una cara muy pálida y unos tirabuzones de ese infrecuente tono caoba que parece teñido incluso cuando es natural, se apartó del nutrido grupo y se acercó a mí.

—Perdone. ¿Le molesta el ruido?

—Este es mi estudio —dije.

Pronuncié esas palabras con tono antipático. No lo pude evitar. Dirigí la mirada a mi extremo de la L, a mi mesa y mis cosas. Alguien había dejado la cazadora de cualquier manera en mi silla de trabajo, y había tirado unas bolsas de la compra y un bolso en el suelo, al lado; al margen de eso, viéndolo desde lejos, nadie parecía haber tocado mis cosas. Distinguí el montón desigual de Polaroids en mi mesita auxiliar, aunque no recordé si era ahí donde las había dejado o si las habían cambiado de sitio.

—¿Tú quién eres?, —pregunté, tratando de utilizar un tono menos disgustado, aunque sin mucho éxito—. ¿Y qué estáis haciendo?

—Le voy a decir a Sirena que has llegado. Eres Nora, ¿verdad? —Le noté en la mirada, que me recorrió de arriba abajo y se detuvo en mis feos zuecos, que yo no era como esperaba—. Me llamo Becca —anunció—. Soy maquilladora.

Al entrar al estudio vi lo siguiente: a Sirena, en el centro de un

grupito de personas vestidas de negro, bajo una luz tenue, todas apiñadas en torno a una cámara cinematográfica. Supongo que Sirena era la directora. El camarógrafo era un tipo larguirucho de cabeza rapada con un mechón plateado en las cejas oscuras, que llevaba una leve barba de tres días, que parecía hollín, y una camiseta negra de la que le salían los largos brazos, blancos bajo el resplandor. Después, cuando se incorporó, vi que era altísimo, que medía más de un metro noventa. Era el único hombre.

Aparte de Sirena y Becca, había otras tres o cuatro mujeres. Una de ellas parecía la encargada de la iluminación, y entraba y salía de la zona del País de las Maravillas para toquetear los focos y dos enormes pantallas reflectantes plateadas. Todas eran jóvenes a excepción de una mujer alta, de nariz larga, que rondaría los cuarenta y muchos o cincuenta y pocos, con una melena negra y unas estilosas gafas rojas y rectangulares. Era amiga de Sirena: Marlene, una fotógrafa húngara de Los Ángeles, que se encontraba en Boston porque le habían concedido una beca Radcliffe.

Todos centraban la atención en una mujer de blanco, de los pies a la cabeza de un blanco puro, que llevaba un curioso sombrero alto que le tapaba el pelo, como el gorro de un pitufo pero no curvado, sino recto. Lo único que se le veía del cuerpo era el rostro, incluyendo las orejas, que tenía de soplillo, y las manos y los pies, de un precioso y uniforme tono moreno. Llevaba un sencillo vestido también blanco, de manga larga, con una falda amplísima y unas mallas del mismo color. Parecía haber brotado del césped artificial, al igual que las flores talladas que la rodeaban.

Becca se acercó a ellos apresuradamente y le susurró algo a Sirena, que se dio la vuelta sin levantarse del alto taburete (¿eso de dónde había salido?), y me lanzó unos besos con las dos manos. Pero no se movió de donde estaba, y me indicó por señas que no podía en ese momento, así que dejé las cosas y me dirigí hacia donde estaba la cámara mientras ponían música oriental, una especie de murmullo quejumbroso, vacilante y cautivador, y comenzaron a filmar de nuevo.

Enseguida, la mujer de blanco empezó a dar vueltas, primero lentamente y después más rápido, y el círculo enorme de la falda se hinchó y formó unas preciosas ondas. El aire que producía agitaba los tallos de las flores de aspirina, y ellas también bailaron. Primero

la vi a ella danzar en persona, al fondo del estudio, y después, en la pantalla de la cámara, ahora en miniatura; las dos imágenes eran iguales pero distintas. Al observarla en la vida real, casi me dio la impresión de que creaba una neblina a su alrededor, una atmósfera visible; la cámara, no obstante, con su precisión minuciosa, la grababa dando vueltas de forma científica.

Me quedé más de una hora, pero seguían trabajando cuando me marché. De hecho, me fui en una pausa de la grabación antes de que llegara, según me contó Sirena después, la última toma. Quería —y finalmente consiguió— siete minutos perfectos de giros ininterrumpidos, que su derviche (contratada, o una voluntaria, del templo sufí de la zona) diera vueltas sin cesar, sin tropezar, sumida en un trance de meditación, siete minutos mágicos. Logró esos minutos: Sirena jamás dudó de que los tendría, aunque tardó casi siete horas en quedar satisfecha.

Cuando pararon a comer unos platos tailandeses, Sirena, muy jovial y sociable (¡con una máscara puesta!), con una actitud que jamás le había visto, me presentó a los demás. El camarógrafo se llamaba Langley; se comportaba de forma un poco boba y era mayor de lo que pensaba, pero no tanto como yo. Al principio pareció que Marlene sentía cierta curiosidad, al menos la suficiente para impostar una gran sonrisa, pero después, al enterarse de que era profesora de primaria, sus ojos, como los de un lagarto, se entrecerraron, y se concentró de nuevo en el *pad thai*. Entretanto, Sana —cuyo nombre original era Carolina, y que era la hija díscola de unos católicos de Puerto Rico— se hizo a un lado y se dedicó a comer con gran delicadeza unas rodajas de papaya bañadas en zumo de lima, milagrosamente sin derramar ni una sola gota en el espléndido atuendo. Se sacó, de entre los pliegues, un pañuelo de lino, y al terminar se secó los labios y los dedos con cuidado. Radiante, apenas hablaba: para ella, aquello constituía un acontecimiento espiritual.

Evidentemente, Sirena no lo vivía del mismo modo:

—¿Dónde te has metido, locuela, todos estos días?, —me preguntó, sin esperar a que respondiera—. ¡Te has perdido toda la emoción! Una pena, hemos vivido unas aventuras… Esta es la última. —Aplaudió—. La pieza central. —Se volvió hacia la beatífica mujer de blanco—. ¡Y Sana es nuestra estrella! —Sirena

mordió un rollito de primavera—. Pero todos han estado fantásticos. La niña pequeña, la mujer madura… ¿a que ha estado extraordinaria, Marlene? Marlene ha sido mi mano derecha, la persona que me ha guiado, porque la fotografía, las imágenes fijas, hasta ahora no se me daban muy bien, el vídeo sí, pero las fotos no. —Siguió masticando, e incluso ese gesto parecía histriónico—. Pero las imágenes han salido bien, ¿o no? Marlene es una fotógrafa brillante, casi me da vergüenza pedirte tu opinión. —Puso la mano en el brazo de la húngara de una forma que creía reservada para mí —. Pero has sido tan amable de asegurar —le dijo a Marlene mientras me contaba la historia a mí— que te han parecido buenas…

—Ya te lo he dicho, cariño, son estupendas. Y lo sabes. —Entonces Marlene añadió, como si se hubiera dado la vuelta para mirarme, pero sin haberlo hecho—: ¡Anda que no tiene falsa modestia esta mujer! Esta instalación la hará famosa.

—¿Puedes venir mañana por la tarde?, —me preguntó Sirena, dirigiéndome al fin la mirada directamente, la única vez de toda esa velada—. Te enseñaré las imágenes; ahora, con el ordenador, ya las tengo listas, y ya me dirás qué piensas. Marlene y yo tenemos ideas distintas respecto a la niña pequeña.

—Ella quiere que se vea toda la cabeza, el mentón y la boca, para que se aprecie el gesto —aclaró Marlene, que seguía mirando a Sirena, no a mí—. Pero yo creo que queda mejor sin la boca. Porque luego, en la mujer joven, ya se distingue la boca, y en el caso de la mujer madura…

—No la llames así —objetó Sirena entre risas—. ¡Tiene la misma edad que nosotras!

—Y nosotras, querida Sirena —dijo la otra arrastrando las erres de un modo que a mí siempre me habría gustado conseguir—, también somos mujeres maduras. ¡Siéntete orgullosa de ello!

Pero era imposible, pensé mirando a Marlene, fijándome en la impresión que transmitía de que la carne escuálida le colgaba del hueso, era imposible que esa mujer tuviera la misma edad que Sirena, que debía de ser mucho más joven.

—Bueno, en cualquier caso, la que tiene los mismos años que nosotras —siguió la fotógrafa—. Le vemos la boca y la nariz, a lo mejor la parte de abajo de los ojos, y después…

—Sí, sí —la interrumpió Sirena—. Nora ya lo sabe: a esa mujer sabia luego la vemos al completo, tal como ella se ve a sí misma. Por fin. Nora ya lo sabe. Lo hemos hablado.

—Muchas veces —musité.

Me pareció que esa idea la había propuesto yo. El banquete tailandés tocaba a su fin, y Sana, la sufí resplandeciente, se había excusado para ir al baño. Hasta los místicos necesitaban mear. Me pregunté cómo se las apañaría en aquel mugriento baño de artistas con aquella enorme falda blanca, pero, cuando volvió, estaba tan impoluta como siempre.

Evidentemente, me resultó imposible dedicarme a Edie o Alice. Y también era imposible que Sirena me hubiera echado de menos: estaba rodeada de discípulos, ayudantes y colegas y, sobre todo, al lado de Marlene, cuya obra, según me había contado, había formado parte de una exposición colectiva en el MoMA, y quien me recordaba cómo era el mundo del arte y por qué yo no había querido entrar en él. Todos los meses anteriores no habían sido más que una puesta a punto antes de que llegaran los invitados de verdad. Sirena no me necesitaba en absoluto.

Conseguí sonreír mucho. Antes de que ella volviera a internarse en el País de las Maravillas, le dije a la sufí que era muy guapa, y me miró como si le estuviera hablando en arameo. Le di las gracias a Becca por los rollitos de primavera, aunque solo me había comido uno. Mientras recogía las cosas, metí discretamente las Polaroids en la bolsa de lona. Solo con atisbar la pelusa de mi barbilla, y el hombro, y el tirante del sujetador blanco, en la primera imagen del montón, me invadió tal sensación de vergüenza que me entraron ganas de vomitar. Qué tonterías de diletante. Cuánta autoindulgencia. ¿A quién estaba engañando? ¿Las habrían mirado? ¿Becca? ¿Marlene? Al salir, eché un último vistazo, a través de la penumbra, a la lejana franja de luz en la que Sana se preparaba para dar vueltas, pero ya me resultaba inalcanzable. Lo único que vi fue una mancha blanca y titilante.

10

A la tarde siguiente, la gente ya había desaparecido, y también los aparatos. Sirena debía de haber incluso sacado la basura, o le había pedido a Becca que lo hiciera, porque no quedaba rastro alguno de la presencia de aquellas personas, si obviaba, quizá, que las tazas de café estaban fregadas, lo cual no solía ser así.

—¡Nora!, —exclamó en cuanto entré, sin alzar la mirada—. ¡Ven a echar un vistazo! —Estaba delante del ordenador y, mientras me acercaba, puso el vídeo de Sana—. Langley me acaba de mandar esto. Se puede mejorar, claro, pero ¡fíjate!

Los colores eran intensísimos: el césped artificial muy verde, las flores de intensos tonos lila, limón, rosa. Y Sana, a excepción de las preciosas y aceitunadas partes de su cuerpo —¡Esas manos! ¡Esas orejas!— era de un blanco puro, puro. El vídeo no tenía sonido, como un sueño.

—¿Y la música?

—No, no, ¿esto no lo habíamos hablado? A lo mejor fue con Marlene, perdona. Ya no me acuerdo bien.

—No llegamos a hablar de la música.

—Quiero que sea un vídeo mudo, completamente. El personaje de Ibn Tufail, el de la isla desierta, no daba vueltas al son de la música, no conocía la música, solo la de la naturaleza, o la que imaginaba. Por eso quiero que sea mudo. Pero mi pregunta es la siguiente, y tengo que decidirlo enseguida: además del silencio, ¿debería ofrecer piezas musicales para que las elija el espectador?

—¿Cómo?

—Sí; quiero que todo el mundo encuentre, en mi País de las Maravillas, todo el espacio posible para acceder a su propio País de las Maravillas. Eso ya lo sabes. Para mujeres y hombres. ¿Qué pasa si no tienes imaginación, o si tus sueños necesitan un empujón? A lo mejor en la sala del vídeo puedo poner varios auriculares, ¿no?

—¿Eh?

—Puede que cuatro, o cinco, igual incluso siete.

—¿Siete?

—Porque hay siete etapas de la vida, siete fotografías, siete velos, siete desvelamientos, porque hay siete minutos de baile, porque el siete es el número más mágico que existe.

Levantó los brazos y cogió un cigarrillo de una cajetilla que estaba abierta en la mesa. No eran de la marca de Skandar. Por una vez, se los había comprado ella.

—Siete pares de auriculares, dices. Me parecen muchos. A lo mejor queda todo un poco embarullado.

Ella esbozó un gesto de indiferencia. Las dos estábamos contemplando cómo Sana bailaba en la pantalla. Con una mano apuntaba al cielo, con la otra al suelo. Movía los dedos como si fueran pétalos en la brisa.

—¿Y qué más?

—Pues en cada uno pondría música distinta. A lo mejor ni siquiera habría música en todos. Bueno, en uno sonaría la pieza al son de la cual baila Sana, Omar Faruk Tekbilek. Tengo que cerciorarme de que me den permiso. Pero en otro, pájaros cantando, algún ave de primavera, un ruiseñor y un mirlo, quizá, juntos. En otros auriculares se podría reproducir algo popular, contemporáneo; se lo tendré que preguntar a alguien joven. A lo mejor a María se le ocurre el qué. Aunque mejor no, seguro que escucha cosas horribles. Y, en otros, ruidos urbanos: por ejemplo, el tráfico de Nueva York.

—Eso no parece conducir a la contemplación. No son los sonidos de la iluminación, precisamente.

—No, en sí mismos no. Pero mira el vídeo, mira. —Las dos nos fijamos en él—. E imagina el sonido de los cláxones, los frenos, los neumáticos, los chirridos, el barullo. Y, de repente, aparece ella bailando, rezando, si quieres decirlo así, tan evocadora; así, el poder de su País de las Maravillas es aún mayor, ¿no te das cuenta? Incluso más libre. Porque ella puede llegar a él con la mente, gracias a sus pensamientos, no solo cuando se lo dice la música, en plan Pavlov, no solo cuando cantan los pájaros, como en el cielo, sino incluso cuando el mundo exterior está sumido en un caos absoluto —añadió con gran énfasis— y en el desorden. —Señaló la pantalla con el cigarrillo y el humo se quedó flotando unos instantes

—. Será precioso. Y verdadero.

Esperé un momento a que continuara. Como no añadió nada, objeté:

—Pero solo son cuatro.

—¿Cuatro qué?

—Pares de auriculares.

Clavó la vista en mí y luego soltó una carcajada.

—No sabía que podías tener esa actitud de *rompicazzo*, Nora. Me encanta. Me encanta.

Después de que yo preparara el café, añadió:

—Las fotos. Antes de irte, tienes que mirarlas. Porque me van a hacer las copias en Francia. Como siempre, el encargo les tendría que haber llegado ayer. Las voy a hacer en muselina, muy grandes, de unos dos metros; ni siquiera con los ordenadores actuales resulta muy fácil, un tamaño tan grande, en tela; hacer siete tarda su tiempo. Y no nos queda mucho.

—Sí —dije—. Creo que en eso llevas razón. Queda muy poco tiempo.

Me daba la impresión de que la semana anterior, cuando me había comunicado la fecha de su exposición parisina, había sucedido hacía mucho. De repente todo se había terminado, lo importante era otra cosa. Ahora, los Shahid ya no se fijaban en mí. Nos acercábamos a toda velocidad, al menos yo, hacia el final de todo aquello. La paciente en estado terminal iba llegando a la muerte a marchas forzadas. La misma conciencia de esa finitud lo aceleraba todo, cuando más ganas tenía yo de que las cosas avanzaran más despacio. Sabía que Sirena no se refería a eso; quería decir que quedaba poco para su exposición. Muy poco para que yo la perdiera.

—Venga, enséñamelas —le pedí—. Pongámonos manos a la obra.

La niña pequeña resultó no ser tan pequeña. Casi me escandalizó, pero también me conmovió, verla desnuda. Parte de la idea de Sirena consistía en que no tuviera cinco o seis años, porque no hay nada vergonzoso en estar desnudo a esa edad, como los chiquillos de vientre plano y genitales invisibles, todos

completamente idénticos, que se pueden encontrar en las playas. No, lo escandaloso era que se veía cómo empezaba a despertar el cuerpo de esa niña que debía de rondar los once años —y que tenía, según me confirmó Sirena, once años—, contemplar el enternecedor y rosado montículo de sus pechos incipientes, el inicio de las redondeces de la cadera, por debajo de la cintura, unas curvas que aún solo se adivinaban en la franja tersa de su abdomen; las extremidades largas, rectas y perfectas de una niña todavía divina, envuelta en unas nubes de gloria sacadas de Wordsworth. Y luego, en el pubis, unas pocas hebras oscuras, el inicio de lo oculto, aunque la abertura limpia e infantil seguía mostrándose al mundo sincera y clara. En todas las imágenes la niña estaba de pie, un poco apoyada en la cadera izquierda, el pie derecho levemente adelantado, formando un ángulo que iba cambiando de fotografía en fotografía. Una mano, la izquierda, extendida hacia la cámara, aparecía más grande; las uñas lisas y cuadradas anunciaban, y agarraban, la promesa de la edad adulta. En ninguna se le veía el rostro, pero la zona exacta que quedaba tapada iba cambiando, y en algunas, se le veían el mentón y la boca. Le habían recogido el cabello y no se sabía de qué color era, con lo cual la niña quedaba definida por la exposición de su cuello delicado, como un tallo, ligeramente largo si se comparaba con el resto del cuerpo, y frágil. En una foto —en la que se veía mayor parte de ella, la que Sirena quería utilizar— se mordía un poco el labio, y se vislumbraba un poco de diente apoyado en el rosa de surcos perfectos. Aquello te dejaba sin aliento.

—Lo ves, ¿no? ¿Lo entiendes?, —me preguntó Sirena—. Es el momento de duda: tiende la mano, pero titubea. También quiere quedarse. Está relajada, pero a la vez se siente incómoda. Una niña, aunque no del todo.

—Por eso resulta imposible que utilices esta —le aseguré—. Confía en la fotógrafa. Confía en tu amiga. Sabe de qué habla.

Ella volvió a alzar las manos y carraspeó de forma estruendosa e irritada.

—De la niña solo vas a incluir una foto, ¿verdad? No sé si te das cuenta: si utilizas esta, para ti puede estar muy claro qué historia estás contando, pero, precisamente por culpa de esa boca, de ese diente, narra una historia, cosa que no hacen las demás. Y, en

cuanto relata una historia, la gente lo puede interpretar como quiera, pueden fijarse en la foto y proyectar en ella su propio relato. Y aunque para ti el mensaje esté claro, no puedes controlar lo que crees que cuenta. Pensaba que en tu País de las Maravillas eso era crucial, que cada experiencia estuviera abierta y fuera única.

—Sí, claro, pero esta foto…

—Tú crees que dice: «Estoy a punto de conocer algo, pero me entran dudas». Y para cien mil personas, el significado será el mismo. Pero entre ellas habrá cien pervertidos que piensen: «Esa niña quiere que follar conmigo. Lo sabía».

—Pero eso es ridículo…

—¿No has leído *Lolita*? Con eso lo digo todo.

Sirena emitió ciertos murmullos pero no contradijo lo que yo acababa de afirmar.

—Esta —declaré mientras señalaba la versión, sin cabeza, en la que el cuello de la niña recordaba más al de un cisne, y en la que el dedo índice de la mano izquierda extendida aparecía un poco levantado y tenía, por cierto efecto de la luz, un contorno sombreado que acentuaba su extensión. Eso confería a la foto cierto matiz religioso, evocaba en cierto sentido los gestos de las madonas medievales—. Esta es la que tienes que utilizar.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

—A lo mejor tienes razón —concedió con un suspiro.

Ese comentario desganado me causó gran júbilo, hasta que añadió:

—Le pediré a Marlene que le eche otro vistazo. Ella no ha elegido esta, sino esa. —Señaló otra imagen—. Pero entiendo por qué la has escogido. Por el dedo, ¿no? En eso tienes razón. No me había fijado, pero es cierto.

Las siguientes fotografías eran de una joven de veintidós años, llena de pecas que le decoraban la piel blanca como eróticas gotas de pintura y con una preciosa boca en forma de corazón, con una marcada hendidura en el labio superior, que se curvaba hacia arriba en las comisuras, en lo que semejaba diversión apenas contenida. De esta mujer habría dos imágenes, como de todas ellas a partir de entonces, y en una también aparecía de frente ante de la cámara, tapándose tímidamente las partes íntimas con la mano; en la otra,

medio de espaldas, con el brazo extendido como queriendo asir el aire, se atisbaba de perfil el peso turgente de su pecho, con el pezón oscuro y nítido, y el estallido de vello púbico en la entrepierna, exuberante pese a su juventud.

Para representar la madurez, Serena tenía dos series de fotos. La primera era de una mujer más bien alta y algo corpulenta, con ese cuerpo voluminoso que tienen algunas madres, los pechos generosos y caídos de forma desigual, unos pezones que señalaban en direcciones distintas como faros mal colocados. La piel de su vientre redondeado aparecía arrugada, seguramente por los embarazos, lo cual entraba en contradicción con la firmeza, como la de un tronco, del resto, la plenitud de un cuerpo habitado, en el que también se apreciaba el entramado de unas venas moradas en los muslos, de las cicatrices; una de apendicitis y una sutura en la rodilla. Su rostro se veía casi hasta los ojos: las marcadas arrugas de la nariz a la boca, las mejillas todavía redondeadas pero ya no tan tersas, la incipiente papada. No obstante, en una de las imágenes, aquella en la que una mano fuerte y de venas elegantes se apoyaba en el costado, salía riendo, a carcajadas, y, aunque no aparecieran los ojos, se notaba su fuerza, su belleza.

Esa mujer sin rostro me inspiró envidia y desprecio: tenía cuarenta y cuatro años, según me dijo Sirena, y tres hijos. Envidia porque me daba la sensación de que mi cuerpo, pese a ser más joven en todos los aspectos, aunque se aproximaba más al ideal de una estatua, era todavía un cuerpo en espera, un cuerpo aún por utilizar. Y aunque al principio había sentido el rechazo instintivo de una persona joven al ver el descuido ajado de un cuerpo maduro, también me produjo cierta alarma que, pese a mis esfuerzos por no envejecer, el tiempo también se cebaría conmigo, y que, como una flor que no llega a abrirse, quizá me marchitaría en la parra. Mientras que aquella mujer, me pareció, era la flor abierta en la cúspide de su proceso de desgaste: esa era la plenitud de la vida.

La segunda serie de fotografías de madurez me dejaron perpleja. Al principio no entendía qué hacían allí (¿por qué dos modelos en este caso?), pero enseguida reconocí la cadena de plata al cuello, la curvatura de la nariz, la clavícula con un único lunarcito, como una perla oscura.

—¿Por qué te has retratado a ti misma?

—Bueno, sí… la cuestión es que esas las ha tomado Marlene. —Así que Marlene cámara en mano, había plasmado a Sirena en toda su desnudez; y no pasaba nada porque lo hiciera, misteriosamente —. Y la verdad es que, como fotógrafa, es mejor que yo.

—No me lo parece.

—Eres muy fiel. Pero el resto del mundo sí lo piensa, y por algo será. Hay ciertos motivos para que incluya mi cuerpo: tengo la edad adecuada, soy la artista, y encima estoy pidiendo a otras personas que se desnuden para mí… —Soltó un suspiro—. Y en una instalación como esta, creo que es importante. Aspiro, como has dicho tú, a que cada persona viva su propio viaje al País de las Maravillas, el viaje de su vida. Y yo he creado esta obra de arte debido al momento en que me encuentro en el viaje de mi vida, así que es muy pertinente que incluya mi cuerpo, para mostrar mi cuerpo dentro de ese viaje.

—¿Y por qué ese gesto de duda?

—¡No es por la cicatriz de la cesárea, si te refieres a eso! No me da vergüenza. Pero no aparece en la imagen. Para mí, esto constituye un elemento peculiar, un cambio de perspectiva, ¿entiendes? ¿Estoy mostrando el mundo a través de mis ojos, o me estoy mostrando a mí misma al mundo?

—Bueno, depende.

—Sí, depende. Por lo tanto, debo elegir. ¿Tú qué opinas?

Yo opinaba que su desnudez era hermosa, que su cuerpo era a la vez más frágil, más infantil pero más recio de lo que podía haber imaginado. No me había percatado de que su piel aceitunada conservaba un brillo juvenil en toda ella, como si estuviera hecha de mantequilla; los huesos de la cadera, a ambos lados del vientre plano, parecían pomos bruñidos. No había advertido, en todo aquel tiempo, que tenía el hombro izquierdo mucho más alto que el derecho. Me alegró ver que se le adivinaba el diente torcido cuando sonreía.

—Creo que la decisión la tienes que tomar tú —declaré.

—A lo mejor tengo una revelación.

—¿No puedes utilizar las dos? ¿Una de cada?

—Lo importante es la simetría. Si no, podría incluir a siete mujeres distintas. Pero eso implicaría poner más fotografías, y no me queda tiempo.

—Podrías organizar otra sesión…

—No —repuso, con un tono casi de rencor—. Es lo que me dice Skandar, como si el tiempo fuera infinito. La galería lo quiere todo para el 1 de junio. El sitio en el que imprimen las fotos, en tela y de este tamaño, necesita seis semanas. No disponemos de seis semanas. A lo mejor pueden darse prisa, según me han comentado; pero si se produce un error o surge un problema, no queda margen para la equivocación, ¡no queda margen! —Estaba a punto de gritar—. Y hay tantas cosas que hacer… El corazón, quería colocar aquí el corazón de plástico, con la bomba de aire, pero ahora parece que es mejor hacerlo en París; se debe llevar a cabo siguiendo instrucciones precisas, y voy a intentar, a principios de la semana que viene, que el amigo de un amigo me ayude a instalarlo allí, porque el jueves me voy a Nueva York, por lo de las galerías, ¿no te acordabas? Y luego no volveré hasta el sábado o igual el domingo, y habré perdido otra semana. ¡Otra semana perdida! ¿No lo entiendes?

—Lo entiendo —aseguré. Era lo que se suponía que debía decir.

—Para ti no es lo mismo, no tienes plazos ni compromisos, dispones de todo el tiempo que quieras, ¡toneladas de tiempo! Pero yo siempre voy a contrarreloj. Siempre me está esperando alguien… Sirena, llegas tarde, te retrasas: aquí, en casa, Reza, Skandar, la canguro de los cojones, la galería de París que me grita por teléfono, estoy desbordada. Y esta exposición es muy importante, mi gran oportunidad. Voy cumpliendo años, y sí, tuve un buen arranque, me hicieron bastante caso, pero a medida que pasa el tiempo la importancia aumenta. Si fracaso, todo habrá terminado. Esto es cierto, cada vez más. A menos que consiga llamar poderosamente la atención. En esta ocasión tengo que hacerlo. Es vital.

—Lo entiendo —repetí.

No hará falta que les aclare que me estaba despellejando viva.

—Así que no haré más fotos. Esta noche habré elegido una o la otra. A lo mejor lo hago a ciegas, a ver qué sale. —Soltó una carcajada áspera y se frotó los ojos. Se había alterado mucho. No, claro que yo no sabía lo que era tener una gran oportunidad, ni una vida propia, en absoluto—. Así que aún no he acabado del todo con las fotos. Todavía quedan las de la mujer sabia, que son las mejores.

—Tendría que irme enseguida.

—No, has venido a trabajar en lo tuyo. Siento haberme alterado tanto, estoy cansadísima, esto me sobrepasa. Querida amiga, échale un vistazo a estas imágenes y luego ponte a trabajar, sé que llevas varios días sin estar en tu mesa. Solo quiero que veas las que me hacen sentir más orgullosa, las mejores.

Efectivamente, por espléndidas que fueran las otras, esas eran las mejores. Sirena me explicó que la mujer, de ochenta y tres años, iba a la misma clase de yoga que ella. Resultó que era pintora, y también terapeuta infantil y, pese a estar oficialmente jubilada, seguía pasando consulta. Era viuda. No tenía hijos. Se llamaba Rose, aunque eso daba igual.

En esas imágenes se veía a Rose al completo. Tenía juanetes en los pies, los dedos de las manos tan retorcidos por la artritis que sorprendía que fuera capaz de sostener un bolígrafo. En el pecho derecho, más pequeño, se le notaba la cicatriz blanca de una lumpectomía —cáncer de mama a los cincuenta y ocho—, aunque en realidad era apenas visible. Sus senos eran unas colgaduras arrugadas que evocaban a Tiresias, como los de las aborígenes de mis clases de historia, tan alejados de lo erótico o maternal que apenas podían denominarse senos, pues más bien parecían unos sacos casi vacíos y pegados a la caja torácica. El esqueleto se distinguía en todas partes, casi sobresalía: el esternón, que brillaba bajo la superficie de la piel como una sombra de la mortalidad; las costillas; los extraños y airosos bultos de las caderas desiguales, las protuberancias de las rodillas… Todo ello a pesar de las sorprendentes pecas: tenía tantas manchas en la piel que el primer plano se confundía con el fondo. No eran las pecas leves y delicadas que aparecían en el cuello de la joven, como si fueran besos: Rose tenía un cuerpo que parecía obra de Jackson Pollock, un cascarón humano con tantas marcas como un lienzo, tan lleno que, en su desnudez, casi parecía vestida. Me encantó que, a pesar de todo, llevara las uñas de manos y pies cuidadosamente pintadas, no en un tono chabacano sino de un rosa palo: la coquetería de una anciana.

Pero… ¡ah, cuando contemplabas su rostro! Después de los cuerpos sin cara de las otras, recibir el don de aquel rostro casi hizo aflorar lágrimas a mis ojos. Y menudo rostro. Con tantas manchas, o incluso más, que el resto del cuerpo; el pigmento era una máscara,

las arrugas casi pliegues, pero en aquella cara su espíritu resplandecía. Los ojos azul claro brillaban, transparentes e intensos y conmovedoramente dichosos. La nariz recta y menuda hendía el mar de su cara como la proa de un barco. Los dientes eran muy blancos, y lo bastante torcidos para generar confianza. Y el cabello, de un blanco puro, peinado con gomina hacia atrás, liso, con una raya impecable, resplandecía.

En una de las imágenes que Sirena había elegido, Rose bailaba con el cuerpo medio vuelto, casi repitiendo el giro de derviche de Sana. En la otra, la más hermosa de todas, extendía ambos brazos hacia la cámara, como dirigiéndolos a un niño, con una sonrisa acogedora y cómplice, como si dijera: «Ven, ven, te voy a hablar de todas las maravillas que conozco».

No se podía contemplar a Rose en su desnudez con envidia, ni desdén, ni siquiera con lástima. La miré con admiración, y pensé: «Déjame ir contigo».

Y luego, a pesar de la rabia que Sirena me provocaba en ese momento, me dije que, si no añadía nada más a la instalación, si su País de las Maravillas se componía solo de esa foto, habría creado algo bello e inspirador. Me pareció que Marlene había acertado, que aquello la haría famosa. No me necesitaba para coser la bóveda celeste compuesta por vestidos de Alicia, ni le hacían falta las flores de aspirina ni los espejos rotos; todo ello, al final, resultaba ocioso, por ingenioso o bonito que fuera. Aquello era lo definitivo: ese era su País de las Maravillas.

—Estas son espléndidas.

Ella me puso la mano en el brazo, como solía hacer, y me miró de veras, y dijo:

—Gracias.

11

La semana siguiente, Sirena se fue a Nueva York, aunque no sin confirmar antes nuestra aventura con los niños de Appleton para el lunes de dos semanas después, por la tarde. Vendrían todos los chiquillos, pero solo grabaría a aquellos cuyos padres habían accedido a ello. A los otros les pondría alguna tarea artística en el extremo del taller. Preparé los formularios del permiso, con dos partes, y se los mandé a todos los padres.

Al final, Sirena eligió a Anna Z como galerista, una decisión que en aquel momento pareció atrevida, incluso arriesgada: cabía la posibilidad de que la galería ni siquiera sobreviviese. ¿Quién lo podía saber? Sin embargo, en estos últimos años, pese a los tiempos difíciles, ambas han triunfado, y el éxito de cada una ha beneficiado a la otra, de modo que ahora se considera que Anna «descubrió» a Sirena, y que Sirena, quizá de forma más atinada, «cimentó» la reputación de Anna.

Pero eso sucedió después. Sirena se marchó. Evidentemente, yo ya sabía que eso iba a suceder. Llevaba más de una semana sin mirar mis cajas, aunque me daba la sensación de que había pasado mucho más. Durante esos días me pusieron en mi sitio con gran firmeza. Me costó resistir el impulso de destruir las Polaroids: ¿quién me había creído que era? ¿Cómo iba a aguantar que alguien las viera? Pero todavía no podía mirarlas. Las había guardado al fondo del cajón de la ropa interior, como si fueran pornografía soez, en lugar de lamentables e insulsas. No solo sentía vergüenza, sino también vergüenza de sentir vergüenza. Tanto a Alicia como a Edie les habría hartado e impacientado mi mojigatería, lo tonta que era.

Lo importante era que se te diera bien —el arte— pero sin que eso te preocupase. No tenía muy claro cuál de las dos cosas era más importante, o si el hecho de que me preocupase ya constituía un obstáculo enorme. ¿Habría sido mejor que se me diera bien y que eso me resultara indiferente? Evidentemente, por encima de todo —

no dejaba de acordarme de Rose, en su espléndida desnudez—, ser buena era importante. Y Sirena, la muy cabrona, lo era.

Pero eso, me dije, no era motivo suficiente para dejar de lado a mis artistas y sus lugares de residencia. Ellas sí eran buenas, aunque yo no lo fuera especialmente (¡La duda! ¡La duda! ¡La enemiga de la vida!), y se lo debía a ellas: cuando Sirena no estaba, fui al taller un jueves y también un viernes, y me quedé hasta tarde, para elegir y enmarcar cuidadosamente con un cristal las copias perfectas y reducidas de Edie que, una vez instaladas, la rodearían en su habitación sellada. Mientras cortaba y medía y pegaba, pensaba: ¿Qué representan estas imágenes? No son nada nuevo. No crean lo nuevo, como quería Pound. Son el botín de una urraca, no le deben nada a mis esfuerzos. O, más bien, dados los sudores que me habían costado, el fracaso de mis esfuerzos constituía algo más importante, en cierto sentido más grandioso; un fracaso que era capaz de sentir, como una persona ciega, pero no de identificar del todo.

Pero ¿por qué, me preguntaba al mismo tiempo, por qué juzgar lo que aún no estaba hecho, lo que no existía plenamente todavía? Los dioramas no compiten con nadie, con nada: son tu expresión personal. Tuyos.

¿Tuyos? ¿Cómo pueden serlo, si no pasan de ser unos homenajes rudimentarios a grandes artistas de verdad de distintas disciplinas?

Pero, en tanto que secuencia, subyace a ellos una lógica…

Pero una lógica completamente secundaria. La de alguien que sigue a otros.

Pero ¿no seguimos casi todos a otra persona?

Pero ¿queremos ser así? En una obra de arte, ¿lo que cuenta no es lo que representa, sin más? ¿Hay que dejar la puerta abierta a lo que podría ser, a lo que queremos que sea?

Mientras cortaba y medía y pegaba, cada vez pensaba más en las vueltas de Sana, en la muchacha-niña que extendía el brazo, en el gesto de Rose, y menos en mi obra. Pensaba en los atisbos monstruosos del mundo de Sirena, en los ojos del Jabberwock, en la película que pensaba hacer con los niños, en cómo quedaría exactamente.

En torno a las diez de la noche de un viernes, de varios meses

atrás, capté unos pasos en el pasillo, unos pies que se detenían en el umbral antes de los golpes inevitables en la puerta. Hacía calor y tenía las ventanas abiertas: el susurro de las hojas de la calle parecía una voz, un murmullo, y reinaba tal calma que, sorprendentemente, me sentí tranquila, o casi. Ni cogí la navaja ni se me perló la frente de sudor. Además, reconocí los golpes.

—¿Quién es?, —pregunté mientras me acercaba a la puerta.

En respuesta, otra vez esos golpes particulares.

Skandar estaba plantado en el umbral, con un montoncito de hojas en un hombro de la descuidada chaqueta del traje, como si hubiera atravesado un arbusto.

—Hola. —Sonreí. No pude evitarlo. Noté una oleada de algo tan intenso que casi pensé que iba a vomitar—. Caramba.

—Estaba en una cena, no muy lejos de aquí. Con unos estudiantes de doctorado libaneses, que hablaban mucho. Cerca de Davis Square. —Lució su sonrisa bobalicona; sin duda había tomado unas cuantas copas. Llevaba una bolsa de papel—. He pensado que igual te venía bien un descanso —añadió—. Beber algo o un paseo. Así que he comprado una botella de vino… tinto, creo que te gustaba el tinto. Y he traído…

Miró hacia abajo.

—Los zapatos.

—Sí, eso. Me harán falta si salimos a pasear.

—Por esta zona, desde luego —repuse mientras sacaba la botella de la bolsa—. Pasa.

Se le veía poco seguro de sí, casi tímido, y su actitud era muy distinta que en la primera visita, cuando había parecido mi anfitrión y no al revés.

—Siéntate —le pedí, señalando los cojines de su mujer—. Voy a sacar un par de vasos.

Por allí solo había unas tazas de café, esas tan bonitas y melladas, tan inequívocamente de Sirena. Serví vino tino en dos de ellas y me sentí bohemia y atractiva mientras lo hacía; me pregunté hasta qué punto le debía a ella el carácter bohemio, o el atractivo que pudiera tener. Pero en ese momento daba igual. Pensar en eso siquiera suponía el preludio de un sentimiento de culpa. Esperé que él no comentara nada sobre las tazas. No lo hizo.

—Bueno —dijo, claramente turbado—. Gracias.

—Gracias a ti.

Alcé la taza, como si brindase, y bebí. Me conmovió su torpeza, y la mía. Se produjo un breve silencio, porque lo único que se me ocurría era: «¿Quién se ha quedado con Reza?», o «¿Qué novedades hay de Sirena?», dos cosas que no quería decir. Durante todo ese rato él no dejó de mirarme, muy quieto, como un gato. Me pregunté brevemente cuánto habría bebido.

—¿Te han dado bien de comer los alumnos?

—Falafel, kebabs… Esas cosas.

—Me queda un poco de ensalada de pasta, si te apetece. De Whole Foods. La de *rotini* con pesto.

Asintió con un gesto más infantil que hambriento. Le pasé la caja marrón. Además, lavé ostensiblemente el tenedor en el fregadero antes de dárselo.

—¿Alguna novedad?, —quise saber—. ¿En el mundo exterior?

—Sí. En Líbano, hoy, otro bombardeo. Al norte de Beirut.

No esperaba ese tipo de respuesta. Mi pregunta era más superficial. Tardé un minuto en añadir:

—¿Ha muerto alguien?

—Hay cinco o seis heridos. Por aquí no hablarán mucho del tema. Estas cosas solo llegan a las noticias si muere alguien.

—¿Saben quién ha sido?

Él tenía la cabeza gacha mientras se peleaba con una díscola espiral de pasta.

—Quedan tres semanas para las elecciones. Hay diferentes voces que quieren ser escuchadas, lo cual plantea un problema.

—¿Has hablado de esto con los alumnos?

—Ya sabes cómo son los estudiantes…

—Sé cómo son los míos —repuse—, pero tienen ocho años.

Él esbozó una sonrisa y contestó:

—Pero ¿no se parecen bastante? Tienen sus opiniones y no les interesa la tuya, a no ser que coincida con la suya. Siempre pasa lo mismo.

—Ah, pues en ese sentido, sí, nos pasa lo mismo.

—Muchas veces pienso —declaró— que casi todas las personas son niños. Que, si de repente nos quitáramos todos la máscara, se vería que somos niños.

—No sabía que tenía un alma gemela tan cerca.

—¿Cómo dices?

—Suelo repetir algo parecido casi todos los días. A veces, cuando me enfrento a un adulto pesado, me obligo a imaginar al niño que hay en su interior. Porque, por pesado que sea ese niño, puedo sentir compasión por él.

—¿Siempre?

—Casi siempre.

—¿Cómo eras tú de niña?

—Muy graciosa —respondí, aunque me di cuenta de que veía mentalmente a mi madre, no a mí: mi madre morena, de rasgos angulosos, con una falda de golf de color verde lima y un polo blanco sin mangas, unas sandalias de cuentas y unas enormes gafas de sol, un pitillo en una mano y un *gin-tonic* en la otra. Flirteaba con Horace Walker, de unas puertas más allá, y de niña no tenía nada, desde luego—. Era muy graciosa. ¿Y tú?

—Serio. —Se levantó de los cojines, no sin esfuerzo—. ¿Te importa que fume? —No esperó a que le respondiera—. De niño era demasiado serio y, por tanto, no muy interesante. —Apuró el contenido de la taza de café de un solo trago—. Tendría que ir pasando.

—Acabas de encender un pitillo —observé.

—Es verdad.

Ella estaba en la estancia con nosotros, aunque las luces de su lado seguían apagadas. No me hizo falta pronunciar su nombre.

—¿Quieres ver cómo va la instalación?

—Dentro de un momento —contestó él. Ambos sabíamos que hablábamos de la de ella, no la mía—. Primero quiero ver qué estás haciendo tú.

No supe si creerle. ¿Acaso no nos moríamos todos de ganas de ver la de Sirena? Le puse más vino en la taza.

—Vale —contesté—. Me parece bien. ¿Qué quieres ver?

—Todo, si es posible. ¿Cuántas piezas tienes?

—Tres. Bueno, en realidad dos. Una entera y dos mitades.

—Estupendo. Enséñamelas.

Se dedicó a escudriñar las dos, una tras otra, en cuclillas y cerrando un ojo para mirar directamente por las ventanas, en vez de hacerlo desde arriba. Se fue desplazando muy lentamente, y con mucha atención, y cuando quería tocar algo, me miraba antes con

expresión inquisitiva y esperaba a que le diera permiso. Mientras observaba me hacía pensar en el niño serio que declaraba haber sido, y me gustó —me emocionó— la solemnidad con la que estudiaba mis habitaciones, mis artistas, que no soltara comentarios efusivos ni exclamaciones, que solo prestara una atención callada. Y estaba muy atento. Eso me llevó a quererlo, y no pude evitar compararlo con su mujer, y pensar que, como persona, él era mucho más estable, mucho más libre.

Cuando al fin terminó, dio un paso atrás y me miró con la misma expresión seria.

—Son una maravilla —declaró finalmente—. Extraordinarias. —Se sirvió más vino en la taza y encendió otro pitillo—. Están llenas, al mismo tiempo, de verdad y emoción. Y son tan pequeñas…

—¿Tan pequeñas?

Aquello no sonaba a cumplido.

—Dicen mucho en muy poco espacio. Como una miniatura persa, trazada con una única cerda: minúscula, certera, contiene en sí misma un mundo entero. Todo lo que importa, toda la emoción.

—Sí.

Si se refería a eso, por mí estupendo.

—Pero la cuestión es: ¿por qué? ¿Por qué son tan pequeñas? ¿Para hablar en voz baja, pero declarar la más importante de las verdades? ¿O, como las miniaturas persas, para que se puedan transportar, ir a todas partes, sin dejar de mostrar, en virtud de su belleza y complejidad, la amplia riqueza del dueño? ¿O, en este caso, porque no crees que puedan ser más grandes?

—No sé si te entiendo…

—¿Por qué no has creado una sala entera, de tamaño real, en cada caso? ¿Por qué solo una cajita?

Me encogí de hombros, consciente de un inesperado picor en los ojos.

—Por decirlo de otro modo: ¿por qué, si hay tanta emoción en estas habitaciones, en estas artistas, resulta todo tan triste?

—Incluyo a la Alegría en cada una de ellas. Solo tienes que buscarla. Está presente… como un amuleto dorado.

—Vale, vale. Pero ¿por qué no has dejado que en un caso, solo en uno, se convierta en el elemento más destacado? ¿Por qué no ocupa al completo una de las salas?

Me brotaron lágrimas en los ojos, noté que se me llenaban de ellas. Parpadeé varias veces para que él no las viera. De pronto comprendí que, aunque no expresara nada más, en el arte de Sirena había alegría; que expresaba algo auténtico —aunque ella no lo fuera, necesariamente— y alegre a la vez. Mi arte resultaba triste porque yo lo era. ¿O no?

—¿Crees que tengo un alma triste?, —le pregunté.

—Creo que tienes un alma preciosa —respondió.

Y aunque seguía serio —por lo que me pareció, lo estaba completamente—, también me acordé de las palabras de Didi: «Si parece la hoja de un arce y al tocarla también y está debajo de un arce…».

—Creo que a ti no te lo parece, pero tu alma es preciosa —añadió mientras asía mi mano izquierda con las suyas, cuadradas y carnosas, calientes y secas como un horno, pero todo ello de forma excitante—. Y creo que tiene gran capacidad para la alegría y la tristeza. No deberías preocuparte ni un segundo por tu alma, sino más bien por sacar tus emociones de esas cajitas, dejar que ocupen toda la habitación.

—No ocuparían solo una habitación.

—Ya lo sé, conozco a tu lobo insaciable y hambriento. Pero ¿cómo vas a saber si enloquecería o no, si no lo sacas de la jaula?

En ese momento me sentía presente y también ausente, consciente de aquel teatro y de su vertiente cursi —¿cómo no?—, pero, al mismo tiempo, participaba plenamente en él, con los dedos, la piel, el corazón. Mentalmente oía la voz de Didi, que se reía («¡Qué boba eres!»); la de Sirena, sus gritos, que habrían sido de dolor, ni me la imaginaba; también oía a mi madre, al fondo, que susurraba: «¿Cómo te atreves, ratita? ¿Cómo te atreves? ¿Quién te crees que eres? ¿Quién te crees que eres?».

Pero lo que me impactaba de verdad no era quién creía ser yo, sino quién creía él que era: ni Emily, ni Virginia, ni Alicia, ni Edie, ni siquiera Sirena. Ni una vecina de arriba. Nada de eso. Que yo no supiera cuál era mi contorno, en ese momento, no importaba nada. Alguien consideraba que sí tenía un contorno y, de forma inverosímil, le parecía valioso. Cuando me apoyó las manos, todavía calientes, en la espalda, ser únicamente Nora Eldridge me pareció, brevemente, algo disculpable, algo que podía bastar.

12

Al principio pensé que todo podría salir bien. Skandar y yo mantuvimos una conversación —indirecta, rara, pero una conversación— sobre que aquello tenía mucho sentido pero estaba mal, que no podía continuar. Yo estaba perpleja: esa historia no la había vivido en mi cabeza. Aquello no era propio de mí. Y sí, creía que podía hacerlo desaparecer a voluntad, porque debía, porque me jugaba demasiadas cosas.

Qué extraño que sentirte vista con claridad, transparencia y compasión por una persona muy apreciada pueda suponer una vil distorsión a los ojos de otra persona. Siempre les decimos a los niños que hay que ser sincero, pero también sabía que en ocasiones hay que mentir para serle fiel a algo más grande. Aquello no me pareció una falsedad, ni algo voluntario, ni una seducción, ni un error. No me había planteado un conflicto en mi amistad con Sirena, ni en el amor, aquel amor loco, que sentía por ella.

Muchas cosas me inspiraban tristeza, pero entre ellas no se contaba lo que habíamos hecho, pues su valor moral absoluto no se me antojaba negativo: si se hubiera podido separar esa cuenta del collar de todas las demás, aislarla del tiempo y sostenerla a la luz, qué bella y clara habría lucido. Si alguien hubiera creado la habitación de la artista Nora Eldridge, y retratado en su interior aquella experiencia, el resultado habría sido alegre. No sé qué decir sobre el hecho de que, durante un rato, permanecimos tendidos en el césped artificial, entre las temblorosas flores de aspirina. No lo puedo explicar, ni pude entonces.

El lunes por la mañana estuve a punto de atragantarme al ver a Reza sentado a su mesa, con la camiseta planchada y un rizo de cabello negro elevándose hacia el techo. Ahora, de repente, no veía en él tanto los ojos de su madre cuanto la nariz y los labios de su

padre. Su sonrisa traviesa. Debí de haberlo mirado raro, porque me dedicó, como respuesta, una amplia sonrisa, parecida a la del personaje de Gomosito: la sonrisa de una persona que no ha hecho nada malo pero que teme que lo acusen de algo. Incluso desde la parte delantera de la clase le veía la cicatriz del ojo, la mía, y al distinguirla me acordé de la doctora del hospital, de cómo le hizo esa espléndida sutura.

No me atraganté, no me detuve, empezó la clase, el momento pasó y, en la rutina invariable del aula 3E, en medio del barullo conocidísimo de los niños que me rodeaban, fue lo sucedido el viernes por la noche, y no el aula, lo que me pareció un sueño: y, a medida que fue transcurriendo el día, lo olvidé. Luego, por la tarde, hubo una reunión de todo el personal docente de Appleton. Shauna, enamorada de su propia voz, parloteó sin fin sobre los planes para el final del curso escolar, la función para los padres, el acto para recaudar fondos, el pícnic para todos los alumnos… Ni siquiera me pasé por el estudio. No lamentaba nada.

El martes por la tarde noté que me flaqueaba el valor, pero también era consciente de que el encuentro debía tener lugar, de que, como me había pasado con Reza, con Sirena también debía superar la incomodidad y pasar a los siguientes episodios, en los que ella acabaría el País de las Maravillas, en los que su gloriosa instalación formaría un vínculo de emoción entre ambas, gracias a nuestra conciencia común de que el arte y la vida que importaban eran las suyas.

Lo sorprendente fue percatarme, desde que entré en el estudio, de que para Sirena no se había producido ninguna ruptura entre el entonces y el ahora. Su despreocupado saludo, sus vehementes ademanes para toquetearse el pelo y colocarse el chal, seguían siendo los mismos. Era la misma Sirena que había cogido el tren de la mañana a Nueva York, cinco días antes, feliz, egoístamente inconsciente de todo, pletórica de la emoción del viaje.

—Me cuesta mucho decidirme, los dos son geniales —declaró con su acento italiano—, y ambos quieren representarme. Necesito que me ayudes, Nora, en ti confío muchísimo. Cuando le enseñé los desnudos a Anna se le llenaron los ojos de lágrimas. Me aseguró que

eran increíbles, pero yo le dije: «Cuidado, debes verlos en su contexto, junto a las otras piezas de la instalación», y ella añadió: «Sirena, eso está muy bien, pero, pongas lo que pongas a su alrededor, no serán menos impactantes. Quizá lo serán más, pero menos no».

—¿Y el otro tipo?

No pude evitar que me hiciera ilusión lo que me contaba, aunque fuera una fanfarrona. De algún modo, era capaz de percibir mis sentimientos por separado, y también la nube de culpabilidad, con su inadmisible matiz de triunfo: era capaz de albergar todo eso en mi interior, a la vez.

Porque no era capaz de ocultar, ni siquiera a mí misma, que no solo quería tener a Sirena y a Reza, y además, y ahora de forma más tangible, a Skandar (que nadie les diga jamás que lo imaginario puede compararse a lo real: la piel, la extensa piel que respira, se empeñará en lo contrario), sino que también quería el País de las Maravillas; anhelaba poseer la imaginación de Sirena, quería que fuera mía.

La escuché mientras hablaba de los dos galeristas, de sus espacios y de las promesas que le habían hecho; estaba a la vez cerca y lejos de ella. No como en el colegio, con Reza, donde la realidad cotidiana había suplantado y sustituido a la otra. Ahora, la presencia de Skandar flotaba en el estudio, una sombra ante la luz blanquísima de las ventanas, y el hecho de que ella no lo viera entre nosotras no lo hacía desaparecer. Me causó gran confusión que eso no me hiciera quererla menos ni desearla menos, aunque si la envidié más. Si Sirena me hubiera abrazado entonces… bueno, en cierto sentido metafórico sí me había abrazado, lo había hecho desde el principio, y quizá yo había creído, durante todos esos meses, que me veía de verdad; y, en cierto sentido, lo seguí creyendo incluso después de que Skandar se detuviera a mirarme y me viera tal como era; incluso entonces, tan tarde, seguía pensando que ella me veía, y mi sentimiento de culpa convertía a Skandar en una sombra que me sorprendía mucho que ella no percibiese. Me dije: «Esto va a ser complicado. Más de lo que había previsto». Pero no pensé: «Esto va a ser imposible».

El jueves por la noche fui a cuidar a Reza. Esperaba que fuese la primera ocasión en que estuviera con los tres a la vez, pero Skandar no estaba en casa: tenía unas reuniones en la universidad, me contó Sirena. No sé qué de fin de curso. Ella lo acompañaría durante la cena.

Estaba distraída, poco parlanchina; enseguida fue a cambiarse de ropa, casi se puso autoritaria al darme la lista de lo que había para comer, de quién podía llamar. Me esforcé en no interpretar esa brusquedad como una señal, como rencor hacia mí. Ya saben lo que pasa siempre: el delincuente se adelanta a la sospecha. Volvió a aparecer con un traje de caftán negro adornado con un estallido de encajes de colores y un voluminoso medallón al cuello. Cuando por fin se detuvo, de camino a la salida, no pude evitar preguntarle:

—¿Estás bien? ¿Te he molestado en algo?

—¿Que si me has molestado? ¡Qué tontería! Jamás podrías molestarme. Lo siento mucho: estoy… con la cabeza en otro sitio. Los detalles prácticos me plantean un montón de dificultades. Si estuviera en París, las podría solucionar. Me estoy planteando coger un avión y plantarme allí, pero con Reza… es muy complicado. Ahora que el trimestre en Harvard ha terminado, Skandar está viajando muchísimo… Así que ando con la cabeza llena de bobadas, como si estuviera jugando al ajedrez. Si muevo una pieza, luego otra… y así. Si no te adelantas lo suficiente a los acontecimientos… ¡zas! Te has metido en un lío.

Bien que lo sabía yo…

—Si te puedo ayudar…

—Estás aquí, ¿no? Nadie me ayuda más que tú.

—Esta noche no pienses en nada. Diviértete.

—¿Con un profesor de economía superimportante y su mujer, que es psicoanalista? ¡Y ese señor alto de cara de caballo que sale todo el día por la tele! Ya me ha tocado aguantarlo: es aburridísimo y le apesta el aliento, me recuerda a un ratón muerto. ¿Quién tiene tiempo para esas gilipolleces? Debería conseguirle una esposa profesional a Skandar. No, la suerte la tenéis vosotros: tú y mi pequeño Reza.

Era cierto, los afortunados éramos nosotros: esa noche, después de cenar, el niño y yo nos sentamos en el suelo del salón y construimos una improvisada nave espacial con piezas de Lego, que

fuimos sacando de un cubo enorme de creaciones abandonadas; estuvimos así más de una hora, calculando las medidas de la torre, semejante a un cohete y perfectamente simétrica, y buscando las formas necesarias para la base ancha de forma oval, a la que no faltaban faros y ventanas y puertas que se abrían. Creamos salitas anexas de quita y pon, algunas con alas, otras con ruedas de tanque; encontramos personajes de Lego (criaturas de *La guerra de las galaxias*, enjutas y cabezonas, un par de tipos recios que parecían granjeros, un par de caníbales con faldas hechas de hierba), y poblamos nuestra estación espacial. Cada vez que añadíamos otro personaje, Reza le inventaba una historia referente a su lugar de origen, a qué se dedicaba y qué hacía allí.

—Cuando sea mayor —me dijo, sin venir a cuento— voy a ser arquitecto. Quiero crear mundos para los demás. Y a lo mejor —añadió con un destello que me recordó a su padre— si creo mundos nuevos también acabo creando personas nuevas. Mira, ¿ves? Al cambiarle el sombrero a este granjero, lo he convertido en cardiólogo. ¿A que mola?

Esperaba que él me acompañara a casa. Siempre lo había hecho. Pero en esta ocasión, poco después de las once, Sirena apareció sola.

—Estoy agotada —declaró mientras dejaba caer el bolso y las llaves en la mesa del comedor—. No aguantaba ni un minuto más. Skandar y el hombre del aliento de ratón estaban enfrascadísimos en una conversación. No sé de qué cree Skandar que puede convencerlo… ¿de aparecer en la CNN para insistir en que la solución pasa por crear dos Estados? ¿Hay alguien tan tonto en este país, quién quiere perder el empleo? Así que le he dicho: «Skandar, igual tú salvas el mundo esta noche, pero yo tengo que dormir un poco…».

—Pues sí que se ha hecho tarde…

—Sí, y tú tienes clase por la mañana. Es horrible que se me haya olvidado, lo siento. Llueve un poco… ¿quieres que te llame un taxi?

—No pasa nada, iré a pie.

—Al menos llévate el paraguas.

Así que me llevé el paraguas de golf, a rayas, con el que Skandar

me había protegido la cabeza, muy cortésmente, más de una vez, y volví sola a casa. Hacía meses que la distancia no se me antojaba tan larga. ¿Se había quedado él a propósito? Seguramente. ¿Iba a ser la oscura consecuencia de nuestro breve y sagrado encuentro la pérdida de un amigo tan íntimo? Porque, como comprendí entonces y solo entonces, después de nuestros paseos y conversaciones, podía haberlo considerado mi amigo.

A partir de entonces, cómo no, Skandar ocupó gran parte de mis pensamientos. A veces parecía olvidarme de él, pero mi imaginación obsesiva seguía la trayectoria de siempre: hasta la granja ficticia de Vermont, aquella pacífica y artística ginecocracia, en la que el roce de una mano en el brazo bastaba para que el pulso se acelerara, desbocado. Y entonces, en la fantasía, como si se internara en un sueño, aparecía la siguiente idea: esto ya no es así, el mundo ha cambiado. Al igual que a veces, sin darme cuenta, pensaba en mi madre como si estuviera viva, pese a que ya llevaba dos años muerta, y de pronto recordaba, porque un admonitorio dedo de dolor me golpeaba el pecho, que ya no estaba entre nosotros.

En algún momento de aquel fin de semana, Sirena decidió que tenía que ir a París para decidir cómo sería el molde del corazón de su País de las Maravillas. Resultaba demasiado complicado aclarar las cosas por ordenador o por teléfono, según me aseguró el lunes por la mañana, cuando la llamé para confirmar los detalles de la visita de los alumnos prevista para esa tarde. Si el corazón no quedaba bien —tenía que estar abierto, partido por la mitad, sobre una tarima de metacrilato, a pocos metros de la película en la que Sana aparecía bailando, y de él debía manar, cada pocos minutos, cierto aroma a agua de rosa—, entonces, me dijo, el corazón mismo de la instalación fallaría. Se marcharía el martes, cogería el último vuelo de Air France, y volvería el fin de semana siguiente. Me enteré el lunes, y quizá, en cierto sentido, me afectó.

Los niños estaban emocionadísimos. Cualquier excursión constituye un gran acontecimiento —podrías llevarlos a una planta de tratamiento de aguas residuales y les encantaría—, pero esa era rara y gratis, y todavía más divertida por ello. A los niños les gusta romper la rutina, montarse en el autobús escolar en medio de la jornada, la sensación de lo imprevisto. Salimos de Appleton a las once y media, justo después de que almorzaran. En el autobús estuvieron especialmente revoltosos: Noah saltó por encima de tres filas de asientos antes de que consiguiera sentarlo; Ebullience se peleó con Miles por algún videojuego portátil que no deberían haber llevado; Sophia se puso a llorar porque, según ella, Mia le había tirado del pelo. Tuve que levantar la voz y amenazarles con volver al colegio. Así fue como empezamos.

Pese a ello, la excursión me apetecía. Casi todos los padres habían accedido a la grabación —les debió de parecer que molaba que sus hijos aparecieran en una especie de película—, pero también había dejado preparados, en mi extremo del estudio, los materiales necesarios para fabricar y pintar máscaras de papel maché. Había pedido a los niños que leyeran una versión abreviada de *Alicia en el País de las Maravillas* la semana anterior, y habíamos estudiado ilustraciones antiguas del Gato de Cheshire, el Jabberwock, Tararí y Tarará y el Sombrerero Loco; les había dicho que podían hacer caretas de esos personajes o de cualquier otro. La idea consistía en dividirlos en dos grupos, que uno empezara con las máscaras mientras el otro recorría el País de las Maravillas, y después que se turnaran. Ni siquiera yo tenía muy claro cuál era el fin pedagógico de aquella tarde, pero ningún padre lo había puesto en duda. Supuse que para los chavales sería memorable ver un verdadero taller de artista.

Las cosas empezaron bien. Cuando llegamos al estudio, los niños se quedaron pasmados por lo raro que era todo, y se sentaron formando un círculo, en el suelo y en silencio, en medio de la L, mientras Sirena les explicaba quién era y a qué se dedicaba. Se le daba muy bien hablar con ellos, mejor de lo que habría imaginado; les dijo que crear arte era una especie de magia, y también una especie de teatro. Curiosamente, Reza no se acercó a abrazarla, sino que se quedó apretujado entre Noah y Aristide, revolviéndose inquieto y actuando como los otros chicos. Recuerdo haber pensado

que había cambiado, en ese sentido, a lo largo del año: en septiembre era abiertamente cariñoso con su madre. Pero quizá le resultaba incómodo ser su hijo, en aquel estudio blanco y enorme y delante de todos, a lo mejor incluso le daba vergüenza, y quizá se sentía raro al vernos juntas a su madre y a mí, al pensar que compartíamos ese espacio. No lo sé.

Sirena les explicó que podían recorrer el País de las Maravillas como si fuera un escenario, casi como si estuvieran dentro de una obra.

—Sé que habéis leído la historia de Alicia —dijo—, y quiero que también hagáis como si os hubierais caído por una madriguera de conejo. Habéis llegado a un sitio muy raro en el que todo es posible. —Señaló las dos cámaras que habíamos colocado semanas antes, en lo alto y a ambos extremos del césped artificial—. En el País de las Maravillas, Alicia nunca sabe si alguien la está viendo. A lo mejor la cámara está encendida, a lo mejor no, así que ni penséis en ello. Imaginaos que esto es una aventura, un juego. Podéis jugar en grupos o solos, convertir este espacio en lo que vosotros queráis.

Habíamos colgado alambres con los trozos de espejo del techo, lo que creaba unas divisiones brillantes en el espacio; también habíamos extendido en el suelo la bóveda fabricada con el vestido de Alicia, formando un río de tela, lleno de remolinos, que describía meandros por toda la sala. Habíamos cosido grupos de flores de aspirina y algunos tulipanes de jabón, y desparramado caramelos y gominolas para que los niños los encontraran. Habíamos colocado los pufs de Sirena en el césped y los habíamos cubierto con arpillera para que parecieran rocas. En las esquinas habíamos colgado varios pares de bombillitas rojas que representaban los ojos del Jabberwock, y cuando se encendían, un reproductor de MP3 emitía unos rugidos que daban bastante miedo, la verdad.

Todos los pequeños querían jugar en el País de las Maravillas. Inevitablemente, lo de hacer máscaras parecía el premio de consolación. Pero los dividimos en dos grupos y les dijimos que disponían de cuarenta y cinco minutos para la primera actividad. Luego haríamos un descanso para tomar un zumo y unas galletas, y después cambiaríamos. El autobús nos estaría esperando en la puerta a las dos de la tarde.

A Reza, Noah y Aristide les tocó estar en mi grupo al principio,

junto a otros tres niños y un montón de niñas. Aunque les había desilusionado tener que esperar para llegar al País de las Maravillas, les fascinaba la idea de fabricar máscaras y jugar con ellas. Les indiqué que habría que dejarlas secar, para que supieran que tenían que avanzar deprisa. Les ayudé a formar el armazón de la máscara con una percha de alambre, con la que entonces les medimos la cabeza; luego doblamos el alambre para marcar la nariz y los pómulos. Después, de forma relativamente sosegada, colocaron las capas de papel de periódico impregnado de pegamento y fueron moldeando el rostro con dedicación sobre los huesos de metal.

El Jabberwock de Noah acabó pareciendo un cruce entre un toro y un caballo, con un gran hocico en el que se abrían dos orificios enormes. Aristide hizo el Gato de Cheshire, o eso afirmó, aunque no le puso orejas, solo una enorme sonrisa, lo cual tampoco estaba mal. Reza eligió el lirón, un personaje secundario, bien ejecutado, de nariz puntiaguda y orejas prominentes, aunque lo que más orgullo le inspiraba eran los bigotes, seis hilos de cordel pegados a la nariz para formar un mostacho algo desgreñado. Los chicos terminaron antes que los otros miembros del grupo, y preguntaron si podían pasarse ya al País de las Maravillas.

Se habían portado muy bien y, en cualquier caso, casi les había llegado el momento, así que les dejé. Tendría que haberle preguntado a Sirena si le parecía bien, no había reparado en lo concentrada que estaba con las cámaras: se estaba subiendo a varias escaleras para enfocarlas de modo que filmaran a algunos niños en concreto; tampoco me fijé en que se preocupaba bien poco de vigilar a los pequeños.

Todo sucedió muy deprisa. Estaba ayudando a Sophia a crear la máscara de una morsa —una tarea demasiada complicada para cualquiera de las dos—, cuando vi, con el rabillo del ojo, que los niños empezaban a pelearse. Al principio no hice nada, porque pensé que Sirena estaba pendiente, pero luego me acerqué al centro de la L, y me di cuenta de que ella estaba de espaldas, centrada en filmar a Ebullience y Chastity, que se estaban enrollando la tela de Alicia al cuerpo y daban vueltas. Entretanto, detrás de ella, Reza y Noah se estaban pegando, mientras Aristide jadeaba para llamar la atención; luego vi claramente cómo Reza le daba a Noah un puñetazo en el mentón.

—¡Quietos!, —grité; las pocas veces que la señorita Eldridge del colegio Appleton levanta la voz, todo el mundo se entera—. ¡Quietos ahora mismo!

Me dirigí muy enfadada adonde estaban, limpiándome las manos manchadas de pegamento en la parte trasera de los pantalones. Los cogí a ambos del cuello de la camisa —algo que las profesoras solían hacer, pero que ya no está permitido— y perdí el control. Sentí que Reza me había defraudado personalmente, no sé de qué otra forma expresarlo. Me había fallado.

—¿Se puede saber qué os pasa? Reza Shahid, a ver cómo explicas esto. He visto lo que ha pasado con mis propios ojos. ¿Qué te ha dado?

Él frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Noah, dímelo tú. No me puedo creer que Reza te haya pegado sin que lo provocaras.

Él también se encogió de hombros. Entonces vi que sostenía varias flores de aspirina, que colgaban de los tallos de alambre.

—¿Has arrancado las flores?

—Nadie me ha dicho que no pudiera. —En eso tenía razón; nadie se lo había prohibido. Noah añadió—: Y entonces Reza se me ha echado encima. Como si estuviera loco.

—¿Es eso lo que ha pasado, Reza?

Este estaba más enfadado de lo que jamás le había visto, pero no añadió nada. Arrastró los pies por el césped. Me dio la sensación de que faltaba algún detalle.

—¿Te ha dicho Noah algo que te haya molestado?

Reza levantó la vista, buscó a su madre, la encontró e intercambiaron una mirada de cuyo significado yo quedé al margen. Siguió sin decir nada.

Fue en ese momento cuando me percaté de que todos habían formado un círculo, de que Sirena estaba detrás de los niños, observando. No quedaba muy claro qué pensaba. En el calor del momento no me había parado a pensarlo, pero ahora todo me parecía horrible y raro: me había enfadado sobremanera porque me había dado la sensación de que me había traicionado mi hijo, mi niño especial, el que quería mejorar el mundo, pero ahora, como si hubiera recibido una bofetada, recordé que no era mío. Ahí estaba su madre, con una expresión que no era la que esbozaría una amiga

mía, sino la madre de aquel niño, por decirlo de algún modo: pensara lo que pensase, era la reacción de una madre al ver que una profesora regaña a su hijo. Yo era su profesora, una extraña: eso era.

Fue uno de esos momentos de la vida en que los disfraces desaparecen, en los que ves claramente qué es real, en los que lo único que puedes pensar es: «Me viene bien aprender esta lección». Solo se me ocurrió interpretar plenamente mi papel de profesora, desempeñarlo hasta las últimas consecuencias. Me puse mandona con los niños.

—No os quedéis ahí mirando —les ordené—. Esto no os afecta a los demás. Volved a jugar o a hacer las máscaras. Noah y Reza, vosotros sentaos delante de la pared, y no quiero volver a oíros.

Durante un instante nadie se movió. Vi que algunos chiquillos, Reza entre ellos, miraron a Sirena, que cerró los ojos y asintió levemente. Entonces el chico me obedeció y Noah fue tras él, ambos con las cabezas gachas como condenados.

Me llevé a Aristide a un lado y le pregunté qué había pasado. Me contó que Noah había dicho cosas feas del País de las Maravillas, que «era una caca». Había declarado: «La idea de tu madre es para tontos. ¿Qué se cree, que tenemos dos años?». Y luego le había soltado algo que había oído en la televisión o algo así: Noah, a quien obsesionaban las flatulencias, le había dicho: «Me tiro un pedo encima de ella», con la intención de ser gracioso, según me aseguró Aristide, pero Reza no lo vio así.

Sirena no vino a hablar conmigo enseguida. A lo mejor no quería concederle demasiada importancia al incidente. No le llegué a contar lo que Noah le había dicho a Reza. Imagino que su hijo tampoco lo hizo. Sí se acercó a hablar con él unos instantes, mientras estaba pegado a la pared; lo miró con gesto adusto, pero tenía prisa, sobre todo, por volver a la escalera, a juguetear con las cámaras, para tratar de sacar un vídeo decente de aquel desastre. Después de aquello los niños ya no jugaron con tanta libertad, la sensación de naturalidad se esfumó. Incluso después del tentempié, cuando los grupos se turnaron, reinó cierto desánimo. Nada era lo mismo.

Mientras formábamos una fila para irnos, Sirena apareció detrás de mí.

—Siento la escena —le dije.

—No te preocupes. Tienes que llevar a los niños a tu manera. Tienes tus reglas. —Soltó un suspiro—. Es una pena que después las cosas hayan cambiado. A esa edad son muy sensibles, lo captan todo. —Luego añadió—: No te molestes en venir a limpiar, ya me encargaré yo.

—Gracias, Sirena.

Normalmente no pronunciaba su nombre. Casi me sonó como un eco.

—Creo que nos despedimos hasta la semana que viene, ¿no? Mañana me voy a París.

—Casi se me había olvidado —declaré. Estuve a punto de añadir: «Yo vigilaré a tus chicos», pero me contuve—. Espero que todo vaya bien.

—No te preocupes, seguro que sí. —Se animó un instante, parecía más normal—. Tiene que salir bien.

Las cosas con Reza no cambiaron en lo esencial. Le entraron remordimientos (al día siguiente, antes de clase, me pidió perdón) y, además, no captaba las complicadas sutilezas del día anterior. No quiso contarme lo que había sucedido de veras, bien porque no quería ser un chivato, bien porque no quería repetir un insulto dirigido a su madre; pero consideraba que su castigo había sido justo. El tema quedó zanjado y olvidado, al menos para él, lo cual fue un alivio.

Sirena solo limpió el taller a medias antes de marcharse. Metió toda la basura de los niños (vasos de cartón, servilletas) en una bolsa, y barrió el suelo para quitar las migas. Recolocó el País de las Maravillas, volvió a plantar las flores y dobló el río de tela, pero dejó todas las máscaras desparramadas en mi lado de la sala y permitió que el pegamento se secara en un cubo, que tuve que tirar. En el estudio se me empezaban a acumular muchas emociones extrañas. Me costaba estar allí.

Intenté ordenar un poco más antes de que ella volviese. Coloqué las cosas pulcra y visiblemente, como una mujer de la limpieza

ordenaría un despacho. Al terminar, el lado de Sirena parecía extrañamente desolado, fallido, como una mujer a medio vestir, y tuve que darle la espalda. En esa semana solo fui por las tardes y fingí que trabajaba, pero en realidad esperaba oír unos pasos en el exterior, los secretos golpes en la puerta.

Él estaba ocupado, yo lo sabía. Pero también cabía la posibilidad de que no pudiera verme por lo intenso de sus emociones. Sabía que quizá no era capaz de verme, pero prefería no creer eso. Era mejor que ambos actuáramos con nobleza, que sufriéramos por culpa del alejamiento. Yo, desde luego, no iba a llamarlo por teléfono. Me seguía sorprendiendo hasta qué punto el roce de dos pieles había cambiado las cosas: hecha un ovillo entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, había notado el latido de su corazón y, durante un instante, no había sabido si era el mío. Las yemas de mis dedos aún podían recordar de forma nítida el tacto áspero del vello de su pecho, la suavidad del vello del antebrazo. A la mañana siguiente tenía irritadas las mejillas y el mentón por ese frote nocturno con los suyos. Y su cuerpo, sus manos, su lengua: si cerraba los ojos, los seguía notando sobre mí, dentro de mí, conmigo. Me acordaba continuamente de él, un recuerdo físico, como una huella en la tierra. Acabé por darme cuenta de que existe por un lado lo que quiere la mente y, por otro, lo que quiere el cuerpo. La mente puede excitar al cuerpo, pero los deseos de la primera también pueden ser falsos, mientras que el cuerpo, el animal, quiere lo que quiere.

13

El fin de semana siguiente había quedado con mi padre en visitar a la tía Baby. No la veía desde Navidades y, llevada por un impulso, le había prometido que nos quedaríamos a dormir el sábado para acompañarla a misa el domingo. El viernes por la noche me quedé en el estudio casi hasta las doce, no trabajando en mis habitaciones, sino leyendo el periódico por internet y bebiendo vino tinto de una taza de té, aunque no tuve noticias de Skandar. El sábado por la mañana, después de correr en torno al embalse sin conseguir que se me aclararan las ideas, pasé a recoger a mi padre, compré unas peonías —la flor preferida de mi madre— y un bizcocho de frutas —mi madre le había preparado bizcochos a la tía Baby durante casi toda su vida, pero fui a la pastelería de Coolidge Corner que ella había descubierto cuando se mudaron a Brookline y ya no podía cocinar—, y emprendimos la marcha hacia el norte, a cabo Ann.

—¿Has hablado con Matthew esta semana?, —me preguntó mi padre mirando a través del parabrisas la autopista
I-95,
no a mí.

—No. ¿Tendría que haberlo hecho?

—Era el cumpleaños de Tweety.

—Se me ha olvidado. —Siempre se me olvidaba. A veces me parecía que lo hacía adrede. Ella tampoco se acordaba del mío—. ¿Están todos bien?

—Supongo.

Luego hubo un silencio de varios minutos, con solo el zumbido de los coches que pasaban, pero a continuación añadió:

—Creo que tienen algún problema.

—¿Cómo?

—Les pasa algo, no sé exactamente el qué. Prefiero no preguntar.

—¿Y por qué lo crees?

—Porque sí. Porque cuando le pedí que me pasara a Tweety, para desearle un feliz cumpleaños, me dijo que había salido.

—¿Tan raro es eso? La gente sale.

—Pero después le pregunté cuándo iba a volver, para llamar otra vez —mi padre es muy eficiente, no en vano trabajó en una aseguradora toda su vida—, y me dijo, de una forma muy rara, que no lo sabía. Que seguramente era más fácil que me llamara ella.

—¿Y eso qué tiene de raro?

—La voz le sonaba extraña. Como… áspera.

—No sé qué importancia puede tener eso.

—La tenía cascada, como si estuviera disgustado.

Por lo que yo había podido ver —iba conduciendo—, mi padre no había vuelto la cabeza ni una vez para mirarme, pero ahora lo hizo, con ojos entornados y recelosos, y añadió:

—Además, ¿a ti Tweety te ha llamado en alguna ocasión?

—¿A mí? Claro que no. No digas tonterías. Lleva más de veinte años sin hacerlo.

—Pues ahí quería llegar yo. A mí tampoco. Ni siquiera cuando tu madre se estaba muriendo.

—Ya, ya me acuerdo.

Yo me había quejado por aquella actitud: «¿Qué clase de familia es esta?», pregunté.

—Así que o está demasiado disgustado para saber lo que se dice, o miente adrede, o ella ha tenido un cambio radical… No se me ocurre ninguna opción en la que no haya algo que falla entre ellos.

Aquello no era propio de mi padre, sino de mí.

—¿Y qué se te está ocurriendo?

—Que ella lo ha abandonado.

—Sí, claro.

Estuve a punto de añadir: «Qué más quisieras».

—O se ha puesto enferma.

—¿Cómo?

—Sí, puede tener una enfermedad física, o mental, qué sé yo.

—Ah.

—O puede que la nena esté mala.

—La nena no está mala, papá. Y ya no es una nena.

—O han tenido una pelea tremenda y ella se ha marchado.

—Vaya. Les tienes montado todo un culebrón. Qué barbaridad.

—O a lo mejor atraviesan problemas económicos…

Empecé a reírme.

—Papá, se te ha ido la olla. Te estás volviendo majara.

—¿Sí?

—Tienes demasiado tiempo libre. Si te preocupa que haya algún problema, llama a Matthew y pregúntaselo. Seguramente te soltará una carcajada, pero al fin y al cabo es tu hijo y lo hará con cariño. Te sentirás mucho mejor.

—Seguramente tienes razón.

Carraspeó, volvió a entrelazar las manos, cada vez más venosas, y dirigió otra vez la vista al frente, al parabrisas. Por lo quieto que se quedó, me di cuenta de que el tema le había inquietado mucho y que ahora estaba aliviado; y después, cómo no, al hablar con Matthew y enterarse de que ese día Tweety se había partido un diente con un hueso de aceituna, y de que se había ido corriendo al dentista, se reiría con ganas.

Durante aquella tarde en Rockport, tras una comida que se prolongó extrañamente y en la que hizo acto de presencia la langosta, un plato terriblemente sobrevalorado, seguida por un paseo a paso de tortuga por un inestable malecón para observar a los pescadores y las furibundas gaviotas que se lanzaban en picado, así como a un par de intrépidos surferos con unos trajes de neopreno satánicos y brillantes, y que se abalanzaban sobre las olas saladas, unas olas sobre las que se formaba una inquietante suciedad gris y tóxica; mientras la tía Baby iba renqueando, apoyada en mi brazo y despidiendo un olor rancio impregnado de talco, y mientras mi padre, en su soledad de hombre de negocios, y con un jersey de trenzas de algodón azul marino, deambulaba sombrío por detrás de nosotras, me acordé varias veces de la peculiar conversación del coche y del consejo que le había dado. Estaba claro: si uno aspiraba a la transparencia, había que ser lo bastante valiente para mostrarse sincero. Eso no garantizaba que los demás fueran sinceros contigo, pero ¿qué otra opción quedaba?

Tendría que haberle hablado a Sirena sobre mis sentimientos meses atrás, pero me había dado miedo esa posibilidad, y también sus limitaciones. Había sido más fácil vivir mi sueño, y ahora era

imposible hablar con ella. Decidí que debía ceñirme, en la medida de lo posible, a lo real, lo que significaba que tenía que llamar a Skandar y preguntarle directamente qué estaba pasando.

Después de tomar esa decisión me entró cierta impaciencia. Sin darme cuenta, empecé a ponerme quisquillosa con la tía Baby; quería que caminase más deprisa, que hablara más rápido, que fuera más interesante; quería que aquel día, que parecía (en comparación con mi vida habitual, ya de por sí poco trepidante) enfangado en la imposibilidad de avanzar, terminara de una vez. Pero hasta las nueve de esa noche, ya recogidos los platos, con el viejo y oxidado lavavajillas runruneando y los ancianos refugiados una vez más en el recuerdo de sus añorados difuntos, no pude alejarme de aquel callejón sin salida y acercarme lo bastante a la calle principal para tener cobertura y llamar a casa de los Shahid.

Sábado por la noche. Imaginé que el teléfono sonaba en el salón, vi la araña de globos, de interruptor regulable, que emitía poca luz. Imaginé también a María, toqueteándose los *piercings* y engullendo palomitas delante de la tele, mientras, pasillo abajo, el pecho dormido de Reza subía y bajaba junto al colorido desfile de músicos de *jazz*. Conocía tan bien sus vidas… Pero no: al tercer timbrazo, contestó él.

Lo imaginé levantándose de la butaca que crujía, con las gafas de leer colgadas de una mano, parpadeando, la camisa blanca arrugada, arremangada y dejando al descubierto sus antebrazos cubiertos de vello oscuro.

—¿Skandar?

—¿Dígame?

Me di cuenta de que no había reconocido mi voz.

—Soy Nora. Nora Eldridge.

—¡Por supuesto! —Un silencio. Su tono fue indescifrable—. ¿Cómo estás, querida Nora?

—Bueno —contesté, tratando de aparentar alegría, despreocupación—, ha sido una semana más bien dura.

—Sí —afirmó.

—Creía que nuestros caminos se acabarían cruzando. La cena de la otra noche… ¿cuándo fue? Pensé que iba a verte.

—Lo siento. Me retrasé, me convertí en rehén, por así decirlo, de mi ambición. Siempre es de tontos sucumbir a eso. Sirena se burla

de mí cuando me pasa.

—¿Estás bien?

—¿En qué sentido?

Lo preguntó con cautela, lo cual me molestó. ¿No entendía que estábamos en el mismo bando?

—Bueno, andarás muy liado… Con Sirena fuera, solo con Reza…

—Ah, eso. Gracias por preguntar. María ya no tiene clases, así que está libre, la cosa ha ido bien.

—Me alegro.

Aquella no era la conversación que esperaba. Pero me recordé que tenía que obrar sin miedo, ser sincera, para no urdir ficciones mentales. Quería conocer la verdad.

—¿Te ha costado… lo otro?

—¿Qué otro?

—Lo de la noche que pasamos en el estudio. ¿Te supone algún problema?

—Ay, querida. ¿Cómo no me lo iba a suponer? Como ya habíamos comentado, hay momentos en que… ¿cómo lo expresaste?

—Creo que hablé de cuando atraviesas el espejo. Como en *A través del espejo*.

—Sí, y dijimos que eso supone un regalo muy poco frecuente, pero…

—Pero ¿que no tiene nada que ver con la vida real?

—Eso, buena forma de expresarlo, sí. Nada que ver con la vida real.

—Ambos sabemos que proteger a Sirena y Reza es lo más importante…

—¿Protegerlos?

Parecía sorprendido de veras. Seguramente también preocupado.

—Lo que quería decir es que no tienen por qué enterarse, ¿no? En eso estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Sí, completamente.

—¿Crees que ella sospecha algo?

—¿Que si sospecha? No creo, querida. Ha sido algo ajeno a todo lo demás, la expresión de un sentimiento, un momento verdadero. Pero no constituye una historia, desgraciadamente, porque es imposible.

—Quería decir…

—Hemos compartido algo muy valioso, y eso nada lo va a borrar. Como estamos de acuerdo en lo que significa, no afecta a Sirena en lo más mínimo. Como ya sabes, creo que ahora mismo no le preocupa nada, con excepción de la duda acuciante de si será capaz de terminar la instalación a tiempo, y de una forma que la haga sentirse orgullosa. Creo que ahora solo piensa en eso.

Después, me pregunté si en ese momento me estaba diciendo que, de un tiempo a esa parte, ella no le había hecho más caso a él que a mí; que la desatención de Sirena le había molestado, o algo peor, y que había buscado en mí una distracción, un consuelo temporal. A lo mejor ni siquiera era consciente de estar diciéndome eso.

Inspiré profundamente.

—¿Te puedo preguntar una cosa sobre la instalación?

—¿Qué?

—Skandar, ¿tú qué crees que expresa?

—¿Que qué expresa?, —repitió.

Me pareció que le estaba dando caladas a un pitillo.

—¿Qué crees que significa, según ella?

Indudablemente, estaba fumando. Tardó un poco en responder. En la oscuridad, sobre el asfalto, junto a la carretera, me recorrió un escalofrío: estábamos en mayo, pero la brisa nocturna que llegaba del mar era fría.

—¿Por qué me preguntas eso? No me lo plantearías sobre tu propia obra… No tiene sentido. Cada persona te puede dar una respuesta distinta, y lo hará… eso es a lo que ella aspira, y seguro que tú también.

—Pero piensa una cosa: es un conjunto de señales, ¿no? Y se pueden combinar de distintas maneras para crear distintas interpretaciones. Pero estas no pueden ser infinitas, ¿no? Las plausibles, las interpretaciones acertadas, tienen un límite, ¿no te parece?

—Nora, no sé qué…

—Te lo voy a decir de otro modo. ¿Existen interpretaciones que puedan ser completamente equivocadas?

—¿Que a Sirena le puedan parecer equivocadas?

—No, ni siquiera eso. Me refiero de forma objetiva: que sean

falsas, desatinadas, erróneas.

—La verdad es que no lo había pensado, pero si me pides que te responda a bote pronto, te digo que sí. Cuando se proporciona una serie de datos, como sucede con los datos históricos, es evidente que hay interpretaciones incorrectas. Y en el arte, que es otra forma de combinar los signos… claro que los signos no son datos, aunque pueden referirse a ellos… puede existir una laxitud mayor, pero habrá un punto en el que una lectura o interpretación no solo resultará poco afortunada, sino directamente equivocada. Sí. Te respondo que sí. ¿Por qué me preguntas esto?

Me di cuenta por su tono de voz que empezaba a caerle mejor por haberle preguntado aquello. No me estaba siguiendo la corriente, sino que se estaba acordando de las conversaciones mantenidas en nuestros largos paseos nocturnos y había dejado de pensar que yo era una persona llena de carencias, que podía suponer una amenaza imprevista para su matrimonio estable y lleno de amor.

—Porque sí. Me ha venido esa idea a la cabeza. Lo siento, Skandar, te tengo que dejar. Mi padre me está llamando.

Lo cual podía haber sido cierto. Pero después de colgar (y apagar) el móvil, me quedé otros diez minutos deambulando por el camino de acceso a la casa, encajando la tristeza de lo que se me acababa de revelar.

No hay que plantear una pregunta si uno no quiere conocer la respuesta. He ahí en qué reside el valor de ser sincero. No le había preguntado directamente si yo significaba algo para él, o qué significaba, pero él me lo había dejado claro. El hecho de verme tal como era podría haber constituido un placer fugaz, o incluso, como había dicho, un momento muy valioso, la expresión de un sentimiento, pero no había cambiado nada en su vida.

Me quedé con los brazos cruzados frente al viento de Rockport, tratando de aceptar la pérdida de mi última fantasía, la más necesaria. Me di cuenta demasiado tarde de que Skandar era mi monje negro, mi familiar chejoviano. Más incluso que Sirena, era él quien podía convencerme de mi sustancia, de mi genio, del significado de mis ideas y esfuerzos. Si me quedaba sin el monje negro, ¿quién era? Si nadie en absoluto podía ver en mí señales de talento, de talento artístico, ni estaba dispuesto a hacerlo, ¿cómo

podía alguien afirmar que lo tenía? ¿Cómo podía convencerme yo misma, si el mundo estaba empeñado en lo contrario? No se trataba de que sintiera que debiera elegirme a mí en lugar de a ella, pues no le pides a alguien que abandone a su familia, pero sí creía, o esperaba, que la decisión le resultara más difícil. Esperaba tener la sensación de que Skandar se había visto obligado a tomar una decisión.

Cuando eres la vecina de arriba, nadie piensa en ti en primer lugar. Nadie te llama antes que a otra persona, ni te manda la primera postal. Una vez que tu madre ha muerto, nadie te quiere por encima de todas las cosas. Puede parecer algo insignificante, quizá dependa del temperamento de cada uno; quizá para algunos sea algo insignificante. Para mí, sin embargo, en aquella calle sin salida, delante de la casa de la tía Baby, cuando mi padre y mi tía habían dejado ya de diseccionar la muerte y se iban a la cama, arrastrando los pies al otro lado de aquel portón carmesí, preparándose para la misa del día siguiente, tan limpios de mácula como corderos y tan exánimes como los sacrificados, sentí que la esperanza me había traicionado. Sentí que alguien había podido verme, que me había visto con claridad, y que me había descartado, que me había devuelto al montón general, como una concha en la playa. Aquello no era una cuestión de sexo ni de deseo, o no únicamente, deben entenderlo: no dejé que él llegara a estar completamente dentro de mí en ese sentido, no como todos darían por sentado, pero lo que hicimos juntos, nuestra unión, si puedo emplear esa palabra, había sido no obstante absoluta, y más incluso, quizá, porque nuestros límites eran reales, creados para otras personas en virtud de un amor real, y a eso también fuimos fieles; y el roce de su piel contra la mía… tanta piel desnuda, el más leve de los velos palpitando entre nuestras almas… el nuestro fue un contacto cargado de significado. O eso me parecía. Para mí lo había sido. Había otra forma de interpretar las señales. Una de ellas sería: «Ni siquiera habíamos llegado a acostarnos».

Cuando entré, ya habían apagado las luces de la planta baja. Seguramente creyeron que ya me había ido a la cama. Subí a tientas hasta el segundo cuarto de invitados, poco más que un armario con una monástica cama individual, en el que la lámpara de la mesilla sería, como mucho, de veinticinco vatios, con lo que resultaba

imposible leer. Me tumbé sobre la colcha, completamente vestida; oí primero los ronquidos de mi padre y luego los de la tía Baby, unos resoplidos tristes y carentes de armonía que atravesaban las destartaladas paredes de la casa como si todos durmiéramos juntos, mientras ambos, con cada penosa respiración, iban acercándose a su fin, cada vez más próximo, y yo, inmóvil, con los ojos abiertos como platos, esperaba el alba, presa de un pánico incontrolable causado por la pérdida de mi vida, tan querida pero aparentemente irreal.

TERCERA PARTE

1

Sirena nunca volvió a Cambridge.

No, eso no es cierto: regresó durante setenta y dos horas, una semana más tarde, para recoger las cosas en su parte del estudio. Lo curioso es que me cuesta recordar esos días, y cuando pienso en ella, siempre me parece que no volvió. Quizá es así por lo trastornada que estaba, casi parecía una loca. Había llegado a comprender que su instalación solo existiría debidamente en el sitio adecuado, y he aquí qué me dijo: «Nora, es como si hubiésemos estado fingiendo. Como si yo hubiese estado jugando a hacer esta obra. Y ahora ya casi no queda tiempo, tengo la inauguración encima, lo que equivale a decir que casi ha llegado la hora de la verdad y tengo que encontrar la manera de estar lista. Y no estar lista a tiempo no es una posibilidad. Así que *pum*, la función en Cambridge debe terminar, y la vida real en París tiene que empezar de nuevo. *Pum*, así, tal cual, ahora mismo».

Se llevaba a Reza a casa consigo, y no tenía sentido sugerirle que no era buena idea. Si la hubiesen visto, con el cuerpecito casi incandescente de furia, de energía, de absoluta pasión por su proyecto: el corazón se haría a tiempo, pero solo porque le había gritado al tipo de la fábrica y prometido pagarle doble, o nada si no lo entregaba. Las gigantescas fotografías en lona estarían listas con seis días de antelación, pero de todas formas llamaba todos los días al laboratorio para asegurarse de que no se olvidaran de ella, que no se olvidaran de las niñas y mujeres en su enorme y gloriosa desnudez.

Contrató operarios con plataformas rodantes y cajas de embalaje para las flores de aspirina y el césped artificial, para los fragmentos de espejo y la gigantesca bóveda de vestidos azules de Alicia que yo había cosido para ella. Ninguna de esas cosas por sí sola parecía ser digna de los servicios de mudanza especiales para el mundo artístico, que debían de costar una fortuna, ni siquiera los aparatos,

como aquellas cámaras de vídeo que se habían instalado para nuestros alumnos de tercero; todo se embaló con Sirena supervisando con tono mandón a los hombres, y para cuando aseguraban con clavos las cajas de madera, la cosa ya parecía un montaje —aunque bastante caótico, debo decir— bastante más significativo de lo que yo habría previsto.

Sí, la vi, y traté de ayudarla, llevándome dos grandes bolsas de basura con ropa que se le había quedado pequeña a Reza a la tienda benéfica en Davis Square, preguntándome si algún niño estadounidense de ocho años se encontraría transformado por las sandalias francesas y las bermudas del otoño anterior, pero cualquier intimidad, cualquier indicio de nuestra íntima amistad de un año de duración, se dejaron de lado en beneficio de asuntos prácticos más urgentes. Nuestra íntima amistad se convirtió, supongo, en una cuestión de actos más que de palabras, y quizá debí sentirme halagada porque me encargara barrer y limpiar su parte del estudio, halagada porque me pidiera que le recogiera la ropa en la tintorería y llevara sus cajas personales a la agencia de UPS para que las enviaran por correo… Debería haberme halagado que me diera sus frascos medio vacíos de vinagre balsámico y mostaza francesa, los restos de bolas de algodón y suavizante de pelo: que me escogiera como su destinataria entrañaba tanta intimidad, a su manera, como había supuesto que me confiara a su hijo por mis dotes como cuidadora de niños; y al mismo tiempo resultó ligeramente degradante, aunque no sabría explicar por qué.

De modo que sí, la vi, y de hecho la vi bastante, y debería admitir que incluso en sus frenéticas prisas por marcharse de la ciudad (llevándose consigo a mi niño adorado, que parecía alegremente ajeno al hecho de que yo me quedaría atrás y se centraba principalmente en la recuperación de su antigua vida, sus viejos amigos, su habitación y hasta su monopatín), Sirena se las apañó para mostrarse afectuosa conmigo, incluso para deshacerse en disculpas. Dijo en más de una ocasión que iba a echarme de menos y que había sido una amiga «indispensable». Hasta me dio su pañuelo de nido de abeja azul marino, mi favorito, pero también uno de sus preferidos. Fue un regalo hecho con amor, porque lo echaría en falta.

Pero en mis recuerdos no regresó porque la situación nunca

volvió a ser como antes; y fue muy doloroso porque yo no había esperado que las cosas pasaran tan deprisa. Debí haber sabido que la vida es así, porque la muerte de mi madre fue así y ya había pasado por ello. Sabíamos desde hacía mucho tiempo que la enfermedad de mi madre acabaría matándola, y muchas veces lográbamos no acabar de creérnoslo, y por extraño que parezca, cuanto más se acercaba el momento, más conseguíamos no creerlo, porque para entonces estábamos resueltos a superar cada nueva crisis, y preparados para hacerlo. Y hasta las últimas dos semanas siempre pensamos que dispondríamos de más tiempo; y la verdad es que incluso en las últimas cuarenta y ocho horas aún pensamos que seguiría adelante, quizá una semana más, y quedamos por tanto desconcertados, literalmente sin aliento, tanta fue nuestra sorpresa, cuando exhaló de pronto su último suspiro.

Y me ocurrió lo mismo con la partida de Sirena; había sabido desde el principio que llegaría ese día; y, no mucho antes, me había llevado una desagradable impresión al comprender que llegaría mucho más pronto de lo que había supuesto. Pero ¿quién iba a esperar que pasara así, sin previo aviso?

Y cuando desmantelamos lo que había en el estudio del País de las Maravillas fui tremendamente consciente de pronto de que solo era algo a medio construir; ya no era algo que estaba solo en la imaginación, pero tampoco estaba plenamente en el mundo. Yo había vivido tan cerca mentalmente de todo aquello, la visión de Sirena había sido tan plena para mí, que creí durante mucho tiempo que la instalación estaba más cerca de completarse, allí en el estudio, de lo que lo estuvo nunca en realidad.

Qué ridículo, ¿no? Todas aquellas horas con cada uno de ellos, por separado, y con semejantes reservas de pasión en cada caso, y ¿qué podía haber más real que eso? Y no era que se estuviesen muriendo como mi madre, no era que un horno gigantesco fuera a convertirlos en un montoncito de polvo no más real que un recuerdo o un pensamiento. Ellos continuarían respirando, moviéndose, riendo, hablando, pensando y creando, solo que en un lugar distinto del planeta, y ni siquiera un lugar muy remoto. Pero sí era remoto para mí, y como sabía que los tres seguirían juntos y que sus vidas tendrían una solidez y una continuidad mucho mayores que la mía, aunque yo seguiría en el mismo sitio y mi vida

se vería, superficialmente, menos alterada que la de ellos, en ese sentido, era como si fuese yo quien se moría, y no ellos. Era yo quien tenía que renunciar a ellos y, al hacerlo, tenía que renunciar al mundo.

No fui con Sirena y Reza al aeropuerto cuando se marcharon, una tarde de miércoles en la segunda quincena de mayo, cuando aún quedaba un mes de curso en Appleton. Sabía que se iban y me aseguré de tener algo que hacer: fui al cine a ver la película *La intérprete*, a las seis, y me dejé absorber por completo por las intrigas de Nicole Kidman y Sean Penn en Naciones Unidas mientras su avión despegaba del aeropuerto Logan. Me conmovió de forma desmesurada encontrarme un mensaje de texto de Sirena en el teléfono al salir del cine a la luz estival: «Ya te echo de menos —afirmaba—. R te manda bss especiales. ¡Ven a París!». Lo había escrito desde el aeropuerto. Yo no me había permitido imaginar algo así, y al ver aquel mensaje, volví a sentir esperanza.

2

También vi a Skandar antes de que volviera a París, una semana después. Me llamó una noche, a una hora rara, sobre las nueve, y me preguntó si me apetecía ir a tomar un café. Nos vimos en el Algiers de Harvard Square, donde éramos los parroquianos de más edad; nos rodeaban futuros licenciados en toda su inexperta exuberancia. Parecía cansado, los ojos detrás de las gafas se le veían borrosos, con bolsas oscuras. Me entraron ganas de acariciarle la mejilla al verlo sentado al otro lado de la mesa. No habría calificado aquello de lujuria, y tampoco especialmente de deseo: lo que quiero decir es que no tenía nada que ver con el deseo ni con las ansias de posesión.

Estas palabras, estas palabras resultan de lo más imprecisas, de lo más inadecuadas: cuando hablo de amor, deseo, incluso anhelo, esas palabras transmiten una carga distinta según la persona que las reciba. Si pudiera explicar definitivamente todo lo referente a los tres Shahid a los que amé, el elemento sexual estaría indudablemente presente tanto en el caso de Sirena como el de Skandar. Pero esa no era la cuestión, no era el meollo de lo que experimenté. Era un anhelo, una palabra mejor que «deseo», pues transmite la idea de que se intenta alcanzar algo sin lograrlo, la idea de un ansia, de una atracción física intensa y a la vez melancólica, siempre algo teñida de pena, consciente de sí misma, en cierto grado sabia y en cierto grado resignada. El deseo apunta a algo que arde, ferviente, irreflexivo, algo que exige, sobre todo, satisfacción. Y lo que deben ustedes comprender en lo referente a mis Shahid es que siempre, en cualquier momento, incluso cuando me permití creer otra cosa, brevemente, incluso, en ese único y precioso instante en que tuve a uno de ellos en mis brazos, siempre supe que mi deseo no podía verse satisfecho, que no sería satisfecho, pero yo guardaba aún la suficiente cercanía con ellos para no renunciar, de forma intermitente, a la fantasía de que sí obtendría esa

satisfacción, y de que con eso me bastaba para que el sentimiento siguiera vivo durante mucho tiempo.

Pero lo cierto es que anhelaba tocarle el rostro, establecer un contacto, sentir su piel en los dedos, pero también era plenamente consciente y aceptaba que aquello no resultaba pertinente en esa visita. (Aunque ¿cómo no desear haber tenido otro carácter? ¿Qué habrían visto los alumnos universitarios, si me hubiera atrevido a hacerlo? ¿Les habrían importado esas dos personas aburridas, arrinconadas? Y ¿qué habría sucedido, y cómo habría afectado al devenir de los acontecimientos, que yo hubiera tenido la temeridad de extender el brazo hasta el otro lado de la mesa, de rozarle la mejilla dulce y levemente caída?).

Skandar llevaba una bolsa de la compra de plástico, que dejó torpemente en la mesa, entre su café turco y mi poleo menta de color urinariamente intenso.

—Tengo que acabar de hacer las maletas yo solo —declaró con su mayor gesto de pesadumbre—. No se me da muy bien. Al principio creía que lo íbamos a conservar todo, pero luego me di cuenta del lío que suponía guardar las cosas, mandarlas, y propuse que lo tiráramos todo. A Sirena se le dan mucho mejor estas cosas.

Me di cuenta de que nunca lo habían dejado solo como ahora.

—Entonces me he acordado de ti —añadió—, que tan buena amiga has sido de todos nosotros. He pensado que a lo mejor te apetecía quedarte un par de cosas que no tiene sentido que nos llevemos.

Me acercó la bolsa por encima de la mesa y casi me tiró el poleo. Alargué la mano para cogerla.

—No te preocupes —me dijo—, no hace falta que la mires ahora. Porque lo que no quieras, lo puedes tirar.

Solté una carcajada.

—No, no; no estoy diciendo que esté llena de basura —aseguró —, al contrario. Pero son cosas que, en cualquier caso, no me voy a llevar.

No nos quedamos mucho en el Algiers; él se marchaba a Washington a primera hora del día siguiente para asistir a unas reuniones, y todavía le quedaban muchas cosas que atender, y en el

breve lapso de tiempo que habíamos pasado juntos lo único que había dicho en reconocimiento de lo ocurrido entre nosotros había sido lo siguiente:

—Vive, querida Nora. Sacia el hambre que tienes. Al fin y al cabo, estás rodeada de alimentos.

—¿Qué tipo de alimentos, si se puede saber?

—Ah —contestó con una sonrisa—, tienes que probarlo todo para saber lo que te gusta.

¿Y eso de qué me sirve, quise preguntar, si la fruta más deliciosa la tengo vedada?

Cuando nos despedimos en la acera, me estrechó contra su pecho, me rodeó con los brazos, y me retuvo así varios instantes más de los que la buena educación requería: la clase de abrazo en el que ningún transeúnte habría visto algo digno de comentario, pero que yo sabía (o creía saber) que significaba mucho más de lo que parecía. Sería mi sustento durante mucho tiempo. Después, él hizo gala de timidez y apartó la mirada, y se marchó arrastrando los pies por la acera, hacia su casa. Desde atrás parecía bajito y sus andares los de un anciano, los de alguien muy menudo, y una vez más consiguió conmoverme brevemente, aunque de un modo distinto.

En cuanto a la bolsa, que tantas vueltas daría en mi imaginación durante los meses… pero ¿qué estoy diciendo?… durante los años que siguieron, ¿qué albergaba en su interior? Ojalá fuera capaz de explicárselo con detalle. La abrí y eché un vistazo al contenido a la luz de un escaparate en la esquina de las calles Brattle y Church. Advertí que contenía un ejemplar de su libro más reciente en inglés, un regalo que, supuse, me habría dedicado; y aunque ansiaba saber qué me habría escrito, no me pareció que pudiera sacar el libro ahí en medio, en plena calle. Había un dibujo de Reza enrollado, y supe de inmediato que se trataba de su escena nevada: las habíamos hecho en clase de dibujo en enero, y la suya había sido especialmente imaginativa. Por misterioso que parezca, había también tres tijeras de cocina en el fondo de la bolsa, de esas con ojos de plástico que se compran en el supermercado; y luego algo pequeño envuelto en papel de seda. En ese punto la impaciencia pudo conmigo: desgarré el papel, que se había sujetado torpe pero

firmemente con cinta adhesiva, hasta revelar una gruesa cadena de plata con una elaborada cruz engastada con turquesas y lo que, en la semipenumbra, me pareció una piedra rojo sangre. La noté pesada en la mano, y me dije que era elegante; estaba un poco deslustrada pero todavía brillaba. ¿Qué significaba? ¿De quién sería?

La dejé caer de nuevo en la bolsa. Deseaba pensar que Skandar la había elegido pensando en mí. Era más probable que fuese un regalo de fin de curso de Reza, seleccionado a toda prisa por Sirena de un montón de objetos posibles y olvidado con las prisas de la partida. La explicación más simple y menos halagadora era siempre la correcta. Algo había aprendido con los años.

Pero la verdad es que nunca lo sabría con certeza. En mi previsora eficacia, cuando Skandar me llamó en plena noche, había llevado conmigo los mapas de carretera del viaje de Samantha y Jordan por las capitales estatales, de los que necesitaba veintidós fotocopias —no, solo veintiuna— por la mañana. Y así, me acerqué después a la tienda veinticuatro horas Kinko junto a la oficina de correos en Mount Auburn. Se me atascó el papel más o menos en la tercera copia y tuve que ir en busca del abotargado dependiente, quien parpadeó bajo la luz fluorescente y hurgó en la máquina con sus dedos pálidos y gordos. Tanto jaleo por unas cuantas fotocopias; pensaba que estaba simplificándome la vida, porque la copiadora del colegio siempre estaba ocupada o bien no funcionaba; y al volver a casa, me di cuenta de que me había dejado la bolsa de plástico en la mesa junto a la fotocopiadora de autoservicio número siete. Intenté llamar, pero no contestó nadie. Consideré volver, pero eran más de las once y me faltó valor para hacerlo.

Por la mañana, corrí a Kinko antes del colegio, pero la chica medio adormilada que había sustituido al chico no sabía nada sobre una bolsa de plástico. Me enseñó una caja de objetos perdidos que contenía varios juegos de llaves, un paraguas, dos guantes de invierno desparejados y una BlackBerry con la pegatina de un dragón verde en el dorso; ahí era el único sitio donde podían encontrarse las cosas perdidas. Eric estaría de vuelta a las diez de la noche, si quería pasarme entonces y preguntarle a él personalmente; pero no podía hacer nada más por mí, por desgracia.

Y así fue como me quedé sin ella; nunca sabré de dónde había

salido aquel collar o cuál era su propósito, ni sabré qué había escrito Skandar en su libro, si había escrito algo. Y, de ese modo, gocé de la libertad de imaginar muchas posibilidades distintas.

Nunca les conté que había perdido la bolsa, y si les pareció extraño que no les diera las gracias por sus regalos, nunca lo mencionaron. Pero la naturaleza imaginaria de aquel puñado de objetos sí tendría su importancia, me parece, en mi peculiar capacidad de mantener viva durante tantísimo tiempo la intensidad de mi conexión con ellos.

3

No volví a ver a Sirena hasta dos años después, en Nueva York, cuando su instalación del País de las Maravillas formó parte de la exposición inaugural en la nueva ala feminista del Museo Brooklyn. Durante casi todo ese tiempo su marchante en Estados Unidos había sido Anna Z, y las dos se habían hecho muy buenas amigas; Anna Z era más joven, y Sirena era su prometedora artista. Cuando las vi juntas al otro lado del umbral en la galería de Anna en la calle Trece Oeste, hubo algo en su relación física que me recordó a cómo había sido entre nosotras, y experimenté una tremenda oleada de celos.

Sirena, pese a ser la más menuda de las dos, parecía emanar intensidad, casi luminosidad, y Anna se inclinaba hacia ella como una planta hacia el sol. No hubo muestras de tirantez cuando me acerqué; Sirena me dio un abrazo y luego me apartó de sí para verme, con las manos en mis hombros.

—¡Nora, cariño, deja que te vea!

Nadie habría sospechado, y quizá ella menos que nadie, qué había significado para mí, qué había perdido yo y volvía a ver ahora desde una distancia triste y solitaria.

Habíamos quedado para tomar una copa, Sirena y yo, pero no para cenar: era una artista parisina llegada a Nueva York para una gran inauguración, y gente más importante que yo reclamaba sus veladas. Sirena tuvo la elegancia de presentarme a su galerista como una querida amiga artista de Boston. Eso supuso que Anna Z, un poco a lo mantis religiosa, me mirara como si fuera alguien de potencial importancia. Pero entonces quiso saber dónde «colgaba» —una expresión que parecía salida de la Casa Encantada— y noté que me ruborizaba mientras musitaba alguna chorrada sobre que las dificultades familiares me habían obligado a dejar las cosas en suspenso por el momento. Después, Anna se volvió de nuevo hacia su sol y, aparte de dirigirme un par de miradas con cierta curiosidad

y un poco de lástima, perdió todo interés en mí.

¿Y con Sirena? Habían transcurrido dos años. Dos años en los que debíamos de haber intercambiado unos diez correos electrónicos, pero en los que yo había pensado en ella —y en Skandar y Reza también— absolutamente todos los días. Era como cuando la gente decía: «No pasa un solo día sin que piense en X o en Y». Me parecía algo vergonzoso que decir, una hipérbole curiosa; pero, gracias a los Shahid, ahora lo entendía. Incluso había reservado momentos del día, y sitios también, en los que me concedía el placer de pensar en ellos. Por ejemplo, las fantasías a lo grande —unas venían de antiguo, otras eran nuevas— estaban permitidas en la cama y con las luces apagadas. Eran sueños congelados, distantes, sobre una vida de artista en Vermont o la Toscana; pero con mayor frecuencia, y con cierta malevolencia, me imaginaba en París, en un fastuoso restaurante con Skandar, con nuestras rodillas rozándose bajo el mantel, enzarzados en una discusión sobre las diferencias entre los intelectuales franceses y estadounidenses, o sobre un mundo posterior a Irak. O me imaginaba enseñándole pomposamente mi obra a Sirena en una galería espartana y muy de moda que me había cortejado, con jovencitas de negro mirándonos acobardadas y presas del asombro, temiendo intervenir. Incluso cuando los tenía, sabía que esos sueños eran impuros; después de todo, si los Shahid habían significado algo para mí había sido la huida de un mundo de apariencias, la intención de que me vieran como era en realidad. Pero no podía evitarlo; podría decirse que su forma de ser me había corrompido. La necesidad que tenía de su aprobación, y el hecho de saber qué significaba esa aprobación para ellos, habían cambiado mi personalidad misma, no digamos ya mis sueños.

En aquel momento, dos años después de la marcha de los Shahid, aún me avergonzaba estar en la escuela de Appleton; me daba vergüenza porque creía que, de haber dejado yo mayor huella en el mundo, me habrían escrito más a menudo, me habrían prestado más atención, su amor por mí habría sido más intenso; y eso me hacía desear que así fuera, qué patéticos somos a veces.

Verán, además de esas fantasías cuando me iba a la cama, me concedía disfrutar de mi secreta obsesión cuando el correo electrónico me traía noticias de los Shahid. Había creado alertas de

Google tanto con Sirena como con Skandar; y se quedarían asombrados —yo lo estaba— de la frecuencia con la que el éter me daba palmaditas en el hombro con un nuevo acontecimiento en la vida del uno o del otro. Y así, cuando me senté con Sirena en el oscuro bar cerca de la galería de Anna, ya estaba al corriente del ascenso de Skandar en la universidad y de la importante serie de conferencias que había ofrecido en Oxford en el otoño de 2006. Sabía que las conferencias iban a publicarse en forma de libro a finales de 2007, y hasta sabía cómo sería la cubierta del libro en cuestión; al igual que sabía que Skandar había cambiado hacía poco su fotografía de autor y ahora ofrecía un aspecto más definido y auténtico. Lo había oído a través de la BBC en línea, hablando sobre los bombardeos israelíes de Líbano, y eso me hizo pensar en él con mucha ternura durante días; y lo había visto en YouTube discutiendo en incomprensible francés sobre la política actual de Argelia, especialmente atildado con una impecable camisa blanca. Estaba al corriente de las críticas entusiastas que había obtenido el País de las Maravillas en París, y luego en Berlín, donde se había instalado en la Hamburger Bahnhof como parte de una exposición sobre el espiritualismo en el arte. Sabía que los coleccionistas se precipitaban a adquirir los vídeos que había filmado Sirena de la gente que visitaba la instalación, y que el tipo de Saatchi había comprado uno, incrementando con ello su valor. Sirena había filmado a un hombre desnudo recorriéndola; y a un grupo de colegiales franceses, como nuestra clase de Appleton aquella lejana tarde; y, cómo no, a una chica vestida de Alicia. Y ahora esos vídeos, o más bien selecciones y compilaciones de ellos, se exhibían junto a la instalación en sí, con lo que los visitantes sabían que los estaban filmando a ellos también; y alguien había escrito un gran artículo al respecto en *Artforum*, sobre el espectador y el *voyeur* en la obra de Sirena Shahid. Y al hacer suyo aquel truco, Sirena había animado a la gente, sin pretenderlo, a comportarse a veces de manera extraordinaria cuando visitaba el País de las Maravillas: hubo una pareja que simuló follar en público y un estudiante universitario que recorrió la instalación con un traje de conejito en felpa blanca y con enormes orejas… Por supuesto, Sirena no proyectó vídeos de esas intervenciones espontáneas, pero los desconcertados críticos escribieron sobre ellas y plantearon sagaces

cuestiones sobre el límite entre el arte y la explotación, sobre si eran testigos de arte colaborativo o mera comedia, y sobre si había en esos casos una degradación intencionada o fortuita, en un acercamiento del arte a la telerrealidad.

Dicho lo cual, nadie negaba que Sirena llevaba a cabo un arte sesudo, hermoso y conmovedor; todos decían que lo era. En el breve espacio de dos años, había logrado convertirse en foco de cierta controversia, y eso la había vuelto famosa, en Europa sin duda, pero incluso en el mundo artístico estadounidense; y así, su inclusión en la exposición feminista inaugural en el Museo Brooklyn en la primavera de 2007 no parecería, ni mucho menos, *ex post facto*, un favor o un riesgo asumido por los comisarios, sino un gesto de rigor artísticamente hablando. La famosa historiadora de arte y comisaria podía afirmar ahora que ni se le había pasado por la cabeza dejar a Sirena fuera de la exposición, como no se le habría ocurrido cortarse los dedos de una mano o incluir a un hombre.

Yo sabía todo eso por mis alertas de Google; pero fingí no saber nada. Y fue interesante —Sirena siempre era interesante, incluso cuando me hacía daño— oírla hablar de sí misma, de sus dos chicos y de aquel tiempo, ahora ya remoto, que habíamos pasado juntas.

—No me digas que no es curioso —dijo mientras acariciaba con un dedo manchado de tinta las gotitas de condensación en la copa de vino blanco—. Aquel año fue muy desgraciado para mí. ¿Te acuerdas del pobre Reza? Y Skandar estaba siempre fuera… y vaya mal tiempo hacía. ¿Te acuerdas, Nora? Nunca he pasado un período más complicado. (Pronunció mal «período»).

—Supongo que no me di cuenta de que fuera tan malo —contesté. ¿Qué otra cosa podía decir?

—¿Que no te diste cuenta de que fuera tan malo? He ahí lo extraordinario. No pudo haber sido tan malo, o lo fue con un propósito, porque el País de las Maravillas que hice… —Se detuvo y, ladeando un poco la cabeza, añadió—: Esa obra que hice con tu increíble ayuda, y que no podía haber hecho sola, ha supuesto un cambio enorme en mi vida. A veces se me olvida, porque no siempre ha sido fácil… sé que no debería decir una cosa así, porque supone ser una desagradecida por el éxito que he tenido, pero a ti, mi querida Nora —me apoyó una mano en el brazo—, puedo contarte la verdad. Resulta que estos dos últimos años han sido

duros. Tanto viaje arriba y abajo; a Reza no le gusta, y a Skandar tampoco. Mi marido no es una persona ostentosa, pero porque él es el centro de atención; y cuando la atención no es para él, no tiene una personalidad muy alegre. Puede sentirse desgraciado, y ponerse difícil, y portarse mal. Además, este año pasado su madre ha estado muy enferma… ya está mejor, pero con el cáncer, ¿puede dejar uno de preocuparse alguna vez? Pues sí, ha habido mucho ajetreo, y las cosas no han sido nada fáciles…

Durante toda esa perorata, yo la miraba a ella en realidad, esperando a que reconociera mi presencia, esperando ver en sus ojos la persona que era de verdad; pero su mirada se mantenía baja o bien iba de aquí para allá y no se centraba en mi rostro.

—Pero da la sensación de que el tiempo que pasamos en Cambridge… sí, que tan duro fue para todos nosotros, esté en una caja aparte que ahora se ha guardado, que ya no tiene un sitio en mi día a día. Aunque fue entonces cuando las cosas empezaron a cambiar, porque fue donde te conocí, amiga mía, y supuso los comienzos de mi País de las Maravillas.

—Pero ¿lo recuerdas?

Cuando le pregunté aquello tenía una visión clarísima de la luz invernal entrando por las ventanas del estudio, el fregadero con su grifo salpicado de pintura, las tazas desportilladas, los pufs y la alfombra mugrienta y decolorada bajo la mesita de café. Veía su casa adosada, podía palpar la endeble puerta de entrada de contrachapado pintado, el picaporte que encajaba mal y resbalaba; veía las manchas en la moqueta *beige* que cubría los peldaños del vestíbulo y captaba el olor levemente institucional y como a galleta que la casa había conservado incluso después de que hubiesen fumado en ella muchos cigarrillos ilícitos. No, lo recordaba absolutamente todo: el papel ceroso de las bolsas de la pastelería; la luz en su cabello en el reservado subterráneo aquella tarde en el bar de Amodeo; el sonido de los elegantes zapatos de Skandar detrás de mí en la gruesa capa de nieve, cuando me acompañaba a casa entre muros de hielo, y el intenso frío en mi garganta cuando respiraba el aire. La menuda y musculosa redondez de los brazos de Reza cuando se desvestía para acostarse y la mancha de nacimiento en su bíceps izquierdo, la caja torácica expuesta y frágil como el pecho de un ave; y la pulcra veta plateada que emergió, con el tiempo, del

rojo costurón junto a su ojo. Hasta veía a la cirujana plástica con los inesperados tacones y las manos cuadradas, y su destreza de cuento de hadas con aguja e hilo… Podría haberle ofrecido a Sirena todo eso, cualquier instante de todo eso, cual reluciente collar con una cuenta tras otra, de haberlo querido ella, pero no pareció que lo deseara especialmente.

—Oh, sí, me acuerdo si me empeño en hacerlo… ¡todavía no soy tan vieja! Pero está todo borroso en mi memoria, y oscuro, aunque ya sé que no puede serlo. Porque Boston no puede ser siempre sombría, ¿no?

—No —contesté—. Son imaginaciones tuyas. Es una ciudad bastante luminosa, la verdad.

Muchas cosas habían sido imaginaciones mías, y bien que lo sabía; pero muchas otras habían sido decidida y completamente reales, y todos esos instantes y detalles seguían siendo muy vívidos para mí, y para Sirena, eran como restos de un naufragio, arrojados tiempo atrás al amplísimo océano de su pasado. Cuando aquel avión de Air France había despegado en el aire nocturno, dos años antes, Boston fue quedando más y más lejos debajo de ella.

—Casi ni me acuerdo de haber hecho la instalación —comentó —. Pero sí me acuerdo de ti cosiendo todos los vestidos azules.

—Había muchísimos.

—¿Quieres saber algo curioso? ¿Te acuerdas de aquella postal que mandaste, la ilustración de una edición antigua de *Alicia en el País de las Maravillas*, donde sale muy grande y con el cuello muy largo?

—Sí, claro. —La había mandado casi inmediatamente después de que se fueran, mi primera misiva, que nunca obtuvo respuesta, a su mítica dirección en París, y que calculé que llegaría a tiempo para la inauguración de la exposición de Sirena.

—Bueno, pues está todavía en nuestra nevera —comentó divertida—. Ahí pegada, desde hace tanto tiempo. No sé quién la conservó… no creo que fuese yo. Reza, quizá.

Sonreí. Reza.

—Sí, de manera que ahí estás, con nosotros en todo momento. A veces voy a sacar el zumo de naranja, o un yogur, y veo a Alicia ahí, tan sorprendida, con su largo cuello, y pienso en ti.

Por fin me miró, en aquel bar tan repugnante, mientras hurgaba

a ciegas en la abultada cartera en busca de una tarjeta de crédito, y su sonrisa fue auténtica: la sonrisa de antaño, la cara que tanto había querido yo.

Fue con ese ánimo afectuoso que visité el Museo Brooklyn a la mañana siguiente, poco después de que abrieran, sola. Era la única visitante del País de las Maravillas, y me sorprendió lo acogedora que resultaba la bóveda de vestidos de Alicia, tres franjas de azul tendidas en lo alto y ondeando levemente en la brisa del aire acondicionado. La luz incidía en las flores de aspirina y arrancaba viveza a sus colores mientras cabeceaban suavemente sobre el césped verde eléctrico; y los fragmentos de espejo relucían y destellaban, imposibles de ignorar e inquietantes, pero no abrumadores. No había olvidado los desnudos, pero mi memoria había cambiado los detalles o bien los veía ahora de manera distinta: los dedos abiertos del pie de la muchacha, el peso de un pecho levemente caído y con su oscuro pezón, el delicado henchirse de una pecosa ventanilla de la nariz, la costilla que sobresalía en un ángulo equivocado, testigo de casi un siglo de vida; y eran enormes, mayores que yo, mientras que en la pantalla de un ordenador se habían visto pequeños. Como todo lo demás, se mecían levemente, como si respiraran, como si la estancia entera respirara a nuestro alrededor.

Y ahí estaba también el famoso corazón de plástico sobre su pedestal, morboso y partido en dos, con los prominentes ventrículos como tubos para soplar en el chaleco salvavidas de un avión, con las entrañas oscuras y aparentemente mojadas pese a que estaban secas; y su bombear intermitente y automático, con un leve siseo, que hacía elevarse la niebla de la valiosa agua de rosas de Sirena, que llenaba el aire —se suponía que era el alma, creía recordar—, arrasando la estancia con un aroma que era de flores y un instante después de muerte, como pasa siempre con el agua de rosas. Y, finalmente, estaba Sana, gigantesca y dando vueltas sobre todo lo demás. En aquel espacio central había un par de pequeños bancos negros, y me senté en el de la izquierda para mirar, olvidando que me estaban filmando como a todos los demás, por supuesto.

Debí de permanecer allí media hora por lo menos, en el aire

perfumado de rosas y entre las flores de vivos colores. «Devórame, País de las Maravillas, bébeme; sí, sí». Seguía enamorada de todo aquello, de ella, de ellos, y cómo iba a evitarlo si estar dentro de la cabeza de Sirena me resultaba absolutamente familiar, como si estuviera dentro de la mía, como si hubiese sido yo quien había construido ese País de las Maravillas, como si toda esa vida, todo eso, fuese también para mí. Durante aquella media hora me sentí plena, como un barco inundado y con el tembloroso menisco vuelto hacia el cielo. Me sentía —durante meses lo había sentido cada segundo, y luego se me había negado sentirlo durante dos años— como si pudiera ocurrir cualquier cosa en cualquier instante, como si todo fuera maravilla y posibilidad, la antítesis misma de un momento a lo Lucy Jordan. Me sentía intensamente viva. Y todavía creía que, de algún modo, ella, ellos, me habían dado eso. No podía enfadarme, o no del todo, con alguien o con algo capaz de llenarme de semejante alegría vital. Una tiene que amar un don como ese, y a quien se lo da.

Les concedo que eso no era gran cosa para seguir adelante, pero conseguiría sostenerme, si pueden creerlo, durante dos años más, que pasé en barbecho, aferrándome todavía a la idea de Sirena, de todos ellos, a la esperanza que me habían ofrecido.

Piénsenlo: dos años más. Más de cuatro años en total, aproximadamente mil quinientos días, y cada uno de esos días estuvieron conmigo, de algún modo. Con la sensación de que era mi obligación, de que debía pasar página, salí con varios hombres: un divorciado con tres críos, angustiado y desgastado por la amargura y la responsabilidad; un tipo de cincuenta años que parecía tan claramente homosexual que solo él ignoraba que lo era, sin duda; un budista de dedos largos y finos que hablaba terriblemente bajito y me daba ganas de aporrearle el contenido y reprimido pecho. Y, sin embargo, cada vez que me sentaba en un restaurante con uno de ellos, oía la risa de Skandar, o veía su sonrisa arrepentida, y recordaba —como en mi libro sobre las maravillas del mundo— cuántas cosas más había ahí fuera, más allá de los límites de Cambridge, Massachusetts, y deseaba darme la vuelta y huir de mi mediocridad.

Había dejado el estudio de Somerville mucho antes de que expirara el contrato de alquiler, incapaz de soportar sus fantasmas, y trataba, de forma intermitente, de trabajar en mis dioramas, sin éxito, y a la larga sin esperanza. Aguardaban bajo una capa de polvo en el dormitorio de invitados que antaño fuera mi estudio, abandonados y marginados, como cadáveres, que evitaba mirar si tenía que entrar en la habitación. Mil quinientos días, sin duda una alarmante proporción del tiempo que me quedaba en este planeta, en los que me dediqué de corazón a los Shahid. Podría decirse que no fue culpa de ellos; podría decirse que fue solo consecuencia de mi propia locura; pero no sería toda la verdad.

Envié correos electrónicos de vez en cuando, sobre todo a Sirena, pero incluso a Reza, para preguntarle si había estudiado ya los ciclos vitales, puesto que nuestros alumnos de sexto, con un nuevo profesor de ciencias, diseccionaban huevos en distintas etapas de desarrollo y proclamaban a gritos por los pasillos su asombro ante la vida. En una ocasión hasta encontré una excusa para escribir a Skandar, para pasarle un vínculo sobre una conferencia en la Kennedy School, y me contestó con un educado mensaje de un par de líneas para decirme que estaban todos bien y preguntarme si pensaba ir alguna vez a París; pero, durante la mayor parte del tiempo, no supe nada de ellos.

A principios del otoño de 2008, descubrí que Skandar había estado en Cambridge sin ponerse en contacto conmigo: un sábado por la noche, cuando puse la cadena de televisión local, ahí estaba él con su chaqueta arrugada, formando parte de una tertulia sobre las relaciones raciales en Estados Unidos —que en ese caso quería decir relaciones con los árabes— y hablando con elocuencia de los posibles cambios en el panorama social que podía traer consigo la elección de Obama. El programa se había filmado cinco días antes de la emisión; tuve la seguridad de que ya había puesto pies en polvorosa. ¿Me dolió? Sí, pero no me sentí ofendida. Piensen en lo que había entre nosotros, y en lo que nos separaba. Más valía que estuviésemos cerca solo en nuestros corazones. Además, en esos viajes relámpago de trabajo que hace la gente importante, no se dispone de tiempo para ver a los viejos amigos, aunque se quiera. Yo ya lo sabía.

La vecina de arriba es así. Mantiene el control. No arma jaleo,

no comete errores y no llama llorando a la gente a las cuatro de la mañana. No revela secretos que resultaría impropio tener. Cumple cuarenta y se ríe de ello, y bromea con que ahora necesita martinis y sobre que los cuarenta son los nuevos treinta, y no dice en voz alta lo que nadie más dice en voz alta pero todos piensan: «¡Vaya, supongo que ya nunca tendrá hijos!», y luego algo menos admisible todavía: «¿Será que no quería tenerlos o nunca llegó a ponerse a ello?, (qué estúpida, vaya manera de organizarse mal el tiempo)», o «¿será que tiene algún impedimento físico, pobrecilla?» (algo digno de lástima); «en cualquier caso, ¿cómo es que sigue soltera? Tampoco es que su carrera haya sido tan espectacular… No es más que una maestra, y entre las maestras, ni siquiera es una Shauna McPhee».

La vecina de arriba sabe que todas esas cosas se dicen por ahí, y detesta saberlo, y la pone furiosa, y oculta valientemente tanto el hecho de que lo sepa como su furia, y todo el mundo recuerda la celebración de sus cuarenta, en el bar del hotel Charles, como la mejor fiesta a la que han asistido en mucho tiempo, una fiesta como las de antes de que hubieran cónyuges y niños, y hay que reconocérselo: Nora Eldridge sabe muy bien cómo hacerte sentir que los cuarenta son los nuevos treinta; sí, vaya. Una sabe todas esas cosas, y las entierra muy hondo, como a los muertos, pero siempre están ahí, los esqueletos están ahí y una está siempre con ellos.

Una nunca cuenta la historia de su amistad con los Shahid por toda una serie de razones —al fin y al cabo, tiene su dignidad—, pero una de ellas es que no desea parecer una de esas personas desagradables capaces de revelar, solo con la manera de relatarlo, que la gente como los Shahid es más atractiva, que está más arriba en su altar personal que la persona a quien le está contando la historia. La vecina de arriba, que ofrece al mundo una faceta eternamente compasiva, jamás tendría algo parecido a un altar personal. La vecina de arriba no tiene esa clase de aspiraciones egocéntricas. No debe dar la impresión de tener un corazón mezquino. ¿Quién sería capaz de dar su amor a un corazón mezquino y solitario?

Skandar, Sirena, Reza: cada uno de ellos era, a su manera, mi monje negro. ¡Llevaba un verdadero monasterio dentro de mí! Cada uno, en mis apasionadas conversaciones íntimas, me concedía algún aspecto de mis deseos más fervientes y ferozmente escondidos: vida, arte, maternidad, amor y la gran y seductora promesa de que yo era alguien, de que podían verme como era de verdad, como ese ser oculto y sin barniz que anidaba en mi interior, la preciosa niña sin máscara, que nadie había visto durante décadas, y que podía —no solo podía sino que debía— dejar huella en este mundo. Y si era así, podría ser una artista; entonces me estaría permitido. ¿Quién iba a permitírmelo? Ellos. Ellos lo harían. Y ¿cómo me lo permitirían? Estaba esperando una señal.

Huellas, señales; esperaba cualquier indicio de lo que yo podía haber supuesto, de que había significado algo siquiera. Y por fin, hace solo unos meses, ese indicio llegó. Por fin, el esclarecimiento absoluto, la confirmación de lo que yo significaba para ellos. Sí, una pasa muchísimo tiempo presa de la duda, envuelta por la duda y atormentándose con ella; y entonces, de pronto, llega por fin la certeza.

4

He aquí lo más sorprendente de la vida, en realidad: las cosas más grandes —y a veces fatales— ocurren en un simple abrir y cerrar de ojos, en un estremecimiento como el de la mano de mi madre. Y a veces una tarda mucho tiempo en captar siquiera la importancia de un acontecimiento porque no puede creer que algo tan trascendental pueda parecer tan anodino.

La tía Baby murió, de repente, gracias a Dios, entre Acción de Gracias y Navidad del año pasado. Nunca la atormentó la mala salud, que era su gran temor de solterona, y vivió lo suficiente para ver investido al nuevo presidente y para confiar, piadosa como era, en que Dios tuviera cierto control sobre la economía. Cuidadosamente frugal, no murió sin un céntimo, y aunque su herencia se dividió entre seis —Matthew, yo y los primos lejanos de las fotografías— aún quedó, tras la venta a la baja del apartamento en Rockport, descontados los impuestos, la bonita suma de más de cien mil dólares por cabeza. Matthew y Tweety dijeron que destinarían su legado a financiar los estudios universitarios de la mocosa; la pareja sensata que tomaba la decisión sensata. A mi padre no le cayó dinero, pero se le encomendó la custodia en la Tierra de dos grandes y nada bonitas pinturas victorianas de vacas en el campo, con marcos muy recargados, y de un juego de té de plata.

El apartamento se vendió en abril, y en cuanto hube recibido el legado de mi tía, tomé una decisión radical: decidí cogerme un año de excedencia en Appleton. Tenía dinero en el banco e iba camino de la mediana edad; para entonces había cumplido ya los cuarenta y dos y veía acercarse los cuarenta y tres. Tenía un poco de artritis en la rodilla izquierda, lo cual me hacía correr aún más, y había empezado a teñirme el pelo para tener un aspecto normal. Necesitaba gafas para leer la letra pequeña en el frasco de aspirina. Y todo eso en el espacio de un par de años. La muerte que llamaba

a la puerta. El francotirador en el tejado. Casi había renunciado a tener un hijo propio, pero eso no significaba que no quisiera tener niños. Creía haber renunciado, de una vez por todas, a la fantasía de ser una artista de cierto renombre, pero diría que aún confiaba en crear arte; y supongo que pensaba que el impedimento era el tiempo, o más bien la falta de él.

Además, llevaba diez años dando clases en Appleton, toda una década, y hasta Shauna McPhee estaba pasando a otra fase (aunque no de forma voluntaria, en su caso: la revolución de padres en su contra, que nunca había remitido, había provocado el traslado de ciertos funcionarios en el ayuntamiento, quienes a su vez la habían trasladado a ella). Y así, la razón oficial en mi caso fue que, tras los largos servicios prestados, necesitaba un breve descanso, para cargar las pilas, para redescubrir el mundo; y la razón que vieron los demás fue sin duda que necesitaba bregar con alguna pequeña crisis de la mediana edad: ay, la pobre Nora ha trabajado muy duro, una mujer tan dulce como ella, tan paciente con los niños, y ha tenido que hacerles frente a muchas cosas, ¿saben? Y la razón oficial verdadera fue que necesitaba tiempo y espacio para hacer una intentona con mi arte, porque aquellos últimos años no había sido capaz de dedicarme a él con las exigencias de la escuela y de mi anciano padre; y la razón secreta verdadera fue que me sentía desdichada, porque, pese a los años transcurridos, todas las noches, cuando me metía en la cama, seguía aferrándome a los jirones que me quedaban de los Shahid —y que eran bien pocos, un puñado de someros correos electrónicos y aquel único contacto en persona con Sirena—, y al aferrarme a ellos, seguía confiando en disfrutar de aquella existencia más rica y plena, más maravillosamente abierta y despierta, que antaño me pareciera tan brevemente posible. Bien pasados los cuarenta ahora, deseaba de verdad concederme la oportunidad de disfrutar de esa vida, aunque en realidad no sabía qué podía traer consigo.

Me inscribí en un curso de escultura en la facultad de Bellas Artes, que empezaba en septiembre, y en otro de cerámica cerca de la avenida de Monsignor
O’Brien,
porque me dije que quizá me hacía falta explorar nuevos medios. Encargué una cara cámara digital a través de internet, para explorar

por mí misma el mundo de la fotografía. Era una maestra planificando el currículum de una sola discípula: yo. Saqué libros de la biblioteca —de Emmet Gowin, de Sally Mann, con fotografías impresionantes, maravillosas, íntimas—, y al hacerlo me percaté de que no tenía familia alguna a la que fotografiar, con excepción de mi padre, o de Matthew, Tweety y la niña, que no contaban.

Lo más espectacular que hice fue reservar un viaje a Europa en verano. ¿Por qué no? No le pregunté a mi padre si le gustaría acompañarme. Sí le sugerí a Didi, medio en broma, que viniese conmigo —sin Esther y Lily, se daba por sentado—, y se echó a reír.

—¿Cómo vas a conocer tíos si me llevas a remolque? ¡No te conviene llevar una amante lesbiana de pacotilla como elemento disuasorio para parejas potenciales!

—No se trata de conocer a nadie. Qué idea tan ridícula.

—Bueno, pues debería tratarse de eso. Ya va siendo hora.

—¿Hora de qué?

—¡Estás en tus años de plenitud! Como la señorita Jean Brodie, ¿te acuerdas de ella? No duran para siempre, de modo que no los malgastes.

—¿Que no los malgaste?

—Nora *Adora*, ¿tengo que decírtelo sin pelos en la lengua? ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo?

Me encogí de hombros.

—No intento restregarte por las narices la vida doméstica. No estoy diciendo que lo que yo tengo sea para todo el mundo. Si no es lo que tú quieres, me parece genial. Pero tienes que querer algo.

—¿Y si no es así?

—Si dices que no, te mientes a ti misma o bien me mientes a mí. Porque sé que eres la clase de persona que desea cosas.

—¿Y si me he convertido al budismo, como llevas tú deseando que haga todos estos años?

—Budismo… y una mierda. Un cachorrito de labrador es más budista que tú. Nora, prométeme que no se trata de lo de siempre.

—¿De qué estás hablando?

—Budista no eres, pero obsesiva, sí. Te conozco demasiado bien, y sé que escondes cosas bajo tu roca, para mordisquearlas cuando estás sola. Así que te lo pregunto, y no me vengas con chorradas, ¿es lo de antes, lo de siempre?

La quise un montón por preguntármelo. El suyo era el gesto de una amiga de verdad, y una no tiene muchas en la vida. Pero me reí con una despreocupación que no me sabía capaz de fingir.

—Estás como una real cabra. No tengo ni idea de qué hablas.

El viaje entero a Europa de aquel verano —casi tres semanas— giraba en torno a París, en realidad. Se trataba de estar en París cuando ellos estuvieran allí. Como es obvio, no tenía planeado pasarme las tres semanas en París, sino solo cinco días. Pero ellos viajarían primero a Italia, para ver a la familia de Sirena, y luego, tras una breve parada de vuelta en casa, pasarían una temporada en Beirut. Reza acababa el colegio a finales de junio y se marcharían de inmediato; así pues, me aseguré de organizar mi visita a la Ciudad de la Luz para coincidir con ellos.

No visitaba la ciudad desde mis tiempos de asesora, una época de lujos, tan distante ahora como un sueño, en la que me alojaba en el Royal Monceau y pedía al servicio de habitaciones, con un desayuno que aún recordaba por sus cacharros de peltre pesado y reluciente y su tieso mantel blanco, con el carrito rodando en silencio por la alfombra hasta quedar de cara a la ventana, como si se tratara de mi restaurante privado. Esta de ahora sería una experiencia más modesta: había reservado una habitación individual en un tres estrellas cerca de Saint Michel, que se llamaba (cabía esperar que de forma epónima) Plaisant Hotel, una versión del siglo XXI de un hotel de Jean Rhys, como me pareció al consultar la página web, con angostos pasillos y suelos que crujían y una deficiente instalación de agua, y el brillo de la pintura verde salvia en unas paredes que antaño estuvieran empapeladas de damasco carmesí saturado de humo.

¿Fue extraordinario y memorable mi viaje? ¿Hace falta que lo pregunten? Puedo poner por las nubes los inmensos espacios en la carretera hacia Oban o la niebla preñada de sol que pende sobre la tierra a primeras horas de la mañana en Grasmere. Puedo describir mi encantador hotel en Bloomsbury con el pequeñísimo baño integrado en la habitación y, sin duda, el lavabo más diminuto que

ha conocido el hombre. Puedo aburrirles con fotografías del Big Ben o de la bahía de Nápoles y contarles chismes sobre Nelson y Emma enamorados, o sobre Ana Bolena en la Torre. Sin pensar, compré recuerdos para enseñárselos a mi clase de tercero, solo para recordar que ese año no tendría una clase de tercer curso. Charlé con una familia de Milwaukee en la mesa contigua mientras comía pan con queso tostado, típico galés, en Fortnum & Mason, y compré cuatro copas de champán con el borde dorado y nada prácticas en el mercado de Portobello, que luego tuve que arrastrar por media Europa en una caja especial con asa, como si fueran cáscaras de huevo, o una bomba.

Bastante al principio, en una casa particular en Grasmere que alquilaba habitaciones, tendida en la cama contemplando con un ojo cerrado el papel pintado con espigas y el lavabo azul claro en un rincón, me dije que podría pasarme así el día entero y a nadie le importaría. Podría mentir y decir que había visitado la casa de Wordsworth sin ver nada en absoluto, sin hacer otra cosa que comprar una postal en la tienda de recuerdos; pero probablemente no me haría falta mentir, porque ¿quién iba a preguntarme nada? Lo que por fin me puso en marcha no fueron mis propios deseos —no tenía ninguno, excepto llegar a París— sino la posibilidad de perderme el desayuno inglés que preparaba la señora Crocker, con su delantal de encaje y sus apreciativas miradas; y que, si no salía relativamente pronto de la casa, la misma señora Crocker aparecería ante mi puerta con un delantal distinto, el de las tareas domésticas, con escoba y pala y un cubo lleno de disolventes, y me echaría con gesto hosco de la habitación. Mi motivación, incluso cuando siento vergüenza por adelantado, siempre reside en los demás. Se puede sacar a la vecina del piso de arriba, pero nunca conseguirás que deje de ser la vecina de arriba.

Nápoles fue ligeramente mejor, porque fui capaz de sentir cierto interés genuino en los alrededores, y porque la ciudad medio desmoronada y llena de basura me asustaba, y el miedo es una emoción intensa, una emoción con la que he tenido muchos tratos en mi vida. Cuando salí de un museo vacío y debí recorrer sola el parque desierto que lo rodeaba, tuve que preguntarme si la causa de mis palpitaciones y mi falta de aliento era que mi vida corría un riesgo genuino, o me limitaba a dejarme llevar por un hábito con la

esperanza de que mi miedo me mantuviese a salvo. ¡A salvo! Cuando se tienen más de cuarenta, nadie está a salvo. De repente, un avión es el sitio más seguro del mundo. La muerte y sus fanáticos adláteres —el miedo, la desesperación, la enfermedad— pueden encontrarte en cualquier parte, y la armadura de la juventud ya no te protegerá. Sirena tenía a Skandar, y Skandar, a Sirena; al igual que mi madre, ahora lo entendía, había tenido a mi padre, por humilde protector que pudiera haber sido; y él la tenía a ella. Matthew tenía a Tweety; Didi tenía a Esther; la tía Baby, por supuesto, habría tenido al Señor, pues, aunque no era estrictamente una esposa de Cristo, había vivido con Él la mayor parte de su vida. Y yo, cruzando al atardecer a grandes zancadas el parque desierto, solo me tenía a mí misma.

¿Quién es ese que camina siempre a tu lado? Nadie, joder, muchísimas gracias. Camino sola.

El Plaisant Hotel resultó en efecto maravillosamente agradable; estaba acurrucado en un callejón sin salida en la parte menos a la moda de Saint Michel, y daba a un jardín tapiado. La fachada de estuco se había embellecido con ventanas que alternaban el morado, el azul y el rojo sin orden ni concierto, y desde fuera casi parecía inglés. Mi habitación daba a la calle, con unas de esas maravillosas balconeras antiguas (con ese pomo de forma oval que mueve una larga falleba metálica y la encaja en su hueco, un mecanismo anticuado y de una simplicidad futurista al mismo tiempo) que se abren prácticamente al vacío, o a un vacío del que una solo queda protegida por un balcón del más delicado hierro forjado. Cuando entré en la habitación y dejé las maletas y abrí las balconeras de par en par, la alegría de hallarme en París me recorrió en oleadas. Mi hotel no tenía servicio de habitaciones y las vistas consistían en coches aparcados y jardines llenos de maleza y no en la torre Eiffel o el Arco de Triunfo, pero no importaba: el tono particular de las sirenas de policía me resultaba exótico, como también lo eran el olor a goma quemada en el metro y el dorado rojizo de la piedra de los monumentos bajo la luz del sol. Todos los clichés de una ciudad son nuevos para cada visitante individual y no son por tanto clichés; al igual que el amor, pese a los míseros

medios de que disponemos para expresarlo, es completamente nuevo cada vez que lo experimentamos: puede resultar pirotécnico en su intensidad o lento y tierno pero abrumador, como un glaciar al recorrer un paisaje; o evanescente pero soberbio como el campo de las luciérnagas en
Martha's
Vineyard en mi juventud. Sea como sea, cada vez resulta familiar y nuevo al mismo tiempo, como si tuviera dos caras.

Y en cuanto a París, el joven norafricano en la recepción del hotel me sonrió con expresión de complicidad; el camarero en el turístico café en Saint Michel donde me detuve a tomar una copa la primera tarde —una cerveza muy cara, pero con vistas magníficas de Notre Dame— me preguntó por qué viajaba sola una mujer tan guapa como yo. Tonterías bastante prosaicas pero cautivadoras; unas normas de conducta distintas, una Casa Encantada diferente, aunque quizá más aceptable por el mero hecho de ser desconocida. Pero me hizo preguntarme una vez más hasta qué punto lo que adoraba de los Shahid era su condición de extranjeros, su exotismo y su no permanencia, y si todo aquel tiempo yo habría suspirado por ellos sencillamente porque no podía tenerlos. Había pasado tanto tiempo que ahora eran meros productos de mi imaginación.

La diferencia consistía en que ellos estaban vivos y coleando. Mi madre ya no lo está, ni siquiera la tía Baby; y no hay un solo lugar en esta tierra en el que pueda encontrarlas. Y en cambio, en la tarde de mi segundo día en París, tal como habíamos acordado por correo electrónico y confirmado por teléfono (¿sentí acaso una pequeña punzada, un escalofrío, al oír la voz de Sirena? ¿O ahora, en mi cabeza, oía una voz distinta, que en definitiva prefería?), cogí un taxi hasta el barrio un poco sórdido, como dictaba la moda, donde vivían, al otro lado de la Bastilla.

Había pasado un montón de tiempo imaginando su casa, y la realidad, inevitablemente, no se correspondía. El edificio estaba en la acera equivocada de la calle. El vestíbulo era más pequeño de lo que esperaba. Pero el ascensor, de esos antiguos con enrejado de acordeón, era exactamente como lo había imaginado, y en consecuencia demasiado pequeño para que me atreviera a cogerlo. Subí andando cuatro pisos, y de pronto ahí estaban… no, ahí estaba Sirena, en el umbral, con las patas de gallo más pronunciadas, los

hombros más cuadrados, y aunque me llevó varios minutos caer en la cuenta del cambio, con el cabello completamente negro —debía de haber pensado que ya estaba bien de experimentar con el envejecimiento—, lo que la hacía verse, por irónico que parezca, más vieja. Quizá, simple y llanamente, estaba más vieja. «Ya tenemos una edad», como dice la gente, y yo también digo ahora. Ella me lleva unos años, de modo que se acerca peligrosamente a los cincuenta. Dijo todo lo que tocaba decir, al igual que yo, y nos dimos un abrazo, y esperé que mi corazón se abriera. Pero cuando me hizo pasar al apartamento, el pensamiento que acudió espontáneamente a mi cabeza fue: He aquí alguien a quien antes amaba. O incluso: He aquí alguien que se parece muchísimo, pero de forma no del todo perfecta, a alguien a quien yo quería. Si algo no deseaba sentirme era nostálgica y melancólica. Tenía mis argumentos en contra de esta gente que había metido mi alma en la maleta junto con sus sábanas y libros, y la había retenido sin prestarle atención durante todos esos años. Tenía argumentos en contra de los tres monjes negros que habían profetizado para mí —y prácticamente prometido— un futuro que no había empezado aún a materializarse; y que, con sus promesas a cuestas, me habían abandonado como si fuera un simple objeto de diversión; tenía argumentos…

Pero ¿quién podía tener argumentos contra esa risa? ¿O contra la sonrisa perdida tanto tiempo atrás de Skandar, como si lo hubieran dejado caer en paracaídas en su propia sala de estar y no supiera muy bien dónde estaba? Él también pareció sinceramente contento de verme —¿cuánto tiempo hacía?— y, después de darme un abrazo, me sostuvo unos instantes de la muñeca, casi sin pensar; me dije que era como si Sirena no estuviese en la habitación y como si yo, por extraño que suene, fuera una niña. Entonces Reza salió de su habitación en algún lugar al fondo del piso: me esforcé en ver en aquel hombrecito desgarbado y de pies grandes, con facciones extrañamente proporcionadas como suele pasar con los chicos casi pubescentes —había un grano, sí, quizá hasta dos, en su barbilla—, a mi niño perfecto. Ahora tenía las cejas francamente pobladas, y la voz le estaba cambiando; pero aquellas pestañas, aquellos ojos seguían ahí: sí, era perfectamente reconocible. Pero no en sus modales, pues cualquiera hubiese dicho que no me conocía, o que

había sido él quien había besado mis pechos desnudos entre las flores de aspirina; se le veía muy tímido e incómodo, me miraba con la cabeza gacha como una doncella remilgada, moviendo los enormes pies y frotándose las manazas, que parecían salidos de una marioneta de adulto en su cuerpo de niño. Me fijé en que llevaba los rizos más largos, como dictaba la moda. Supe que iba a ser el chico con quien soñarían las chicas. Lo había sabido siempre, desde la primera vez que lo vi. Hasta tal punto dio muestras de un alivio palpable cuando su madre le dijo que se fuera a hacer los deberes, que nos pondríamos al día en la cena, que tuve que dejarlo ir de buen grado. Cuando hubo cerrado su puerta, Sirena puso los ojos en blanco, más típicamente maternal en ese instante de lo que la había visto nunca.

—¿Deberes? Vaya cosa tan absurda acabo de decir, ¿no te parece? A esta edad es todo Facebook, constantemente. Van de los videojuegos al Facebook; para los chicos, ese es ahora el proceso de socialización. —Soltó una risita mordaz—. Estoy pensando en cómo convertir eso en arte, la verdad, cómo expresar algo al respecto, pero no es fácil… Nora, amiga mía, ¿un cóctel? ¿Una copa de vino? ¿Qué te apetece tomar?

Y se lanzó, nos lanzamos todos, y fue como antes, pero también distinto. Al igual que Reza le había enseñado a ser madre, día tras día a lo largo de los años, también ella había aprendido, desde la última vez que habíamos pasado tiempo juntas, a considerarse una artista importante para el mundo; y eso resultaba obvio, y hasta un poco cansino, incluso cuando se suponía que hablaba con tono desenfadado de su obra.

Un científico que conozco me explicó una vez que para lograr la fusión nuclear —que por lo visto resolvería la crisis energética global— hay que reproducir de forma exacta las condiciones del nacimiento de una estrella. Y eso es obviamente muy difícil, muy excepcional y muy efímero. Y, en la sala de estar de los Shahid, comprendí que me había enamorado no solo de una configuración particular de personas, sino de esa configuración particular en un momento particular de sus vidas y la mía. No habría importado que yo fuera Peter Pan y nunca cambiara: en cuanto Wendy empieza a

cambiar, el idilio llega a su fin. Cada uno de ellos había cambiado pese a que era prácticamente el de siempre. Su configuración era distinta. No podía reproducirse lo de antaño.

Eso no supuso que no valiese la pena. Éramos amigos. Todavía me daba envidia la familia que formaban; y sentí una dolorosa ternura ante ciertos gestos, ciertas expresiones y tics que me hicieron volver al pasado. Pero me fui de allí —con la promesa de que Sirena y yo comeríamos juntas, o al menos desayunaríamos, el jueves (yo volvía a Boston el viernes)— pensando que me había equivocado al creer que la confianza se habría roto, exultante por la calidez y el encanto que habían derrochado y por una botella de vino como mínimo, emocionada por la cena que Sirena había preparado…

(–Oh —exclamé—, ¡te has acordado! ¡Qué detalle!

—¿De qué?

—De aquella primera vez que me invitasteis en Cambridge. Preparaste este mismo estofado.

—¡Imagínate! Lo había olvidado por completo. Me temo que no es más que un indicio de lo limitado de nuestro…

—Repertorio —intervino Skandar guiñándome un ojo.

Y no supe muy bien si con aquel guiño pretendía decir que él también se acordaba de aquella noche, o estaba simplemente de acuerdo en que nos burlásemos juntos de su mujer).

… Conmovida por los detalles que Reza recordaba de nuestra clase de Cambridge de tanto tiempo atrás: las pinturas, las gemelas, los horarios. Cuando cenábamos, traté de distinguir algún rastro de la cicatriz junto a su ojo; cuando se inclinó hacia la luz, creí advertir una levísima línea blanca, aunque no tuve la certeza de que así fuera. Todavía los amaba a los tres, aunque de forma distinta. Me sentía llena de perdón, y de cordura. Pero no de esperanza. Cuando me dejé caer en mi agradable cama de mi agradable habitación en el agradable hotel, fui consciente en mi semiinconsciencia de que sentía lo contrario de la esperanza, y que no era otra cosa que desesperación. Tuve claro, justo antes de que el sueño se me llevara, que por eso había elegido un hotel post Jean Rhys, anti Emily Dickinson y en absoluto Virginia Woolf: porque absolutamente todo en su agradable aspecto insistía, sin discusión posible, en que allí no se cometían suicidios.

Tenía toda esa rabia dentro de mí. Años de ella, décadas, mi cuerpo estaba lleno de ella, ensangrentado con ella. Y había cruzado el Atlántico para dejarla toda en un felpudo. Casi como un chantaje: ámame de forma absoluta, o quédate esta mierda que te dejo. Tenía todo un filón de esa rabia. Sí, el término encaja aquí. Había que mitigarla o endilgársela a alguien. Y, sin embargo, aunque me fui de su casa sintiéndome bienvenida, incluso querida, se trataba de una clase distinta de amor, más pequeño, del que había deseado; no era tanto un glaciar o unos fuegos artificiales como un chal ligero que protegiera de una brisa nocturna. Era amor, sin duda, pero resultaría inútil en un vendaval.

5

En París hay mucho que ver y mucho que hacer. Tanto que me maravillo de haberlo visto. Una maravilla que haya visto que podía verlo. Pero había pasado tanto tiempo aprendiendo a encontrar e interpretar las referencias a Sirena y Skandar que haberme perdido todo eso habría supuesto una impresión de otra clase. La verdad es que disponía de un montón de tiempo en París, de cinco días enteros. Llegué un lunes y me marchaba el viernes. La cena había tenido lugar el martes. Tenía que llamar a Sirena el miércoles por la noche o el jueves por la mañana. El miércoles, me levanté y bajé por la escalera hasta el comedor donde servían el desayuno, un delicioso atrio con macetas con flores en los rincones y una fuente eléctrica contra una pared, un querubín desnudo con un aguamanil invertido que arrojaba un hilillo de agua en una tina con forma de concha, espectacular y alegremente *kitsch*. Iba cargada con mi *Pariscope*, en el que aparecía absolutamente todo: películas, salas de fiesta gays, recitales de poesía, exposiciones en galerías.

Ignorando mi derroche entusiasta de migas de *baguette* sobre el mantel, en mi ropa y el papel de prensa, pasé de largo la programación de los museos para centrarme en las galerías privadas. Era una ciudad, al igual que Nueva York y a diferencia de Boston, donde un marchante particular podía montar una exposición de litografías de Picasso. O donde podían verse las enormes fotografías de Chernobyl de Robert Polidori, a la venta a veinte mil euros cada una. Busqué el nombre de Sirena casi por pura distracción, pues me había dicho durante la cena que en ese momento no tenía ninguna instalación importante: la próxima era un encargo para un espectáculo en grupo en la galería Serpentine de Londres, la primavera siguiente, sobre el tema del renacimiento y la renovación. Pero ahí estaba, en la programación de una galería en el *septième arrondissement*, una exposición que solo estaría abierta unos días más. Se titulaba «Después del declive: las cintas

del País de las Maravillas». Allí estarían, sin la instalación en sí, los vídeos que había hecho de la instalación o dentro de la misma, para que la gente respondiera a las reacciones que suscitaba su obra.

Me pareció que le hacía un favor si iba a verlos, pues los vídeos, por lo que a mí concernía, eran la parte menos interesante de su arte, aunque sabía de varios críticos importantes que no estaban de acuerdo conmigo; y sabía que si me parecían horribles siempre podía limitarme a mentir, a fingir que no sabía nada sobre ellos. Me dije que había que reconocer la modestia de Sirena al no hablarme de esa exposición; o quizá el mérito era de los aires arrogantes que se daba ahora: quizá pensaba que los vídeos eran demasiado insignificantes para molestarse en verlos. Fuera como fuese, iría por curiosidad, pura o impura, a ver qué me parecían. Si tenía alguna sensación de estar espiándola, era muy pequeña comparada con todas las alertas de Google que había estudiado con asiduidad, todos los detalles que había acumulado y atesorado como si ella misma me los hubiese contado, como si tuviéramos el contacto regular que deberían tener dos buenas amigas.

Decidí visitar el Louvre aquella mañana, y luego el museo d'Orsay, y después volver andando a mi hotel a través del Barrio Latino. No resultaba ni forzado ni peculiar pasar ante la galería Werther; con ese itinerario en la cabeza, casi podía encontrármela por casualidad. Sirena no podría acusarme de haberme desviado de mi camino, desde luego.

Hacía calor, los museos estaban a rebosar, y visitarlos era agotador. El único respiro lo encontré en el ala del Louvre que alberga las dependencias de Napoleón, llenas de tejidos de brocado y muebles dorados, salas enteras de vajillas y cuberterías sin interés para nadie (incluida yo) y, en consecuencia, prácticamente desiertas. Cometí el error de almorzar tarde, cerca del museo d'Orsay, en un restaurante discreto en una calle apartada y astronómicamente caro, donde la impresión me hizo pedir tan solo un entrante, un diminuto pastelito de hojaldre con una cucharada de cremoso pollo como relleno y guarnición a base de berros; seguramente no fue sustento suficiente para la maratón, digna de la estación Grand Central, que supuso el segundo museo. No sé por

qué, tenía la sensación de que debía ver lo máximo posible —¿quién sabía cuándo iba a volver a París?—, y me obligué por tanto a recorrer los pasillos estrechos y abarrotados estirando el cuello para ver las pinturas, impedida por el aparato de audioguía, en medio de una masa que avanzaba lenta e imperturbable, como bueyes, a través de las salas.

Fue todo un poco excesivo. Cuando salí, debería haber parado en una pastelería a tomarme un *éclair*, o al menos un café reconstituyente. Pero me intimidó un poco que todo fuera tan francés, no me vi con ánimos de dirigirme a la dependienta con mi atroz chapurreo o de recurrir, para su triunfal desdén, a mi inglés americano. Recorrí las calles con andar tembloroso y las distancias me parecieron más largas de lo previsto. ¿Y por qué les explico todo esto? Pues para excusar, o atenuar, lo que sentí después, que habría sido dramático de todas formas, pero que sin duda se vio intensificado por mi vulnerabilidad en aquel momento.

La galería Werther se hallaba en una calle muy de moda paralela al Sena, a unas manzanas del río pero por debajo del Boulevard Saint Germain. A media tarde las aceras estaban muy animadas, aunque ni por asomo tan llenas como los museos; y, sin embargo, la galería estaba muy tranquila, desierta a excepción de un lánguido joven con camisa y tejanos negros que se limitó a hacerme una inclinación de cabeza cuando entré. La sala tenía el techo más bajo de lo que habría imaginado, y era más pequeña. Pero era muy sobria, y blanca, con un suelo de cemento azul, y tenía toda la pinta de ser la galería que uno habría esperado para una estrella.

Había seis pantallas de vídeo —enmarcadas, iluminadas por detrás, muy planas y muy chic— colgadas en las paredes. Yo andaba en busca, en parte, de mis preciosos críos de Appleton, de mi año paradisíaco perdido. Los vídeos no parecían tener un orden narrativo concreto, ni forma o duración particulares. Uno parecía consistir en fotogramas fijos que formaban un empedrado sin ton ni son; otro, en el que cuatro visitantes anónimos de la atestada exposición empezaban a girar ante el vídeo de Sana, se había ensayado claramente de antemano y me recordó a un anuncio de teléfonos móviles, filmado en Heathrow, que había visto en YouTube. Para cada pantalla había auriculares en un poste, por los que podía escucharse una de las tres bandas sonoras, todas ellas

incongruentes, a veces divertidas. Y yo iba pensando, casi con envidia: «Es buena. Esto se le da muy bien, sea lo que sea».

Mi vídeo fue el último que vi. Se proyectaba en la parte posterior de una columna en el centro de la galería, de modo que al principio ni se advertía que estaba ahí. Desde lejos parecía más granuloso, menos profesional que los demás, como una cinta de los años ochenta con aquella titilante espontaneidad, aquella sensación de descubrimiento inesperado. Y advertí también al acercarme que era uno de los dos únicos vídeos señalados con un topo rojo, lo que significaba, como había leído en el folleto que había cogido en la entrada, que la edición estaba agotada. Había cinco copias de cada vídeo a la venta, pero de este no quedaba ni una.

Cuando me acerqué, comprendí que no estaba viendo el mismo País de las Maravillas que aparecía en los otros vídeos. Aparte de que la imagen tenía más grano, la composición en sí era parcial, inacabada, y estaba iluminada de forma distinta. Era, de hecho, el País de las Maravillas que yo conocía, el de nuestro estudio en Somerville. Me dio un vuelco el corazón. Pensé que vería a Reza, como era entonces, corriendo alborotado entre las flores de aspirina. Quizá mi intervención a gritos no lo había estropeado del todo, al fin y al cabo. Pensé que vería a Chastity y Ebullience envolviéndose con trozos de la tela azul de Alicia, tropezando y cayendo una sobre la otra, o incluso a Noah cogiendo las flores y peleándose con Reza; y entonces llegué lo bastante cerca para comprobar qué mostraba el vídeo en realidad. Y no pude evitarlo, ¿saben? Me quedé sin aliento. No podía respirar. Se me nubló la visión y todo se volvió negro, como si estuviera en un túnel, y luego ya no vi nada.

El joven vigilante tuvo que levantarme a pulso, lo que supuso una gran humillación para ambos. Ni siquiera se molestó en hablar francés; fue obvio que mi ropa, o mi figura, o la sensatez de Nueva Inglaterra que proyectaba, proclamaban que era americana.

—¿Se encuentra bien, señora?, —no paraba de repetir—. Está bien, ¿no? ¿Se encuentra bien?

Sacó su propia silla de detrás del escritorio y me hizo sentarme en ella. Me dio agua. Me sugirió que agachara la cabeza entre las rodillas. Resultó más práctico en todos los frentes de lo que podría haber sugerido su aspecto, pero noté también que mi presencia le producía irritación, que le parecía alguna vagabunda llegada de la calle para contaminar su inmaculado templo al arte de Sirena. ¡Dios nos libre de que su templo se viera contaminado!

Y, sin embargo, era eso lo que mostraba el vídeo, para que lo viera el mundo entero: la contaminación del País de las Maravillas, llevada a cabo nada menos que por mí misma. El hecho de que estuviera esencialmente tendida boca arriba en las imágenes, y medio desnuda, y fingiendo ser Edie Sedgwick (aunque el espectador no sabría eso), el hecho de que el lánguido joven nunca habría sospechado que la ferviente masturbadora del vídeo del País de las Maravillas era la sensata vecina de arriba de las zapatillas Merrell que había robado su silla y perturbado su calma, no volvía menos cierto todo eso.

De algún modo, me habían filmado en ese momento tan íntimo. De algún modo, me habían visto; y así, podía ser exhibida, como un objeto, como una de las artistas de mis dioramas. Podía ser sacrificada. En los últimos cursos de la escuela, les enseñamos ética a los niños: les preguntamos si apretarían un botón que matara a una persona anónima en China si con eso ganaran un millón de dólares. Si apretarían el botón si hacerlo los volviera famosos. Si nadie supiera que habían apretado el botón. Si significara que el mundo entero te consideraría una artista. Si mostrara al mundo alguna verdad infalible sobre lo que supone ser una triste y solitaria pajillera. ¿Lo harían ustedes?

Sí, si lo pensaba bien, era verdad: las cámaras ya estaban allí para entonces, para los niños; las habíamos instalado con semanas de antelación. Yo la había ayudado a hacerlo. Pero ¿cómo me había filmado? Aquel día ella ni siquiera había estado en el estudio… ¿o sí? No lo recordaba con certeza. Tenía que haber instalado alguna clase de sensor de movimiento. Debía de haber preparado las cámaras para que filmaran a cualquiera que pusiera un pie en su País de las Maravillas. ¿Se estaría filmando a sí misma, quizá? A lo mejor no tenía planeado atraparme como a un pez en una red; o quizá sí. Quizá confiaba en pescarme de algún modo, pero nunca

podría haber previsto una escena tan de primera como esa, una humillación tan perfecta. ¿Cuándo la había visto? ¿La habría visto él también? Y de ser así, su visita al estudio, su supuesta seducción, se convertía de pronto en algo bien distinto. Se convertía en algo entre ellos dos, algo que nada tenía que ver conmigo. Algo para lo que yo era una simple cabeza de turco. A Sirena no le había importado un pimiento utilizar la cinta, vender la cinta; o bien había estado lo bastante furiosa para hacerlo. Pero no lo bastante furiosa para encararse conmigo; no lo bastante furiosa (si sabía lo ocurrido entre Skandar y yo) para pensar que mereciera la pena discutirlo. Qué bajeza la suya al hacerme algo así, y afirmar que seguía siendo amiga mía. Vaya año aquel: yo le había sido útil en muchísimos sentidos.

En todo eso había una parte imaginaria y una real. La parte imaginaria —cómo me había filmado y por qué, si nos habría filmado a Skandar y a mí y cuándo había decidido utilizar la cinta — consistía en cosas que quedaban fuera de mi alcance. Aunque se lo preguntara, jamás sabría la verdad. La parte imaginaria —nuestra amistad, mi amor por ellos, esas personas, mis invenciones— es intangible, si no sagrada. Y luego está la realidad: lo que ocurre, lo que una sabe, o cree saber, con certeza. Pero quizá esas dos partes son una sola en definitiva; quizá no puede protegerse a una de la otra. Hay un espacio en tu cabeza en el que eres más libre y despreocupadamente tú misma, y luego están las capas y capas de máscaras mediante las cuales proteges ese núcleo indefenso; pero ahí lo tenía, mi ser más desprotegido (¡un ser de fantasía!), famoso al fin, visible pero invisible, colgado en una pared en París y vendido cinco veces.

Y huelga decir que todo eso lo había hecho la mujer —y no nos olvidemos del marido— a quien yo había elegido, entre todos los mortales, para llevarla en el corazón, para quererla, para amarla de verdad, y a quien le había perdonado montañas de defectos. Pero esto no. Esto jamás podría perdonárselo. Incluso en aquel momento, encaramada a la silla de la galería, dando sorbitos a mi empañado vaso de agua tibia y con demasiado cloro y repitiéndole al joven que no necesitaba un taxi, ni un médico, y que volvería a estar en pie en cuestión de minutos; incluso en medio de todo eso, supe que nunca, jamás, le perdonaría aquello. Que hubiese hecho algo así…

no, una vez más, los dos, porque él tenía que haberlo sabido en algún momento, lo había sabido y no había hecho nada, o peor incluso, había venido a mí solo porque ya lo sabía; pero algo así era impensable, sin duda; era impensable que lo hubiesen destruido todo, que lo hubiesen traicionado todo de esa manera tan despiadada.

Quién necesita el suicidio cuando dispone del asesinato.

No los llamé. Ni siquiera pude imaginarme llamándolos. Tampoco llamé a Didi, aunque podría haberlo hecho, porque no quería hablar del asunto. Cómo podía empezar a explicar siquiera qué significaba verme ahí expuesta y desnuda en la pared de la galería de Sirena, el ultraje demoledor que suponía, lo que decía de cada una de nosotras, de mí misma sobre todo; cómo explicar todas las mentiras que había insistido en contarme a mí misma todos aquellos años. Y que todas las certezas se hubiesen convertido de pronto en la más absoluta incertidumbre. Y qué pasaba entonces con el arte, con ser una artista: ¿era eso lo que se requería para ser algo, para convertirse en alguien? ¿Era eso lo que quería decir «sacrificarlo todo» por tu arte? ¿O a todo el mundo al menos?

He aquí la parte buena del asunto: llevaba toda esa rabia dentro de mí, estaba a rebosar de ella, y ahora se me permite hacerlo. Ahora está justificada. He aprendido de mis errores. Me he liberado de mis fracasos: he sido una estúpida, pero ahora soy una estúpida sabia. El universo me ha aplastado; he malgastado el oro de mi afecto en baratijas sin valor alguno; me han tratado como si fuera escoria. Más vale que no sepan hasta qué punto estoy furiosa. Más vale que nadie lo sepa. Estoy furiosa con los dos, por la mentira de su amistad, porque me prometieron el mundo, el arte y el amor, y eran promesas falsas; pero estoy igual de furiosa conmigo misma, por mis estúpidos sueños, por haber confiado en quien no lo merecía, por mis despreciables anhelos.

Pero estar furiosa, tanto que una tiene instintos asesinos, significa estar muy viva. Ahora que ya no soy joven, ni guapa, ni amada, ni dulce, ni adorable, ahora que me han desenmascarado y

me han dejado ahí, retorciéndome en el suelo a la vista de todos en mi más absoluta deshonra, no hay forma de saber qué soy capaz de hacer. Podría filmar mi ira y venderla, podría arrancar yo misma unas cuantas máscaras, ganar a esos cabrones en su propio juego, y por el camino podría convertirme en la artista más famosa de América, joder, por puro rencor. Nunca se sabe. Estoy lo bastante furiosa para prenderle fuego a una casa con solo mirarla. Mi ira no puede contenerse, no puede desecharse con lo que va a reciclar. Ya estoy harta de estar ahí tranquilita en el piso de arriba. Mi ira no es la de una enanita, una niñita dulce o una hija consciente de sus deberes. Mi ira es prodigiosa. Mi ira es colosal. Estoy suficientemente furiosa para comprender por qué Emily Dickinson se aisló del mundo, por qué Alice Neel traicionó a sus hijos aunque los quisiera con todas sus fuerzas. Estoy lo bastante furiosa para entender por qué se mete una en el agua con piedras en los bolsillos, aunque la mía no es una ira de esa clase. Virginia Woolf, en su furia, dejó de tenerle miedo a la muerte; pero yo estoy lo bastante furiosa, por fin, para dejar de tenerle miedo a la vida, y lo bastante furiosa —por fin, gracias a Dios, con la ira de mi madre en las espaldas, un gran caldero de rabia como el fuego que llevo en mi interior— para vivir de una puta vez antes de morirme.

Ustedes mírenme, y ya verán.

AGRADECIMIENTOS

No me habría sido posible escribir este libro sin el generoso apoyo del Humanities Center de Harvard, donde dio comienzo, y del Wissenschaftskolleg zu Berlin, donde se completó. Agradezco de forma especial la amabilidad del profesor Homi Bhabha y de los profesores Joachim Nettelbeck y Luca Giuliani. Mi agradecimiento también a Stephen Greenblart y Ramie Targoff, por ponerme en dirección a Berlín; a Diala Ezzedine y Hashim Sarkis por compartir sus conocimientos, y Beirut, conmigo; a Beatrice Gruendler por nuestras discusiones sobre historia de la literatura árabe; y a todos mis colegas en el Kolleg por sus inspiradoras conversaciones.

Quiero dar también las gracias, como siempre, a mis agentes literarios Georges y Anne Borchardt; a mi agente en el Reino Unido, Felicity Rubinstein; a mi editora en el Reino Unido y querida amiga Ursula Doyle, de Virago; y a mi editor en Estados Unidos Robin Desser, de Knopf.

Durante unos años bastante difíciles, la fe y la amistad de una serie de personas muy preciadas han sido valiosísimas para mí. Gracias de manera especial a Elizabeth Messud, Susanna Kaysen y John Daniels, Melissa Franklin, Sheila Gallagher, Shefali Malhoutra, Mark Gevisser, Ira Sachs, Mary Bing y Doug Ellis, Fiona Sinclair, Julie Livingston y, huelga decirlo, a mi infatigable optimista, James Woods, y nuestros dos queridos hijos, Livia y Lucian.

Mi especial e inenarrable agradecimiento a mi padre, François Michel Messud
(1931-2010),
quien me enseñó la importancia de la risa y de la ira, y que no toleraba en absoluto la Casa Encantada; y a mi madre, Margaret Riches Messud
(1933-2012),
que vivió con paso ligero en esta tierra, cuyas cartas me enseñaron a escribir y cuyos ojos me enseñaron a ver.